


HUIDA

SIMON WOOD



amazon crossing 


HUIDA

SIMON WOOD

HUIDA

Traducción

Ana Alcaina

amazon crossing 

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *The One That Got Away*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, USA, 2015

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Enero, 2016

Copyright © Edición original 2015 por Simon Wood

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Ana Alcaina Pérez

Imagen de cubierta © PhotoStock-Israel © eyetwist/kevin balluff/Getty Images

Diseño de cubierta por lookatcia.com

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503933255

www.apub.com

ÍNDICE

[ACERCA DEL AUTOR](#)

[ACERCA DE LA TRADUCTORA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

AGRADECIMIENTOS

«Escribe como un...

ACERCA DEL AUTOR

Nacido en Inglaterra, Simon Wood ha escogido California como su segundo hogar. Es un antiguo piloto de carreras, piloto de aviación, ciclista de pruebas de resistencia, especialista en acogida de animales e investigador privado ocasional. Comparte su mundo con su esposa estadounidense, Julie. Sus vidas giran alrededor de cinco gatos, tres gallinas y diez mil abejas, todos ellos celosamente vigilados hasta hace poco por Royston, un teckel de pelo largo fallecido en fechas recientes. Ganador del galardón Anthony Award, es autor de las novelas *Working Stiffs*, *Accidents Waiting to Happen*, *Paying the Piper*, *Terminated*, *Asking for Trouble* y *We All Fall Down*, y de la serie de Aidy Westlake. Su último thriller es *Huida*. También escribe historias de terror con el pseudónimo de Simon Janus. Aquellos lectores que tengan curiosidad encontrarán más información en www.simonwood.net.

ACERCA DE LA TRADUCTORA

Ana Alcaina es traductora freelance del inglés al castellano y licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Se dedica a la traducción literaria desde 1997 y ha publicado más de cien títulos de una amplia variedad de géneros. Dentro de la novela policiaca y de suspense, destacan sus traducciones de autores como P.D. James, Gillian Flynn, Simon Beckett o Tana French.

Además, es cofundadora de la agencia editorial Wider Words y forma parte del colectivo de traductores ANUVELA, responsables de verter al castellano la obra de autores de gran éxito comercial como Ken Follett o Katherine Neville.

Desde 2009 compagina su labor como traductora con las clases como profesora asociada en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

A todas aquellas personas que se resistieron y lucharon

CAPÍTULO 1

Cuando Zoë se despertó bruscamente de la pesadilla, descubrió con estupor que seguía inmersa en ella en el mundo real. Estaba desnuda, tumbada en el suelo de un cobertizo en el que se respiraba un calor asfixiante, y el polvo y la suciedad se adherían a la capa de sudor que le recubría el cuerpo. Estaba atada de pies y manos, con unas gruesas bridas que le rodeaban las muñecas, por delante del cuerpo, así como los tobillos. Se las habían apretado tanto que, al más leve movimiento, sentía una punzada de dolor en las manos y los pies.

¿Cómo había llegado allí? Intentó hacer memoria y reconstruir lo ocurrido, pero lo veía todo como en una especie de neblina. Cuando trataba de concentrarse en un solo pensamiento, la niebla se espesaba, densa y húmeda, y le envolvía el cerebro.

Un grito procedente del exterior del cobertizo partió la noche en dos.

«¡Holli!» El nombre de su amiga se abrió camino a través de su mente confusa. Una imagen empezó a cobrar forma: habían pasado el fin de semana juntas en Las Vegas. Al más puro estilo *Thelma & Louise*, sin dinero para el avión, habían ido en coche desde la bahía de San Francisco. Creían que un viaje tan largo por carretera sería una aventura emocionante y algo *kitsch*, pero no tardaron en descubrir que conducir cientos de kilómetros a través de varios estados era un completo aburrimiento. Cuando llegaron a Las Vegas, se despojaron de su dignidad de universitarias recién graduadas y se dedicaron a jugar en los casinos, beber y salir de fiesta.

Era justo la inyección de energía que necesitaban. Habían esperado a que anoheciera para volver a casa; así habría menos tráfico, haría menos calor. Era entonces cuando los recuerdos de Zoë se volvían algo turbios. Recordaba que habían parado a cenar y a repostar gasolina en algún pueblucho, un mero punto en el mapa. Le seguía otro recuerdo borroso de estar cenando en algún bar o restaurante. El tintineo de las copas se reprodujo en su cerebro, junto con las risas. Luego... luego nada. Lo que había ocurrido después se desvanecía entre las tinieblas.

Zoë oyó otro grito. Le reverberó en los huesos. No era solo una llamada de auxilio. Era un grito de alguien que sufría, y devolvió a Zoë a la realidad de golpe. Quienquiera que estuviese con Holli iría después por ella. No podía encontrarla allí. Tenía que escapar, por su propio bien y por el de Holli.

La luz de la luna se colaba por la ventana, iluminando el cobertizo en diagonal. No le permitía ver toda la habitación, pero bastaba para saber con qué recursos contaba. Su cárcel estaba hecha con materiales de dudosa calidad: el techo y las paredes eran de chapa metálica ondulada. El suelo, de contrachapado, se combaba bajo su peso. Había cajones, contenedores y cajas de herramientas desparramados por el suelo y contra las paredes, formando una montaña de desechos. ¿La vería su captor a ella en esos términos: simple basura que había que arrinconar y apartar de la vista hasta que acudiera a deshacerse de ella?

Zoë no perdió el tiempo con ese pensamiento. Lo único que importaba era escapar, y el contenido de aquel cobertizo podía abrirle la puerta de la libertad. Si había cajas de herramientas, significaba que

había herramientas, y si había herramientas, significaba que había una posibilidad de romper las ataduras de las manos y los pies.

—Por favor, que haya un cuchillo... —murmuró para sí.

Se oyó otro grito, seguido de sollozos y súplicas con voz débil. Hasta ese momento, Zoë había creído estúpidamente que estaba en la peor situación de su vida, pero sin duda no era nada comparado con el tormento de Holli. No podía ni imaginar lo que estaría pasando su amiga.

—Ya voy, Holli... —susurró.

Su captor había cometido un error: atarle las manos por delante le proporcionaba cierta libertad de movimientos. Era obvio que no esperaba que fuese a darle muchos problemas.

Zoë rodó para ponerse a cuatro patas. Gracias a su constitución delgada, no le costó conseguirlo, pero todo el cuerpo le gritó de dolor cuando apoyó el peso en los codos y las rodillas. Trató de volver a colocar todo el peso sobre los pies, pero se cayó de lado.

Lo intentó de nuevo. Su determinación ganó la batalla al dolor y logró incorporarse. Esta vez, inclinó el cuerpo hacia delante para mantener el equilibrio y fue retrocediendo con las manos por el suelo hacia las piernas para ponerse de pie. Al levantarse, sintió que se mareaba, lo que, sumado a aquella niebla que le abotargaba el cerebro, hizo que perdiera el equilibrio. No se dio cuenta de que se caía hasta que volvió a darse de bruces contra el suelo.

No sabía con qué la habían drogado, pero se sentía muy torpe.

—¿Acaso crees que podrás detenerme, hijo de puta? —masculló—. Ni lo sueñes.

Decidió aferrarse a su bravuconería. Tal vez fuese una decisión equivocada o poco realista, pero no importaba: al menos así mantenía el miedo a raya.

Volvió a colocarse a cuatro patas y fue avanzando poco a poco, reptando centímetro a centímetro sobre las rodillas y los antebrazos mientras oía los gemidos y los lloriqueos de Holli, que traspasaban las paredes.

Pobre Holli. Había tenido la mala suerte de ser la primera. Podría haber sido al revés. La mera idea hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Zoë, pese al ambiente de calor sofocante del interior del cobertizo. Los gritos de dolor de su amiga la empujaron a continuar. Siguió avanzando más rápido, pero no pudo contener el llanto.

—Diviértete mientras puedas, maldito cabrón psicópata —masculló mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Alcanzó la caja de herramientas más próxima, logró incorporarse de rodillas y a continuación se apoyó en las cajas que tenía alrededor. Tenía que moverse con mucho sigilo, no podía hacer ningún ruido. Si ella oía los quejidos de Holli, ellos también podían oírla a ella. Dio la vuelta a la caja con ambas manos. Pesaba mucho, lo que interpretó como una buena señal. Una caja de herramientas pesada era una caja bien equipada.

Levantó la tapa. En la bandeja superior había destornilladores, llaves inglesas y unos alicates. Retiró la bandeja y encontró lo que buscaba: un cúter. Lo sacó y lo sostuvo con fuerza contra el pecho.

—Gracias, Señor.

Se sentó sobre el trasero, flexionó las piernas y se las acercó a la barbilla. Una punzada de dolor le recorrió la cadera izquierda, donde la pelvis se unía con el bajo vientre. Volvió a estirar las piernas y descubrió que tenía una herida. Era de cuchillo. La incisión todavía sangraba. La examinó con más atención y advirtió que no se trataba de un corte al azar, sino de un símbolo. Le habían grabado dos letras con un cuchillo: una I y una V. Aquel hijo de puta la había marcado. La idea hizo que se le revolviera el estómago.

Se llevó las piernas de nuevo a la barbilla con el fin de ocultar la mutilación y separó las rodillas para alcanzar más fácilmente los tobillos. El gesto le provocó un hormigueo en los pies. Desplegó la cuchilla del cúter y fue serrando el plástico grueso de la brida. La cuchilla no estaba muy afilada y el

plástico era muy duro. El progreso era lento, pero el acero iba ganando terreno poco a poco. Con cada movimiento rápido y eficaz, iba debilitando más sus ataduras.

El chillido de Holli hizo que Zoë se sobresaltara y se clavara el cúter en el tobillo. El dolor fue súbito e intenso, y tuvo que esforzarse para reprimir un grito.

Ignoró la gruesa perla de color carmesí que le resbalaba por el tobillo y siguió cortando. Al fin, la brida cedió y se rompió. El rápido reguero de sangre a sus pies resultaba doloroso y fantástico a la vez. Cerró los ojos un instante para saborear la deliciosa sensación de alivio.

Puede que hubiese conseguido librarse de las ataduras de los pies, pero no podía relajarse, ni mucho menos. Intentar cortar las ligaduras de las muñecas iba a ser una tarea mucho más ambiciosa.

Giró el cúter hacia su cuerpo y trató de desplazar la cuchilla adelante y atrás con las manos. Consiguió establecer un ritmo constante, pero sus movimientos eran tan lentos que no acabaría nunca a esa velocidad. Necesitaba algo más.

Registró la caja de herramientas en busca de cualquier cosa que pudiera ayudarla. Lo intentó con los alicates, pero tenía las manos tan juntas que no conseguía manejarlos.

Delante, colgada en la pared, vio una sierra vieja y oxidada con el mango de madera. La hoja dentada medía al menos cuarenta y cinco centímetros. Una auténtica herramienta de carpintero. Y una auténtica vía de escape para ella. La descolgó de la pared y se dejó caer al suelo con ella. Colocó la sierra con la hoja hacia arriba, se apoyó el mango en la ingle y afianzó el otro extremo entre los pies.

En lugar de deslizar la hoja de la sierra por la brida, como había hecho con la que le rodeaba los tobillos, esta vez desplazó las muñecas a lo largo de la hoja. Los dientes, grandes e irregulares, dificultaban cortar el plástico. La brida rebotaba en el amplio hueco que quedaba entre los dientes, pero cada diente atrapaba y roía la ligadura. Después de varios minutos en los que se apreciaba algún progreso, la atadura acabó cediendo al fin.

Zoë sonrió mientras se masajeaba las muñecas. Era libre.

Su sonrisa se desvaneció. No, no era libre. Antes tenía que hacer otra cosa.

Recogió el cúter. Aquella herramienta sería su arma.

Abrió la puerta del cobertizo y se asomó fuera. Había otro cobertizo justo enfrente, a oscuras y en silencio, y a la derecha, un almacén castigado por las inclemencias del tiempo. Más allá, no había nada. El desierto se perdía en la oscuridad, y las montañas convertían el horizonte en una franja rota y escarpada entre el cielo y el suelo. No se veían luces ni de farolas ni de casas por ninguna parte. Zoë estaba en medio de la nada. Con razón a aquel cabrón no parecía importarle el ruido.

Escapar de allí iba a ser una tarea muy difícil. Cuando huyera, ¿adónde iría? El camino de tierra que conducía al almacén anexo desaparecía en la oscuridad. Tenía que ser el único camino de entrada y salida de aquella pesadilla.

Al menos no tendría que hacerlo a pie. Su Volkswagen Escarabajo estaba aparcado a la izquierda. No vio ningún otro vehículo, de modo que debía de haberlas llevado allí en él. Si Zoë se escapaba en ese coche, él no podría salir tras ella para perseguirla. Por primera vez, sintió un rayo de esperanza.

Pero estaba adelantando acontecimientos. Huir en el coche era la última parte del plan de fuga. Rescatar a Holli era la primera.

«Holli.» Sintió que el corazón le daba un vuelco al pensar en su amiga. Tardó unos segundos en reconocer el origen de su nuevo y súbito temor: los gritos habían cesado. Aguzó el oído para tratar de percibir algún sonido, aunque fuese un gimoteo, pero no oyó nada. Ni siquiera el ruido de los movimientos de él.

«Por favor, no te mueras», pensó.

Tenía que saber la verdad, qué había pasado y cuál era la situación de su amiga.

La luz se proyectaba a través de las ventanas pequeñas y cubiertas de mugre del almacén. Ahuyentaba la oscuridad y oscilaba con los movimientos de alguien en el interior.

Holli estaba allí dentro. Y él también. Zoë sintió que le flaqueaban las fuerzas.

Se advertía movimiento, pero ningún ruido. Ya habían pasado varios minutos desde que había oído gritar a Holli.

¿Estaba muerta? Solo había una forma de averiguarlo.

Zoë salió sin hacer ruido, con el cúter en la mano. El cobertizo había sido como estar en una sauna. Al salir a la aridez del desierto, su cuerpo se secó al instante, dejando una costra de suciedad en su piel. Si alguien hubiese reparado en ella en ese momento, habría jurado estar viendo a una criatura del Neolítico.

Zoë se agachó y corrió hacia el almacén. De repente sintió que un nuevo mareo volvía a adueñarse de su cuerpo y, al caer hacia delante de rodillas, se le resbaló el arma. Aún estaba bajo los efectos de la droga que circulaba por las venas.

—Espacio y con calma —se dijo.

Agarró el arma, se acercó al almacén y se agazapó bajo una de las ventanas. Prestó atención, pero no oyó ninguna voz, solo movimientos. Asió la empuñadura de plástico del cúter con fuerza.

«Que no te vea. Que no te vea», se dijo y se incorporó para echar un vistazo.

Se le cortó la respiración al ver el interior. Se tapó la boca con la mano para contener el grito que pugnaba por escapar de su garganta.

Holli estaba colgada de un gancho del techo, como una res. Al igual que Zoë, estaba desnuda, pero tenía las muñecas atadas con unas esposas de cuero en lugar de bridas. Aunque Zoë no vio ninguna señal de mutilación, su amiga tenía el cuerpo manchado de sangre y tierra. La cabeza le colgaba inerte y la larga melena castaña le ocultaba el rostro. Estaba completamente quieta. La ausencia total de movimiento asustó a Zoë más que cualquier otra cosa.

El hombre que había sometido a aquella abominación a su amiga, a ambas, en realidad, estaba enfrascado en su tarea. Se encontraba de espaldas a Zoë, hurgando en un banco de trabajo. Era rubio, alto y ancho de espaldas. Aparte de eso, Zoë no sabía qué aspecto tenía. Cuando se movía, la ventana sucia y la droga que aún corría por sus venas lo convertían en un borrón. El hombre tomó algo pequeño de la mesa y cruzó la sala en dirección a Holli.

Acercó el objeto a la nariz de Holli y lo agitó. La joven retrocedió y se balanceó hacia delante y hacia atrás. El hombre la afianzó sujetándola por las caderas.

Holli estaba viva. A Zoë empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas.

—No, no, por favor, otra vez no...

Le dio un bofetón con el dorso de la mano. Fue un golpe tan fuerte que Zoë se encogió tanto como ella. No obstante, tuvo el efecto deseado en Holli: guardó silencio.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste, Holli? —le preguntó.

—Sí. —La joven escupió la palabra antes de que él tuviera oportunidad de acabar la pregunta.

—No estoy seguro de creerte.

—Sí, sí, sí, lo siento. Deja que me vaya, por favor. No se lo contaré a nadie —suplicó Holli antes de romper a llorar.

Zoë percibía la desesperación de su amiga. La situación era muy desesperada. Muy injusta. No merecía nada de eso. Ninguna de las dos lo merecía.

Zoë se limpió una lágrima con la palma de la mano. No podía permitir que la desesperación de Holli la afectara también a ella. No podría lograr que ambas se salvaran si no estaba convencida de sus posibilidades.

Observó al secuestrador. Buscó un punto débil que pudiera explotar. El tipo parecía relajado. Nadie iba a dejarse caer por allí, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta dónde se encontraban. No estaba trabajando a contrarreloj. Se comportaba como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se creía invencible. A fin de cuentas, la había dejado en un cobertizo sin cerrar, lleno de herramientas. O era

estúpido o era arrogante. «Dos caras de la misma moneda», pensó Zoë.

Su plan era sencillo: sorprenderlo. El tipo no esperaba un ataque. Podía irrumpir, clavarle el cúter con saña y dejar que se desangrara en el suelo mientras bajaba a Holli.

Su valentía se esfumó en el instante en que el hombre regresó al banco de trabajo. Había un látigo. Era de verdad, no uno de esos juguetes para avivar fantasías sexuales. Era una herramienta, un arma.

¿Qué la había llevado a pensar que podía acabar con él? Era más grande, más fuerte y no estaba drogado. ¿Qué habilidades tenía ella? Ninguna. Y ese malnacido era un misterio en ese sentido. Podría ser maestro de artes marciales o incluso un militar. Las había capturado a ambas sin gran esfuerzo, ¿no?

¿Qué plan podía poner en práctica? ¿Podía irrumpir y apuñalarlo antes de que el tipo tuviera tiempo de reaccionar? Era una locura. No tenía fuerzas para correr tres metros sin darse de bruces. Aunque lograra sorprenderlo, él podía acabar con ella con el látigo. Si entraba no lograría salvar a Holli, lograría que las mataran a las dos.

Zoë miró el Escarabajo. Era la mejor arma. Subirse al coche, acudir a la policía y dejar que tomaran el lugar por asalto. Ir en busca de ayuda las salvaría a las dos y enviaría a aquel desgraciado a la cárcel. Era el plan más inteligente.

Pero ¿para quién? ¿Para ambas o solo para ella?

Zoë volvió a echar un vistazo al interior. Holli tenía muy mal aspecto. Sabía que dejarla allí era arriesgado. Tal vez ya fuera demasiado tarde para su amiga, pero no lo creía. Holli sangraba, pero las heridas no parecían graves. Si podía huir de ahí sin que la vieran, tal vez pudiera hacer algo.

Dejó de intentar convencerse a sí misma y se encorvó, exhausta a causa de la tensión. Aquello era un callejón sin salida. Ninguna decisión sería la acertada. Podían salir mal paradas eligiera lo que eligiese. Lo único que tenía claro era que si entraba en esa habitación, morirían las dos.

Entonces Holli dirigió su mirada vidriosa hacia ella. Abrió los ojos de par en par y por unos instantes despertó de su aturdimiento. Zoë creyó advertir un atisbo de esperanza en el rostro de su amiga. Holli contemplaba un rescate donde Zoë veía una misión suicida.

Zoë negó con la cabeza.

La esperanza del rostro de Holli se desvaneció de forma tan brusca como había aparecido y una expresión de miedo ocupó su lugar. Zoë reconoció el gesto y sabía qué significaba: miedo de que su amiga la abandonase para salvarse ella. Miedo ante la certeza de que iba a morir.

Zoë articuló las palabras «lo siento» y desapareció. Mientras corría hacia el coche, oyó que Holli gritaba:

—No, no, no. ¡Ayúdame, Zoë!

Esas palabras que oyó perfectamente desataron un torrente de lágrimas.

—Lo siento mucho —murmuró.

Al llegar al Escarabajo, abrió la puerta de un tirón. Por suerte, las llaves estaban puestas. Se sentó al volante y giró la llave en el contacto. Puso el vehículo en marcha y salió a toda prisa.

—Volveré por ti —dijo, plenamente consciente de que su huida había condenado a muerte a su amiga.

CAPÍTULO 2

Quince meses después

La consulta del terapeuta estaba abarrotada de cosas y resultaba poco acogedora. Tal vez hubiera visto demasiadas películas en las que los psicólogos ejercían en un salón más parecido al de un club de caballeros, con estanterías que iban desde el suelo hasta el techo, alfombras de lana que llegaban a las rodillas y un sofá de cuero. Quizá algunos tuvieran gabinetes de ese estilo, pero no era el caso de los profesionales al servicio de organizaciones benéficas de apoyo a las víctimas de violencia. David Jarocki trabajaba en un cubículo de cuatro metros por cuatro, decorado con muebles de exposición de los almacenes Office Depot. Las paredes estaban pintadas de un blanco hueso deprimente que en realidad parecía gris. Zoë estaba sentada en un incómodo sofá. Jarocki se encontraba delante de ella, en un sillón que había tomado prestado de la sala de espera.

—Has vuelto a cortarte el pelo —dijo David.

Durante el último año, lo había llevado corto. No era un corte masculino, más bien una media melena femenina. Se tocó la nuca con gesto reflexivo. Estaba desprotegida.

—Creía que querías dejártelo más largo.

—Sí, pero el pelo largo puede ser un inconveniente para el trabajo.

Jarocki asintió, aunque su expresión delató que no la creía, lo cual tampoco resultaba sorprendente. Ni ella se creía a sí misma. Dejarse el pelo largo la habría convertido en alguien vulnerable, lo había aprendido en las clases de defensa personal. Lo llevaba corto por una razón, por un único motivo: para que no pudieran agarrarla del pelo. Lo sabía, y él también.

—Tal vez deberíamos hacer una verificación del sistema —añadió Jarocki.

Una «verificación del sistema» era la expresión que utilizaba Jarocki para referirse a la autoevaluación que la obligaba a hacer antes de las sesiones. Zoë no soportaba que el terapeuta la hiciera pasar por el aro, pero era su trabajo.

—Venga, empecemos.

—¿Sueño?

—Bien.

—¿Pesadillas?

—Sí. Una. El domingo pasado.

—¿Sobriedad?

—He sido buena. Nada de alcohol.

Jarocki sonrió.

—Me alegro. ¿Control de impulsos?

—Todo en orden. Ninguna reacción irreflexiva.

—Bien. ¿Ataques de pánico? ¿Ansiedad?

—Solo un caso. En un momento dado, me entró el pánico, pero hice los ejercicios de respiración que me recomendó y me calmé.

—Excelente. ¿Qué tal ha ido la semana?

Por muy irritante que fuera Jarocki, a Zoë le caía bien. Quizá la forzaba demasiado durante las sesiones para que diera el brazo a torcer, pero no la juzgaba. O al menos no lo parecía. Tenía que evaluarla de algún modo. Era psicólogo. Examinar a la gente y realizar juicios formaba parte de su trabajo, pero nunca había expresado una opinión personal. No se compadecía, no se ofendía ni la insultaba por lo que decía, hacía o pensaba. Le ofrecía puntos de vista alternativos, sugerencias e ideas nuevas, todo con una expresión sosegada y pasiva, algo que maravillaba a Zoë. Ella siempre tenía las emociones a flor de piel. Él las ocultaba. No, «ocultar» no era la palabra correcta. «Desconectar» resultaba más acertada. Tenía sentido, suponía. ¿De qué servía un psicólogo si mostraba sorpresa, asco o desdén ante cualquier comentario de un paciente? Aun así, al principio su pasividad la había irritado. Quería su desprecio y su asco. Ya había dejado de anhelar su desaprobación.

En el año que llevaba como paciente suya, había llegado a confiar en él. Se sentía a salvo cuando expresaba sus sentimientos en aquella habitación en la que Jarocki ejercía de árbitro. Sin embargo, él no tenía carta blanca para acceder a sus emociones. A pesar de que era el experto en todo lo relacionado con la mente, tenía un punto débil: la experiencia en carne propia. Él no había abandonado a una amiga a su suerte, la amiga que había acabado muriendo. No había luchado contra la cobardía y la pérdida. No era un ser inmundo como ella. Cuando le mostrara todas esas credenciales, entonces sí que podrían charlar de igual a igual tranquilamente.

—Bueno.

—¿Te gustaría hablar de algo en concreto hoy?

—No, creo que no.

—Eso hará que la sesión transcurra más despacio de lo habitual.

—No puedo evitarlo.

Jarocki esbozó una sonrisa forzada. Zoë sabía que su falta de franqueza le molestaba.

—Tengo la sensación de que hoy solo quieres llevarme la contraria.

Era un mensaje en clave para decir «me estás sacando de quicio».

Zoë deseaba que Jarocki la abofeteara, que le llamara la atención, que hiciera algo que le demostrara que tenía sangre en las venas. Imaginaba que algún manual del buen terapeuta le impedía perder los estribos con los pacientes. Sin embargo, una pequeña muestra de emoción podría hacer maravillas por su relación. Aquel aire imperturbable, en cambio, resultaba de lo más irritante.

—No es que quiera llevarle la contraria, es que hoy no me apetece hablar.

Jarocki se dio unos golpecitos en la sien izquierda y luego señaló la de Zoë.

—¿Algo que ver con eso?

Zoë se llevó la mano a la sien en un acto reflejo y se tocó una magulladura.

—No, no tiene nada que ver con eso.

—¿Cómo te lo has hecho?

—En el centro comercial. Estaba entregando a una ladrona a la policía, pero echó el brazo hacia atrás y me dio un codazo.

Jarocki se estremeció.

—Qué daño...

—El pan de cada día de un guardia de seguridad de centro comercial —dijo Zoë con cierto deje de frivolidad, esfuerzo que se vio correspondido por una sonrisa educada.

Jarocki repasó sus notas.

—Hablando del trabajo, hoy es un día especial.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Hace un año dejaste el doctorado. Dijiste que necesitabas tiempo para curarte, una decisión en la que te apoyé plenamente. Acordamos que te tomarías un año y ya ha pasado. ¿Estás lista para volver?

—No, creo que aún no estoy preparada. —Esperaba que su respuesta fuera lo bastante concisa y definitiva para que Jarocki se diera por vencido y cambiase de tema, pero no fue así.

—El trabajo de guardia de seguridad del centro comercial debía ser algo provisional, como tú misma dijiste, mientras te recuperabas, antes de doctorarte en Política Medioambiental.

Advirtió que Jarocki empezaba a abrirse paso en sus pensamientos para poder cuestionar todas sus decisiones.

—Y así es. Creo que un descanso de un año es una medida provisional.

—A mí me parece un síntoma de tu trauma. Trabajar como guardia de seguridad te pone en una situación potencialmente peligrosa de nuevo.

—Ser guardia de seguridad no tiene nada que ver con lo que me sucedió.

No aguantaba el tono agudo que había adoptado, ya que era una prueba de que Jarocki estaba empezando a desquiciarla.

—Ah, ¿no?

—No.

—Creo que ambos sabemos que no es verdad. Fuiste víctima de un acto de violencia y tienes un trabajo en el que puedes ser víctima de violencia una y otra vez.

—No es lo mismo.

Le señaló la magulladura de la cabeza.

—¿Y qué me dices de eso?

—Es un cardenal. No es lo mismo.

—¿Seguro?

—No es lo mismo, para nada. Hace quince meses, fui una víctima. Ahora soy guerrera y protectora. Evito que la gente se convierta en víctima.

Se hizo el silencio. Zoë notó que la presión del ambiente cambiaba. Se había intensificado durante la discusión, pero en ese momento amainó y regresó a la normalidad.

—Permíteme que lo ponga en duda. ¿Por qué pediste trabajo en el centro comercial Golden Gate como guardia de seguridad?

—Porque estaban buscando a gente.

—¿No tiene nada que ver con el hecho de que es el centro comercial con mayor índice de criminalidad de la Bahía?

Zoë no dijo nada.

—Comprendo que no quieras que la gente te vea como una víctima. Comprendo que desees luchar contra el crimen y hacer el bien, pero trabajar como agente de seguridad no es la respuesta. Estás asumiendo un riesgo innecesario. Un vigilante de centro comercial no va armado ni ha recibido el adiestramiento necesario. Si quieres luchar contra el crimen y proteger a la gente, ¿por qué no te haces policía? Al menos así recibirías la formación adecuada y contarías con el apoyo de una infraestructura. Gracias a tu formación científica, serías una buena candidata para un trabajo como forense.

—No lo sé. Creo que aún no estoy preparada para algo así.

—Pero estás preparada para ser guardia de seguridad en un lugar en el que hay muchas probabilidades de que el malo vaya mejor armado que tú.

—Eh, eso no es justo.

—Aun así, has decidido ponerte en primera línea de fuego. La mayoría de la gente intenta evitar el peligro; tú, en cambio, te lanzas de cabeza a él.

Zoë negó con la cabeza.

—No es cierto.

—Lo es, y por un buen motivo: él sigue ahí fuera, viviendo la vida sin sentimiento de culpa.

A pesar de su voluntad de ayudarla, Jarocki sabía cómo hurgar en viejas heridas. Zoë se enjugó una lágrima antes de que le resbalara por la cara y se avergonzara.

—¿A qué viene tanta crueldad?

—No quiero ser cruel, solo intento ayudarte. El estrés postraumático es una secuela que puede cambiarnos. A cualquiera, incluso a la persona más fuerte. Es un maremoto que no podemos evitar. Cuando te embiste, lo hace con todas sus fuerzas. Cuando viniste a verme la primera vez, te resumí cómo podía afectarte. Hemos trabajado juntos para reconocer las señales y combatir las.

—Para superar una situación como esta, no basta con pulsar un interruptor.

Jarocki sonrió.

—Tienes razón, no basta con eso, pero la Zoë que entró en mi consulta hace un año no lo sabía, lo que significa que has avanzado mucho. No hay forma de evitar el estrés postraumático. Tienes que enfrentarte a él, y hay personas a las que les resulta más fácil que a otras. No hay dos seres humanos que sientan lo mismo, del mismo modo y durante el mismo período de tiempo. Lo único que puedo hacer es apoyarte y guiarte a medida que vayan surgiendo los problemas. El estrés postraumático es una herida grave, lleva su tiempo curarla. Y debo decir que creo que estás poniendo trabas al proceso de curación.

—¿A qué se refiere?

—Cuando viniste a verme, estabas a punto de acabar el doctorado y querías trabajar para la EPA. Estabas a punto de terminar la tesis.

—Aún lo estoy.

—Genial. ¿Qué has hecho al respecto?

—No sé si se ha dado cuenta, pero estamos en plena recesión global. Hoy en día, no es que las ofertas de trabajo relacionadas con la política medioambiental lluevan del cielo, precisamente.

—Pero ¿has buscado algo? ¿Has acabado los estudios?

Zoë pensó en su tesis, acumulando ciberpolvo en su ordenador. Desde lo ocurrido en Las Vegas, solo había abierto el archivo una vez, luego no había vuelto a mirarlo. ¿Era el medio ambiente el gran objetivo de su vida? Tenía un futuro muy poco prometedor en mente. Había dejado la facultad y los libros estaban cubiertos de polvo. También había dejado el trabajo como becaria en la Agencia de Aguas de la zona de la bahía de San Francisco. Tras la baja, no había aguantado más que un día. No soportó las miradas, las preguntas, las elucubraciones de sus compañeros de trabajo. Apenas soportaba mirarse al espejo, ¿cómo iba a mirarlos a la cara?

—No, no he buscado nada.

—Si necesitas ayuda para eso, puedo ponerte en contacto con alguien.

Zoë levantó una mano.

—Ya no estoy segura de lo del medio ambiente. Creo que no es para mí.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer?

Buena pregunta. Pero por desgracia, no tenía respuesta.

—Tal vez deberías darle vueltas al asunto. No te limites. Piensa en una carrera que te proporcione placer o satisfacción.

Zoë frunció el entrecejo.

—En serio, piensa en ello y hablaremos del tema en la próxima sesión. No creo que quieras ser guardia de seguridad el resto de tu vida. Tienes mucho potencial, puedes hacer todo lo que te propongas.

Dios, aquello parecía uno de los ejercicios que pedían los asesores de orientación profesional del instituto a los alumnos del último año. El medio ambiente no era lo suyo, pero tampoco lo era el trabajo de guardia de seguridad.

—Lo intentaré.

—De acuerdo.

Los dos se levantaron y Jarocki la acompañó a la puerta.

—Nos vemos la semana que viene. Y no cometas ninguna temeridad.

Lo de la temeridad era la pequeña broma de Jarocki. El dinero era el origen de todos los males y la temeridad era el origen de todo trastorno de estrés postraumático.

—Me esforzaré, pero no prometo nada.

CAPÍTULO 3

Kristi Thomas asomó la cabeza por la puerta de Marshall Beck.

—Ya han llegado los perros de pelea, Marshall.

Kristi era la fundadora de Garras Urbanas, Rescate Animal, y los perros de pelea rescatados eran muy importantes para el centro. La policía de Fremont había llevado a cabo una operación contra un grupo de promotores de peleas de perros y los animales malheridos habían sido sacrificados. Los perros que no habían sufrido heridas iban a correr la misma suerte, pero Garras Urbanas había apelado la orden de sacrificarlos y se había ofrecido voluntaria para hacerse cargo de ellos e intentar rehabilitarlos. El juez les había dado una oportunidad, pero si no podían rehabilitar a alguno de los canes, sería sacrificado. Aunque Garras Urbanas no era la ASPCA, se habían forjado una gran reputación como salvadores de causas perdidas. La publicidad que había recibido la decisión del tribunal les había proporcionado un aluvión de donativos.

Beck se levantó del escritorio y la siguió hasta el vestíbulo. El personal del centro de rescate y los policías estaban subiendo las jaulas de los pit bulls de pura raza y los cruces para trasladarlos hasta el anexo de evaluación. Todos los animales debían pasar por un proceso de evaluación antes de ser ofrecidos en adopción. Los animales que había en el anexo se habían sometido a un examen rápido para que los perros de pelea estuvieran solos.

Beck observó a los animales mientras pasaban por delante de él. Algunos se revolvían en las jaulas de acero y arañaban o mordían la estructura. Otros se quedaban quietos, derrotados, aceptaban su destino. En general era una situación lamentable, un ejemplo más de la crueldad del ser humano hacia todo cuanto lo rodeaba. Al cabo de unos meses, habría cambiado gracias al amor y el apoyo de los adiestradores. La mayoría de esos perros, cuando no todos, serían rehabilitados. No dejaba de sorprenderle que los animales tuvieran tanta capacidad para perdonar y olvidar todo lo que habían soportado, pero lo había visto una y otra vez en los ocho meses que llevaba en la asociación benéfica. Sabía que no era un rasgo que compartiera con ellos.

—Están haciendo una gran labor aquí —le dijo uno de los policías cuando se iba.

«Yo no», pensó Beck. Él no trabajaba con los animales, sino que se encargaba de gestionar el dinero. Pagaba las nóminas, ingresaba los donativos, redactaba las propuestas para solicitar ayudas económicas, encontraba desgravaciones fiscales y negociaba contratos y reducciones de precios. El problema de las organizaciones benéficas era que eran fundadas y dirigidas por gente que se dejaba llevar por las emociones, lo que les permitía recaudar donativos, pero la pasión no servía de nada para tratar los asuntos fiscales con el gobierno. Ahí era donde entraba él: era un burócrata de pura cepa. Su talento para los hechos y las cifras permitía que toda esa gente pudiera seguir adelante con su vocación.

Después de ver que los policías habían salido, detuvo a Kristi cuando pasaba por su lado.

—¿A cuántos de estos perros podrás salvar?

—Quiero pensar que los salvaremos a todos. Me gusta ser positiva —contestó ella con una

sonrisa, y se fue tras dos adiestradores.

—¿La botella medio llena? —le preguntó Beck mientras Kristi se alejaba.

—Prefiero pensar que está llena del todo.

Beck regresó a su despacho, una sala grande que tenía para él solo y que le ofrecía una vista panorámica de la esquina de la calle. El cruce de Filmore y Washington le permitía comprender cómo estaba cambiando el mundo. Los peatones cruzaban la calle con el semáforo en rojo, lo que obligaba a los conductores a dar un frenazo; los que esperaban a que se pusiera en verde apartaban a los demás a un lado para situarse en primera línea; los conductores se saltaban los semáforos porque llevaban una vida tan acelerada que no tenían tiempo de parar; los vagabundos pedían limosna en lugar de buscar trabajo; la gente no usaba las papeleras y tiraba desperdicios por las ventanillas de los vehículos... Todas esas acciones venían a decir lo mismo: mi mierda es más importante que la tuya. El mundo era un lugar egoísta, algo que Beck no soportaba.

Esa actitud era el motivo principal por el que le sorprendían tanto los animales del centro de acogida. Podían haber estado sometidos a las circunstancias más desagradables y, sin embargo, entregaban su amor a la primera persona que les ofrecía unas migajas de cariño. Si la gente fuera capaz de imitar ese sencillo comportamiento, tal vez aún quedase una oportunidad de salvar el mundo.

Se le aceleró el ritmo cardíaco y le subió la tensión. Lo último que necesitaba era enfadarse. Espiró el aire para liberar el estrés del momento.

Cerró la puerta con el fin de aislarse de las actividades del día a día del refugio y se concentró en su trabajo. A decir verdad, el éxito o el fracaso de la asociación benéfica no le preocupaban demasiado. Había aceptado el empleo de Garras Urbanas por la autonomía que le concedía. Kristi y el resto del personal no se inmiscuían en los asuntos de dinero, lo que le daba libertad para hacer y deshacer a su antojo.

Por desgracia, al cabo de una hora, mientras saboreaba el café que se había preparado en la sala de descanso, la paz que reinaba en el ambiente se hizo añicos cuando oyó un grito:

—¡Dios, ya está otra vez ahí!

Enseguida supo a quién se refería. No necesitaba abandonar su puesto para saber que se trataba de Laurie Hernández. Se levantó y salió al pasillo justo a tiempo de verla desaparecer en el recinto de gatos.

Kristi pasó como una exhalación, dispuesta a abalanzarse sobre Laurie.

Beck la agarró del brazo.

—Yo me ocupo de esto, tú tienes que atender a los perros.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Como toque a uno de los animales...

—La echaré de aquí a patadas.

—Gracias, Marshall.

Esperó a que Kristi regresara al anexo de evaluación antes de abordar a la señorita Hernández. Mantuvo cierta distancia con ella. Debido a la distribución del refugio, podía permitirse ese lujo. El edificio se había dividido en anexos. Dos para gatos, uno para perros pequeños, otro para perros grandes y uno más para conejos, gallinas y animales más exóticos. Cada anexo estaba aislado de los demás con el objeto de reducir el ruido al máximo, pero tenían la fachada de cristal para disponer de luz natural, lo que permitía ver cuanto sucedía en el interior. El robo de animales era uno de los problemas a los que debían enfrentarse. Se apoyó en la pared del anexo de perros grandes y observó a Laurie Hernández en acción.

Beck dedujo que Laurie debía de estar a punto de cumplir treinta años. Era bastante atractiva, aunque algo brusca. Las bolsas de debajo de los ojos y su palidez enfermiza le atribuían más años.

Había entrado en el segundo anexo de los gatos y no parecía consciente de que la estuvieran observando. Beck imaginó que tampoco le importaba. No era su primera visita, sino la cuarta en los últimos dos meses. A simple vista, parecía una persona dispuesta a adoptar una mascota. Lanzaba las exclamaciones de admiración —«oooh» y «aaah»— al contemplar a los animales e introducía los dedos a través de las rejas para que pudieran olisquearlos o lamerlos. Sin embargo, pasaba de amante de los animales a torturadora sin aviso previo. En cuanto se había ganado la confianza del gato, lo golpeaba con el dedo, le clavaba cualquier objeto que tuviera a mano o le disparaba con una pistola de agua. Lo hacía todo sin miedo a que la vieran. Beck creía que deseaba que la atraparan, que eso formaba parte de la diversión.

Laurie Hernández se arrodilló delante del gato y le hizo unas señas para que se acercara. El animal salió de su escondite y Laurie se llevó la mano al bolsillo. Sacó un palillo y se lo clavó en cuanto lo tuvo al alcance.

Beck abrió la puerta del anexo.

—Creo que ha llegado el momento de que te vayas... Otra vez.

Laurie Hernández sonrió.

—Tengo derecho a estar aquí.

—No, con ese palillo, no.

—¿Y si dijera que quiero adoptar a este gato?

—Dudo que eso suceda. Aquí intentamos evitar la crueldad con los animales, no fomentarla.

—Muy bien, me voy. —Se puso en pie, pero antes le lanzó el palillo al gato, aunque rebotó en la jaula—. Sois muy aburridos.

Beck la acompañó hasta la puerta, luego se puso el abrigo y la siguió. Solo él sabía que se llamaba Laurie Hernández. La chica siempre se iba antes de que pudieran llamar a la policía. Había averiguado su nombre al seguirla.

En cuanto salía a la calle, la mujer conectaba los auriculares al iPhone.

La siguió por Fillmore, a media manzana de distancia, mientras observaba cómo se abría paso por el mundo. Iba tan ensimismada que Beck podía mantenerse cerca sin miedo a que lo viera.

Había empezado las misiones de vigilancia después de su segunda visita al refugio. La primera vez había considerado su conducta propia una persona mezquina, pero su regreso le hizo fijarse en ella. Aquella mujer despreciaba el mundo y a todos sus habitantes, un tipo de comportamiento que merecía ser castigado.

Sus misiones de seguimiento le habían proporcionado información jugosa. Garras Urbanas no era el único refugio para animales al que acudía, sino que atormentaba a los animales de la mayoría de los refugios de la ciudad. Los fines de semana le gustaba ir a las discotecas, robar bolsos y carteras aprovechando los descuidos de sus dueños, y emborracharse con lo que sacaba. Se acostaba con cualquier chico que mostrara un mínimo interés en ella. Trabajaba en unas de esas joyerías baratas de Westfield Centre. Beck la consideraba un ser humano despreciable que gozaba atormentando a animales y amargando la vida a la gente. Se preguntó cómo se sentiría si alguien la atormentara a ella. Había tomado una decisión. Había llegado el momento de que aprendiera qué era el respeto. Acarició el cuchillo que llevaba en el bolsillo. Habían transcurrido ocho meses desde que había dejado su marca en alguien, y pensaba hacerlo de nuevo esa misma noche.

—Hasta luego, Laurie —murmuró.



La jornada laboral de Zoë en el centro comercial fue muy tranquila, solo se vio alterada por un par de niños que hacían el tonto y de un cliente que había intentado usar una tarjeta de crédito robada. El único inconveniente de tanta tranquilidad era que había tenido mucho tiempo para darle vueltas a todo lo que le había dicho Jarocki durante la sesión de la mañana. Sabía que la estaba retando, obligándola a examinar su comportamiento y su actitud, pero aun así no le gustaba. Jarocki hacía que todo pareciera muy sencillo: el acontecimiento A desembocaba en el comportamiento B, y si el comportamiento B no se modificaba, conduciría al resultado C. Sin embargo, ella no era una máquina. Era una persona, y demasiado compleja para que la encasillaran, tal y como había intentado el terapeuta.

«Pero ¿de verdad lo soy?»

Mientras finalizaba la última ronda antes de dar por acabada la jornada laboral, examinó su lugar de trabajo con nuevos ojos. ¿Sería cierto que había elegido ese lugar porque era el centro comercial más peligroso de la Bahía? ¿Se había convertido en policía de alquiler solo para correr peligro? ¿Lo hacía para castigarse? Esa teoría la convertía en alguien muy superficial e infantil.

No estaba de acuerdo con el sermón de Jarocki. Había aceptado el trabajo de vigilante de centro comercial por buenos motivos. La gente la trataba de un modo distinto cuando regresó al campus de UC Davis tras el secuestro. Llevaba una etiqueta, la de víctima. Todo el mundo sabía lo que le había sucedido y aquello la redefinía a ojos de los demás. Tenía que dejarlo atrás. Podría haber cambiado de facultad, pero quería empezar de cero y hacer algo lo más distinto posible al doctorado. Fue así como se decidió por el trabajo en el departamento de seguridad del centro comercial. El puesto también le resultaba atractivo porque no le exigía ningún tipo de calificaciones ni de compromiso vital. Y le permitía no pensar más allá del día siguiente. Cuando acababa su turno, acababa el trabajo. Echaba a la gente cuando era necesario, y si atrapaba a alguien robando, lo entregaba a la policía. Nada de líos, de alborotos, ni de compromisos adicionales. No había ninguna conspiración para hacerle daño. Creía que era un trabajo que no le exigiría demasiado y, a decir verdad, le gustaba la idea de castigar a aquellos que infringían las normas. Ya sabía cuál sería la opinión de Jarocki al respecto.

Pensó en la sugerencia del psicólogo de que se hiciera policía. La idea la había inspirado la propia Zoë. Habían hablado varias veces de lo que quería hacer con su vida, y ella había mencionado la posibilidad de trabajar en algún cuerpo encargado de velar por el cumplimiento de la ley. Quería detener a gente como el hombre que las había secuestrado a Holli y a ella. No iba a compensarla por haber abandonado a su amiga, pero tal vez así podría evitar que otras mujeres se convirtieran en víctimas.

¿De verdad podía hacerse policía? Le llevaría varios años. No tenía tanto tiempo; necesitaba gratificación instantánea. Además, tampoco sabía cuánto tiempo duraría su interés por esa opción de vida. Jarocki no se cansaba de decirle que el trastorno de estrés posttraumático era una fase pasajera. También cabía la posibilidad de que perdiera el deseo de luchar contra el crimen, por lo que optar por la carrera de policía acabaría siendo una pérdida de tiempo para todo el mundo.

Sonrió al pensarlo. Usaría ese argumento con Jarocki la próxima vez que recurriera a esa arma de su arsenal psicológico.

Entró en el vestuario del personal y se quitó el uniforme, rígido y sumamente incómodo. Colgó los pantalones en una percha. Conseguían mantener la forma tanto si los llevaba puestos como si no; así era el poliéster.

Vestida con ropa de calle, pasó desapercibida al salir del centro comercial. Regresó a casa en su vieja moto. Había tenido que deshacerse del Volkswagen después de lo que ocurrió: le traía demasiados malos recuerdos. Fue uno más de los ajustes que tuvo que hacer en su vida. Nunca se refería a lo que le había ocurrido como «su huida» o «intento de asesinato». No había huido. No del todo. Y no le gustaba recordarse a sí misma lo cerca que había estado de morir. Siempre pensaba en ello como «lo que pasó» o, si se sentía especialmente valiente, «el secuestro».

La moto resultaba especialmente útil para desplazarse de Richmond a San Francisco en hora punta. Mientras todo el mundo tenía que esperar en colas interminables de tráfico, ella podía cambiar de carril. Llegó al complejo de apartamentos en el que vivía antes de las ocho y se metió en la ducha. Dedicó una hora entera a lavarse el pelo y maquillarse antes de enfundarse el vestido de cóctel rojo cereza, a medio camino entre la elegancia y la provocación. Era lo bastante corto y escotado para insinuar sus atractivos, pero lo bastante recatado para resultar favorecedor. Había refrescado y se planteó la posibilidad de ponerse medias, pero al final prefirió no hacerlo. Quería que le vieran la piel desnuda.

Pidió un taxi por teléfono. No le gustaba conducir cuando había bebido. Además, el vestido y los zapatos de tacón no se llevaban bien con la moto.

Mientras esperaba el taxi, se echó un vistazo en el espejo. El vestido le quedaba muy bien. Le gustaba estar guapa. Recurriendo a la jerga de Jarocki, estar atractiva le subía la autoestima, ¿y acaso no era eso algo bueno?

El psicólogo se equivocaba con ella. No iba a la ciudad a ponerse en peligro o a revivir las situaciones que habían desembocado en su secuestro. Iba a divertirse, simple y llanamente. Estaba viva, y eso era algo que valía la pena celebrar al menos una vez a la semana, y dos durante las vacaciones.

Sonó el teléfono. El taxi estaba fuera. Le dijo al conductor que enseguida bajaba.

Se miró en el espejo por última vez. Sonrió. Iba vestida para matar.

CAPÍTULO 4

Laurie Hernández estaba muerta. Su cuerpo inerte colgaba de las muñecas, con la cabeza inclinada hacia delante. Beck le iluminó el rostro. Reflejaba placidez. La gravedad ejerció su efecto en un reguero de sangre, que cayó al suelo. Estaba claro que se había mordido la lengua. Tras un par de horas de castigo, había puesto fin a su sufrimiento clavándole el cuchillo en el corazón. No era un monstruo.

El secuestro y el castigo habían salido a la perfección. La había raptado después de trabajar. La chica estaba tan absorta con el teléfono que no se dio cuenta de que la había seguido al metro y por la calle. Conocía la ruta que tomaba hasta casa. Fue muy fácil acercarse hasta ella, sedarla con un anestésico que había robado en el refugio, meterla en un contenedor mientras iba a buscar su Honda Pilot y trasladarla a su lancha para salir del muelle. Todos los pasos eran fruto de una planificación rigurosa.

—Espero que hayas aprendido la lección.

La mujer muerta no respondió, pero Beck pensó que sí la había aprendido. Al menos eso fue lo que dijo mientras la azotaba, aunque, claro, eso lo decían todas. Estaban dispuestas a decir lo que fuera necesario para que cesara el dolor, aunque siempre llegaba un momento, casi siempre justo antes de poner fin al castigo, en el que la pecadora confesaba sus crímenes o mantenía una actitud desafiante. En sus últimos minutos, Laurie Hernández le pidió perdón por todo lo que había hecho.

Estuvo a punto de darle las gracias cuando dejó el látigo, se situó delante de ella y le acercó el cuchillo al corazón. Logró sorprenderlo. Beck esperaba que forcejeara, pataleara y gritara. Sin embargo, se rindió sin más. Cerró los ojos y él le hundió la hoja con un martillazo en la empuñadura.

—Los seres humanos son criaturas impredecibles —dijo, y estiró el brazo para acariciarle la mejilla con la mano enguantada.

Dejó a Laurie Hernández colgada mientras se encargaba de la importante tarea de limpiar y eliminar las pruebas. Cuando vivía en pleno campo, cerca de Bishop, le había resultado muy fácil actuar. Bishop le procuraba el aislamiento, el tiempo y el espacio para encargarse de la limpieza con tranquilidad. Sin embargo, en San Francisco debía ser más preciso y refinado en la ejecución de los castigos. Eran habilidades muy necesarias después del desastre de Bishop. Perder a una de las dos chicas fue un error del que había tenido la suerte de salir indemne. A pesar de todo, la ciudad no estaba tan mal. San Francisco era una urbe con muchas ventajas. Mientras que en el pasado su gran amigo había sido el desierto, allí lo era el océano: podía envolver a Laurie Hernández y arrojar su cadáver al agua. Si alguna vez aparecía en la orilla, el mar habría hecho su trabajo y eliminado cualquier prueba que lo vinculara con él.

Y, aunque la ciudad no contaba con muchos espacios abiertos que le permitieran trabajar con relativa intimidad, tenía proyectos de reconstrucción. El paseo marítimo estaba siendo sometido a grandes cambios gracias a las obras de reconversión de varios muelles. No dejaba de sorprenderle que muchos de esos lugares no estuvieran vigilados de noche, que no hubiera patrullas de seguridad y que la única protección fuera una valla de tela metálica y algunas luces. Esa gente olvidaba una cosa: el acceso

desde el agua. No era muy difícil llegar en lancha y trabajar con relativa tranquilidad. Por eso había elegido el muelle 25 como su nuevo lugar de trabajo. Estaba destinado a ser un centro de arte y entretenimiento tras la Copa América. Disfrutaba especialmente aplicando sus castigos en ese lugar, sabiendo como sabía que docenas de trabajadores de la construcción borrarían sus huellas y destruirían la escena del crimen a la mañana siguiente.

Beck acercó una mano enguantada al pecho de Laurie y sacó el cuchillo con la otra. De la herida salió un poco de sangre, cortesía del corazón muerto, pero cayó en el plástico con el que había cubierto el área de trabajo. Metió el cuchillo en dos bolsas de plástico para congelar alimentos y lo guardó en su bolsa. Se agachó ante el látigo que había en la lona. Medio enroscado y bajo la luz tenue, parecía una serpiente muerta. Le gustaba su carácter modesto. No era más que un trozo de cuero trenzado, pero tenía el poder de destrozarse el cuerpo humano. Bastaban diez latigazos para acabar con la mayoría de las personas. Era un instrumento elegante. Recogió el látigo, lo enrolló con cuidado y lo guardó en otra bolsa. No iba a deshacerse de él. Lo limpiaría y se aseguraría de que estaba listo para emplearlo con la siguiente elegida.

Aparte del plástico y de las esposas, el látigo y el cuchillo eran lo único que necesitaba. Le gustaba aquel sistema de trabajo, eficiente, reducido al mínimo imprescindible. Era algo limpio, sencillo. Así le gustaba vivir la vida, y así era como los demás deberían vivirla. Creía que debía pasar por la vida causando el mínimo de molestias a los demás. Por desgracia, no era una actitud habitual en la actualidad. El mundo necesitaba un espejo en el que verse reflejado para aprender una lección. Laurie Hernández era ese espejo.

Había llegado el momento de descolgarla, envolverla en plástico y dejarla en su lugar de descanso eterno. La había suspendido de un sencillo aparejo de poleas que había encontrado en la obra. Iluminó la espalda y las nalgas de Laurie. El látigo había llevado a cabo el trabajo que se esperaba de él. Cada latigazo era una herida abierta. Desollada. Sangrante. En carne viva. Estaba impresionado con su obra. Había abarcado una gran superficie sin que apenas se solaparan las heridas. Un trabajo impresionante teniendo en cuenta que la había azotado más de cuarenta veces.

Siempre había intentado aplicar los latigazos con precisión, asegurándose de que cada uno impactase en una zona de piel virgen. Una vez que el látigo había causado su daño, no servía de nada volver a surcar la tierra arada. Después de cuarenta latigazos, eran escasas las probabilidades de encontrar carne intacta.

De repente, le llamó la atención un ruido en la entrada de la obra. Era el sonido de una pisada sobre hormigón. Resonó en el esqueleto de acero. A continuación, una risa. Más pisadas.

Gente. ¿Era alguien que regresaba al trabajo? ¿Un vigilante de seguridad? ¿Se había equivocado al elegir el lugar? Había estudiado la zona durante dos semanas antes de escogerla. Atisbó movimiento a lo lejos. Eran dos chicos, con la cabeza cubierta con capuchas. Beck se agachó detrás de una columna de acero.

El corazón le latía desbocado. No importaba quiénes fueran los intrusos: no podían verlo. Tenía que irse inmediatamente.

Miró a Laurie Hernández. No tenía tiempo para llevársela consigo. Iba a tener que dejarla. Recogió la bolsa en la que llevaba el cuchillo y todas sus posesiones, y se la echó al hombro. No corrió. Se ocultó entre las sombras y encontró un camino de regreso a la lancha. Con movimientos silenciosos y precisos, bajó por la escalera que llevaba al muelle y retiró la amarra de proa. Ya oía los ruidos de los intrusos con más claridad. Estaban haciendo tonterías, buscaban problemas y aún no los habían encontrado. Cambiarían de planes cuando encontraran a Laurie Hernández. Iba a ser una dura lección para ellos, y también para él. A veces las cosas no siempre salían como uno quería.



Zoë le pidió al taxista que la llevara a Russian Hill. Era un barrio lleno de bares y restaurantes. Iba sola porque su círculo de amistades también había sido víctima de lo ocurrido. Ninguno de sus amigos volvió a comportarse igual con ella. Algunos la culpaban por haber abandonado a Holli. No era que no estuviera de acuerdo con ellos, pero le habría gustado verlos a ellos en su situación. Otros sentían la necesidad de tratarla como si tuviera una enfermedad terminal. No, era mejor buscar la compañía de desconocidos. Así llegaba sin equipaje y se iba sin compromisos.

Entró en el Ferdinand's. Era uno de la decena de bares y restaurantes que solía frecuentar. Tenía un restaurante de lujo en la planta de arriba con una clientela formada por gente con buenos trabajos. Desde luego, no era lugar para una guardia de seguridad que ganaba el salario mínimo, pero era joven y atractiva. Si lograba hacer un «amigo» rápido, nunca tenía que pagar más de una copa ni la cena.

El local estaba a rebosar, algo poco habitual una noche de martes. Se abrió paso hasta la barra, pidió un cosmopolitan y se sentó en el primer taburete que quedó libre.

Al cabo de unos minutos, alguien se sentó en el taburete de al lado. Debía de tener poco más de treinta años. No estaba mal, pero el traje caro le daba un aire refinado que no se ajustaba a la realidad. Se había aflojado el nudo de la corbata en un intento de fingir que se había pasado el día trabajando duro, pero sus manos de manicura perfecta demostraban que eso era lo más parecido a un trabajo manual que habían conocido.

—¿Está libre? —preguntó.

Zoë se fijó en el reloj. Habían pasado tres minutos desde que había entrado en el local. Era casi su mejor marca personal.

—Sí, adelante.

—Genial. Llevo todo el día de pie. Me levantaré en cuanto llegue la persona con la que has quedado.

—Voy a tomar algo con unas amigas luego.

Sonrió, un gesto que, con desconocidos, le salía con naturalidad.

A Zoë le gustó la gran sonrisa que se dibujó en la cara del chico cuando no mencionó ningún novio. Qué fácil era hacer que picaran el anzuelo. Zoë fingió que no había reparado en la sonrisa y siguió con la historia.

—Pero conociendo a esas dos, llegarán tarde. No sé por qué me molesto en hacer planes.

Las mentiras le salían con la misma naturalidad que las sonrisas. Cuando hablaba con desconocidos, era una hoja en blanco. Podía ser quien se propusiera y los hombres siempre la creían.

—Eh, todos tenemos amigos así. ¿Ya has pagado?

—Aún no.

—Pues te invito para compensar las malas amistades.

Llamó al camarero de la barra con un gesto. Le dijo que invitaba a la chica y que él quería tomar una cerveza japonesa de la que Zoë nunca había oído hablar. Le gustó que pusiera tanto énfasis en que iba a beber de la botella, en un intento obvio de resaltar su masculinidad. Entrechocaron la copa y la botella para brindar.

—Soy Zoë.

—Yo Rick —dijo él, y se estrecharon la mano—. Rick Sobona.

—Has dicho que habías estado todo el día de pie. ¿A qué te dedicas?

—A la publicidad. He estado reunido con Apple todo el día. Hablo en primera persona, pero en realidad me refiero a mi equipo y a mí.

Supuso que la mayoría de las chicas caían rendidas a sus pies cuando les decía eso, pero ella no se dejó engañar. Si su empresa había recibido la visita de Apple, lo más lógico era que estuvieran agasajándolos, y en tal caso, y si él era alguien importante, tendría que formar parte del séquito dedicado a esa misión. Sin embargo, prefirió pasar por alto los puntos débiles de su historia. A fin de cuentas, ella también mostraba cierta tendencia a la exageración.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—Soy contable.

La miró de arriba abajo.

—Pues no tienes aspecto de dedicarte a los números.

Zoë se llevó una mano al pecho para fingir sorpresa.

—¿Debo ofenderme? ¿Me estás diciendo que no te parezco lo bastante inteligente para ser contable?

—Oh, no, pareces muy lista —dijo Rick con una sonrisa avergonzada, que enseguida se convirtió en lasciva—, pero también eres una mujer despampanante.

Con ese comentario, se había lanzado un poco demasiado rápido, pero Zoë imaginó que el hecho de estar sola e ir vestida de aquel modo era una invitación muy clara para los tipos a los que les gustaba pasar enseguida a la acción.

Zoë aceptó el cumplido con una sonrisa.

—Eres muy amable.

El camarero se acercó y les preguntó si querían ver la carta. La oferta hizo que su relación subiera de categoría: pasaron de ser dos personas que charlaban a dos personas a punto de convertirse en algo más. Pidieron la comida y una segunda ronda, y una tercera cuando llegó la cena, que los ayudó a asimilar el alcohol. Sin embargo, a Zoë los combinados no siempre le sentaban bien y ya empezaba a notar los efectos de los tres cócteles.

Rick resultó ser un peso ligero como ella en cuanto a su capacidad para tolerar la bebida. Las cervezas japonesas habían restado interés a su conversación y le empezaban a pesar los párpados.

Se inclinó hacia delante.

—Estaba pensando que no vivo muy lejos de aquí. ¿Por qué no vamos a mi casa... y a ver qué pasa? Huy, mira, si rima y todo. ¿Qué me dices?

Ese era el momento más complicado de la noche: la retirada. Rick Sobona estaba bien para tomar una copa gratis y darle algo de vida a una noche aburrida entre semana, pero nada más. A pesar de su fanfarronería y de su evidente deseo, no era su tipo, y no quería ir a su casa. Nunca iba a casa de nadie. Ya no.

Le llamó la atención una de las pantallas que había encima de la barra. Eran las noticias, pero apenas oía lo que decían por culpa del bullicio del local. En la parte inferior de la pantalla se leía «Última hora...». En las imágenes se veía un cordón policial delante de uno de los muelles del embarcadero. Como sucedía en la mayoría de las escenas del crimen, agentes uniformados intentaban mantener el perímetro mientras la muchedumbre se agolpaba en torno a ellos para ver algo. A lo lejos, unos hombres vestidos con traje, tal vez inspectores, recorrían el interior y el exterior del edificio. Sobreimpresionado, se veía al presentador de las noticias, que hablaba con el enviado especial. Zoë no habría prestado atención a la noticia de no haber sido por el titular: «Víctima de asesinato hallada colgada».

Se le dispararon todas las alarmas. Notó una presión en el pecho y descubrió que le costaba respirar. La falta de oxígeno intensificó los efectos del alcohol que le corría por la sangre y parecía converger en el cerebro. Cada vez que intentaba comprender lo que mostraba la televisión, el alcohol le nublabla el entendimiento, que quedaba oculto en recovecos de su mente que no conseguía encontrar. Respiró hondo. Logró contener el pánico, pero solo temporalmente.

Zoë agarró al camarero del brazo.

—¿Puedes subir el volumen del televisor?

El chico la miró como si estuviera loca.

—Tengo que oírlo.

—Eh, que te estoy hablando —se quejó Rick.

Zoë no le hizo caso.

—Tengo que oírlo —le insistió al camarero.

El chico tomó el mando a distancia y subió el volumen. Un gruñido se extendió entre gran parte de los clientes, que se volvieron para averiguar por qué alguien había decidido que la televisión debía formar parte de la velada.

Zoë apretaba los puños y los relajaba.

—Más alto, por favor.

—Aquí Tierra llamando a Zoë. Tierra llamando a Zoë. Rick al habla.

—Para finalizar —dijo el periodista enviado al lugar del crimen—, el cadáver de la mujer se ha encontrado en el muelle 25 hace unas horas. En estos momentos, los detalles todavía son imprecisos. La policía de San Francisco no ha efectuado declaraciones, pero según testigos presenciales, la víctima estaba desnuda, atada de las muñecas, colgada de la estructura y es posible que el asesino la haya azotado con un látigo.

El pánico se apoderó de ella. Fue tan grande el impacto que se agarró a la barra. El mundo empezó a girar y, cuando se detuvo, ya no estaba en el bar ni en San Francisco, sino desnuda, sola en un cobertizo en el desierto. La historia se repetía. Estaba sucediendo allí.

Recogió su bolso.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —preguntó Rick—. ¿Qué pasa aquí? ¿Es que de repente soy aburrido? Creía que íbamos a trasladar la fiesta a otra parte.

—Lo siento. En otro momento.

Zoë se volvió y bajó del taburete. Había logrado abrirse paso entre los clientes y estaba a punto de llegar a la puerta cuando una mano la agarró del brazo. Se dio la vuelta y vio a Rick, que la sujetaba de la muñeca.

—Esto no ha acabado.

Fue un error agarrarla. Ya no era la víctima indefensa de hacía quince meses. Había adquirido las habilidades necesarias para defenderse.

Zoë no discutió ni se quejó. Actuó por instinto. Con la mano libre, le agarró el pulgar y tiró hacia atrás. Rick profirió un grito y la soltó. Zoë mantuvo la presión. La sencilla maniobra le acercó el brazo al pecho y lo obligó a arrodillarse para evitar que le rompiera el pulgar. Al final, Zoë lo soltó.

—Zorra. —El insulto preñado de odio parecía más consecuencia del bochorno público que otra cosa.

Rick se abalanzó sobre ella, quien contraatacó y le golpeó en la nariz con la base de la mano. Fue un gesto lo bastante fuerte para que se le saltaran las lágrimas, pero no tanto como para romperle el tabique.

—¡Nunca, jamás, vuelvas a tocar así a una mujer! —le gritó a la cara—. ¿Entendido?

CAPÍTULO 5

Ni Rick Sobona ni ninguno de los empleados del Ferdinand's salió persiguiendo a Zoë. Eso no significaba que no fueran a llamar a la policía, pero en esos momentos no podía pensar en ello. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Necesitaba a la policía, pero no por lo que acababa de suceder. Tenía que saber si la mujer asesinada tenía algún vínculo con Holli. ¿La conocía?

Aceleró el paso y se montó en el primer taxi que vio. Le dijo al conductor que la llevara al muelle 25. La ventaja de que el asesino hubiera elegido un lugar tan conocido como el muelle 25 era que resultaba fácil de encontrar.

Se inclinó hacia delante, con los puños cerrados. Todo su cuerpo se estremecía debido a la adrenalina que le corría por las venas. Le habría gustado que fuera un efecto secundario de haber golpeado a Rick, pero era consecuencia del miedo. Miedo por lo que les había sucedido a Holli y a ella. Miedo por lo que le había sucedido a la última víctima. Miedo por la posibilidad de que todo volviera a empezar.

«El miedo es el enemigo», pensó. Era una de las frases habituales de Jarocki. El miedo nublaba la mente, turbaba el juicio e impedía la recuperación. En esos momentos, Zoë era presa de un ataque de pánico, tenía que calmarse. Probó una de las técnicas de respiración que le había enseñado el terapeuta. Inspiró, retuvo el aire un segundo y lo exhaló. Repitió el ejercicio diez veces y sintió que el miedo remitía con cada respiración. No sabía si el truco de Jarocki funcionaba porque la inyección forzosa de oxígeno le aclaraba las ideas o porque el simple acto de controlar la respiración le permitía concentrarse en algo que no fuera el pánico. Sea como fuere, lo importante es que funcionaba. No había recuperado la calma, pero sí el control de sí misma.

Vio que el taxista la miraba por el retrovisor. Debía de creer que estaba loca. ¿Lo estaba? Su reacción a la noticia no había sido muy cuerda precisamente. Había visto docenas de noticias de asesinatos desde lo sucedido y nunca había reaccionado como esa noche, pero el modo en que el asesino había colgado a la mujer era una prueba clara de que había algún tipo de vínculo con su caso. En ese momento tenía que saber si el vínculo era real. No le importaba quedar en ridículo ante la policía.

El taxi se detuvo a dos manzanas de la dirección que le había dado, pero no podía acercarse más debido a la presencia de policías, cámaras y curiosos. Pagó la carrera y bajó del vehículo.

Se dirigió hacia la multitud, aunque había tanta gente que apenas pudo atisbar lo que sucedía más allá.

—¿Ha dicho algo la policía? —le preguntó a la gente que había a su alrededor.

—No han abierto la boca —respondió el hombre que estaba a su lado.

—Solo hemos visto entrar y salir a gente —añadió la mujer que había justo delante de Zoë—. El cuerpo sigue ahí, porque no lo ha sacado nadie.

—¿Alguien lo ha visto?

Recibió varias respuestas negativas.

—¿Que si alguien ha visto el cuerpo? —le soltó una mujer—. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

Zoë podría preguntarle lo mismo.

—¿Dónde está la persona que ha encontrado a la mujer?

—Están con la policía —respondió un chico de unos veinte años.

—¿«Están»?

—Creo que han sido dos personas.

—Yo había oído que solo había sido una —terció alguien.

Aquello no tenía sentido. Nadie sabía nada, y si afirmaban lo contrario, en el mejor de los casos, sería pura especulación.

Zoë se abrió paso entre la multitud y llamó con un ademán a un policía que había al otro lado del cordón.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el agente.

—Tengo que hablar con la persona que esté al mando.

—¿Por qué?

—Porque necesito respuestas.

—No me cabe ninguna duda de que así es, pero la investigación está en curso. No vamos a emitir ningún comunicado de prensa.

Tendría que haber sabido que iba a chocar con un muro de silencio.

—No pregunto solo por curiosidad. Tal vez tenga información sobre lo ocurrido.

Se abstuvo de decir que cabía la posibilidad de que conociera al asesino, porque su conversación empezaba a llamar demasiado la atención de los curiosos.

—¿Qué tipo de información? ¿Conocía a la víctima?

—Sí. No. Por eso quiero hablar con alguien. Podría saber algo. Tengo información.

El policía le lanzó una mirada que daba a entender que eso ya lo había oído antes.

—Retroceda, por favor.

—No.

La respuesta brusca de Zoë sorprendió al agente de policía. Por un momento pareció desconcertado, pero enseguida se recuperó. La miró de arriba abajo. Se fijó en el vestido, la piel desnuda y el maquillaje. Se acercó a ella y le olió el aliento.

—¿Ha bebido esta noche?

Zoë gruñó para sí.

—Sí, pero ¿eso qué importa?

—Mire, si no se va, la detendré por embriaguez. Si quiere que llame un taxi, estaría encantado de ayudarla.

El policía le estaba haciendo perder el tiempo. No podía irse a casa y esperar a descubrir las respuestas en las noticias. No saber la verdad la desesperaría. No pensaba quedarse de brazos cruzados hasta averiguar qué diablos había pasado y tampoco iba a permitir que aquel tipo se interpusiera en su camino.

Vio a dos hombres con traje y corbata salir del edificio. Ambos se quitaron los guantes de látex. Debían de ser inspectores o, al menos, tener más información sobre el caso que aquel agente.

—De acuerdo.

Hizo ademán de marcharse y, cuando el policía se volvió, se coló por debajo de la cinta que delimitaba la escena del crimen y se dirigió hacia los hombres de traje. Se oyó un grito entre la multitud, seguido del grito del policía, que le ordenó que se detuviera. Oyó las pisadas detrás de ella.

—Disculpen, ¿están al mando de la investigación? —les gritó a los hombres.

Al cabo de un segundo, ambos echaron a correr hacia ella.

—Tengo que hablar con ustedes.

—¡Alto! —gritó de nuevo el policía detrás de ella.

Sonó como si estuviera cerca y así era. Se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. El policía se llevó la peor parte del golpe, ya que cayó de lado para protegerla. A pesar de todo, el bolso y uno de sus zapatos salieron volando.

El inspector más joven ayudó a Zoë a ponerse de pie.

—¿Qué demonios sucede, Acosta? —preguntó el otro detective.

Acosta se levantó con cuidado.

—Está borracha.

—No es verdad. Tengo que hablar con ustedes del asesinato.

El detective que la había ayudado a incorporarse aún la estaba sujetando.

—¿Sabe algo?

—Sí, podría ser. Solo quiero saber algunos detalles.

—¡Maldita sea! —exclamó el otro detective—. ¿Es periodista o bloguera?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Zoë Sutton. Hace quince meses, un hombre me secuestró y mató a mi amiga. Esta noche he visto la noticia: es el mismo hombre.

Zoë confiaba en que esa información le abriera las puertas, que le permitiera que confiaran en ella, pero lo único que recibió fue miradas inexpresivas. La sinceridad debería haberle permitido ganarse su confianza, pero surtió el efecto contrario.

—No estoy loca.

—Nadie dice que lo esté —afirmó el otro detective.

—Señora Sutton, ¿se da cuenta de lo que ha hecho? —preguntó el otro—. Ha contaminado una escena del crimen activa. ¿Sabe el daño que puede haber causado al caso?

—Intento ayudarlos.

—Pues no lo está haciendo. Llévatela, Acosta. Múltala por algo. Lo que quieras.

Acosta sacó las esposas y un grito de alegría estalló entre la multitud.

No, tenían que escucharla. Se zafó del detective más joven y buscó la cremallera lateral del vestido. Ambos detectives se llevaron las manos a las pistolas. Acosta se apartó de ella. Zoë no hizo caso de la situación de peligro a la que acababa de exponerse y se bajó la cremallera. Se apartó el vestido a un lado y les mostró las letras «IV» que llevaba grabadas en la cadera.

—¿La mujer de ahí dentro tiene una cicatriz como esta?

El silencio de asombro le confirmó que, efectivamente, así era.



Marshall Beck estaba sentado a oscuras en el anexo de evaluación de Garras Urbanas. La única luz que iluminaba la sala era la de las farolas de la calle. Los perros de pelea estaban tranquilos. Los habían rebautizado. Muchos nunca habían tenido nombre y, cuando sí lo tenían, eran estúpidos nombres peleones como Asesino, Bestia o Diablo, producto de la escasa inteligencia de sus amos.

Muchas noches iba allí cuando ya había cerrado el centro para pasar un rato con los animales. Disfrutaba de la soledad. Los animales lo ayudaban a relajarse cuando se sentía abrumado por la gente y su actitud, y necesitaba huir a algún lugar. Cuando el ruido de sus pensamientos amenazaba con

fracturarle el cráneo, ellos le ofrecían silencio. No lo bombardeaban con sus problemas y sus discusiones triviales. Le cedían un espacio. Era lo que más le gustaba de aquellos animales, que no eran sentimentales, que no juzgaban. Si uno de ellos moría, los demás no lloraban. Seguían con su vida. Sentía un vínculo especial con esos perros de pelea. Por eso prefería sentarse con ellos a con los demás. Solo conocían la vida y la muerte. Seguro que entendían la magnitud de los problemas a los que se enfrentaba.

Beck se apoyó en la pared sin dejar de mirar a Brando, uno de los pit bulls, que estaba encerrado en su jaula. Mientras los demás canes dormían, este permanecía despierto. Estaba sentado y miraba fijamente a Beck. De todos los perros de pelea que había acogido el refugio, Beck había sentido un vínculo instantáneo con Brando. La vida había tratado muy mal a aquellos animales, y les había pasado factura. La mayoría habían quedado destrozados, aterrados o se habían vuelto locos, pero no Brando, que conservaba el alma con la que había nacido. Los etólogos del refugio podrían rehabilitar a los demás perros, pero no a Brando. No era de los que cambiaban. Se trataba de una constante universal. Los instructores no lo habían visto, o no habían querido verlo, pero Beck sí: debajo de los cortes y las cicatrices, la verdad de Brando refulgía en sus ojos. Y lo que él vio en el perro también lo vio el animal en él. Ambos eran supervivientes. Ambos habían sufrido, pero no habían sucumbido.

Le vino a la cabeza un destello de su pasado: él, un niño, en un hogar de acogida, azotado por haber cometido una infracción.

Se estremeció al recordarlo. Brando detectó ese fugaz momento de debilidad y gruñó. Beck sonrió.

—Ese tipo de reacciones harán que acaben matándote —le dijo.

El perro dejó de gruñir.

—Aunque no es que importe demasiado. Sabes que van a tener que sacrificarte, ¿no?

Brando se limitó a mirarlo fijamente.

Otro perro gimió al oír la voz de Beck y se escondió en un rincón de su jaula. Salvo por el leve movimiento de una oreja, Brando permaneció inmóvil como una estatua.

—Es lamentable que tengas que pagar por la persona que te ha metido en este aprieto.

El perro no se inmutó.

—Es muy injusto. Pero así es la vida.

El perro que gimoteaba se calmó.

—Seguro que te gustaría equilibrar la balanza, ¿verdad, Brando? Claro que sí. Con un poco de suerte, tal vez surja alguna oportunidad. —Lanzó un suspiro—. Sin embargo, yo no estoy seguro de que vaya a tener la oportunidad de seguir adelante con mi trabajo.

Tras el fiasco de esa noche, se encontraba en terreno desconocido. Habían descubierto su obra. ¿Qué podía hacer? Se sentía atrapado, como todos esos perros.

—La he fastidiado, Brando. Me he vuelto a equivocar. Ahora cabe la posibilidad de que a mí también me metan en una jaula.

El daño ya estaba hecho. Había dado una oportunidad a la policía. Laurie Hernández era una prueba importante, así como aquella obra. Tenían el principio de un rastro.

Pero ¿podrían seguirlo hasta él?

No lo creía. Al principio el pánico lo había llevado a pensar que los policías acabarían llamando a su puerta, pero la sensación había cambiado en el entorno tranquilo del centro de recuperación. La lógica había sustituido al pánico gracias a la influencia tranquilizadora de Brando. Cuando analizó sus actos, se dio cuenta de que estaba a salvo. Había tenido cuidado. La policía no lo iba a tener fácil para establecer un vínculo entre Laurie Hernández y él. No había dejado huellas en la escena, y aunque encontraran muestras de ADN, no tenían un perfil con el que compararlo. Aparte del plástico y de la propia Laurie, no había dejado ninguna prueba. Tenía el látigo y el cuchillo consigo. La policía no contaba más que con un cadáver. A pesar del gran error que había cometido, estaba a salvo. Y sonrió.

Brando se puso tenso.

Beck asintió con la cabeza.

—No se puede fanfarronear con estas cosas. Supongo que debería asegurarme de cuál es la situación.

Se puso en pie y el movimiento brusco provocó una cadena de reacciones en los perros. Dejó que su ausencia los tranquilizara.

Una vez en su despacho, se puso a navegar por internet. Consultó todos los canales locales de noticias. Laurie Hernández era la noticia estrella.

—A ver si es tan grave —dijo y abrió el enlace de vídeo.

Era la típica crónica. La periodista enviada al lugar de los hechos, Dinah Ortiz, aparecía en primer plano mientras los policías trabajaban en la escena del crimen, a lo lejos, y una multitud de curiosos observaba boquiabierta y se peleaba por cuatro décimas de segundo de cámara. La periodista repasó los escasos hechos: unos jóvenes habían hallado el cadáver desnudo de una mujer no identificada y colgada de las muñecas. También dio a entender que la víctima había sufrido una agresión brutal. Por desgracia para la periodista, no había logrado obtener declaraciones de la policía.

Aquella crónica de tres minutos no le proporcionó ninguna novedad. Y eso era una buena noticia. Solo le confirmó el presentimiento de que la investigación no conduciría a la policía hasta su puerta.

Vio el vídeo de nuevo. En esta ocasión, en lugar de observar a la periodista, centró la atención en la escena, rodeada de cierta intensidad debido a la especulación de la periodista y al fervor que destilaba la multitud congregada. La reacción a su trabajo lo tomó por sorpresa. Siempre se había esforzado por ocultar sus actos al gran público y a la policía. El hecho de comprobar el interés que habían despertado lo asombró e intrigó a la vez.

La discreción siempre había sido su consigna, pero ¿debía ser así? Hacía lo que hacía por un motivo: para castigar a aquellos cuyo comportamiento era inaceptable. Hasta el momento, su mensaje se había dirigido únicamente a las personas a las que había dado una lección. Una estrategia muy discreta. El interés de los medios de comunicación por la muerte de Laurie Hernández lo cambiaba todo. Daría pie a debates, especulaciones y análisis de todo tipo. Podía provocar un cambio real. Sonrió. En un principio consideraba que lo que había sucedido era un tremendo error, pero en ese momento se daba cuenta de que podía ser una bendición. A partir de entonces no intentaría ocultar su trabajo. Pensaba hacerlo público para que sirviera como advertencia y la gente supiera que su mala conducta era inaceptable.

Se inclinó hacia delante y reprodujo los vídeos de otras emisoras locales. El esfuerzo se vio recompensado con las imágenes de diversos bustos parlantes sobre el mismo telón de fondo. Vio los vídeos con orgullo.

En la página de la ABC había información de última hora e hizo clic en el vínculo. El vídeo empezaba con una introducción de los presentadores desde el estudio.

—Se ha producido un interesante giro de los acontecimientos en el escenario del brutal asesinato de una mujer en el muelle 25. Una observadora ha saltado el cordón policial. Nuestras cámaras han captado las imágenes —anunció Mick Tolley—. Regresamos con Dinah Ortiz para que nos relate lo ocurrido.

Dinah Ortiz aparecía en un lugar distinto del de la conexión anterior, aunque la muchedumbre que la rodeaba no parecía haber cambiado.

—Sí, Mick. Entre las dos conexiones se ha producido una discusión entre una mujer y los agentes de policía que ha desembocado en esto.

En ese momento dieron paso a un vídeo. La cámara se movía bruscamente y enfocaba a una joven rubia con un vestido muy ajustado que atravesaba el cordón policial. La cámara seguía a la chica, que gritaba y corría hacia dos hombres, sin duda detectives, que salían de la obra. La chica estaba demasiado lejos y el micrófono de la cámara no podía captar lo que decía. Tampoco llegó demasiado lejos, ya que

la derribó un policía de uniforme. La cámara la enfocó mientras el agente la ayudaba a ponerse de pie y los otros dos policías se acercaban.

Aquella chica le resultaba familiar.

La cámara registró una discusión con los detectives. Cuando parecía que la rubia iba a acabar en la celda de los borrachos, se bajó la cremallera del vestido y se señaló con furia la cadera, justo por encima de las bragas.

Beck se estremeció al ver las imágenes.

La cámara se movió a una velocidad mareante y tomó un primer plano de lo que señalaba la chica.

Sabía qué iba a mostrarle la lente: su marca.

Se reclinó en la silla y apagó la pantalla para no ver el resto de la crónica de Dinah Ortiz. No era importante. Acababa de suceder algo increíble. Era ella, la chica de Las Vegas, pensó, la que se había escapado.

CAPÍTULO 6

Los policías no la esposaron, cosa que Zoë interpretó como una buena señal. Significaba que la creían o, al menos, se tomaban sus palabras en serio. La sentaron en la parte de atrás del coche patrulla y la llevaron a la comisaría. Durante el breve trayecto, no hablaron ni entre ellos ni con ella. Supuso que querían que quedara constancia de todo lo que pudiera contarles.

Se apresuraron a entrar en el edificio y la metieron en una sala de interrogatorios. Le pidieron el permiso de conducir, le hicieron una fotografía de la cicatriz de la cadera y le dieron una botella de agua. Conocía el procedimiento. Sabía que estaban revisando sus datos. Bien. Era lo que quería. En cuanto lo hubieran hecho, podrían dejar de lado los formalismos y concentrarse en el caso.

El hecho de que estuvieran consultando sus antecedentes podía acarrear ciertos problemas, claro. Les permitiría confirmar que había sido secuestrada, pero también que había bebido y la habían drogado. La credibilidad era muy importante, y no era su mejor baza. Tal vez solo se estaban tomando su tiempo para que se tranquilizara. A fin de cuentas, había irrumpido en la escena de un crimen. Le parecía bien. Hizo respiraciones largas y profundas, como le había enseñado Jarocki, y sintió que su cuerpo se calmaba.

Cuando el detective más joven regresó a la sala de interrogatorios, había transcurrido casi una hora.

—Hola, soy el inspector Ryan Greening. Siento haberla hecho esperar. Confío en que no le importe responder a unas preguntas.

—Claro que no. Yo también tengo algunas.

Greening se sentó delante de ella.

—Y yo se las responderé, si puedo.

Le pareció curioso que solo la interrogara uno de los dos inspectores y que, de los dos, fuera el más joven. ¿Creían que iba a conectar mejor con alguien de una edad más próxima a la suya? Tal vez le estaba dando demasiadas vueltas al asunto. «Mira que eres suspicaz, Zoë...», se dijo.

El inspector le devolvió el permiso de conducir y sonrió.

—Cuando se hizo esta foto tenía el pelo más largo.

Se llevó la mano a la nuca desnuda en un gesto instintivo y se la acarició.

—Sí, ahora lo llevo corto. ¿No le gusta?

—Claro, pero parece distinta. Antes de empezar, me gustaría informarle de que este interrogatorio va a ser grabado. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

Vio los arañazos y magulladuras que tenía en el codo y el hombro de cuando la habían derribado al saltarse el cordón policial.

—Lo que ha hecho esta noche no ha sido muy inteligente. Podría haber sufrido daños muy graves.

—Tenía que hablar con los responsables de la investigación.

—Hay mejores formas de hacerlo que saltarse un cordón policial y contaminar la escena de un crimen. Podría haber llamado por teléfono o acercarse a una comisaría.

No le gustaba que Greening intentara ponerla en su sitio. Los policías siempre querían hacer las cosas a su manera. Pues noticia de última hora: el mundo no se regía según las normas de la policía; de haber sido así, a ella no la habrían secuestrado y esa noche no habrían encontrado el cadáver de aquella chica.

—Sí, pero entonces se habrían deshecho de mí.

Greening no respondió. En lugar de eso, le examinó la sien derecha e hizo una mueca de preocupación.

—Parece que le va a salir un buen hematoma.

Zoë supuso que el maquillaje que se había puesto para ocultar el moretón había desaparecido.

—Esto no ha sido cosa suya. Me lo hice en el trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿A qué se dedica?

—Soy guardia de seguridad en un centro comercial.

El inspector enarcó una ceja al oír su respuesta.

—Nunca lo habría adivinado. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja allí?

—Alrededor de un año. ¿Podemos volver a lo que ha pasado esta noche?

—Claro. ¿Puede decirme qué estaba haciendo entre las diez y las doce de la noche?

—Estaba en un restaurante —dijo, y se arrepintió al instante de su respuesta—. En el Ferdinand's.

El inspector le señaló el vestido con la cabeza.

—¿Con amigos?

Zoë se tomó tiempo para responder.

—No.

—¿Sola?

Asintió.

Zoë vio que a Greening le cambiaba la expresión mientras procesaba la información. Ella no quería que insistiera en el asunto. Tenía información que podía ayudarlos a sacar adelante la investigación. ¿Qué más daba que hubiera salido sola? Podía ayudarlos a encontrar al asesino. Por suerte, Greening intuyó lo que estaba pensando y no insistió más.

—¿Puede confirmar alguien que estaba en el Ferdinand's a esa hora?

Estaba convencida de que Rick Sobona y algunas personas más podían proporcionarle una coartada, pero no del tipo que necesitaba en esos momentos.

—Había mucha gente. No creo que nadie se fijara en mí.

—Así que ¿salió a tomar algo y acabó en la escena del crimen?

«Sigue poniendo a prueba mi credibilidad.»

—No, estaba en el restaurante y he visto la noticia. En ese momento he atado cabos y he acudido de inmediato.

—¿Ha atado cabos?

—La persona que ha matado a esa mujer es la misma que mató a mi amiga Holli y que... me secuestró.

—¿Qué le hace pensar que lo que ha sucedido esta noche tiene alguna relación con su caso?

«Maldita sea, ¿es que no basta con la cicatriz?» La estaba poniendo a prueba. Si había revisado sus datos, tenía que saber lo que le había sucedido. Sin embargo, supuso que no iba a quedarle más remedio que pasar por el aro.

—En la noticia se hablaba de una mujer desnuda y colgada de las muñecas. Eso fue exactamente lo que le hizo a Holli.

Le vino a la cabeza una imagen de Holli colgada de aquel maldito gancho. Había muerto otra

mujer y, esta vez, en la ciudad en la que vivía Zoë. Sus circunstancias habían cambiado. Su futuro era incierto porque su seguridad era incierta.

De pronto advirtió que Greening la miraba fijamente. Era una mirada de compasión, pero no podía desembarazarse de la incomodidad.

—Hábleme de su secuestro —le pidió Greening.

«Otro policía, otra vez a contar la historia», pensó. Aparte de Jarocki, parecía que los policías eran los únicos que conocían lo ocurrido. No sabía si era el alcohol, que empezaba a imponerse a la adrenalina que fluía por su cuerpo, pero una leve sensación de mareo se apoderó de ella. Le pidió agua a Greening.

Zoë aprovechó que el inspector salió un momento para recobrar la compostura. Tenía que hacerlo. Greening regresó con una botella y rompió el precinto antes de dársela.

Zoë quitó el tapón y tomó un trago que le provocó un estremecimiento.

—Bueno, señorita Sutton, he hablado con la oficina del sheriff del condado de Mono y me han contado los detalles principales de lo que sucedió, pero me gustaría repasar los hechos. La señorita Buckner y usted fueron a Las Vegas.

Zoë guardó silencio un minuto. Sintió el peso de la mirada de Greening mientras intentaba serenarse al recordar el pasado, antes de hablar.

—Holli y yo fuimos en coche a Las Vegas, a pasar el fin de semana. Volvíamos el domingo. El aire acondicionado de mi coche no funcionaba muy bien, por eso decidimos salir tarde. Paramos en un pueblo pequeño a comer algo. Fue entonces cuando ese hombre nos secuestró.

En esa ocasión le resultó un poco más fácil hablar del «secuestro».

—¿Estaban en el condado de Mono?

Zoë guardó silencio de nuevo.

—¿Señorita Sutton?

Cerró los puños con fuerza.

—¿Zoë?

Golpeó la mesa con ambos puños y tiró la botella de agua.

—¡No lo sé! —gritó—. No lo sé, ¿de acuerdo? Sucedió. No sé dónde. No sé cuándo. Y no sé con quién.

Zoë vio la mezcla de asombro y estupor en el rostro de Greening y se arrepintió de inmediato de su arrebatado de ira, ya que la hacía parecer inestable. Y, por si eso fuera poco, había quedado grabado. Ya se imaginaba la cara de desaprobación de Jarocki.

—No se preocupe, señorita Sutton. No quiero que se altere. Solo estamos hablando.

—Lo siento. Lo siento. No quería perder los estribos. Es que recuerdo muy poco de esa noche y es algo que me saca de quicio. Ese hijo de puta está ahí fuera, y yo lo vi, pero cuando intento recordarlo, lo único que me viene a la cabeza es una imagen borrosa. Si lo hubiera identificado entonces, esa mujer no estaría muerta.

—Eso no lo sabe a ciencia cierta y usted no es responsable de los actos de los demás.

—Eso es muy fácil decirlo —replicó Zoë.

Greening repasó sus notas.

—El agente con el que he hablado me ha dicho que la drogaron. De modo que no es extraño que no recuerde demasiado. Si se usan esas sustancias es por un motivo: su eficacia. ¿Por qué no me habla de lo que sí recuerda?

Negó con la cabeza.

—Son todo fragmentos. Recuerdo que paramos en un pueblo pequeño, pero no sé cuál era. Podría haber sido en el condado de Mono o en cualquier otro lugar. Tomamos algo. Coquetemos. No sé con quién. Recuerdo que me desperté en un cobertizo, desnuda, atada, y que sangraba por el corte que él me

había hecho. —Se llevó la mano a la cadera, donde tenía la cicatriz—. Tampoco sé dónde fue eso.

—Pero tuvo que ocurrir algo, porque la encontraron desnuda e inconsciente en la autopista US 395, en su coche.

—Logré huir y fui a pedir ayuda.

No tuvo el valor de decir que huyó como una zorra asustada y que dejó atrás a su amiga.

—¿Hasta dónde cree que llegó?

—Podría haber sido hasta la carretera donde estaba el bar o cien kilómetros más allá. No lo sé.

—¿Nadie llegó a encontrar el cadáver de Holli?

—No.

—¿Qué cree que le pasó?

—Él la mató. —Fue como si sus palabras resonaran en las paredes de la sala y cayeran al suelo con un golpe sordo—. La última vez que vi a mi amiga estaba colgada de un gancho en el techo de chapa de algún lugar inmundo, como si fuera una res, desnuda y desangrándose mientras ese psicópata la azotaba con un látigo, ¿y sabe qué hice? ¿La ayudé? ¿Luché? No. Hui. Me salvé y la abandoné.

Zoë enterró la cabeza en las manos y cerró los ojos. Las imágenes de Holli llenaron el vacío: el balanceo de su cuerpo colgado del gancho, mientras el hombre la observaba desde detrás, con el látigo en la mano.

—¿Qué cree que le hizo?

Había repasado cientos de veces las distintas posibilidades, y ninguna era agradable ni respetuosa.

—¿A usted qué le parece? La enterró. Estábamos en medio de la nada. Nadie la encontrará jamás. Venga, está perdiendo el tiempo.

Greening levantó las manos.

—Lo siento, señorita Sutton. Podemos descansar un rato para que se tome un respiro, si quiere.

Zoë negó con la cabeza.

—No, no pasa nada. Estoy bien. Lo siento. Lo que ha ocurrido esta noche me ha impresionado.

—Lo entiendo, pero si en algún momento quiere descansar cinco minutos, solo tiene que decirlo, ¿de acuerdo?

Zoë asintió.

—¿Por qué cree que ese hombre las secuestró a su amiga y a usted?

—No lo sé. Recuerdo que blandía el látigo y le preguntaba a Holli si se arrepentía.

—¿Si se arrepentía de qué?

—Sabe Dios... Tendrá que preguntárselo a él.

—Esa cicatriz de la cadera. ¿Cree que tiene algún significado?

Bajó la vista hacia la herida.

—Fue él quien me la hizo, no yo. Significa algo para él.

—Lo sé, pero me preguntaba su opinión al respecto.

—Supuse que eran sus iniciales: IV. Que me había marcado como si fuera de su propiedad.

Greening asintió.

—¿Recuerda que la señorita Buckner tuviera una marca parecida?

Zoë cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Estoy segura de que también le hizo cortes, pero no recuerdo si eran los mismos. ¿La mujer a la que han encontrado esta noche tenía la misma marca? Sé que no me lo puede decir todo, pero solo necesito ese dato. Si no, no podré dormir. No se lo contaré a nadie, se lo prometo.

—Tenía un corte en la cadera izquierda, como usted, pero la señal no era IV. Sino VI.

—¿Se ha equivocado al hacer su propia marca? No tiene sentido. —Hizo una pausa. Un tipo así no podía cometer un error como ese—. No son letras, ¿verdad?

El inspector negó con la cabeza.

—Creemos que son números romanos.

A Zoë se le revolvió el estómago cuando fue consciente de la magnitud de lo que acababa de decirle.

—Eso significa que ella era la número seis.



Ryan Greening dejó a Zoë Sutton de nuevo a solas y se dirigió al cuarto de observación. Edward Ogawa se encontraba frente al monitor de la sala de interrogatorios número tres. Zoë estaba sentada con las manos sobre la cabeza, aunque de repente se incorporó, miró la botella de agua con una mueca de desdén y la apartó de un manotazo.

—Menudo carácter tiene la dama —dijo Ogawa.

—La dama ha sufrido mucho —repuso su compañero.

Cuando la vio saltarse el cordón policial, Greening la había encasillado como la típica borracha. Sin embargo, la cicatriz la convertía en alguien de gran interés. Su aparición lo cambiaba todo. El alcance y la importancia de la investigación habían cambiado gracias a ella. Ya no se enfrentaban a un caso aislado.

Greening repasó las notas sobre Zoë Sutton y releyó los escasos detalles que le habían dado los sheriffs del condado de Mono. A primera hora de la mañana, el agente de guardia había encontrado un número de caso, pero no podía proporcionarle el archivo sin el permiso del investigador. Por suerte, ese mismo agente de guardia había sido uno de los policías que habían acudido a la escena donde encontraron a Zoë desnuda y semiinconsciente en la cuneta. El agente había podido hacerle un resumen de lo que les había sucedido a Zoë y a su amiga, que sugería que la desconocida del muelle 25 y Zoë estaban relacionadas.

—¿Qué opinas? —preguntó Greening.

Ogawa negó con la cabeza.

—Aquí hay algo que no encaja. Los sheriffs de Mono no encontraron el lugar donde habían retenido a las chicas, ni a la amiga ni nada que confirmara su versión de los hechos. Tampoco había señales de relaciones sexuales, fuesen consentidas o no.

—La drogaron. No podemos considerarla una fuente fiable para los hechos más concretos.

—Ese es el problema. —Ogawa dio unos golpecitos en los papeles con la punta del dedo—. Si lees entre líneas, por el informe queda claro que los agentes del condado no lograron distinguir qué era real y qué era ficción.

Greening había tenido la misma sensación cuando le habían contado los hechos.

—Tengo una conversación pendiente con el investigador jefe del caso. Espero que pueda arrojar un poco de luz. Mientras tanto, basándonos en las coincidencias, creo que el caso de Zoë está relacionado con este. Su cicatriz coincide con la nuestra, y nadie al margen de la investigación conocía ese detalle. Su amiga fue, en teoría, azotada y colgada por las muñecas, igual que nuestra chica. En su caso no hubo agresión sexual, y parece que en el nuestro tampoco.

—No se ha podido corroborar buena parte de su historia. Pudo pasar cualquier cosa.

—Pero hay unos cuantos hechos que respaldan su versión. En primer lugar, su amiga desapareció. Nadie la ha visto desde el viaje y no hay ni rastro de ella desde ese fin de semana. Así que ¿dónde está? En segundo lugar, aunque los sheriffs del condado de Mono la consideraron un testigo poco fiable,

hallaron Rohypnol en su sangre, así que sabemos que sucedió algo. Y, en tercer lugar, tiene la cicatriz en la cadera. Para mí es la prueba definitiva.

Ogawa se apoyó en una pared de la estrecha sala. Observó a Zoë Sutton en el monitor.

—Esa cicatriz. Maldita sea.

No era el tipo de reacción que esperaba Greening.

—¿Por qué te lo tomas tan mal?

—Si esa cicatriz está relacionada con todo esto, significa que nos enfrentamos a un asesino en serie, y no me gusta.

Si pasaba a ser un caso interestatal, no les quedaría más remedio que renunciar a él y cedérselo a los federales, pero Greening llevaba suficiente tiempo trabajando con Ogawa para saber que no le disgustaba perder el caso. No le importaban las jurisdicciones o quién se llevaba el mérito. Lo que le importaba era sacar a los criminales de la calle, y el caso de un asesino en serie sería difícil de resolver y tendrían que invertir miles de horas de trabajo. Los casos de asesinos en serie forjaban carreras, pero también las destrozaban.

—No me gusta el giro que ha dado el caso —añadió Ogawa—. Zoë Sutton podría ser el empuje que necesitamos para avanzar en la investigación o un auténtico dolor de muelas. Si es cierto que tiene relación con nuestro caso, aún no sabemos cómo.

—Podría ser nuestra mejor pista.

—O nuestra principal sospechosa.

Esa teoría no convencía a Greening. Ogawa estaba exponiendo todas las posibilidades y no podían descartar ninguna, pero Greening no creía que fuera la asesina.

—Ahora mismo, es una distracción. Nuestro caso no es Zoë Sutton, sino la desconocida, y el reloj no se para. Tenemos que centrarnos en ella. Así que quiero que sigas adelante con esto y averigües si hay algún vínculo. Esa es tu prioridad, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Voy a volver a la escena del crimen. Tú habla con ella. Sácale todo lo que puedas y luego infórmame de lo que has averiguado.

—De acuerdo.

Antes de salir de la sala de observación, Ogawa dio una palmada en la espalda a Greening.

—Creo que esto se va a poner feo.



Marshall Beck estaba sentado en su todoterreno, esperando a Número IV. Había aparcado entre dos vehículos entregados como fianza y tenía buena visión de la comisaría, en un edificio que también albergaba los juzgados, la oficina del fiscal de distrito y el departamento de policía de San Francisco, por mencionar solo tres. No sabía a ciencia cierta si ella estaba dentro, pero había muchas posibilidades, ya que allí también se encontraba la división de grandes crímenes. Sabía que no se hallaba en la escena del crimen. Se había cerciorado. Los policías sí que estaban, haciendo lo que les correspondía, pero Número IV no. Tal vez la hubieran enviado a casa, pero le parecía poco probable. Querrían interrogarla, aunque solo fuera para descartarla por loca.

Desde que había visto a Número IV en las noticias, se había devanado los sesos para recordar su nombre. La posibilidad de raptar a Número III y Número IV había surgido de forma espontánea, por ello no había hecho los preparativos habituales. Por entonces no le había parecido necesario. Ambas estaban

de paso en el pueblo. Eran dos desconocidas sin vínculos con él, lo que hacía su plan infalible... hasta que Número IV había huido. Solo había echado un vistazo a sus permisos de conducir antes de concentrarse en ellas. Recordaba a Número III. Se llamaba Holli Buckner, pero Número IV quedaba fuera del alcance de su memoria. Cerró los ojos y se imaginó a sí mismo leyendo su permiso de conducir. Le vino un nombre a la cabeza.

—Zoë Sutton. Es un placer que volvamos a coincidir.

No le preocupaba que Zoë se lo contara todo a la policía. No sabía nada que pudiera llevarlos hasta él, ya que, de lo contrario, se lo habría dicho cuando huyó. Solo podía perjudicarlo si proporcionaba un segundo punto de referencia a la policía. Entonces se darían cuenta de que no se enfrentaban a un único caso, sino a dos, tal vez más. Pero ni siquiera un segundo punto de referencia servía de mucho a los investigadores: se necesitaban tres o cuatro para tomar la dirección correcta, y eso era algo que Zoë no recordaba.

No, su interés por Zoë era una cuestión de orgullo: tenía una cuenta pendiente con ella. Había sido muy poco riguroso y Zoë había logrado escapar gracias a eso. No había recibido una lección, apenas una pequeña muestra de lo que se le venía encima. Había llegado el momento de darle su merecido.

No obstante, no podía precipitar los acontecimientos y permitir que sus emociones se impusieran al sentido común. Con Laurie Hernández había tomado todas las precauciones y, aun así, había salido mal. Si quería saldar cuentas con Zoë, debía actuar con sigilo y astucia. Tenía que seguirla y observarla. Pero para eso necesitaba sus propios puntos de referencia y, de momento, no tenía ninguno. Solo sabía su nombre y que vivía en la zona. Una rápida búsqueda en internet y en la guía telefónica no le había proporcionado ninguna dirección postal ni vínculos activos en las redes sociales. Si se había casado, cabía la posibilidad de que hubiera cambiado de apellido, pero le parecía poco probable. Ese vestido no era propio de una mujer casada. No, Zoë Sutton estaba soltera. Y eso le decía algo. Intentaba pasar completamente desapercibida. ¿Quién evitaba Facebook, Twitter y no tenía un número de teléfono en la guía? ¿Los tecnófobos al estilo Unabomber? Sí, claro. ¿Gente que se ocultaba del mundo? Sin duda. Zoë se estaba escondiendo, y se escondía de él. Podría haber dado con ella justo después de su fuga, pero entonces tenía otras cosas en mente. Había aceptado su huida y había seguido adelante con su vida. Parecía que Zoë no había hecho lo mismo. Debía reconocerle el mérito: la chica había aprendido algo de su primer encuentro.

Miró el reloj del salpicadero. Ya llevaba dos horas esperando. ¿Había salido y no la había visto? Confiaba en que no. Intentó establecer una cronología. Teniendo en cuenta la hora a la que había visto la noticia, calculó que Zoë había abordado a los policías hacía tres horas y media. Trasladarla del muelle 25 hasta la comisaría no podía haberles llevado mucho tiempo, pero era más que probable que la hubieran mantenido un rato aislada para poder revisar su historial. Tal vez pecara de optimista, pero no era descabellado pensar que podían interrogarla durante dos horas si les contaba algo que valiera la pena. Por lo tanto, cabía la posibilidad de que siguiera ahí dentro. Aquel pensamiento le infundió ánimos. Decidió que le daría dos horas más de margen antes de retirarse.

Sin embargo, no tuvo que esperar tanto. Al cabo de cuarenta minutos, Zoë salió del edificio de bloques de hormigón. Un hombre de unos treinta años, vestido con traje, la acompañó hasta la acera. Beck supuso que era un policía de paisano o un fiscal de distrito. Zoë y el tipo hablaban, pero estaba demasiado lejos para oírlos.

Un vehículo que parecía un coche de policía camuflado se detuvo delante de ellos. El hombre le abrió la puerta a Zoë, que entró en la parte trasera.

Beck arrancó su Honda Pilot y se incorporó al tráfico de Bryant Street tras ellos. Seguir a aquel coche era algo más complicado de lo habitual. Todavía era de noche y había poco tráfico, lo que significaba que no había muchos vehículos tras los que esconderse. Lo único que podía hacer era mantener una buena distancia y cruzar los dedos. Le gustaba pensar que le beneficiaba conducir un coche

tan vulgar como el Honda. Le servía casi de camuflaje urbano. Se preguntó si los policías tenían la costumbre de asegurarse de que no los seguían. Imaginó que siempre estaban atentos a cualquier actividad ilegal, pero dudaba que temieran que alguien pudiera vigilarlos. Lo atribuyó a la arrogancia de su trabajo. Los policías se consideraban intocables, incluso inmunes a las balas. Supuso que no tardaría en averiguar si se habían percatado o no de su presencia. El policía que llevaba a Zoë no haría el trabajo sucio, no cuando tenía que acompañar a alguien importante para la investigación. No, sería una unidad distinta la que intentaría detenerlo.

El vehículo camuflado atravesó la ciudad. Beck fue tachando barrios a medida que pasaban por ellos. Empezaba a preguntarse si era una pérdida de tiempo cuando el coche de policía redujo la marcha y entró en un complejo de apartamentos. El guardia de seguridad se hizo a un lado cuando se acercó el vehículo. Era un complejo pequeño, tal vez de menos de treinta apartamentos, y Beck decidió no seguirlos al interior. En lugar de ello detuvo el Honda, cruzó la calle y se paró frente a la verja justo cuando se cerraba. Vio que el policía de uniforme acompañaba a Zoë hasta la puerta de su apartamento, situado en la primera planta. Estaba demasiado oscuro para distinguir el número, pero memorizó la ubicación. Regresaría de día para tener la dirección completa. Cuando Zoë entró, Beck se volvió con una sonrisa en los labios. Sabía dónde vivía Zoë Sutton. Tenía su primer punto de referencia. Ya podía empezar a planear cómo volver a secuestrarla.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, Greening se quedó en comisaría mientras Ogawa asistía a la autopsia de la víctima. El joven detective se dedicó a investigar los antecedentes de Zoë Sutton y descubrió que las bases de datos contaban una historia muy interesante sobre ella: varias señales de advertencia que el policía no esperaba encontrar allí, como algunos cargos por delitos menores. En los quince meses anteriores, la habían detenido en dos ocasiones por alteración del orden público en San Francisco y una por un delito menor de agresión en Oakland. Leyó los atestados policiales y advirtió que todos los incidentes compartían un rasgo: el temperamento de Zoë. Había tenido un altercado con alguien en un bar o un club y eso había llevado a un intercambio de gritos e insultos antes de llegar a las manos. Se había declarado culpable en las tres ocasiones y había cumplido su condena en forma de servicios a la comunidad.

Todas las condenas se habían producido en un período de siete meses. Al parecer, llevaba los últimos seis sin meterse en líos, al menos en relación con los tribunales de justicia. Sin embargo, su nombre aparecía también en distintas denuncias que habían acabado en amonestaciones en lugar de detenciones. Había habido cuatro incidentes a lo largo de esos meses y, a juzgar por las direcciones que constaban en los documentos, todos habían tenido lugar en las inmediaciones del barrio donde vivía. El dato más llamativo de las denuncias era que en todos los casos había acudido el mismo policía. El agente Javier Martínez había respondido a tres de las cuatro llamadas y se había encargado de efectuar el arresto en los casos de alteración del orden. También había asociado el nombre de Zoë al suyo y había solicitado que sus compañeros se pusieran en contacto con él si acababa detenida en alguna otra ocasión. Por lo visto, Zoë tenía un ángel de la guarda. Greening levantó el auricular del teléfono y dejó un mensaje a Martínez para que lo llamase.

Greening introdujo el nombre de Zoë en las bases de datos nacionales con los registros de delitos y su nombre salió limpio, pues solo figuraba en el informe sobre su secuestro y el de Holli. El alcance de las bases de datos era limitado, porque a pesar de que proporcionaban datos oficiales sobre una persona —qué había hecho, cuál era su situación económica—, no daban demasiada información sobre la persona en sí. Las redes sociales constituían la ventana donde asomarse a la personalidad de alguien. Mientras había quienes veían las redes sociales como una lacra del siglo XXI, para las fuerzas del orden eran como un regalo caído del cielo. En ellas todo el mundo olvida la dimensión pública que da a sus vidas, incluso los propios criminales. Somos lo que retuiteamos, para bien o para mal.

Introdujo el nombre de Zoë en Facebook, Pinterest, Tumblr, Google+, Twitter y todos los demás sospechosos habituales de las redes sociales. Zoë disponía de cuentas de Facebook y Twitter, pero ambas estaban inactivas. Las dos habían estado bastante activas hasta hacía quince meses. En su última publicación en Facebook, Zoë se limitaba a decir: «¡Las Vegas, allá vamos!». En el hilo de respuestas había un comentario de Holli que decía: «Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas».

Y así había sido, pensó Greening con tristeza.

Zoë no había vuelto a publicar nada desde entonces. Otros sí lo habían hecho. Había comentarios de amigos, preguntando dónde estaba y qué había pasado, pero ninguna respuesta de Zoë. Michaela Shannon parecía especialmente insistente; cada varias semanas, hasta tres meses antes, había dejado comentarios en la página de estado de Zoë. Los mensajes incluían: «¿Qué tal estás?»; «Espero que estés bien»; «Lláname»; «¿Dónde estás?». Su último mensaje había sido: «Estoy muy preocupada por ti. Por favor, llámame». Ninguno de sus intentos de comunicación había obtenido respuesta.

Greening envió a Michaela Shannon un mensaje privado desde su cuenta, presentándose y pidiéndole que se pusiese en contacto con él para hablar de Zoë.

Greening percibió el movimiento de una sombra y, al volverse, vio el uniforme de un hombre robusto de unos cincuenta años con el pelo espeso y entrecano.

El hombre le sonrió.

—Entrar en las redes sociales en horario de trabajo es motivo de queja para Asuntos Internos, lo sabe, ¿verdad?

Greening le devolvió la sonrisa.

—Es trabajo. Lo juro.

—Soy Javier Martínez. ¿Me ha llamado antes?

Greening se levantó y estrechó la mano de Martínez. Señaló la silla que tenía para las visitas y Martínez se sentó.

Greening no lo conocía, pero le cayó bien inmediatamente. Su actitud risueña y amigable lo hizo sentirse a gusto con él al instante. Sin duda, era una gran cualidad para un agente. Inevitablemente, la gente entraba en contacto con la policía en los peores momentos de su vida, y la experiencia era muy distinta si la persona percibía al agente como a alguien dispuesto a ayudarlo o no.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector?

—Zoë Sutton.

La sonrisa de Martínez se esfumó.

—¿Ha vuelto a meterse en líos?

—Sí, pero no es lo que está pensando —dijo, y le contó lo sucedido la noche anterior.

—Pobre chica. ¿Hay alguna relación entre los dos casos?

—Posiblemente. He estado investigando su pasado y veo que solicitó usted que lo llamaran si volvía a tener problemas. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Hace un año la detuve por alteración del orden público. Tendría que haber sido por agresión. Se peleó con un tipo que estaba intentando ligar con ella en un bar; le golpeó cuando el hombre insistió.

—¿Por qué no la detuvo por agresión, entonces?

—Sentí lástima por ella. Intuí que tenía que haber algo más que lo que se veía a primera vista, una chica que no se lo pensaba dos veces antes de liarse a golpes con alguien. Conseguí que se sincerase conmigo y me contó lo que le había pasado a su amiga. Aún lo tenía muy reciente y todavía lo es. Lo que necesitaba era ayuda profesional, no que la metiesen en la cárcel, así que cambié la dinámica de la situación. Le pregunté al tipo (que era un auténtico capullo) si de verdad quería ir a juicio y declarar que una chica que abultaba la mitad que él lo había tumbado de un puñetazo. Aquello lo calmó un poco y me la llevé acusada de alteración del orden público.

—Veo que ha habido varios incidentes más sin cargos.

Martínez se revolvió en su asiento.

—Sí. He estado intentando ayudarla a mantenerse alejada de los problemas. Esa pobre chica pasó por un calvario y sobrevivió, pero no tuvo a nadie que la ayudara a enfrentarse a lo que vino después. Tiene los nervios a flor de piel. Yo solo intento hablar con ella y disuadirla para que no se tire de cabeza cuando topa con una zona roja y ayudarla con los capullos por los que no merece la pena acabar en la cárcel.

—¿Y dónde está su familia?

—Hablé con sus padres. Son buena gente e hicieron todo lo posible por apoyarla. Hasta enviaron al hermano pequeño como intermediario, pero ella no quiso saber nada y cortó toda relación con su familia. La culpa y la vergüenza tuvieron mucho que ver. Fue entonces cuando le busqué ayuda profesional; hay una asociación de ayuda a las mujeres víctimas de violencia que financia las sesiones de apoyo psicológico. La puse en contacto con ellos y le consiguieron un psicólogo.

Greening abrió su cuaderno de notas y empezó una hoja nueva.

—¿Sabe cómo se llama?

—Sí, es el doctor David Jarocki. —Martínez sacó el teléfono y se puso a buscar en la agenda de contactos—. Tiene una consulta en Spear, pero este es su número.

Greening miró el teléfono y anotó los datos de contacto.

—¿Y la terapia está funcionando?

—No lo sé, pero desde luego parece mucho más estable que cuando la conocí. Sufrió una experiencia muy traumática. Una cosa así no se supera de la noche a la mañana.

Greening sonrió.

—¿Es un caballero de brillante armadura que acude al rescate de las damiselas en apuros?

Martínez se ruborizó.

—Siempre intento ayudar a todo el mundo, pero Zoë es diferente. Con un poco de apoyo, podría volver a enderezar su vida. ¿Sabía que estaba haciendo el doctorado cuando le pasó aquello? Quería trabajar para la Agencia de Protección Ambiental y limpiar el planeta.

—Pues ahora es vigilante de centro comercial.

—Sí, ya lo sé. Ha dado la espalda a su vida, al amor, a sus amigos, su carrera, sus sueños... A todo. Es una verdadera lástima.

Martínez había confirmado las conclusiones a las que había llegado Greening por sí mismo. Todas las señales apuntaban al giro que había dado la vida de Zoë tras el secuestro, aunque, en realidad, eso era quedarse muy corto. No era la vida de Zoë la que había cambiado: era ella misma quien lo había hecho. En la práctica, era como si hubiese muerto al mismo tiempo que Holli Buckner, y en su lugar hubiese resucitado otra persona.

—¿Qué cree que le pasó en el desierto? —le preguntó Greening.

—Holli y ella se tropezaron con el lado oscuro de la vida.

—Entonces, ¿cree que conocieron a un hombre alto y guapo?

Martínez tensó el gesto y se puso rígido en el asiento. Greening acababa de tocar una fibra sensible y Martínez se estaba poniendo en guardia. Ya estaba acostumbrado a ver esa reacción en sospechosos y testigos, pero le extrañó percibirla en un policía.

—¿Adónde quiere ir a parar?

Puede que Martínez fuera un compañero, pero en aquellas situaciones era necesario presionar para obtener la verdad, aunque eso significase herir sentimientos. Greening decidió sacar partido a su sentido del escepticismo policial y señaló todos los formularios de denuncia en los que aparecía Zoë.

—Zoë Sutton tiene un historial violento. ¿No podría haber hecho daño a Holli Buckner ella misma y haberse inventado toda esta historia del secuestro?

Martínez ya se había puesto de pie.

—Como ya he dicho, Zoë Sutton necesita nuestra ayuda. La víctima es ella.

Greening observó a Martínez salir de la sala y pensó: «Vaya, hombre, buen trabajo». Era posible que hubiese quemado un puente. Acababa de hacer enfadar a un compañero. Era el momento de ver si lograba enfadar a otro. Rebuscó entre sus mensajes y sacó la nota del ayudante del sheriff, Greg Solís. Solís era el oficial a cargo de la investigación en el caso de secuestro de Zoë en el condado de Mono. Obedeciendo a la solicitud que Greening había realizado al agente de guardia la noche anterior, Solís le

había enviado por fax su informe completo junto con su número de teléfono.

Levantó el auricular del aparato de su escritorio y marcó el número de Solís.

—Al habla el ayudante del sheriff, Greg Solís, condado de Mono.

—Hola, soy el inspector Ryan Greening, del departamento de policía de San Francisco. Quería hablar con usted de uno de sus casos. —Le facilitó el número de expediente—. Zoë Sutton y Holli Buckner.

—Conozco el caso. ¿Tiene algo para mí?

—Si le soy sincero, no sé lo que tengo. Zoë Sutton afirma que su caso está relacionado con un homicidio ocurrido anoche aquí en la ciudad.

—¿De veras? —Solís no parecía muy impresionado—. ¿Y lo está?

—Es lo que espero que pueda confirmarme. Si es posible, me gustaría solicitar una copia del expediente del caso.

—No debería ser un problema, pero antes de ponerme a perder el tiempo, ¿qué es lo que tienen?

Por su tono de voz, Solís no parecía tener un gran concepto ni del departamento de policía de San Francisco ni de Zoë Sutton.

—Anoche asesinaron a una mujer de unos veintitantos años que todavía no ha sido identificada. La encontraron en una obra, desnuda, colgada de las muñecas. La habían azotado repetidas veces antes de apuñalarla en el corazón.

—¿La azotaron?

Greening percibió sorpresa e interés en la voz de Solís. En ese momento pasó a atraparlo por completo:

—Sí. Además, nuestra víctima llevaba grabados los números romanos VI en la cadera izquierda. Creemos que el asesino numera a sus víctimas.

Silencio. Eso era muy elocuente.

—Tengo la declaración de la señorita Sutton, pero ¿podría darme la suya, ayudante Solís?

—Respondimos a la llamada al número de emergencias de un camionero que decía haber encontrado a una mujer inconsciente en el arcén de la carretera tras perder el control de su automóvil. Hallamos a la señorita Sutton desnuda y semiinconsciente. Al principio creímos que se hallaba bajo la influencia del alcohol. El análisis de sangre reveló que estaba por debajo del límite, pero el toxicológico dio positivo para Flunitrazepam. El dato concordaba con su afirmación de que ella y su amiga, la señorita Buckner, habían sido secuestradas y retenidas contra su voluntad.

A Greening no le gustaba el modo en que Solís estaba relatando su versión. Parecía que estuviese testificando ante un tribunal, y no hablando con otro policía. Allí había algo raro.

—¿Qué averiguaron sobre el secuestro?

Greening oyó a Solís lanzar un resoplido al otro lado del hilo.

—No mucho. La señorita Sutton no pudo facilitarnos muchos detalles. No nos proporcionó ninguna información sobre dónde se encontraban antes o después del secuestro. Tampoco nos facilitó más que una descripción muy genérica del hombre que las secuestró. Nadie pudo confirmar su versión. Básicamente, el caso perdió fuelle.

Greening comprendía la frustración de Solís. No había nada peor que un caso en el que no se podía seguir ninguna pista; era como intentar atrapar una nube con un tarro de cristal. Sin embargo, lo que Greening seguía sin entender era el tono desdeñoso que percibía en las palabras del ayudante.

—¿Y consiguieron encontrar algo en el vehículo de la señorita Sutton?

—Hallamos fibras y pelos pertenecientes a la señorita Sutton, a la señorita Buckner y a un varón desconocido.

Pruebas físicas era algo que Greening no tenía, lo cual demostraba que el asesino se había vuelto más cauto con el tiempo, pero si se mostraba descuidado en algún momento, con una coincidencia en la

comparación podrían encerrarlo por los dos crímenes.

—Si conseguimos algo aquí, compartiré los resultados con usted. ¿Llegó a averiguar algo sobre el almacén al que supuestamente las llevó el tipo?

—Peinamos la zona en busca de edificios que encajasen con las descripciones del almacén que mencionó, pero nunca encontramos nada que coincidiese. Eso si es que se acordaba bien del lugar, para empezar.

Ese era el problema con Zoë. Su relato estaba distorsionado por los efectos del Rohypnol: para ella, un almacén tanto podía ser una nave de oficinas como el anexo de una iglesia.

—¿Qué me dice de Holli Buckner? ¿La investigaron?

—Sí. Al parecer, Buckner había reservado una habitación con Sutton en Las Vegas, pero no pudimos ni confirmar ni desmentir que hubiese estado con la señorita Sutton. Demostrar la validez de su testimonio era muy difícil: no encontramos testigos que declarasen haberlas visto viajar juntas, a pesar de que todo apuntaba a que así había sido.

Las palabras «apuntar» y «validez» eran una elección interesante. Perteneían a la misma categoría que «supuestamente». Implicaban incredulidad.

—Holli Buckner no ha sido vista desde el incidente.

—Lo sé. —Pronunció las palabras con brusquedad.

—¿Qué cree usted que sucedió aquella noche?

—No lo sé —respondió Solís, con menos tensión en la voz—. La señorita Sutton no era una testigo fiable. Nos proporcionó una declaración muy confusa que hacía imposible investigar el caso, desde ningún ángulo.

Teniendo en cuenta que Zoë estaba bajo los efectos de las drogas, no era de extrañar que no se hubiese mostrado muy precisa en sus declaraciones.

—¿En qué estado se encuentra el caso ahora?

—Abierto.

La clasificación no era sorprendente, dadas las circunstancias, pero Greening sabía que aquellos agentes no habían prestado suficiente atención al caso. Podría restregárselo a Solís por las narices, pero en lugar de eso, decidió arrojarle un hueso.

—Entre nosotros, ¿qué le dice su instinto?

—Pudo pasar tal y como lo cuenta la señorita Sutton.

—Detecto un «pero» en su frase.

Solís soltó un gruñido para confirmarlo.

—Podría ser solo un cuento para encubrir una pelea entre amigas que se les fue de las manos o como coartada para la desaparición voluntaria de Holli Buckner.

Zoë como autora. Era una teoría interesante. Solís albergaba las mismas sospechas que Ogawa.

—Pero ¿y sus heridas?

—Autoinfligidas.

—¿Y el Flunitrazepam?

—Podría habérselo administrado ella misma.

—Eso es muy enrevesado.

—Solo es una teoría. Con tan pocas pruebas, todo es posible.

«Parece que no le tiene mucho cariño», pensó Greening. Zoë no debió de causar buena impresión a aquellos chicos, porque tenía la sensación de que ni siquiera le otorgaban el beneficio de la duda. Veía el conflicto de Solís y su posible resentimiento. El caso no se sostenía por ninguna parte. No había nada sólido sobre lo que montar su investigación: no tenía escena del crimen ni una víctima propiamente dicha, porque todo dependía de la declaración de una sola testigo, poco fiable, además. La desaparición de Holli Buckner evidenciaba que, efectivamente, había ocurrido algo aquella noche, pero sin ninguna

prueba adicional, el caso estaba estancado.

—A la luz de una nueva víctima potencial, ¿cuál es su lectura del caso ahora?

—Nada ha cambiado... de momento.

Greening sonrió.

—Si me desplazara hasta allí, ¿cree que podría enseñarme los alrededores?

—No estoy seguro de que pueda enseñarle nada que le resulte útil para su caso, pero puede visitarnos cuando quiera.

Ogawa entró en la oficina con un periódico en la mano y expresión malhumorada. Greening dio las gracias a Solís y le dijo que seguirían en contacto.

Ogawa se acomodó en la esquina del escritorio.

—Tengo buenas noticias y una mierda de noticias.

Greening se recostó en su asiento.

—Dame primero las buenas.

—Hemos identificado a la mujer: se llama Laurie Hernández. Nos lo ha puesto fácil: estaba fichada. Comprueba los antecedentes, anda.

—¿Y las malas noticias?

Ogawa tiró el periódico a la mesa de Greening.

—Alguien se ha ido de la lengua, porque la prensa ya le ha puesto nombre.

A Greening no le costó encontrar el apodo del asesino en el artículo: dado que numeraba a sus víctimas, los periodistas lo habían bautizado como el Contable.

CAPÍTULO 8

En Garras Urbanas, Marshall Beck estaba poniéndose al día de la actualidad informativa en su despacho. Ojeó los titulares en busca de noticias sobre Laurie Hernández. Aunque no esperaba que la policía mostrase sus cartas, estaba seguro de que difundirían algunos detalles sobre el caso para calmar la tensión entre la opinión pública. Por el momento, las autoridades no habían revelado la identidad de Laurie Hernández ni la de su pequeña fugitiva, Zoë Sutton. Le resultaba curioso que no hubiesen divulgado su nombre ni ningún tipo de información sobre ella. Ninguna de las páginas web de los periódicos —ni siquiera SFGate.com, la principal fuente de noticias locales— había publicado nada sobre su irrupción a través del cordón policial la noche anterior, y la policía tampoco la mencionaba en sus declaraciones oficiales. Beck interpretó su silencio informativo como una señal de que la creían: los había convencido de que era valiosa para la investigación. Una punzada de miedo le recorrió el cuerpo, pero sabía que no tenía nada de qué preocuparse. Ella no podría decirles absolutamente nada, porque de haber podido, la policía ya lo habría detenido hacía tiempo.

Puede que las webs no hablasen de Zoë, pero sí lo mencionaban a él... por su apodo. Inspirándose en el número que había grabado en las mujeres, los periodistas habían empezado a llamarlo el Contable.

«Panda de inútiles», pensó. Habían resumido lo que hacía en un mote pegadizo para vender más periódicos. «Siendo tan poco originales, no me extraña que el periodismo esté como está.»

Trató de dominar el desprecio que sentía. Por mucho que lo irritase aquella estúpida etiqueta, saber que habían descubierto su sistema de numeración lo irritaba aún más. El Contable era una invención de los periodistas, pero tenía serias dudas de que hubiesen sido ellos quienes hubiesen descubierto su significado. Se trataba de un hallazgo policial, lo que implicaba que la policía había filtrado la numeración de las castigadas a la prensa. No le parecía muy inteligente por su parte, la verdad. Ya sabía que estaban tras su pista y su forma de pensar. Aunque, en el fondo, daba lo mismo: no cambiaría nada. Seguiría numerando a quienes mereciesen su castigo. Ahora que había salido a la luz, tal vez la opinión pública entendiese lo que estaba haciendo.

Percibió el olor del perfume de Kristi Thomas un segundo después de que esta se inclinase sobre su hombro. No soportaba que hiciese eso. No le gustaba que la gente invadiese su espacio. Sin embargo, era una molestia menor, no lo bastante grave para hacerla merecedora de un número. Al fin y al cabo, aquella mujer había dedicado su vida a rescatar animales.

—Es terrible lo que le ha pasado a esa mujer —comentó Kristi.

—Sí, terrible.

—Dicen que la azotaron y la marcaron o algo así.

«Dicen.» Malditos idiotas. Las fuentes anónimas siempre creían saber más que los demás. Él no había marcado a nadie.

—¿Sabe ya la policía quién era la víctima? —preguntó Kristi.

—No, todavía no. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues estamos a final de mes, así que... es día de cobro —dijo con una sonrisa—. ¿Están listas ya las nóminas para que las firme?

—Todavía no. A la hora del almuerzo.

—A la hora del almuerzo. —Le dio un empujoncito con el codo, algo que Beck detestaba—. Te estás volviendo lento...

Una cacofonía de ladridos estalló por todo el centro. Era furiosa y hostil. Kristi salió disparada de la habitación, y Beck fue corriendo tras ella.

Los perros de las zonas de observación ladraban en sus perreras, pero ese no era el epicentro del tumulto, sino que el alboroto procedía del anexo de evaluación. Era como si hubiese estallado una guerra allí. Beck pensó en Brando. ¿Habría provocado alguien al perro?

Kristi llamó a la puerta.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Era una mujer muy lista. Si uno de los perros de pelea había escapado de su jaula, lo último que podía permitirse era que saliera y anduviera suelto por el área reservada a las visitas.

—¡Sí! —contestó Tom Fisher.

Kristi abrió la puerta y entró. Beck la siguió y cerró tras ellos.

Tom y Judy King estaban intentando audazmente meter a Nero de nuevo en su perrera. El animal les gruñía y les lanzaba zarpazos, tratando de clavarle los dientes a lo primero que se le pusiera delante. Estaban empleando un bastón para el control de animales y la fuerza bruta para intentar que el perro volviera tras los barrotes.

A Beck le sorprendió que el causante de todo el revuelo fuese aquel ejemplar en concreto, pues siempre lo había visto como uno de los más dóciles. Sin embargo, a fin de cuentas, era un animal de pelea. Para eso había sido entrenado.

En un rincón, Bonnie Moebeck retenía a Lilith, otra pit bull, con la ayuda de un bastón para animales. Kristi corrió hacia ella para ofrecerle ayuda.

Los demás perros de pelea ladraban y gruñían en el interior de sus jaulas, todos excepto Brando. Por la forma en que recorría el reducido espacio, en círculos, saltaba a la vista que estaba muy nervioso, pero parecía darse cuenta de que nada de lo que hiciera iba a cambiar su situación. Beck se sintió orgulloso de la inteligencia de Brando.

Tom y Judy lograron reducir a Nero al fin, lo obligaron a meterse en la perrera y cerraron la puerta. Luego ayudaron a Kristi y a Bonnie a encerrar a la otra perra.

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó Kristi.

—Hemos sacado a Nero para practicarle el test de socialización y lo ha hecho muy bien —explicó Tom Fisher—. Luego hemos sacado a Lilith para que hiciera el suyo y cuando lo traíamos de vuelta, se ha abalanzado sobre ella.

—Maldita sea —exclamó Kristi—. Ya sabéis que no podemos correr ningún riesgo con estos perros hasta que hayamos terminado la evaluación completa. Solo podemos sacarlos de uno en uno, son las reglas.

La expresión de los especialistas en conducta animal reflejaba apropiadamente la reprimenda, los dos con la cabeza gacha.

—Eso significa que Nero no ha superado su evaluación. —Kristi golpeó la pared con el puño—. Maldita sea.

Beck sabía lo que significaba no aprobar la evaluación para Nero, y probablemente también para Lilith: la eutanasia. Un triste final para unas vidas condenadas al fracaso.

—Bueno, esto será un aviso. Ahora, sigamos haciéndolo así de bien —dijo Kristi sarcásticamente.

Beck la entendía; se sentía frustrada por lo inútil que era todo aquello. Kristi se encaminó a la puerta. Él se le adelantó.

—¿Cómo pintan las cosas para estos chicos?

—No muy bien. —Miró a los animales—. Dudo que la mayoría pueda librarse de la orden de ejecución.

—¿Y Brando?

Se volvió perpleja hacia él.

—Todavía no lo sé... ¿Por qué lo preguntas?

Beck se sonrojó bajo el peso de su mirada.

—Me gusta. Parece que tiene potencial.

—¿Y cómo puedes saberlo? —preguntó, con genuino interés.

—He estado observándolo, viendo cómo se relacionaba con los demás... Es distinto de los otros. Orgullosa. Tiene un aire señorial, incluso.

Kristi sonrió.

—¿Acaso estás interesado en adoptarlo?

Volvió a ruborizarse y no comprendía por qué.

—Pues... sí.

—¿No te estaremos convirtiendo en un amante de los animales? —preguntó.

Beck rememoró la conversación que habían mantenido durante su entrevista de trabajo, cuando Kristi le preguntó si le gustaban los animales. Él respondió que no sentía un interés excesivo por ellos en general, pero respetaba la labor del centro y su objetivo principal era hacer un buen trabajo allí.

—Eso no lo sé, pero desde luego, me gusta Brando —dijo.

—Vayamos a mi despacho.

Beck echó un vistazo a Brando antes de seguir a Kristi.

Ella se sentó a su mesa, pero él optó por quedarse de pie.

—Marshall, ¿has tenido muchos perros?

—Unos cuantos cuando era pequeño —mintió.

No tenía ninguno de esos recuerdos entrañables con un chico y su perro. Las mascotas estaban prohibidas en el hogar de acogida Palomino Ranch de Jessica.

—Brando no es un perro cualquiera, es un perro de pelea. Será todo un reto para un dueño que ya tenga experiencia con perros, conque imagínate para un novato. Y eso si llegan a permitir que lo adopten.

—¿Crees que pasará la prueba para la adopción?

—Es difícil saberlo, pero las probabilidades seguramente son menos del cincuenta por ciento.

Beck no soportaba la idea de que Brando fuese sacrificado. El animal era tan poderoso y tenía tal presencia física que merecía una oportunidad de vivir según sus propias reglas. Beck no iba a permitir que lo sacrificasen, de ninguna manera. Conseguiría a Brando como fuera.

—Ese perro significa mucho para ti, ¿por qué?

—Ve algo en él, y quiero avivarlo.

Kristi volvió a sonreír.

—Oye, si hablas en serio, te pondré a trabajar con Tom. Él te enseñará cómo manejar a un perro como Brando.

—Gracias.

—Pero no te prometo nada. Si Brando no supera la evaluación, no podré hacer nada. Tendré las manos atadas.

«Y yo te aseguro que, efectivamente, si Brando muere las tendrás», pensó Beck.

CAPÍTULO 9

Zoë miraba al frente con el gesto inexpresivo desde su asiento en el mostrador de información del centro comercial. Los clientes entraban y salían de su campo visual, pero apenas reparaba en ellos. Su cerebro no paraba de dar vueltas a un único pensamiento recurrente: «Está ahí fuera». Era el mismo pensamiento que la había mantenido en vela toda la noche y la había inquietado durante todo el turno. Siempre había sabido que el hombre que las había secuestrado a ella y a Holli andaba por ahí suelto, en alguna parte, pero nunca había sabido dónde. Existía en la forma amorfa que implicaba ese «alguna parte». Sin embargo, la noche anterior lo había cambiado todo: estaba en la zona de la bahía de San Francisco. Ella volvía a hallarse a su alcance. Le había costado mucho tiempo deshacerse de esa sensación, pero había vuelto. Se pasó la mano por la carne de gallina de los brazos, algo casi permanente desde que la había soltado la policía y la magnitud de lo ocurrido había acabado por calar en ella.

Jeff Hall, su compañero guardia de seguridad, la sacó de golpe de su ensimismamiento.

—¿Qué has dicho?

Jeff se dio unos golpecitos en el reloj de pulsera.

—Es hora de hacer la ronda. ¿Quieres encargarte tú?

Era la primera vez que le dirigía la palabra en una hora, pero a Zoë no le importaba. No tenía ganas de conversación, y Jeff era perfecto para eso. Tenía la personalidad de una piedra y hablaba la mitad. Normalmente, su silencio la sacaba de quicio, pero ese día lo convertía en el compañero perfecto.

Zoë consultó el reloj. Solo le faltaba media hora para acabar su turno. En cuanto terminase la ronda, podría largarse a casa.

—Sí, claro. Ya voy yo.

Se levantó del taburete e hizo como si se dispusiese a peinar el recinto comercial. Se paseó por las plantas superiores e inferiores y recorrió el interior de las tiendas. Su presencia allí bastaba para infundir seguridad a la gente que la necesitaba y para ahuyentar a cualquiera con fines sospechosos.

Las preguntas inundaban su cerebro mientras vigilaba por los pasillos. ¿Por qué estaba su secuestrador en San Francisco? ¿Había ido allí por ella? ¿Sabía dónde vivía? No se le ocurría ninguna respuesta. Quizá hubiese acudido a la zona de la Bahía con la intención de terminar lo que había empezado, pero ella se había mudado desde su huida. Su apartamento, de alquiler, estaba a nombre de sus padres porque los necesitaba como avalistas en el contrato. Y si quería terminar lo que había empezado, ¿por qué tardar tanto? ¿No habría sido más lógico que la localizara en cuanto hubo escapado? ¿Por qué esperar? Tenía que ser una simple coincidencia. «Coincidencia»... La palabra se deshizo en cuanto la formuló en su cerebro. La verdad pura y dura era que andaba cerca, y no importaba cuánto exactamente, Zoë tenía que protegerse ante la posibilidad de un nuevo ataque.

Justo cuando acababa la ronda, una mujer menuda, de no más de treinta años, apareció de improviso a la derecha de Zoë, impidiéndole el paso.

—Hola —dijo la mujer, con una sonrisa—. ¿Puede ayudarme, por favor? Estoy buscando el

Starbucks. ¿Podría indicarme hacia dónde está?

Zoë no quería ayudarla. Su turno había terminado, y los vestuarios del personal estaban a apenas cincuenta metros. Una vez allí dentro, no tenía por qué ayudar a nadie, impedir que la gente se peleara o detener a los ladrones. Una vez allí dentro, no tenía obligaciones para con nadie más que para consigo misma. Sin embargo, pese a lo poco que le apetecía, era su trabajo.

—Sí, claro —dijo Zoë, con una sonrisa forzada—. Tiene que subir a la siguiente planta. —Señaló en dirección a la cafetería—. ¿Ve la tienda de accesorios, Claire's? Pues doble a la izquierda al llegar allí.

—Gracias. Muchas gracias.

—No hay de qué —contestó Zoë y rodeó a la mujer, pero esta la sujetó del brazo.

—Es usted Zoë Sutton, ¿verdad?

Zoë no reconoció a la mujer. Se la quedó mirando en silencio, sin comprender.

—Anoche estaba usted en la escena del crimen del muelle 25. Aseguraba que conocía al asesino.

Zoë bajó la vista a la pequeña mano que la agarraba. Pese a la escasa fuerza de la misma, la retenía con firmeza en su sitio.

—¿Qué?

—Soy Lara Finz, del *Chronicle*. ¿Podríamos hablar? —Aumentó el voltaje de su sonrisa—. La invito a un café.

Una punzada de miedo atravesó el cuerpo de Zoë. No era Lara Finz quien la asustaba, sino el hecho de que la periodista hubiese averiguado tan rápido dónde trabajaba. Si ella la había localizado, él también podría.

Zoë retrocedió un paso y se zafó de su mano.

—Largo de aquí. Aléjate de mí.

—Oye, Zoë, yo solo quiero oír tu versión de la historia.

—No tengo ninguna historia.

Zoë advirtió el dejo de pánico en su voz. No soportaba oír el sonido de su propia vulnerabilidad.

—Sí que la tienes, y yo quiero sacarla a la luz.

Zoë siguió retrocediendo.

La periodista cometió un error: dio un paso adelante y sujetó a Zoë por la muñeca. La osadía e impertinencia de la mujer despertaron el instinto primario de Zoë: no pensó, reaccionó. Estampó la parte inferior de la mano que tenía libre contra el hombro de Lara Finz. El impacto hizo que la periodista se tambalease hacia atrás sobre sus zapatos de tacón, y ni siquiera el hecho de seguir agarrada a la muñeca de Zoë impidió que cayera de espaldas en el suelo. El contenido de su bolso se desparramó por todo el pasillo. El espectáculo hizo que todos los clientes se volvieran para mirar.

Zoë se quedó paralizada. No sabía si ayudar a la periodista o echar a correr. Los curiosos se estaban aproximando. La culpa la tenía aquella maldita mujer, por acorralarla de ese modo. Ella se lo había buscado.

Zoë sintió el bochorno de las miradas clavadas en ella. Retrocedió unos pasos y salió disparada hacia el vestuario. Una vez allí, deslizó su tarjeta de acceso y entró a toda prisa. La puerta, con su bisagra neumática, empezó a cerrarse lentamente y Zoë descargó sobre ella todo el peso de su cuerpo para acelerar el proceso. Soltó un suspiro de alivio cuando el pestillo encajó en su sitio con un chasquido.

Se encaminó con paso vacilante al banco que había enfrente de su taquilla y se desplomó sobre él. Le temblaban las manos. Las enlazó en un intento de contener los temblores, pero no lo consiguió.

—A la mierda —se dijo.

Por mucho que la mujer mereciese aquella reacción, no debería haber perdido los nervios. Se concentró en uno de sus ejercicios de respiración. Funcionó, pero el temblor aún tardó unos minutos en cesar. Abrió su taquilla, sacó la bolsa y, a continuación, cambió el uniforme de vigilante de alquiler por

unos pantalones de chándal y una camiseta.

Justo cuando se ponía la sudadera, la puerta del vestuario se abrió de golpe. La figura de Jared Mills ocupó todo el quicio de la puerta, algo nada difícil teniendo en cuenta sus cien kilos de peso y el metro noventa de estatura. Él se ocupaba del siguiente turno. Era el tipo idóneo para encargarse de todos los gilipollas que el centro comercial les pusiese por delante. Jared le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Le caía bien Jared, era un buen chico y disfrutaba mucho con su compañía. Con él los turnos eran mucho más agradables y llevaderos, aunque, por desgracia, no coincidían tanto como ella querría.

—Hola, campeona. —La miró de arriba abajo—. ¿Esta noche tienes clase de defensa personal?

—Sí.

—Ve con cuidado. Parece que hay acción ahí fuera. Una tía se ha caído de culo en el suelo o la han empujado o algo así. Jeff está con ella, aunque supongo que no querrás que te entretengan de camino a la salida.

Zoë se echó la bolsa de deporte al hombro y cerró la puerta de la taquilla con fuerza.

—Saldré como un gato sigiloso.

Jared se echó a reír.

—Que te vaya bien.

Zoë deseó que así fuera.

Salió del vestuario. Había un pequeño grupo de gente en torno a Lara Finz, incluido Jeff. No creía que tuviera nada de qué preocuparse, porque la señorita Lara Finz no querría revelar su propia identidad, pero Zoë no pensaba correr ningún riesgo. Mientras todas las miradas se centraban en Lara, se fue en la dirección contraria.

Una vez en el aparcamiento, lanzó un suspiro de alivio. Sin duda, lo ocurrido iba a tener repercusiones para ella, pero eso ya lo solucionaría al día siguiente. En ese momento, lo único que le importaba era llegar puntualmente a su clase.

Se subió de un salto a la moto y se incorporó al lento avance de los vehículos que regresaban a San Francisco por la autovía. El tráfico era más denso de lo habitual, pero consiguió llegar a La Mujer Guerrera a tiempo.

La academia se encontraba en el barrio de SoMa, en Howard Street. De noche, la calle estaba oscura y desangelada. Seguramente no era el mejor sitio para ubicar una academia de defensa personal exclusivamente para mujeres, aunque, bien mirado, tal vez sí lo fuese para poner en práctica las técnicas aprendidas. Por una vez, encontró aparcamiento cerca de la entrada. Cruzó corriendo la calle y pulsó el botón del intercomunicador para que le abriesen la puerta.

La Mujer Guerrera era una academia privada, de acceso exclusivo a miembros. Muchas de las mujeres que asistían a las clases de defensa personal eran víctimas de violencia de género o conocían a alguien que lo había sido. No era el típico gimnasio donde se practicaba la última modalidad de moda, sino un lugar donde las mujeres aprendían a defenderse, algo que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Las clases estaban limitadas a veinte alumnas y Zoë fue la última en llegar, a juzgar por el número de mujeres que ya había en la sala. Se quitó la sudadera rápidamente y la dejó junto a su bolsa de deporte y el casco.

Karen Haldane era la dueña de la academia y también la instructora que impartía las clases. Se dirigió al frente de la sala y llamó la atención de las presentes.

—Bueno, señoras, empezamos en cinco minutos, así que podéis ir calentando como queráis.

Mientras algunas mujeres realizaban estiramientos, otras practicaban movimientos defensivos peleando una contra una. Zoë fue directa a Bob. Bob era un muñeco de impacto que consistía en un poste con un torso y una cabeza de plástico y espuma de tamaño natural. Bob la miraba con gesto inexpresivo con aquella cara de facciones desdibujadas. Así era como veía Zoë a su secuestrador. Las drogas que

este le había administrado habían anulado prácticamente cualquier posibilidad de que lo identificara, reduciéndolo a un rostro indefinido que podía pertenecer a cualquiera. Ese pedazo de cerdo le había hecho aquello. Y había sido mucho peor con Holli y con esa otra chica muerta. ¿Cómo se atrevía a hacerle eso a alguien? ¿Cómo se atrevía a destrozarle la vida de aquella manera? Ella se había marcado objetivos, y él había desbaratado todos sus planes de un plumazo. Sus sueños y sus esperanzas habían acabado sepultados en aquel desierto y se veía forzada a vivir la vida a medias por su culpa. Bueno, pues a la mierda con él. Golpeó a Bob en la barbilla con la palma de la mano, lo que lo lanzó hacia atrás en el poste. Cuando el muñeco recobró la posición inicial, Zoë le dio con la parte externa de la palma en la nariz. Esta se desinfló y volvió a inflarse. En la vida real, la nariz se habría roto con un chasquido gratificante.

Siguió practicando con el muñeco, empleando una combinación de movimientos llamada *ichi roku*. Primero, propinó un puñetazo vertical en el plexo solar de Bob. Aprovechando el impulso de su propio cuerpo y su proximidad con el muñeco, le deslizó el brazo por el tórax y le encajó un codo en el mismo punto del plexo solar. Eso la acercó más aún a Bob, tanto que percibía su desagradable olor a goma. Zoë volvió el cuerpo y le asestó un golpe en el cuello con la misma mano. Era un movimiento limpio y elegante que solo precisaba un par de segundos, pero reduciría a la mayoría de los agresores.

Practicó la combinación en repetidas ocasiones, cada vez un poco más rápido que la anterior. La velocidad iba acompañada de una evolución en los movimientos. La combinación de cuatro fases pasó a ser de cinco, seis, siete, ocho movimientos y más aún, incluido un golpe con la palma en la parte inferior de la mandíbula del muñeco, un directo a un lado de la cabeza, golpes bajos con el dorso de la mano en el estómago y un rodillazo en la caja torácica. Sin bajar la guardia en ningún momento, tal como Karen le había enseñado, golpeó todos los puntos vulnerables de Bob. El muñeco se recuperó de todos y cada uno de sus golpes, pero un hombre de verdad no se habría recuperado: habría acabado en la sala de urgencias de un hospital.

—Bien, señoras. Es hora de empezar.

Cuando Zoë dejó a Bob y se encaminó al centro de la sala, advirtió que Karen la observaba.

Era una clase de nivel intermedio, y la mayoría de las mujeres llevaban más de un año asistiendo a los entrenamientos. Zoë iba a La Mujer Guerrera desde hacía poco menos de doce meses, pero había realizado muchos más progresos que muchas de las mujeres que llevaban allí más tiempo.

Independientemente del nivel de la clase, Karen siempre empezaba de la misma manera, con diez minutos de estiramientos y saltos que ayudaban a calentar el cuerpo y a desentumecer los músculos. A continuación, seguía con unos minutos de *autokumite* o autolucha, donde básicamente todas las asistentes se enfrentaban a un enemigo invisible con golpes y contragolpes. Aquel tipo de calentamiento fortalecía los movimientos básicos hasta que la memoria muscular los asimilaba por completo.

Zoë siguió los ejercicios paso a paso. No le gustaba cómo estaba peleando esa noche: se movía con movimientos torpes y sin objetivo concreto. No estaba concentrada. Le echó la culpa a Lara Finz.

Una vez acabada la fase de calentamiento, Karen las reunió a todas en un círculo a su alrededor.

—Muy bien, señoras. Las últimas semanas hemos estado practicando posibles escenarios en los que el agresor ataca por detrás. Esta noche nos centraremos en un movimiento para encarar un ataque frontal. Jennifer, ¿me echas una mano con esto?

Jennifer asintió y dio un paso adelante.

Al parecer, Jennifer asistía a las clases de Karen desde hacía mucho tiempo, por lo que Zoë supo que aquel tenía que ser un movimiento difícil.

—Está bien, Jen, quédate inmóvil en posición ante un ataque frontal.

Jennifer separó las piernas con una amplia zancada, como si corriera con el brazo en alto.

Karen se situó a un lado y simuló darle una patada lateral en la rodilla, con la planta del pie. Jennifer fingió caer de rodillas. A continuación, Karen asestó unos golpes dobles con el dorso de la mano

en la nariz de Jennifer y terminó el movimiento volviéndose de nuevo para propinarle una segunda patada lateral en la misma rodilla con la otra pierna. Karen realizó una segunda demostración, esta vez con más brío. Jennifer atacó a cámara lenta y Karen repitió la técnica de tres pasos para mostrar su fluidez. La ejecutó varias veces más, cada una de ellas con más velocidad y añadiendo alguna variante.

—Si se hace bien, os garantizo que vuestro atacante se irá con la rodilla maltrecha y la nariz rota. Muy bien, ¿habéis visto todas cómo funciona esta combinación?

Karen obtuvo un coro de respuestas afirmativas.

—Perfecto. Ahora, poneos por parejas y a ver qué tal os sale.

Zoë formó pareja con una chica a la que conocía como Monica a secas. Monica llevaba en la academia algo más de tiempo que Zoë, pero lo único que sabía de ella era que la habían asaltado un par de años antes.

—¿Qué quieres hacer primero, atacar o defender? —le preguntó Monica.

—Tú eliges.

—Yo defenderé. Quiero ensayar este movimiento.

Zoë asintió y se colocó en posición de ataque, aunque estática. Imitando la demostración de Karen, Monica siguió todos los pasos a medida que la instructora los iba anunciando. Monica repitió la nueva combinación de Karen hasta que se familiarizó con ella.

—Muy bien, ahora en serio —dijo Monica.

Zoë simuló un ataque frontal sobre Monica, moviéndose a cámara lenta. Esta siguió la combinación de tres pasos, arrojando a Zoë a la colchoneta y luego hizo varias repeticiones con el mismo resultado.

Karen iba acercándose a cada pareja para proporcionar orientación. Se detuvo para ver los progresos de Zoë y Monica, dio a esta un par de consejos e hizo que Zoë atacara a Monica con más velocidad que antes. El resultado final fue el mismo: Zoë terminó tendida en la colchoneta. Zoë sabía que, como atacante, era la que debía terminar en el suelo, pero no estaba siendo una oponente digna. Debería haber presentado al menos alguna resistencia o desafío para Monica. Esa noche no tenía la cabeza donde debía tenerla.

Lara Finz la había engañado con toda la facilidad del mundo. El engaño era una burla a todo lo que Zoë hacía en aquella clase: se suponía que debía mantenerse en guardia en todo momento y, ante la primera prueba real, había fallado estrepitosamente. Y eso que la periodista no era nada comparada con un depredador auténtico... Necesitaba centrarse de una maldita vez, sobre todo con ese hijo de puta rondando por la ciudad.

—Me parece que ya lo tengo —dijo Monica—. ¿Quieres probar tú ahora?

Zoë asintió.

Monica permaneció inmóvil mientras Zoë seguía los pasos. Karen fue haciéndole comentarios hasta que Zoë tuvo el movimiento dominado. A continuación, Karen se dirigió a la siguiente pareja.

—Ahora lo mismo pero con un poco de movimiento —propuso Zoë.

Monica se aproximó a Zoë despacio, pero el movimiento complicaba los pasos. Zoë falló el objetivo con la patada lateral, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Maldita sea... —exclamó entre dientes.

—No pasa nada. Volvamos a intentarlo.

En el segundo intento, Zoë no se situó correctamente y no tardó en tener a Monica encima.

—Vamos, Zoë. Tú puedes.

Zoë estuvo a punto de decirle a Monica dónde podía meterse sus palabras de ánimo. Monica no sabía absolutamente nada de ella.

—¿Quieres que te enseñe cómo se hace el movimiento?

—No —le soltó Zoë con brusquedad.

Monica pestañeó sorprendida.

—No. Perdona. Ya lo tengo.

—Muy bien —dijo Monica—. Vamos a intentarlo otra vez. Cuando quieras.

Zoë asintió y Monica se lanzó sobre ella. Una vez más, Zoë reaccionó demasiado despacio y ejecutó sus movimientos con excesiva torpeza, así que Monica le hizo perder el equilibrio y la lanzó directa a la colchoneta.

—Mierda.

—No pasa nada —dijo Monica al tiempo que le tendía la mano a su contrincante.

De mala gana, Zoë agarró la mano de su compañera de clase.

—Otra vez.

—De acuerdo.

Probaron de nuevo y en esa ocasión Zoë consiguió llevar a cabo todo el movimiento, pero era evidente que Monica había bajado el nivel para que a ella le resultase más fácil defenderse.

—Una vez más, antes de dar por aprendida esta combinación —dijo Karen—, así que esta vez echadle ganas.

—Ya has oído a la jefa —comentó Monica.

—Esta vez sin miramientos.

Monica sonrió.

—Te lo prometo.

Cargó contra Zoë. Esta vio la oportunidad que se le brindaba para asestar la patada lateral inicial, pero falló. Monica sacó entonces un cuchillo imaginario y realizó un movimiento transversal hacia la mandíbula de Zoë. Fue un accidente. Zoë sabía que era un accidente, pero su reacción fue inmediata y obedeció a un impulso: le soltó un revés a Monica. La bofetada dejó paralizada a la mujer en el sitio, y a Zoë ya no le hizo falta nada más: siguió el revés con un fuerte golpe de frente con la palma de la mano en el esternón de Monica. El impacto la estrelló contra la colchoneta y le arrancó un grito. Zoë preparó el puño para asestarle un nuevo golpe por si se le ocurría contraatacar.

—¡Zoë! —gritó Karen.

El grito de la instructora sacó a Zoë de golpe del trance. Todas la miraban fijamente, con una mezcla de asco y estupor en sus rostros. Monica estaba llorando. Dos mujeres se apresuraron a socorrerla.

Zoë abrió la boca para disculparse, pero no le salían las palabras. Estaba tan conmocionada por lo que había hecho como las demás.

Karen señaló la puerta.

—Lárgate, Zoë.

Zoë asintió. Era lo único que podía hacer. Se volvió y vio al inspector Ryan Greening de pie junto al mostrador de recepción.

«Mierda», pensó.

Cuando pasó a su lado para ir a recoger sus cosas, el inspector le dijo:

—Creo que tenemos que hablar.

CAPÍTULO 10

El inspector Greening sostuvo la puerta a Zoë y salieron a la noche. El sonido de las expresiones de disgusto y consternación de las chicas traspasaba los ventanales de vidrio esmerilado de la academia. Zoë atravesó la calle en dirección a su motocicleta para huir de la increíble metedura de pata. Greening la siguió.

—¿Cómo me ha encontrado? —le preguntó.

—He ido al centro comercial a hablar contigo, pero ya te habías ido. Uno de tus compañeros me ha dicho dónde estabas. —dijo prescindiendo de los formalismos de la comisaría.

Greening podría haberla llamado antes o incluso haberla citado en comisaría, pero había aparecido allí sin previo aviso para poder sorprenderla en su hábitat natural. No le hacía falta preguntarle si se había convertido en sospechosa: el hecho de que acabase de presenciar su pequeña exhibición en clase seguramente había contribuido a alentar aún más sus sospechas sobre ella. Cuando la cagaba, la cagaba de verdad.

—¿Quieres explicarme a qué ha venido eso de ahí dentro, eh? —preguntó.

—No es nada. Solo me he dejado llevar. Son cosas que pasan. ¿Qué quiere de mí?

—Tengo algunas novedades sobre nuestra investigación, pero también me gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Tienes tiempo para charlar un rato?

La pregunta tenía un dejo de exigencia.

—Sí, claro. ¿Dónde quiere que hablemos?

—Quiero repasar algunos de los sucesos de anoche, así que ¿qué te parece si vamos a ese lugar donde estuviste tomando una copa, al Ferdinand's?

Zoë emitió un gemido de protesta para sus adentros. Lo último que quería era volver a la escena de su crimen. Trató de urdir alguna excusa de por qué no podían volver allí, pero no se le ocurría ninguna. Al final se rindió.

—Muy bien. Como quiera.

Greening insistió en llevarla en su coche, por lo que dejó la moto donde estaba. Tenía la sensación de que el inspector controlaba la situación de una forma pasiva-agresiva. Era el modus operandi de la policía: hacerte sentir que tenías una opción cuando, en realidad, no la tenías.

Era otra noche movida y bulliciosa en Russian Hill. Las calles que rodeaban el Ferdinand's estaban abarrotadas de gente y Green-ing tardó un buen rato encontrar aparcamiento. Echaron a andar juntos por la acera. Cualquiera espectador curioso los habría tomado por una pareja normal, si no hubiera prestado demasiada atención.

El Ferdinand's estaba igual de lleno que la noche anterior. Llegar a la puerta fue una auténtica odisea, y en el restaurante apenas había mesas libres.

—Esto parece una zona de guerra —señaló Zoë—. ¿Está seguro de que quiere hablar de un asunto policial con tanta gente alrededor?

—Creo que estaremos bien.

Zoë se resignó a que no hubiera forma de evitar aquello y entró con él.

Al acceder al restaurante, se sintió incómoda. El Ferdinand's no exigía ir vestida de etiqueta a su clientela, pero no había nadie más paseándose en harapos ni con ropa deportiva. Tendrían que conformarse con el traje y la placa de Greening. La noche anterior había acudido allí vestida para matar y ese día aparecía en chándal.

Sin embargo, el atuendo deportivo también tenía sus ventajas. Reconoció un par de caras entre el personal, pero ellos no la reconocieron a ella. La víspera, estaba guapísima, espectacular. Esa noche, en cambio, nadie se pararía a mirarla dos veces. No era de extrañar que nadie la reconociese. Eso le quitó un peso enorme de encima.

Greening pidió a la encargada una mesa para dos. Mientras la mujer anotaba su nombre en la lista, él aprovechó para mostrarle un momento la placa con aire despreocupado. Los sentaron inmediatamente, aunque «inmediatamente» no implicaba que fuese una buena mesa. Acabaron en una mesa alta para dos delante de la ventana, junto a la entrada. Él se sentó en la silla que miraba a la puerta, el asiento que quería ella. No le gustaba sentarse de espaldas a la entrada, nunca se sabía quién podía sorprenderte por detrás. Eso nunca le había preocupado antes del secuestro.

—¿Vienes mucho por aquí? —le preguntó él, mirando alrededor antes de concentrarse en la carta.

—De vez en cuando.

¿De veras solo había pasado un día desde la última vez que había estado allí? Le parecía que hacía un siglo. Pensó que ojalá pudiese mostrarse tan contenta y relajada como los demás comensales. Todos derrochaban alegría, riendo y bromeando como si no hubiese habido ningún asesinato a apenas unos kilómetros de allí. Pero para ellos no había sucedido nada, ¿no era así? Los seres humanos solo reconocían el rostro de la muerte cuando les tocaba de cerca. Estaba segura de que si preguntaba a cualquiera de los presentes si alguien había muerto asesinado la noche anterior, ninguno lo sabría. En realidad, nadie prestaba atención a esas cosas. Con razón los asesinos podían actuar con total impunidad durante tanto tiempo...

—¿Has cenado ya? —le preguntó él.

—No.

—Yo tampoco. Estoy muerto de hambre. Pide lo que quieras, yo invito.

No le gustaba nada la idea de que un poli la invitara a cenar. Aquello podía tener sus condiciones.

—Podemos pagar a medias.

—Invito yo. —Greening sonrió—. Bueno, en realidad debería decir que invita el departamento.

Zoë no sabía mucho de gastos de los departamentos de policía, pero dudaba que cubriesen las cenas con testigos potenciales.

—Da igual. No tengo tanta hambre.

El inspector frunció el ceño.

—Como quieras.

El camarero que los atendería esa noche se presentó y les dejó una botella de agua. Les preguntó si les apetecía alguna otra cosa de beber. Los dos respondieron que no, pero Greening pidió algunos platos pequeños.

—Come lo que quieras.

Zoë no sabía muy bien si aquello era un interrogatorio o una cita romántica. Lo último era muy poco probable, pero Greening desde luego estaba agasajándola por alguna razón... y no podía ser buena.

—Ha dicho que tenía novedades.

—Y las tengo. —El hombre se irguió en su asiento e inclinó el cuerpo hacia delante—. Ha habido algunos avances.

—¿Como cuáles?

—Hemos identificado a la mujer de anoche. Se llamaba Laurie Hernández. ¿La conocías?

Zoë negó con la cabeza.

—Lo suponía. Eso sería pedir demasiado —dijo—. Tengo una pregunta más importante: ¿has hablado con la prensa?

—No —mintió.

En realidad, era una verdad a medias. La prensa había intentado hablar con ella y era ella quien no había querido hablar con la prensa. Por muy gratificante que pudiera resultarle quejarse de Lara Finz ante Greening, la posibilidad de que la mujer interpusiera luego una denuncia por agresión se lo impidió.

—¿Estás segura? Es importante, Zoë.

—No he hablado con nadie. ¿Por qué?

Se sacó un ejemplar del *Chronicle* del bolsillo y lo dejó encima de la mesa.

—Le han puesto nombre.

Zoë echó un vistazo al artículo y vio que estaba firmado por Lara Finz.

«Maldita zorra», pensó.

Leyó el resto en diagonal y se detuvo al llegar a la identidad pública del asesino. No tenía rostro pero sí un nombre: el Contable. Lanzó un suspiro.

—Sí, no es muy original que digamos, pero podría ser acertado —dijo Greening.

—¿Cómo ha podido suceder algo así?

—Anoche las cámaras de televisión te captaron enseñándonos la cicatriz.

Zoë se llevó la mano inconscientemente a la marca de la cadera. Se sonrojó ante el revelador gesto.

—Pero fue la policía la que elaboró la teoría de que numeraba a sus víctimas.

Greening suspiró.

—Tenemos la sospecha de que fue alguien del departamento quien filtró ese dato a la prensa. No sería la primera vez que uno de los nuestros vende información a los medios, pero puedes estar tranquila, que en cuanto averigüemos quién ha sido, van a rodar algunas cabezas.

«¿“Puedes estar tranquila”? Tiene que estar de broma —pensó Zoë—. ¿Qué otra información habrá filtrado el departamento de Greening? ¿Es esa la razón por la que Lara Finz me ha encontrado tan fácilmente?»

—No pueden facilitar mi nombre a la prensa. Él podría reconocerme.

—Sí, ya lo sé. El inspector Ogawa está en contacto con el *Chronicle* por esto. No te preocupes, por favor.

—Para usted es fácil decirlo. —Dio un manotazo en la mesa. Los demás comensales se volvieron para mirarlos. Zoë bajó la voz—. Él no tiene ninguna cuenta pendiente con usted.

—Sí, ya lo sé. Lo siento.

—Dígame una cosa: ¿es el mismo hombre?

—Sí, creemos que sí. Laurie Hernández estaba desnuda, colgada de las muñecas, y fue brutalmente azotada antes de ser asesinada. Obviamente, no podemos realizar ninguna prueba pericial comparando la letra, pero las cicatrices parecen obra de la misma persona.

Aquellas palabras le procuraron cierto alivio. Durante mucho tiempo, la gente la había visto como una chica alocada y amante de la juerga que se había emborrachado tanto que no distinguía la realidad de la ficción. Sin embargo, había sido una víctima, y ya nadie podría seguir negándolo. Simplemente, le parecía muy triste que otra mujer hubiese tenido que pagar con su vida el precio de despejar las dudas en torno a ella. Era una victoria amarga.

Efectivamente, era él. El Contable estaba en su ciudad. En el fondo, no importaba si su nombre aparecía o no en la prensa o en televisión, porque ya había atraído la atención en la escena del crimen. Lo único que tenía que hacer aquel asesino era ver las noticias para saber que Zoë andaba cerca. El muy

hijo de puta jugaba con ventaja: sabía qué aspecto tenía ella, podía plantársele delante tranquilamente, porque ella sería incapaz de reconocerlo.

—Así que Laurie Hernández es la número seis, Holli fue la número tres, y yo, la cuatro. ¿Qué hay de las números uno, dos y cinco?

—Lo estamos investigando. Estamos realizando búsquedas en todas las bases de datos para encontrar patrones de victimización y casos similares.

Zoë compuso una mueca de dolor. «Patrones de victimización» era una jerga demasiado aséptica y fría para una víctima anterior.

—Lo siento. Es la jerga policial. No siempre resulta delicada al oído.

—No pasa nada.

—El problema es el ámbito de búsqueda. El sospechoso no puede ser alguien de aquí, teniendo en cuenta dónde te secuestró. Las demás víctimas podrían estar repartidas por toda la geografía del país. Por eso va a ser difícil restringir la búsqueda, y nos llevará algún tiempo. El engranaje de la máquina policial es meticuloso, pero también es lento.

Los platos que Greening había pedido llegaron al fin. El detective fue picando de entre todos aquellos entrantes y la animó a que hiciera lo mismo. Pese al mal humor, Zoë tenía hambre. Por lo visto, dar una paliza a una compañera de clase te abría el apetito. Escogió un par de rollitos de primavera.

—No creo que encuentren a las demás víctimas —dijo ella.

—¿Por qué dices eso?

—No llegaron a encontrar a Holli, y eso que yo estaba con ella para denunciar el secuestro. Me parece que él no quiere que encuentren a sus víctimas. Le apuesto lo que quiera a que no habrían encontrado el cadáver de Laurie Hernández si no lo hubiesen interrumpido.

—Puede ser, pero gracias a los errores se solucionan los casos —contestó Greening—. La mayor parte de los crímenes son actos impulsivos, dominados por la improvisación. Tengo serias dudas de que la mayoría de los criminales planeen sus delitos con más de dos horas de antelación. Ni siquiera alguien tan organizado como este tipo puede tenerlo todo cubierto. Nadie puede. Es un hombre solo contra todo el departamento de policía de San Francisco y los demás cuerpos policiales de la zona de la Bahía y el país entero. Ten un poco de fe en nosotros. Ese tal Contable cometió un error contigo y luego otro anoche. Hace que me sienta optimista respecto a nuestras posibilidades.

A Zoë le gustaba su análisis, aunque le parecía detectar cierta dosis de espíritu comercial en su discurso. El Contable había logrado permanecer escondido durante años, de manera que lo más probable era que siguiese lográndolo los siguientes años. Pese a que un solo hombre no era rival para todo un departamento de policía, el Contable tenía una ventaja sobre una organización de ese tamaño: la habilidad de pasar desapercibido, la flexibilidad para moverse con rapidez y cambiar de planes. Esa capacidad de maniobra era difícil de igualar.

Se guardó esos pensamientos para sí misma. Habrían sonado mezquinos a oídos de aquel policía. Al fin y al cabo, no tenía más remedio que creer en los recursos del departamento, porque necesitaba desesperadamente que atraparan al Contable. Necesitaba que rompiesen el hechizo que ejercía sobre ella.

Greening comió algo más de los platos de entrantes antes de decir:

—Hoy he hablado con un par de amigos tuyos.

¿Amigos? No sabía que le quedase alguno.

—Con el doctor Jarocki y el agente Martínez.

¿Es que un psicólogo y un poli contaban como amigos? Si esos dos eran los únicos amigos que le quedaban, Zoë tenía verdaderos problemas.

—¿Y qué ha dicho el doctor Jarocki?

—No mucho, por la confidencialidad que rige vuestra relación médico-paciente. Le hablé de lo

de anoche.

Zoë se alegró. Tenía intención de llamar a Jarocki, pero no había podido hacerlo todavía.

—¡Calientapollas! —gritaron desde fuera.

Ni Zoë ni Greening le prestaron atención hasta que alguien estampó un puño contra el cristal de la ventana, cerca de la cabeza de Zoë, que se sobresaltó en su asiento.

Al otro lado de la ventana estaba ese capullo, Rick Sobona, el anuncio andante de ejecutivo de altos vuelos. Lucía un hematoma que le nacía justo debajo de los ojos y se prolongaba hasta la parte inferior de la nariz, donde Zoë le había asestado el puñetazo. El hombre le hizo un gesto grosero con el dedo corazón.

—Calientapollas —la insultó de nuevo.

Zoë sacudió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Pero ¿a qué narices viene eso? —exclamó Greening.

Sobona lanzó una mirada asesina a Zoë, esperando a que le contestara. Cuando vio que no decía nada, irrumpió con violencia en el restaurante. La encargada levantó las manos y le interceptó el paso, pero él la apartó de un empujón.

Sobona se precipitó hacia la mesa y se plantó directamente delante de Zoë. A ella se le pusieron los pelos de punta ante aquella invasión de su espacio personal. Puesto que Greening estaba presente, reprimió el impulso de darle un puñetazo en las pelotas. Lo tenía perfectamente a tiro, pero Greening ya la había visto agredir a alguien esa noche.

—No me puedo creer que hayas tenido la desfachatez de volver aquí después de la que me montaste anoche —soltó Sobona—. Veo que vuelves a las andadas, ¿eh, calientapollas?

—Cuidado con lo que dices, amigo.

—¿Se puede saber qué te ha prometido a ti? Sea lo que sea, no la creas. Se pone cachonda coqueteando y siguiéndote el rollo, pero es puro teatro. Cuando acaba el espectáculo, esto es lo que hace. Se señaló las consecuencias del puñetazo que le había dado.

Zoë percibió la intensa mirada de Greening.

El policía se levantó y se encaró con Sobona.

—Muy bien, ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora, es hora de que te vayas.

Sobona soltó una risotada cargada de desdén.

—No hemos terminado, ni mucho menos. Vamos a solucionar esta mierda ahora mismo.

Greening se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó su placa.

—No, hemos terminado, a menos que quieras complicarte la vida mucho más.

Sobona alzó los ojos hacia el techo con gesto de exasperación y se puso a aplaudir exageradamente.

—Genial. Un poli. Conque así es como consigues salirte con la tuya... protección policial. Buena pieza estás tú hecha...

No podría haber imprimido más desprecio a su voz ni queriendo. Si su intención era avergonzarla, lo había conseguido. Quería que se la tragara la tierra.

La encargada regresó acompañada del chef y de dos camareros, que rodearon a Sobona.

—Señor, no es usted cliente de este restaurante. Le ruego que se marche.

—Anoche esta zorra estuvo a punto de romperme la nariz y el pulgar.

—Eso no es asunto nuestro. Tiene que irse.

Uno de los camareros, un hombre robusto de espaldas anchas, apoyó una mano en el brazo de Sobona para dar énfasis a las palabras del chef.

Sobona levantó las manos en señal de rendición, zafándose de la mano del camarero.

—Está bien, está bien. Me voy. Sé perfectamente cuándo llevo las de perder.

El camarero acompañó a Sobona hasta la puerta, por si cambiaba de opinión y al final no se iba.

Greening siguió de pie, seguramente por si se requería su actuación como policía.

—Señor, en el futuro no será usted bienvenido en este local —le dijo el chef.

—No perdería el tiempo en este tugurio de todos modos. La comida aquí es una mierda. — Sobona no pudo resistir la tentación de irse sin golpear la ventana una última vez y gritar—: ¡Zorra!

El chef se dirigió al centro del restaurante levantando las manos.

—Lo siento mucho, amigos. No nos libramos de que venga algún borracho ocasional a armar jaleo. Espero que no haya arruinado la noche a nadie.

Obtuvo una salva de aplausos antes de regresar a los fogones.

Greening volvió a sentarse.

—Vaya, veo que en tu vida no hay sitio para el aburrimiento.

La encargada se acercó a Zoë y a Greening.

—Siento muchísimo lo ocurrido. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—No, la que lo siente soy yo —contestó Zoë—. Me siento muy avergonzada.

La encargada le puso la mano en el hombro.

—Por favor, no lo esté. Sea lo que sea lo que le hizo, seguro que se lo merecía.

—Me parece que pediremos la cuenta —dijo Greening.

Cuando la encargada regresó a su puesto, Greening inclinó el cuerpo hacia delante.

—Y tú qué decías que aquí nadie se acordaría de ti... ¿Quieres cambiar tu declaración, Zoë Sutton?



Desde el otro lado de la calle, Marshall Beck fue testigo del estallido de furia de aquel hombre contra Zoë. Había montado en cólera en el restaurante, algo que a Beck no le gustaba nada: las muestras de emociones en público le desagradaban profundamente.

A pesar de que no quería tener nada que ver con ese hombre, Beck se dio cuenta de que aquella historia podía resultarle útil con Zoë. Para poner a alguien en el punto de mira había que documentarse e informarse muy bien: cuanto más sabías sobre ese alguien, más probabilidades de éxito tenías.

Seguir a Zoë resultaba muy sencillo ahora que sabía dónde vivía. Una de las ventajas de trabajar en Garras Urbanas era que podía establecer su propio horario. En lugar de acudir esa mañana, se había quedado apostado delante del edificio de apartamentos de Zoë. Había esperado a que saliese y la había seguido hasta el centro comercial Golden Gate Mall. Había averiguado su turno de trabajo fingiendo que quería presentarse para un puesto de guardia de seguridad. Había ido a trabajar y se había marchado más temprano para vigilarla en el camino de vuelta a casa. Era difícil seguir aquella motocicleta en hora punta. Corría muchos riesgos zigzagueando entre el tráfico. Beck se había visto obligado a conducir por el carril de vehículos de alta ocupación para no perderla de vista. Justo cuando creía que la había perdido, vio la moto aparcada delante de la academia de defensa personal. Estaba hecha una auténtica experta en lucha, un rasgo que atribuyó a su propia influencia sobre ella. Sus habilidades como rastreador lo habían llevado hasta allí. Había seguido a Zoë y al poli que la había acompañado fuera de la comisaría la noche anterior. Aquel hombre encolerizado suponía una vuelta de tuerca más en las labores de vigilancia de esa noche.

«Esto va a ser muy fácil», se dijo Beck. Cruzó la calle y siguió la trayectoria justa para chocar con el hombre furioso. Sin dejar de maldecir y mascullar algo entre dientes, el hombre no se percató en absoluto de que Beck iba directo hacia él. Los pasos algo torpes y despreocupados de Beck iban

destinados a disimular sus intenciones más ante el resto de los transeúntes que ante su objetivo.

Beck se colocó justo delante del hombre. Este lo miraba, pero su furia ciega le impedía ver lo que tenía justo enfrente. Beck se sacó el teléfono del bolsillo y fingió leer unos mensajes de texto mientras caminaba. Se situó de forma que él y el hombre chocaron con el hombro. El impacto arrancó el teléfono de las manos de Beck y lo lanzó a la acera.

—¡A ver si miras por dónde vas, idiota! —le soltó el hombre.

Medía un palmo largo menos que Beck. Se puso de puntillas para mirar a este de frente. Puede que aquel tipo tuviese la ira de su parte, pero Beck tenía el tamaño, la fuerza y la capacidad física de la suya. Podía partírle el cuello ahí mismo, si se lo proponía.

Beck levantó las manos.

—Lo siento, señor. Ha sido un accidente. Nos hemos chocado, eso es todo. No pasa nada. No había mala intención.

—Se equivoca. Sí pasa. Sí hay mala intención.

Beck arrugó la frente, haciéndose el intrigado.

—¿Está usted bien? Es que solo nos hemos chocado. No hay para tanto...

—Estaría mucho mejor si los idiotas como tú mirasen por dónde van.

—Está bien, lo siento. No pretendo pelearme con nadie. Solo quiero asegurarme de que está bien.

Una mujer recogió el teléfono de Beck y se lo tendió.

—Tenga su teléfono. —Fulminó con la mirada al hombre furioso—. Creo que está roto.

Beck examinó el aparato. La pantalla estaba resquebrajada. Dentro de sus planes, era un precio pequeño que pagar.

El hombre se quedó mirando el teléfono roto y abrió la boca para soltar más exabruptos, pero entonces toda la tensión abandonó su cuerpo.

—Joder, mierda. Lo siento mucho, de verdad. No estoy enfadado contigo, sino con otra persona.

Señaló con el pulgar por encima del hombro al restaurante, donde estaban Zoë y el poli.

Beck señaló la cara magullada del hombre.

—Parece que alguien se ha enfadado mucho con usted.

Se tocó el cardenal y la nariz hinchada.

—Sí. De ahí mi mal humor. Me he comportado como un capullo. Te pagaré un teléfono nuevo. Es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias.

Beck supo en ese preciso instante que tenía a aquel tipo en el bolsillo.

—No se preocupe por el teléfono. Me convencieron para que comprara uno de esos seguros que te lo sustituyen gratis por uno nuevo de la siguiente generación, así que, en realidad, me ha hecho un favor.

El hombre se echó a reír.

—Al menos he hecho algo a derechas esta noche.

—Oiga, si quiere compensármelo, puede invitarme a una copa.

—Haré algo mejor: te invitaré a dos.

Beck le tendió la mano.

—Brad Ellis.

El otro hombre se la estrechó.

—Rick Sobona.

Caminaron varias calles hasta llegar a Poison, un bar que Sobona le había asegurado que le iba a encantar.

Era imposible que a Beck pudiese encantarle aquel sitio. Demasiado ostentoso y demasiada desvergüenza. Los focos que había detrás de la barra proyectaban un halo de luz celestial sobre las carísimas y exclusivas botellas de licor, como si poseyeran propiedades mágicas. En el Poison no había

bármanes, sino auténticos cocteleros profesionales. La forma en que los parroquianos estallaban en vítores y entrechocaban las manos cada vez que el barman completaba un cóctel era indicio de lo desesperadamente que se esforzaban por pasarlo bien.

—Un sitio increíble, ¿verdad? —exclamó Sobona.

—Es genial —mintió Beck.

Sobona se abrió paso entre la muchedumbre que abarrotaba la barra. Hizo una seña a Nick, uno de los bármanes, caracterizado como un camarero de la época de la Ley Seca, con el pelo engominado y un bigote finísimo.

—¿Cuál va ser su veneno esta noche, caballeros? —preguntó Nick.

Beck supuso que debía de ser el eslogan de aquellos tipos.

—Este hombre es un genio de los cócteles. Ponme eso que me serviste el fin de semana.

—Te refieres a un John Gotti —dijo Nick.

Beck apenas bebía. Nunca le había llamado la atención el al-cohol, de manera que solo bebía cuando las obligaciones sociales lo requerían. Como entonces.

—Vaya, suena a algo que debería probar —comentó Beck.

Nick tamborileó con los dedos en la barra.

—Entonces serán dos Gottis.

Mientras Nick montaba todo un espectáculo para preparar los cócteles, agitando dos cocteleras a la vez, Beck y Sobona entablaron conversación hablando de cosas triviales como dónde vivían, dónde trabajaban, por qué zona de la ciudad salían y cosas así. Beck tuvo que mentir sobre los aspectos más sociales de su vida. Su principal actividad social consistía en dar lecciones a la gente irresponsable, lo cual lo obligaba a robar fragmentos de conversaciones que había mantenido con compañeros de trabajo más gregarios.

Nick terminó su pantomima y dejó sendas copas delante de ellos. Beck pidió además un vaso de agua y tomó un sorbo de su copa. Era un contraste absoluto de sabor dulce y ácido a la vez. Supuso que precisamente esa debía de ser la gracia de un John Gotti.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta personal? —inquirió Beck.

—Claro. Ahora somos amigos.

—¿A qué venía esa actitud de antes en la calle?

Sobona arrugó la frente y negó con la cabeza.

—Acababa de tropezarme con una perra que anoche me sacó de mis casillas.

A Beck no le gustaba la palabra «perra» cuando era empleada como un insulto. No le gustaban los insultos en general. Puede que algunas personas mereciesen un epíteto despectivo, pero eso metía en el mismo saco a quien descalificaba y al descalificado. Si las personas obraban mal, la reacción más adecuada era enseñarles una lección. Los insultos eran para los niños.

Para los adultos estaban las represalias.

—Fue ella quien me hizo esto en la cara —explicó Sobona, señalándose los hematomas—. Hoy he intentado recriminárselo, pero iba acompañada de un poli que le ha salvado el culo.

Beck tenía que reconocerle a Sobona el mérito de admitir que Zoë le había hecho aquello, porque la mayoría de los hombres nunca admitirían ante nadie que una mujer les había dado una paliza. Después de todo, tal vez Sobona no fuese el fanfarrón que Beck creía que era.

—Esa perra... —La palabra tenía el mismo regusto amargo en su boca que el trago de John Gotti—. Háblame de ella.

CAPÍTULO 11

Zoë encontró un mensaje de David Jarocki en el contestador cuando regresó a casa después de la extraña cena-interrogatorio con el inspector Ryan Greening.

«Zoë, ha venido a verme un agente de policía para hacerme preguntas sobre un incidente relacionado contigo. ¿Podrías pasarte mañana por mi consulta? Tengo visitas a lo largo del día, pero puedo verte en cualquier momento a partir de las siete de la tarde. Ven cuando quieras. Espero que estés bien.»

Se sintió como si fuese una niña y la hubiesen mandado al despacho del director. Podía fingir que no había oído el mensaje de Jarocki, pero de todos modos, tarde o temprano la localizaría en el trabajo. No sería la primera vez.

Después de una jornada sin incidencias destacables en el centro comercial, donde los clientes se habían comportado con normalidad y Lara Finz no la había denunciado por agresión, llegó a la consulta a las siete y media. Encontró al psicólogo sentado a su mesa, solo y tomando notas sobre los pacientes. Al menos, eso supuso Zoë, porque apagó el monitor del equipo informático en cuanto ella entró por la puerta.

—Gracias por venir. Siéntate.

Zoë se sentó en el diván y él se desplazó de la silla de oficina de su mesa al sillón.

El hombre entrelazó las manos e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Ayer vino la policía y estuvieron haciéndome preguntas sobre ti. Naturalmente, no les dije nada, pero me contaron el incidente en el muelle 25. Luego lo vi en internet.

—No estuve muy brillante.

—Eso no importa. Después de ver las imágenes, me quedé muy preocupado por ti. ¿Cómo estás? ¿Quieres hablarme de lo ocurrido?

La respuesta era no, pero a aquellas alturas de la terapia, Jarocki no aceptaba un no por respuesta.

—Había salido y estaba en un bar. En el televisor del local vi la noticia de un asesinato. Había algo que me recordó mucho a mi propio secuestro. Me fui directa a la escena del crimen para salir de dudas, pero la policía no me hacía ni caso. No me pareció aceptable, así que traspasé el cordón policial.

—¿Qué te hizo pensar que el asesinato guardaba alguna relación contigo y con Holli?

Zoë negó con la cabeza.

—El instinto y las circunstancias. El hecho de que la mujer hubiese aparecido colgada, desnuda y con el cuerpo lleno de latigazos. Era justo lo que le había pasado a Holli. Tenía que saber si aquella mujer había muerto a manos del mismo asesino. Si es el mismo hombre, tengo información que los ayudará a atraparlo. Puedo ser de gran ayuda.

—¿Y?

Jarocki la conocía perfectamente. Sabía que no habría ido hasta allí movida únicamente por un impulso altruista. Sabía tan bien como ella que había acudido a la escena del crimen por razones egoístas.

—Y puedo conseguir que el asesino de Holli pague por lo que hizo.

—¿Y?

—No hay más razones.

—¿Estás segura?

Zoë cerró los puños. Se inclinó hacia delante en el asiento, agitando los pies con nerviosismo.

—¿Zoë?

—Y si atrapan a ese malnacido, podrá decirles qué fue lo que hizo con Holli.

—Buscas respuestas. Para algunos, eso podría parecer egoísta o egocéntrico. No importa. Necesitas respuestas para pasar página y seguir adelante con tu vida. No te sientas obligada a esconder tus motivaciones, Zoë.

Respiró un poco más aliviada después de oír sus palabras.

—¿Hay alguna relación entre esa mujer y tú?

—Se llamaba Laurie Hernández.

Zoë no quería que pensarán en ella como en una víctima anónima. La gente olvidaba enseguida a las víctimas anónimas.

—Lo siento, sí. Laurie Hernández. ¿Hay alguna relación entre Laurie y tú?

—No la conocía, pero llevaba la misma marca que yo en la cadera: números romanos. La prensa ha puesto al asesino el sobrenombre del Contable porque numera a sus víctimas.

—Sí, lo leí en el *Chronicle*. ¿Y tú cómo te sientes?

«¿Y tú cómo crees que me siento?», le dieron ganas de soltarle. Era una pregunta estúpida, pero así trabajaba Jarocki. Formulaba preguntas aparentemente obtusas para provocar una respuesta y obligarla a abrirse.

—Asustada. Nerviosa. Enfadada. Furiosa. —Se miró los puños y los relajó—. El hijo de perra que intentó matarme está aquí, en San Francisco. Eso me asusta. Hasta ahora había sido como una especie de hombre del saco que existía ahí fuera, en el éter, pero ahora es real, y eso me trastorna. Me enfurece que le haya hecho a otra persona lo mismo que nos hizo a Holli y a mí. Me enfurece que crea que puede seguir matando a mujeres. Me enfurece que, si hubiese hecho algo más cuando tuve la oportunidad, ahora Laurie Hernández no estaría muerta. Y eso es lo que me cabrea más que ninguna otra cosa.

Jarocki se quedó en silencio un momento.

—Tú no eres responsable de sus actos.

—No, solo de los míos... Y han tenido consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Dejé tirada a Holli. Nadie sabe si está viva o muerta. No pude llevar a la policía hasta el lugar donde jugaba a sus juegos macabros, así que nunca dieron con él. Desde entonces anda suelto y es libre para seguir matando a gente, y eso en parte es culpa mía. No me diga que no lo es.

—Y el otro día un avión desapareció en pleno vuelo, el nuevo puente de la Bahía tiene grietas y el déficit nacional sigue aumentando de forma alarmante. Eso en parte también será culpa tuya, imagino.

—No, por supuesto que no.

—¿Estás segura? Son cosas que pasan, y no has hecho nada para impedir las o mitigar sus consecuencias, así que, según tu propia lógica, debes de ser responsable de ellas también.

—Está siendo ridículo.

—Es posible, pero solo pretendo ilustrar que tú no eres la responsable de todos los males del mundo. No puedes cargar con la culpa de los demás ni con las consecuencias futuras de sus actos. Nadie puede. Ese es el camino a la autodestrucción. Escucha, ya hemos hablado de esto muchas veces en

nuestras sesiones y sé que es duro, pero tienes que perdonarte a ti misma. Las personas no pueden vivir sin el perdón, por eso los católicos tienen el sacramento de la confesión, y los judíos, el Yom Kippur. Reconoces tus errores y luego sigues adelante con tu vida.

—Eso suena a una vida sin culpabilidad.

—Es una vida sana y racional.

—Todo eso está muy bien, pero olvida usted el castigo. Si voy a confesarme, tendré que hacer penitencia por mis pecados. Tendré que rezar unas avemarías o algo así. Siempre hay un castigo que cumplir. ¿Dónde está mi castigo?

—¿Es que no te has castigado ya lo suficiente?

Era un golpe bajo, muy hábil, pero bajo de todos modos.

Jarocki se levantó.

—Voy a prepararme una taza de café. ¿Quieres una?

Zoë asintió y salieron de la consulta para dirigirse a un cubículo minúsculo que hacía las veces de sala de descanso del personal. El psicólogo preparó café para ambos con una de esas cafeteras de cápsulas.

—Paso todo el día encerrado en esa consulta. ¿Te importa si seguimos hablando mientras damos una vuelta? Ya se ha ido todo el mundo. No nos oírán nadie.

—De acuerdo.

Echaron a andar por los pasillos, estrechos y desiertos. A Zoë le recordó a sus rondas por el centro comercial. Venció el impulso de comprobar todas las puertas para ver si, efectivamente, estaban bien cerradas.

—Pese a tu aparición tan poco ortodoxa en la escena del crimen, ¿cómo te trataron los policías?

—Como policías.

El hombre asintió y sonrió.

—Eso ya lo imaginaba por el inspector que vino a verme; sabía perfectamente que yo no podía decirle nada, pero aun así vino a ver si pescaba algo.

—En realidad, si le soy sincera, se portaron muy bien. Una vez que conseguí que me escucharan, eso me ayudó a tranquilizarme un poco. No diré que me hicieron sentirme útil exactamente, pero sé que lo he sido. Gracias a mí, saben que no es la primera vez que el asesino actúa.

—¿No es genial? Has dicho que querías ayudar y les has ayudado. Has puesto a la policía sobre la pista que les ayudará a atrapar a ese asesino.

—Pero puedo hacer más todavía.

—Sí, estoy seguro, pero no es tu trabajo. Tú no eres policía. Ya has hecho todo lo que podías, ahora deja que ellos hagan su trabajo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Le costaba quedarse al margen cuando estaba relacionada de forma tan directa con todo aquello. Aún había respuestas agazapadas en algún rincón de su cerebro. Necesitaba desenterrarlas, y no solo para ayudar a la policía: necesitaba saber qué les había pasado a Holli y a ella cuando salieron de Las Vegas. No pensaba dejar que esas respuestas siguieran languideciendo en el olvido.

Llegaron al final de un pasillo y se detuvieron a mirar por la ventana. No estaban lo bastante alto para abarcar el perfil completo de la ciudad, pero sí había unas buenas vistas de Alcatraz, el puente Golden Gate e incluso la parte superior del muelle 25. Zoë tomó un sorbo de café y le pareció que tenía un regusto más amargo que hacía apenas un momento.

No le gustaba cuando Jarocki adoptaba aquella actitud paternalista con ella e intentaba darle lecciones sobre la vida, pero su genuina preocupación por el bienestar de Zoë mitigaba el fastidio que le producían sus bienintencionados sermones.

—Sabes que tengo que regañarte —dijo Jarocki—. Cuando fuiste corriendo a esa escena del

crimen, estabas sufriendo una crisis y no me llamaste.

La imagen de ella misma traspasando el cordón policial desfiló por su mente. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había perdido el control de esa manera. Inspiró aire y lo exhaló despacio.

—No tuve tiempo. La policía estuvo interrogándome durante mucho rato.

—Y eso podría haberse evitado si no hubieses actuado de una forma tan impulsiva. Deberías haberme llamado primero; yo podría haberte acompañado. Tal como hemos hablado muchas veces, el comportamiento impulsivo no nos ayuda en nada. ¿Crees que podrías haber manejado la situación de otro modo y haber conseguido los mismos resultados?

El control del comportamiento impulsivo era uno de los numerosos temas favoritos de Jarocki, pero a Zoë siempre le sonaba a represión emocional. Entendía que no lo era. Sentir miedo no era algo que hubiese que evitar, pero sí dejar que el miedo dominase sus reacciones. Le había costado un año de terapia comprender eso. En los momentos de mayor tensión, Zoë no siempre se mostraba racional.

—Me entró el pánico cuando vi la noticia: volvía a estar en aquel cobertizo con él. Tenía que saber si era él otra vez o no, y no me importaba lo que tuviese que hacer para averiguarlo. No me di ningún margen de tiempo para tratar de asimilar el shock, y debería haberlo hecho.

—Yo soy uno de los recursos que tienes, y no deberías tener miedo de emplearlo.

—La próxima vez me aseguraré de hacerlo.

—Hay otros aspectos de lo que pasó esa noche que me preocupan. En primer lugar, fuiste allí desde un bar.

—Oh, vamos, doctor Jarocki. No soy una alcohólica.

—Nunca he dicho que lo fueras. Tomar una copa de vez en cuando no tiene nada de malo, pero tal como hemos comentado otras veces, el alcohol no ayuda en los episodios de trastorno por estrés postraumático.

—¿Qué más le preocupa? —preguntó Zoë.

—Ibas vestida de forma provocativa.

Le había contado en sesiones anteriores que se vestía de forma sugerente e iba sola a los bares a ligar con hombres. Era un efecto secundario del trauma. Tenía que volver a ponerse en peligro colocándose en la misma situación que había originado el secuestro. Era su castigo por escapar y que Holli no lo hubiera logrado. Ni siquiera había sido un pensamiento consciente hasta que Jarocki lo había hecho aflorar durante una sesión, y aunque lo entendía, seguía haciéndolo pese a todo.

—Solo había salido a divertirme. No estaba planeado. Era algo que me apetecía hacer, nada más. ¿No iré a decirme ahora que las minifaldas no ayudan al trastorno por estrés postraumático?

—No... Y te estás poniendo hostil, Zoë.

—¿Qué problema tiene, doctor? Oiga, si tiene algo que decir, dígamelo sin rodeos.

—Saliste a beber entre semana, vestida para ligar. Estabas recreando el escenario que hizo que te secuestraran y volviste a situarte en la línea de fuego. Volviste a ponerte a prueba, con la esperanza de vivir una confrontación. Pensaba que ya habías dejado atrás ese comportamiento hacía meses. ¿Cuándo has recaído... o es que simplemente ahora se te da mejor mentirme?

Zoë advirtió que Jarocki estaba enfadado, pero el psicólogo conseguía seguir hablando con el tono de voz de un padre decepcionado.

—Oiga, está dando un montón de cosas por sentadas. Podría haber salido a celebrar el cumpleaños de una amiga, ¿no?

—¿Y era así? Corrígeme. Sácame de mi error. ¿Cómo se llama esa amiga?

Zoë no respondió.

—Zoë, llevo más de un año siendo tu confidente. Te conozco. Comprendo la situación y el momento de dolor que estás atravesando, y puedes contar conmigo siempre. No importa si hace falta un

año o una década para ayudarte, estaré aquí para prestarte mi apoyo. No tienes que mentirme. Nunca me decepcionarás, pero si sigues tomando malas decisiones, te decepcionarás a ti misma.

Sí, era su confidente. A los confidentes se les daba muy bien escuchar y ofrecer un hombro sobre el que llorar, pero eso era todo. Nunca estaban allí para aportar una ayuda concreta, una ayuda capaz de cambiar las cosas. Y los psicólogos eran la peor clase de confidentes: te proporcionaban todos los materiales para construir un puente, pero nunca te facilitaban las instrucciones. Estaba a punto de compartir aquella reflexión con su confidente cuando la abandonó toda su capacidad de lucha.

No podía castigarlo por lo que había dicho, porque no andaba desencaminado. Zoë se había expuesto al peligro. Se estaba poniendo a prueba a sí misma. Quería ver si era capaz de vencer a alguien como el Contable. Tenía habilidades con las que no contaba la última vez. Si se tropezaba con otro Contable, ¿el resultado sería el mismo? Quería vencer, anotarse un tanto a favor de las víctimas. Y si perdía, también se conformaría. Era el precio que tenía que pagar por haber sobrevivido al secuestro y que Holli no lo hiciese. Aquellos pensamientos eran una locura. «¿Se puede saber qué diablos me pasa?», se preguntó. Al principio no había sido consciente de sus actos, no reconocía el peligro que entrañaba aquella forma de pensar. En ese momento sí. Era plenamente consciente, y sin embargo, volvía a hacerlo una y otra vez.

Se recostó de golpe contra la pared, derramando un poco de café sobre las baldosas del suelo.

—No sé por qué lo hago —reconoció.

Él le tomó la taza a medio beber de las manos.

—Somos máquinas muy complejas. Tardamos mucho tiempo en averiguar por qué hacemos lo que hacemos, pero cuando lo conseguimos, estamos mejor preparados.

La condujo de nuevo a su consulta.

—Con todo lo que ha pasado, ¿cómo estás en general?

Le dieron ganas de mentir y decir que estaba bien, pero no podía. Últimamente había agredido a tres personas porque un asesino ocupaba los resquicios de su cerebro. Relató a Jarocki el ataque a Monica en su clase de defensa personal y los incidentes con Rick Sobona y la periodista.

—Son unos incidentes desafortunados, pero por suerte eres consciente de la situación en la que te encuentras. Tu estado de ánimo es muy vulnerable y necesitas cuidarte. No intentes abarcar más de lo que puedes. Sé indulgente contigo misma y rodéate de amigos que puedan mostrarte apoyo.

Todos esos consejos eran buenos, pero no resultaban fáciles de seguir. Ser indulgente consigo misma no la iba a ayudar a enfrentarse a un asesino. Los amigos podían ayudar, pero a la hora de la verdad, solo contaba consigo misma. Era la triste condena de su vida.

—¿La policía te ha ofrecido protección?

—No. ¿Por qué?

—No pretendo asustarte, pero si yo te vi en televisión, hay muchas posibilidades de que el asesino también te haya visto, y puede que te haya reconocido. Eso no es bueno. Ve con mucho cuidado.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente, Zoë estaba sentada en el mostrador de información del centro comercial, pensando. No había dejado de pensar desde la sesión con el psicólogo la tarde anterior. Muchas cosas le rondaban la cabeza, pero la más aterradora de todas era que el Contable pudiese haberla reconocido. Su impulsividad podía costarle muy cara: era como si ella solita se hubiese colgado una diana en la espalda.

«A veces no eres demasiado lista», se dijo.

Cuando se trataba de su espacio y su seguridad personal, aumentaba su estado de alerta. El Contable podía ser cualquiera, ese era el problema. Era como un fantasma para ella. Resultaba agotador defenderse de una sombra.

Otro asunto que le molestaba era la afirmación de Jarocki de que ya había ayudado a la policía en todo lo posible y que era hora de dar un paso atrás y dejar que ellos hiciesen su trabajo. En general, Jarocki tenía razón, pero no en todo: podía ayudar más aún a los investigadores ofreciéndoles un relato más detallado y concreto de lo que les había pasado a Holli y a ella. La única forma que se le ocurría de hacerlo era volver sobre sus pasos y recorrer de nuevo el camino de vuelta a casa que habían seguido desde que salieron de Las Vegas.

Ya había intentado realizar ese viaje una vez, poco después de empezar las sesiones de terapia con Jarocki, pero solo había conseguido llegar hasta Livermore. En cuanto había visto las señales de la interestatal I-5 en dirección sur, le había entrado el pánico. Había empezado a sudar copiosamente y a hiperventilar, y había acabado en el arcén de la carretera, incapaz de seguir adelante o de volver atrás. Al final había llamado a la grúa para que la llevase a casa.

Aquella vez no estaba preparada, pero en este momento sí lo estaba. Era importante que hiciese aquello por Holli, por Laurie Hernández y por todas las demás víctimas... también por ella misma. Jarocki siempre hablaba de la necesidad de que hiciese algo constructivo y positivo. Volver a Las Vegas era ese algo, por muchas razones. Además de ayudar a la policía, se enfrentaría a los viejos demonios del pasado y eso la ayudaría a sentir mayor seguridad en sí misma. Salir de la ciudad también pondría distancia entre ella y el Contable, ya que este estaba en San Francisco. Volver a recorrer los mismos pasos era una buena idea.

Se puso a jugar con Google Maps en su terminal informático entre las preguntas de los clientes del centro comercial. En teoría, no podía utilizar el equipo para asuntos personales, pero lo cierto es que pasaba muchas horas muertas allí, a pesar de la mala reputación del centro. Por suerte, ese día compartía turno con Jared y él no diría nada. La había visto ocupada y no le importaba encargarse de las rondas mientras ella se quedaba a cargo del mostrador de información.

Examinó las distintas rutas hasta y desde Las Vegas. Era fácil trazar un recorrido: ellas habían seguido las autovías; la interestatal I-580 hasta la I-80, habían girado a la izquierda en Bakersfield para tomar la carretera local CA 58 en dirección a Barstow, y luego habían seguido la I-15 todo el camino hasta llegar a Las Vegas. El trayecto había sido aburrido, el equivalente a la música de ascensor sobre

ruedas. Había sido idea suya darle un poco más de emoción al viaje olvidándose de las autovías para el camino de vuelta, pero no recordaba la enrevesada ruta que habían planeado. Después de su huida, la habían encontrado los sheriffs del condado de Mono, entre Bishop y Mammoth Lakes, lo que significaba que Holli y ella habían intentado volver a casa por el parque de Yosemite. Esa opción restringía las posibles rutas a solo un par de alternativas: o bien habían seguido las carreteras de Carson City o habían atravesado Death Valley.

Se centró en la imagen por satélite del mapa. El asesino la había mantenido retenida en algún lugar de aquellas carreteras. No sabía si lo encontraría, pero estaba decidida a buscar aquel almacén. La ira y el nerviosismo le aceleraron el ritmo cardíaco.

Su walkie-talkie cobró vida de repente. Era Jared. Hablaba con la respiración entrecortada y Zoë dedujo que debía de estar corriendo.

—Zoë, necesito ayuda... ladrón... planta superior... va hacia ti... sudadera de los 49ers.

Lo único que necesitaba era la rápida descripción de Jared. Respondió a su llamada.

—Voy de camino.

Salió como un rayo hacia la escalera mecánica. Subió los escalones de dos en dos y alcanzó la planta superior en cuestión de segundos. Se tambaleó al llegar a lo alto, pero recobró el equilibrio en un par de zancadas y echó a correr por el pasillo.

No le hizo falta gritar para que la gente se apartara de su camino, sino que los compradores le despejaron el paso para poder observar mejor el espectáculo.

Apenas tardó unos segundos en divisar al sospechoso, que, vestido con una sudadera de los San Francisco 49ers, corría hacia ella a toda velocidad, a través del gentío, con Jared pisándole los talones. Estaban a unos doscientos metros de distancia. El ladrón le sacaba una ventaja de treinta metros a su compañero, pero el guardia de seguridad estaba ganándole terreno.

Si Jared no conseguía darle alcance, ella lo interceptaría. El tipo no tenía escapatoria. Zoë se interpuso entre él y las salidas de la planta superior. Si retrocedía, se daría de bruces con Jared. Zoë apretó el paso, algo que requería no poco esfuerzo con ese uniforme tan aparatoso.

Aquello iba a ser pan comido. Jared alcanzó al ladrón: lo agarró por la espalda y lo derribó al suelo. Cuando se abalanzó sobre él para inmovilizarlo, el hombre hurgó en su bolsillo y sacó un cuchillo. Desgarró el aire trazando un amplio arco y deslizó el cuchillo por el pecho de Jared, dejándole una larga marca roja. El vigilante se llevó la mano al pecho y cayó de rodillas.

—Hijo de puta... —masculló Zoë.

El asaltante se levantó de un salto. Tardó medio segundo en percatarse de que iba corriendo directamente hacia ella y se detuvo en seco. Zoë hizo exactamente lo mismo. Se encontraban a diez metros de distancia. Los clientes del centro se metieron a toda prisa en el interior de las tiendas o aplastaron el cuerpo contra las barandillas.

Zoë lo miró atentamente. No tenía más de veinte años y era más alto que ella, metro ochenta de estatura, pero muy flaco. Dudaba que llegase a los sesenta y ocho kilos de peso. Eso los igualaba bastante.

El chico echó un vistazo a las salidas que había a la espalda de Zoë y luego la miró de nuevo a ella. Zoë interpretó la expresión de su rostro y le leyó el pensamiento: «La puerta está ahí mismo y solo es una mujer. Puedo con ella».

Blandió el cuchillo. Zoë esperaba una navaja automática, pero solo era un cuchillo de cocina barato con una hoja de diez centímetros. Sin embargo, eso no lo hacía menos letal.

—Apártate de mi camino —le soltó él, pero un temblor sacudía cada una de sus palabras.

El robo había pasado a ser el menor de sus problemas: había herido a Jared. Zoë no pensaba dejarlo escapar, de ninguna manera. Nadie que infligiese daño a los demás podía escapar, ni aquel tipo ni el asesino de Laurie Hernández ni el de Holli. Zoë no se movió de su sitio.

—Suelta el cuchillo.

—Estás loca. No te pagan lo suficiente para meterte en esto.

—Cielo, no merece la pena —le dijo a Zoë uno de los clientes del centro.

Zoë dio un paso adelante muy despacio y el chico arremetió contra ella. El público que había alrededor salió huyendo despavorido, haciendo que el resto de los clientes dieran un respingo de sorpresa.

El tipo se movió con rapidez. Cubrió la escasa distancia en un segundo, con el cuchillo en alto, pero Zoë no sucumbió al pánico. Aquello era justo lo que había aprendido en las clases de defensa personal. Le vino a la mente el movimiento que Karen les había enseñado apenas unas noches atrás. Zoë esquivó a su atacante y le asestó una patada lateral. Aunque no consiguió darle de lleno, bastó para hacer que cayera sobre una rodilla. Le dio un golpe doble en la cara con el dorso de la mano, que impactó contra el puente de su nariz, pero lo cierto es que el golpe no lo derribó.

El chico balanceó el brazo, sin soltar el cuchillo. El mango de madera entró en contacto con el pómulo de Zoë. El dolor se extendió desde el punto de impacto en forma de ondas expansivas que le atravesaron la cara. Se tambaleó hacia atrás y se tropezó contra la barandilla de seguridad, que impidió que cayera a la planta baja del centro comercial.

El ladrón se levantó de un salto y echó a andar con paso renqueante hacia la salida. Saltaba a la vista que Zoë le había dejado una pierna malherida con la patada. Salió tras él y lo sorprendió con un revés en el antebrazo, que hizo que el cuchillo saliera despedido y aterrizara rebotando en el suelo pulido. Antes de que el chico pudiera lanzarse a recogerlo, Zoë le propinó una patada en los gemelos y volvió a hacerlo caer de rodillas. Jugaba con ventaja y la aprovechó envolviéndole los brazos alrededor del cuello en una llave de estrangulación desnuda.

El joven se tambaleó hacia delante, bien por efecto de la sorpresa o para intentar zafarse de Zoë, pero esta siguió sujetándolo. Entonces los dos cayeron al suelo. Pese a que él forcejeó, no lo soltó. Luego rodaron por el suelo y él se arrojó encima de ella, pero su liviano peso no consiguió detenerla. Zoë sabía que lo tenía y lo atenazó rodeándole la cintura con las piernas. Él le dio un codazo en las costillas y ella contuvo un grito de dolor. Los golpes de él eran cada vez más débiles, y Zoë se dio cuenta de que estaba perdiendo fuerza. Ya solo era cuestión de tiempo. Un desagradable gorgoteo salió de los labios del chico antes de que se desmayara en los brazos de Zoë.

Jared se acercó con la mano en el pecho, en el lugar donde había recibido la puñalada. Sonrió y le quitó al delincuente de encima.

—Has detenido a este cabrón, Zoë.

Cuando se levantó, Zoë recibió la ovación y los vítores del público.

Miró al ladrón, con la sudadera de los 49ers. «Sí, he detenido a este cabrón —pensó—. Ahora solo tengo que detener al que de verdad cuenta.»



El centro comercial se convirtió en una especie de circo lleno de policías, sanitarios, supervisores, clientes y una pequeña representación de medios de comunicación. Marshall Beck se había apostado en las inmediaciones para observar. La policía había esposado al sospechoso cuando había vuelto en sí. También habían reunido a un puñado de testigos y acordonado el área donde Zoë había estrangulado al chico de la sudadera de los 49ers. Los sanitarios estaban atendiendo a Zoë y a su compañero mientras dos agentes intentaban tomarles declaración a ambos. La dirección del centro permanecía al lado de Zoë

y de su compañero. Todo se desarrollaba bajo las miradas ávidas de decenas de curiosos. Un par de periodistas entrevistaban a los clientes y a un portavoz del centro. Desde el punto de vista de Beck, todo era muy satisfactorio, teniendo en cuenta que él mismo había sido el cerebro de la operación.

Tras descubrir que Zoë estaba yendo a clase de defensa personal, necesitaba averiguar si realmente había aprendido a dominar las técnicas de lucha. Todo apuntaba a que así era. Desde luego, no había peleado de esa manera cuando él la había secuestrado. Había visto los errores de su forma de vida y había cambiado gracias a esa experiencia.

Eso le gustó. Era el responsable de un cambio para bien en la vida de alguien. Se preguntó qué otros cambios habría hecho Zoë en su vida. Si eran suficientes, tal vez la dejarse en paz y optase por centrarse en alguna otra persona que necesitase ser reeducada.

Le había costado lo suyo orquestar toda aquella puesta en escena, aunque al final todo había ido como la seda. Quería poner a Zoë a prueba, pero no estaba seguro de cómo hacerlo hasta que había descubierto que trabajaba en el centro comercial Golden Gate. El establecimiento tenía fama de atraer a ladrones y carteristas, de manera que le proporcionaba el escenario perfecto para someterla a la clase de escrutinio que pretendía para ella. Beck no podía permitirse el lujo de esperar a que a algún delincuente de poca monta le llegase un arranque de inspiración, así que se había paseado por el centro comercial con aire despistado y mostrándose descuidado con la cartera y el iPhone. Se había convertido en un objetivo evidente y había merecido la pena. Mientras estaba en los almacenes Macy's, había dejado el teléfono para probarse una camisa y el chico de la sudadera de los 49ers había aprovechado para robárselo. No habría salido mejor ni preparándolo de antemano.

Zoë había pasado la prueba de fuego. Y le tocaba el turno a él. Tenía que saber qué era lo que recordaba ella exactamente, si es que recordaba algo. Beck iba a correr un gran riesgo, pero era un riesgo calculado, pues estaba absolutamente seguro de que Zoë no tenía ningún recuerdo consistente de aquella noche. Se abrió paso entre la multitud y se presentó ante el primer agente de policía que encontró.

—Hola, el teléfono que han robado es mío. ¿Con quién tengo que hablar?

—Acompáñeme —dijo el agente y le hizo una seña con la mano.

El policía lo llevó hasta un sargento para que le tomase declaración. Beck dio su versión para que quedara registrada en el informe oficial. Se aseguró de insuflar un poco de dramatismo y emoción a sus palabras para añadir un elemento humano a la historia. No podía limitarse a relatar los hechos sin más. Al fin y al cabo, acababa de ser víctima de un robo. Aquello era un trastorno en su vida y debía actuar en consecuencia.

Había un dejo de hastío e insatisfacción en la reacción del sargento, que no mostraba ningún tipo de entusiasmo porque alguien hubiese puesto a otro delincuente fuera de circulación. Era lo que era, un simple número más en las estadísticas. Beck no lo culpaba. Suponía que aquel poli había visto aquello mismo cientos de veces. Para él, seguramente solo se trataba de otra triste muestra del carácter de la sociedad humana.

Entre pregunta y pregunta, Beck iba mirando a hurtadillas a Zoë. Allí estaba: la que se le había escapado. No la sorprendió mirándolo a él ni una sola vez. Estaba demasiado ocupada con los policías y los sanitarios.

—Tendremos que quedarnos con el teléfono como prueba.

—¿En serio? Bueno, supongo que es lo normal.

—Supongo que podremos devolvérselo dentro de un par de días.

—Sí, claro. Como ustedes digan. Y ahora, ¿qué pasará? ¿Necesitan que me quede un rato más?

—No, ya tengo sus datos. Puede marcharse, nos pondremos en contacto con usted por el tema del teléfono dentro de un par de días.

—Gracias. Si puede ser, me gustaría acercarme a dar las gracias rápidamente a los guardias de seguridad. Esos chicos se han arriesgado mucho y es lo mínimo que puedo hacer.

—Sí, claro.

Beck no podía negar la punzada de nerviosismo que sentía mientras atravesaba la escasa distancia hasta sus supuestos héroes. Aquel iba a ser el momento de la verdad.

Los sanitarios habían terminado con Zoë, pero seguían atendiendo a su colega. Con discreción, Beck se situó entre los sanitarios y los agentes de policía.

—Hola. Siento molestaros, chicos, pero me gustaría daros las gracias. El teléfono que había robado ese hombre era mío, y gracias a vosotros lo he recuperado.

Miró a Zoë a los ojos deliberadamente, pero no obtuvo ninguna reacción por su parte. No sabía decir si estaba disimulando o no.

—No sé qué más decir aparte de gracias. Habéis estado geniales.

—Es nuestro trabajo —repuso Zoë—. Ese hombre ha infringido la ley y no podemos permitir que se salga con la suya.

El tono de su voz era duro e implacable.

«¡Bravo!», pensó Beck. Gracias a él, ya era toda una mujer, aunque una parte de él se preguntó si aquel comentario no sería un mensaje en clave.

—Puede que sea vuestro trabajo, pero lamento que hayáis resultado heridos. Os pondréis bien, ¿verdad?

Zoë se tocó la mejilla magullada. Parecía una de esas fotos de antes y después para anunciar los implantes dentales: uno de los lados de su cara abultaba el doble que el otro. En ese momento tenía la mejilla roja e inflamada, y Beck supuso que al final del día le saldría un moretón impresionante.

—Nos recuperaremos muy pronto —dijo el compañero de Zoë al más puro estilo de los superhéroes.

Beck imaginaba que la adrenalina todavía debía de circularle por las venas. Zoë parecía un poco aturdida por el episodio. Tenía la mirada vidriosa y desenfocada. Mientras su compañero se mostraba exultante, ella estaba retraída. ¿Sería porque lo había reconocido...?

—¿Y esa herida? —dijo Beck, señalando el pecho del guardia de seguridad.

—Parece peor de lo que es —comentó el auxiliar que atendía al colega de Zoë—. No ha atravesado la fibra muscular, y eso es bueno. Por suerte, el cuchillo no era lo bastante afilado para causar daños graves. Los llevaremos a Urgencias para que les hagan un chequeo completo.

—Tenemos que llevárvoslos al hospital ahora mismo —añadió el otro sanitario.

—Una vez más, no sabéis lo agradecido que estoy con vosotros por lo que habéis hecho hoy. Me llamo Brad Ellis —dijo, tendiéndole la mano al compañero de Zoë.

—Jared Mills —dijo este, y se la estrechó vigorosamente.

—Encantado de conocerte, Jared.

A continuación tendió la mano a Zoë. Esta se la estrechó. Tenía la mano cálida pero seca al tacto. No había rastro de sudor nervioso.

—Zoë Sutton.

—Encantado de conocerte a ti también, Zoë.

La miró a los ojos y buscó alguna señal de reconocimiento, pero no vio ninguna. Definitivamente, Zoë no lo reconocía. Beck sonrió y su sonrisa se transformó en una expresión radiante.

CAPÍTULO 13

Greening se encontraba delante de la pizarra que hacía las veces de registro documental del asesinato de Laurie Hernández, añadiendo información sobre la propia víctima. Al comienzo de cualquier investigación, en especial de un homicidio, lo único que tenía con lo que trabajar era una fotografía. No había ninguna relación de hechos, ninguna historia, solo las circunstancias. En el caso de Laurie Hernández, tenía un cadáver, un lugar y la causa de la muerte. Antes de que Ogawa o él pudieran seguir adelante, debían volver y construir una serie de imágenes del pasado.

A Greening no le gustaba juzgar a las víctimas. Para él nadie «se lo había buscado» nunca, ni «estaba pidiéndolo a gritos» ni «había recibido su merecido». Todas las víctimas merecían justicia independientemente de su personalidad, y se entregaba en cuerpo y alma a todos los casos, al cien por cien. Eso no quería decir que sus sentimientos no influyeran en su pensamiento racional. Tras un día largo y deprimente hablando con compañeros de trabajo, familiares y amigos acerca de Laurie Hernández, había llegado a la conclusión de que no era una buena persona.

A sus compañeros de trabajo —tanto los actuales como los anteriores, los cuales eran muy numerosos, ya que no parecía durar mucho en un mismo puesto— les había costado lo suyo encontrar algo bueno que decir de ella. «Difícil» era el adjetivo más halagador que algunos de ellos habían podido dedicarle. Evadía sus obligaciones, dejando que fueran los otros los que cargasen con todo el trabajo, y se mostraba grosera con los clientes. Circulaban rumores de que robaba dinero de los bolsos y carteras de los vestuarios del personal, aunque nadie la acusaba formalmente. Parecía cortada por el mismo patrón que sus padres y hermanos. Todos menos uno tenían antecedentes por delitos menores, como pago con cheques falsos o conducir bajo la influencia del alcohol. El padre había preguntado a Greening si iba a haber algún tipo de compensación económica por parte del gobierno municipal y del promotor inmobiliario, puesto que su hija había sido asesinada en las obras de renovación del muelle 25. Sus amigas vertieron lágrimas de cocodrilo por Laurie, un dechado de virtudes según ellas, olvidando su larga y desagradable lista de ofensas menores, entre las que se incluían el hurto en tiendas, alteración del orden público y embriaguez.

La imagen que Greening se había construido era la de una joven que había pasado por la vida con escaso o nulo interés o consideración hacia otra persona que no fuese ella misma. Pero pese a todos sus defectos, no merecía la brutal muerte que había sufrido... y había sufrido mucho. Según el informe preliminar del forense, había recibido cuarenta latigazos. A pesar de que, aparentemente, semejante cifra bastaría para haberle provocado la muerte, había sido una herida de arma blanca asestada en el corazón lo que había acabado con su vida. El forense sospechaba que habría perdido el conocimiento en algún momento durante la paliza. Greening no podía imaginar el dolor y el tormento que había soportado.

«Pobrecilla», pensó.

El Contable era un hijo de puta y un sádico. Se moría de ganas de arrestar a ese pedazo de cabrón. Desgraciadamente, la parte más desafortunada del sistema judicial era que el Contable nunca llegaría a

experimentar el dolor que había infligido a sus víctimas. Se suponía que la sociedad era mejor que sus criminales y que no podía rebajarse a su nivel de depravación. En el caso del Contable, pensó que ojalá la sociedad pudiera hacer una excepción. Se merecía sufrir como su presa, y más incluso.

Se alejó de la pizarra y se sentó en la esquina del escritorio de Ogawa para tener una perspectiva más general. El contenido de la pizarra estaba decididamente descompensado. Estaba dividido en columnas con información sobre los distintos individuos. Las columnas de Zoë Sutton, Holli Buckner y Laurie Hernández estaban llenas de información, mientras que había pocos datos en la columna del Contable, aparte de sus armas y modus operandi. Las columnas de las víctimas I, II y V se hallaban en blanco. A Ogawa no le había gustado que dedicaran espacio a las víctimas que excedían su investigación y, de forma más que probable, su jurisdicción, pero Greening creía que merecían aparecer allí. Si conseguían poner nombre a los numerales, las posibles correlaciones quizá ayudasen a establecer un vínculo con el Contable.

Ogawa entró en el despacho.

—Eh, creía que habías ido a ver a los sheriffs del condado de Mono.

—Me iré cuando haya acabado con esto.

Ogawa retiró su silla y se sentó junto a Greening. Los dos se quedaron mirando la pizarra.

—¿«El Contable»? ¿En serio? ¿No se te ha ocurrido nada mejor que utilizar el nombre que le ha puesto la prensa?

Greening se había cansado de ver la palabra «autor» en la pizarra, sin más. En la mayoría de los casos, tenían sospechosos con nombres e identidades con los que completar la información, pero en ese solo contaban con un apodo. Pese a la cursilada de mote que habían elegido los periodistas, ayudaba a Greening a no perder de vista el objetivo de aquel tipo: era un asesino que llevaba la cuenta de sus víctimas.

—¿Se te ocurre algo mejor? ¿Qué prefieres, «autor» o «malvado», por ejemplo?

Ogawa soltó un bufido.

—Prefiero «grano en el culo», pero aceptaría cualquier cosa menos lo que se haya inventado un periodista.

—¿Tienes algo que añadir a la pizarra?

Ogawa sacudió la cabeza.

—Nuestro amigo es un hijo de puta muy cuidadoso. No dejó nada en la escena del crimen, aparte de a Laurie Hernández.

Teniendo en cuenta que había martirizado a seis personas sin que lo atrapasen, no era de extrañar. Debía de haber adquirido destreza.

—Llegó al muelle 25 en barco —dijo Ogawa—. No había ninguna cámara de seguridad enfocando las aguas de la Bahía. Las armas que utiliza son un problema para nosotros. Todavía tenemos que crear una base de datos nacional para látigos, y el cuchillo que emplea es de caza común. Si hubiese utilizado un arma, al menos tendríamos la información de balística para empezar por alguna parte.

—No es infalible. Ya metió la pata en el caso Sutton-Buckner dejando escapar a Zoë. Volverá a cagarla.

—Así que nuestro número de la suerte será el siete, ¿es eso lo que estás diciendo?

La verdad era que una séptima víctima los ayudaría a atrapar a aquel tipo, pero ese precio era demasiado caro.

—No. Solo digo que ahí fuera hay pruebas que nos llevarán hasta él, y son sus errores.

Ogawa se quedó en silencio un momento.

—He estado intentando encontrarle alguna lógica a la forma de actuar de ese capullo. Lo de los números... ¿de qué le sirve eso?

—Los asesinos sienten la necesidad de señalar su trabajo de algún modo, ya sea coleccionando o

marcando. Nuestro hombre es de los que marcan.

—Ojalá fuese un coleccionista. Si guardase recuerdos de alguna de sus víctimas, sería mucho más fácil atraparlos. Pero ¿por qué numerarlas? No es que esté dejando los cadáveres a la vista para que los encontremos...

«En eso Ogawa lleva razón...», pensó Greening. Habían introducido la información sobre los números romanos en todas las bases de datos, locales y nacionales, y no habían encontrado nada que coincidiese con el modus operandi del Contable.

—Es obsesivo compulsivo. Está llevando la cuenta, aunque sea el único que lo sepa.

—Necesitamos algo más. —Ogawa se acercó a la pizarra y releyó la información—. Sus víctimas deben tener algo en común. Los tipos como él tienen un prototipo. Matan a la misma persona una y otra vez.

—Entonces, ¿cuál es su prototipo?

Mujeres, era lo que Greening había determinado por el momento. Al menos, con el testimonio de Zoë Sutton tenían una idea más precisa de la situación. Sin eso, no habrían tenido ni un solo hilo del que tirar. Se levantó de la mesa de Ogawa y se acercó a la pizarra.

—No hay muchas similitudes entre esas tres mujeres. Las tres podrían considerarse atractivas y tienen veintitantos años, pero ahí terminan las coincidencias. Laurie Hernández no acabó los estudios de secundaria, mientras que Zoë Sutton y Holli Buckner eran estudiantes de doctorado. Ni Zoë ni Holli están relacionadas con Laurie Hernández. Zoë es rubia, mientras que Holli y Laurie eran morenas. Zoë es más bien bajita, Holli era alta, y Laurie, de estatura media. Laurie y Zoë tienen antecedentes, aunque por delitos menores, mientras que Holli no tenía ninguno.

Ogawa dio unos golpecitos en las fechas de las denuncias contra Zoë.

—Y todas las condenas de Zoë se produjeron después de su secuestro, así que eso tampoco encaja.

Greening asintió. Si el Contable tenía un prototipo de víctima, era no tener uno definido. Si al menos tuvieran alguna información sobre las víctimas I, II y V... Tal vez eso respaldaría o desmontaría la teoría.

—El Contable es un asesino que no hace discriminaciones de ninguna clase. Elige a chicas buenas y malas.

Algo se encendió entonces en la cabeza de Greening.

—Eso no es del todo cierto. Para él, no son buenas chicas. Secuestró a Zoë y a Holli después de que armaran algo de jaleo en un restaurante, y por lo visto, Laurie Hernández siempre andaba cabreando a alguien.

Greening negó con la cabeza ante su propia conclusión. Le había parecido una buena hipótesis cuando se le había ocurrido, pero había ido perdiendo fuelle a medida que la desarrollaba en voz alta.

—Tal vez sea eso —continuó—. Tal vez vaya detrás de las chicas malas. Zoë recuerda haber oído al Contable preguntar a Holli si se arrepentía.

—Eso abre unas vías de investigación interesantes —comentó Ogawa—. Si tomamos a Zoë y a Holli como modelos para todas las víctimas, la cosa iría más o menos así: el asesino presencia el comportamiento inapropiado de una mujer, la droga, la secuestra y la mata en un lugar escogido previamente. Si aplicamos esa teoría a Laurie Hernández, ¿qué tenemos? Sabemos dónde la mató. El forense encontró la marca de una aguja hipodérmica, y cuando salgan los resultados de toxicología, lo más probable es que confirmemos que la drogó. Lo que no sabemos es dónde la vio portarse mal.

—Trabajaba en ese local del Westfield donde hacen piercings, alquilan disfraces y venden joyas, y no me imagino al Contable frecuentando ese sitio. Aunque, teniendo en cuenta que nadie volvió a verla después de salir del trabajo, es muy posible que la secuestrara cuando iba de camino a casa. Eso quiere decir que sabía dónde trabajaba.

—Lo que significa que llevaba tiempo observando sus movimientos. Es un cambio con respecto a Zoë y a Holli. Con ellas, todo apunta a que no fue un ataque premeditado. Sea cual fuese la conducta censurable que observó en Laurie Hernández, seguramente la presencié en algún lugar frecuentado por ambos. A ver si puedes elaborar una lista de los sitios a los que iba la chica con regularidad, luego hacemos alguna visita para comprobar si ha habido incidentes últimamente. —Ogawa juntó las manos—. Recemos a los dioses de las cámaras de seguridad para que haya imágenes.

—Nos estamos centrando en sus víctimas, pero ¿qué hay de él? Si ese tipo es tan sensible al comportamiento indebido, cabe la posibilidad de que él mismo se haya visto involucrado en alguna infracción, lo que habría resultado en una llamada a la policía.

Ogawa sonrió.

—Sí, eso me gusta. Revisaré los formularios de denuncia. Al fin y al cabo, al Hijo de Sam lo detuvieron por una multa de aparcamiento. Me encantaría ver a un cabrón tan mojigato como ese encerrado en la cárcel porque nos dio sus datos en un parte de denuncia.

Greening examinó otra vez lo que tenían y sacudió la cabeza.

—No me puedo creer que ese tipo haya emprendido una cruzada contra las mujeres que se desmadran.

—Supongo que tampoco será fan de *Sexo en Nueva York*. —Ogawa se encogió de hombros—. ¿Acaso esperabas más de ese tío?

CAPÍTULO 14

A Zoë se le aceleró el corazón cuando vio Las Vegas en el horizonte. Resplandecía en medio de la noche, gracias al millón de luces y a los kilómetros y kilómetros de neón. La imagen de la ciudad al final de la carretera le anunciaba que su misión acababa de empezar. Hasta entonces, solo había estado conduciendo, inmersa en una búsqueda pasiva, viajando nada más. En ese momento tenía su destino a escasos metros de distancia. Señalaba el verdadero principio de aquella aventura. La perspectiva de lo que iba a descubrir allí la estimulaba y la asustaba a la vez. Había grabado el número de Jarocki como favorito en el teléfono, por si se sentía abrumada por los acontecimientos.

Al menos había llegado más lejos que el año anterior. Cuando dejó atrás los límites de la ciudad de San Francisco, todo su arrojo había empezado a flaquear, pero la verdadera prueba de fuego había llegado cuando alcanzó Livermore. Todo el valor y la resolución que había mostrado en la consulta de Jarocki parecieron abandonarla en cuanto llegó al punto de la carretera que no había logrado traspasar la vez anterior: tenía las palmas sudorosas y sentía que los nervios le revolvían el estómago. Inspiró hondo, pisó a fondo el acelerador y pasó de largo a toda velocidad, intentando no pensar. En cuanto lo dejó atrás, sintió que recuperaba la confianza en sí misma. Romper esa barrera fue la señal de que no era la misma persona que el año anterior. Era mejor. Más fuerte. Tenía un propósito firme. El monstruo que había hecho añicos sus sueños y sus esperanzas ya no controlaba su vida. Zoë no podía pasar página y seguir adelante hasta verlo entre rejas, pero aquel era el punto que marcaba un antes y un después, el momento en que empezaba a recuperar su vida.

—Tienes los días contados, Contable —murmuró para sí.

Cuando llegó a las afueras de Las Vegas, echó un vistazo al reloj del coche de alquiler. Eran cerca de las once de la noche. Había tardado casi diez horas en llegar allí. Había vuelto a descubrir lo increíblemente aburridos que podían llegar a ser mil kilómetros de carretera. Al menos Holli y ella se habían tenido la una a la otra para charlar y entretenerse, pero esa vez estaba ella sola con sus propios pensamientos. Los recuerdos del viaje anterior desfilaron por su memoria: las conversaciones, las apuestas en los casinos, los clubes y el alcohol. Se bloqueó al llegar al punto negro en que los recuerdos se desvanecían y empezaba la pesadilla. Las heridas seguían abiertas. Si dejaba que empezasen a sangrar antes de estar lista para enfrentarse a ellas, nunca llegaría a Las Vegas. Activó la opción automática de velocidad de cruce del coche e hizo lo mismo con sus pensamientos. Se concentró en la carretera y en las variaciones del paisaje, se puso a escuchar la radio y cantó en voz alta las canciones. Se obligó a sí misma a vivir el momento presente, y no el pasado... Y surtió efecto. Estaba allí, a medio camino.

Se dirigió hacia el Strip y entró en el aparcamiento del Caesar's Palace, donde se habían alojado las dos. Si quería reconstruir todos sus movimientos, eso implicaba pasar la noche en el mismo hotel.

—Nos consta una reserva para una noche —dijo el recepcionista.

Sus jefes del centro comercial le habían dado una semana de vacaciones después de que detuviera al ladrón del iPhone de Brad Ellis, pero con una sola noche tenía bastante para aquella excursión.

—Pero eso es muy poco tiempo para pasarlo bien aquí, en la hermosa ciudad de los Ahorros Perdidos —añadió el recepcionista, con una sonrisa y un guiño.

Zoë se aguantó las ganas de decirle que no estaba allí para pasarlo bien. Habría sido una respuesta impulsiva, y a Jarocki no le habría gustado.

—Solo estoy de paso de camino a casa.

El hombre sonrió.

—Entonces ha escogido el lugar ideal para una parada técnica. Una noche es más que suficiente para meterse en líos.

—No quiero líos.

El recepcionista fijó la mirada en el moretón de la cara de Zoë, que advirtió en su rostro las tramas posibles que se le pasaban por la cabeza: «¿Esposa maltratada que huye del marido, tal vez?», «¿Una puta que escapa de su chulo?». Casi se le escapa una sonrisa al pensarlo. La actitud jovial del hombre desapareció por completo y adoptó una pose muy seria y formal. Le dio dos llaves tarjeta y le dijo el número de habitación antes de desearle una agradable estancia.

La habitación era pequeña y quedaba abarrotada por la presencia de dos camas individuales. Era la misma distribución que la otra vez. Se asomó a la ventana para contemplar las vistas, que consistían en una panorámica de la estructura del aparcamiento con las siluetas de los famosos Palms y Rio a los lejos. Allí fuera, miles de personas lo estaban pasando en grande. La idea la deprimió.

—Olvídalo, Zoë —se dijo.

Se sintió mal por haber sido tan arisca con el recepcionista. Tal vez debería pasarlo bien. Se merecía celebrarlo. A Jarocki le gustaba hablar de hitos y avances, y de cómo no sabía reconocerlos hasta que ya los había alcanzado. Aquel era un hito importante: estaba decidida a recuperar su vida.

Arrojó la bolsa de viaje a la cama, sacó sus cosas y colgó el vestidito rojo, que no había vuelto a ponerse desde el puñetazo que le propinó a Rick Sobona. Se metió en la ducha y se quitó de encima diez horas de carretera y de aire reciclado. Se lavó el pelo y se lo peinó para darle un aire más desenfadado y peligroso. Se empleó a fondo con el maquillaje para disimular el hematoma. La cuidadosa aplicación de la base de maquillaje y el colorete le resaltaba los pómulos de forma espectacular.

Antes de ponerse el vestido, examinó las marcas de color azul y violeta que le salpicaban ambos costados de la caja torácica, donde la había golpeado el nada habilidoso ladrón de iPhones. Examinó las señales antes de aplicarse un corrector. ¿Cuántas veces se había hecho esa clase de heridas en el último año? ¿Cinco, seis veces? Pensó que serían más bien nueve. Nunca eran graves, sino superficiales. Pese a todo, Jarocki tenía razón: siempre se situaba a sí misma en la línea de fuego. No conocía a nadie que acabase con tantas magulladuras como ella. Zoë lo achacaba al hecho de que la gente la subestimaba. Era mujer, y bastante delgada, lo que les daba a pie a creer que era floja, un objetivo fácil. Esas mismas personas descubrían luego que era alguien a quien debían tener en cuenta y no cometían el mismo error dos veces. Se subió la cremallera del vestido y alisó el tejido por encima de las caderas.

Era medianoche cuando llegó al casino. A pesar de que era un día entre semana, estaba atestado de gente. Supuso que si estabas en Las Vegas, no tenías que madrugar por ningún trabajo a la mañana siguiente.

Cambió doscientos dólares en fichas, aunque no tenía planeado apostar más de la mitad. No podía permitirse el lujo de perder más que eso.

Se sentó a una mesa de un juego de dados, el pase inglés. Le gustaba por las probabilidades y por el espíritu de comunidad. No tardó mucho en acumular cuarenta dólares en la línea de pase, con un cosmopolitan en una mano y los dados en la otra. La gente lanzaba vítores y le deseaba suerte cuando Zoë arrojaba los dados. A ella le gustaba la emoción de lo desconocido y las consecuencias impredecibles.

Cada lanzamiento podía llevar a la fortuna o a la ruina.

Siguió tentando a la suerte el máximo de tiempo posible, pero se le acabó la suerte cuando sacó un siete antes de repetir su punto. A continuación siguió un coro de abucheos y protestas, y la banca se quedó con el dinero que había apostado todo el mundo mientras jugaba Zoë. Ella no lo perdió todo, porque había conseguido embolsarse trescientos cincuenta dólares antes de sacar el fatídico siete. Con eso bastaba para cubrir los costes de su expedición.

Cuando se alejaba de la mesa de los dados, dos hombres de unos cuarenta y tantos se acercaron a ella. Por su aspecto, los dos parecían recién salidos de los mismos almacenes de ropa masculina, con sendas camisas de vestir y pantalones holgados. Ninguno de los dos era Brad Pitt en cuanto a físico se refiere, pero tampoco estaban del todo mal.

—Oye, no pensarás irte ya, ¿verdad? —le preguntó uno—. La noche es joven.

Zoë miró el reloj. Eran casi las dos de la madrugada.

—Pues sí, una chica necesita sus horas de sueño reparador.

—Pero tómame una copa con nosotros primero —sugirió el otro.

—¿Por qué iba a tomarme una copa con dos desconocidos?

Sonrió para demostrarles que no pretendía ser hostil.

Ellos le devolvieron la sonrisa.

—Un desconocido es solo un amigo al que todavía no conoces —repuso el otro.

«Un desconocido también es alguien capaz de raptarte, colgarte de un gancho y azotarte con un látigo», pensó Zoë.

—Me llamo Jack —dijo el primero—, y este es Rob.

—¿Y tú eres...? —preguntó Rob.

—Zoë.

—El maleficio de los desconocidos acaba de romperse —señaló Jack—. Como nuevos amigos, celebremos la ocasión con un brindis.

Zoë sintió el peso de sus miradas repasándola de arriba abajo.

—¿Por qué queréis tomar una copa conmigo?

Rob le enseñó un puñado de fichas.

—Gracias a ti hemos ganado un montón de dinero. Nos parece justo agradecértelo. Puedes atribuirlo a lo agradecidos que somos en Texas, si quieres.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó Jack.

Zoë se disponía a decir que no, pero entonces pensó en lo estresante que iba a ser la siguiente jornada, que consistiría en tratar de localizar los lugares que le habían destrozado la vida y habían costado a Holli la suya. Independientemente de lo que descubriese, iba a ser brutal para su ánimo. Un cóctel con un par de desconocidos podía ser una buena distracción.

—¿Por qué no?

Los tres atravesaron el casino en dirección al bar Mark Anthony's. Estaban intentando impresionarla. El Mark Anthony's era la clase de establecimiento donde la compleja iluminación acentuaba la decoración extravagante para justificar los precios exorbitantes de las copas, y un par de matones custodiaban la entrada. Cogieron una mesa alta en el centro del local.

La camarera apareció a su lado en cuanto se sentaron. Se presentó como Jade, un nombre que Zoë sospechaba que era falso. Zoë calculó que tendría aproximadamente la misma edad que ella, aunque, por el maquillaje, era difícil decirlo. El vestido negro de cóctel que llevaba Jade era muy escotado, con la espalda descubierta y muy, muy corto. Estaba diseñado para que los hombres se comportasen como idiotas y gastasen el dinero a espaldas para impresionar. Aunque, en el fondo, Zoë no era quién para juzgarla. Al fin y al cabo, ¿no llevaba ella la misma clase de vestido, para lograr un efecto similar?

—Bueno, les apetece un cóctel? Nuestros bármanes pueden preparar cualquier cosa que pidan. O,

mejor aún, ¿les apetece una botella?

—Champán —anunció Jack—. Estamos de celebración.

—Yo me apunto —añadió Rob—. ¿Tú qué dices, Zoë?

Ninguno de los dos le parecía la clase de hombre al que le gustaba el champán, y desde luego, a ella no le iba nada. Se encogió de hombros.

—Habéis dicho que invitabais vosotros, así que vosotros elegís.

—Que sea una botella de champán, entonces —dijo Jack.

—Enseguida la traigo —contestó Jade.

—Y un vaso de agua —dijo Zoë.

Había picado algo durante el viaje, pero no había llegado a comer de verdad, y empezaba a notar los efectos de los dos cosmopolitan que se había bebido antes.

—Hemos venido a la feria de instrumental médico —dijo Jack—. ¿Tú también? Tienes pinta de representante, ¿me equivoco?

Estuvo tentada de decirles que lo era. No sería la primera vez que mentía respecto a su profesión con un desconocido. Nadie quería oír que era guardia de seguridad en un centro comercial. Sin embargo, les dijo que se había tomado unas minivacaciones.

A los dos se les iluminó el rostro al oír aquella revelación. Zoë sabía lo que estaban pensando: no habría consecuencias de ninguna clase. Si tenían algún tipo de encuentro sexual, no afectaría a sus relaciones laborales. Debería haberles contado que estaba allí por la feria. Eso la habría ayudado a mantenerlos a raya.

Llegó la botella de champán y Jade les llenó las copas haciendo grandes aspavientos. Brindaron por su buena suerte. Los hombres apuraron sus copas de un trago mientras que Zoë dio un sorbo de la suya. Rob volvió a llenar las copas.

A lo largo de los siguientes diez minutos, Zoë bebió más del vaso de agua que de la copa de champán. No sabía qué le pasaba esa noche. Normalmente habría competido con los hombres para ver quién aguantaba más, pero lo cierto es que no le apetecía, sencillamente, y en más de un aspecto, además. No sabía si era por los soporíferos intentos de Jack y Rob por impresionarla con sus trabajos y los juguetitos de niños grandes con los que se entretenían en casa, o si era el viaje en sí lo que la deprimía de aquel modo. Había pensado que una noche en el casino le daría las fuerzas que necesitaba antes de emprender aquella expedición, pero se equivocaba. La idea le parecía sórdida y absurda. Estaba allí para encontrar la guarida de un asesino. Flirtear con dos perfectos desconocidos no encajaba en absoluto en esos planes. El peso de su estupidez recaía de forma aplastante sobre sus hombros.

«Espabila —se dijo—. Esta es precisamente la clase de tontería que hizo que acabases en manos de un asesino.»

—¿Sabéis qué, chicos? —dijo, interrumpiendo a Jack en plena historia sobre su barco—. Me parece que voy a retirarme.

Tanto Jack como Rob le dedicaron un coro de noes y expresaron su decepción general.

Zoë se bajó del taburete.

—El deber me llama, chicos.

Rob la sujetó de la muñeca.

—Oye, quédate un rato, anda. Pedimos otra botella, nos divertimos y ya veremos adónde nos lleva la noche...

Rob dijo algo más, pero Zoë no lo oyó por el bramido de la sangre que le bombeaba en los oídos. Pasó de la tranquilidad a la furia en un instante. Lo único que veía era la mano de aquel tipo en su muñeca; su intento de retenerla; su errónea creencia de que la tenía bajo control. Lo único que tenía que hacer Zoë era golpearle en la garganta con la mano libre y vería lo equivocado que estaba.

Tenía el sencillo movimiento de defensa en la cabeza, listo para entrar en acción, pero no lo puso

en práctica. Aquellos tíos no merecían tantas molestias, y ella no quería problemas. Lo que necesitaba era volver a su plan original y reconstruir sus pasos. Dejó escapar toda su ira en un largo suspiro.

—Rob, no lo conviertas en algo desagradable. Todos hemos ganado un buen pellizco y nos hemos tomado una copa. Ahora quiero irme.

Rob soltó un resoplido.

—¿Y si yo no quiero que te vayas?

Zoë sintió que la ira volvía a apoderarse de su cuerpo. Consiguió reprimirla.

—Si no me sueltas, gritaré, y eso atraerá a los de seguridad y luego a la poli y, por último, acabaréis pasando la noche en el calabozo.

Rob se quedó paralizado.

—Estoy a punto de gritar.

—Joder, Rob, haz lo que dice —le pidió Jack.

Rob le soltó la muñeca y Zoë se marchó del bar, sin molestarse en mirar atrás ni una sola vez.

De camino a su habitación, volvió a pensar en lo que acababa de pasar. Se había colocado en una posición vulnerable y había salido indemne sin causar daño a nadie. Sabía cómo lo habría llamado Jarocki: madurar.



Marshall Beck entró en el complejo de apartamentos de Zoë sin que nadie lo viera, con la complicidad de la noche. Había vigilado el lugar durante las últimas dos horas, y estaba seguro de que la mujer no se encontraba allí. No había luces encendidas en su casa y no había entrado ni salido nadie.

Subió las escaleras a la segunda planta y se dirigió a la puerta de Zoë con paso decidido, como si tuviera un buen pretexto para visitarla. Ahí era donde solían equivocarse muchos: su aspecto los delataba porque tenían toda la pinta de merodear por motivos perversos. Sin embargo, en su caso, era un papel fácil de adoptar. No obraba con perversidad, sino que su intención era buena.

Sacó una ganzúa y la deslizó en la cerradura de Zoë. La había fabricado él mismo y había practicado con las cerraduras de su casa. También llevaba una pistola de cerrajero, pero no la necesitó. La ganzúa surtió su magia y Beck entró en el apartamento.

Encendió las luces. El plano del apartamento era simple: un dormitorio y un baño, con una sala de estar unida a una cocina abierta y zona de comedor. Los muebles, o la ausencia de ellos, conferían al lugar un aire desangelado. La casa de Zoë poseía el mínimo indispensable para considerarla un hogar. En la sala de estar había un sofá y un sillón separados por una mesita de centro. Había un televisor, ni siquiera de pantalla plana, en un estante. El dormitorio consistía en una sola cama sin cabecero colocada contra una esquina de la habitación con una mesilla de noche en el lado más visible.

«No es el nidito de amor de una chica soltera», pensó Beck.

No se apreciaba la huella de una mujer en ninguna parte. No había ninguna influencia femenina en los muebles; eran puramente funcionales. Y faltaba algo más. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que era: cuadros, faltaban cuadros. No había ninguna lámina ni ningún cuadro que aportara personalidad a las estancias. Tampoco había ninguna foto de sus seres queridos. Era un detalle nimio, pero muy elocuente.

Beck no sabía a ciencia cierta si aquel carácter espartano era una señal de que Zoë se había reformado. Cuando la había conocido el año anterior, le encantaba la juerga, era desinhibida y malhablada. En ese momento vivía como una monja pero era una especie de marine de alquiler dispuesto

a arriesgar su vida por un teléfono robado. Aunque eso no era del todo cierto. El episodio con Rick Sobona desmentía esa imagen monjil, al igual que el provocador vestido que llevaba la noche de la muerte de Laurie Hernández.

Beck entró en el dormitorio y abrió la puerta del armario. Entre los distintos uniformes del centro comercial, encontró unos vaqueros y varias camisetas, ropa de deporte y cuatro vestidos muy ceñidos propios de una zorra. Comprobó el tacto del tejido de uno de ellos.

—Eres un verdadero enigma, Zoë Sutton —dijo, al tiempo que cerraba la puerta del armario.

Se sentó en el borde de la cama y contempló aquella ventana a la vida de Zoë. Había ido allí únicamente con la intención de reconocer el terreno, pero estaba preparado para actuar y llegar hasta el final, en caso necesario. Llevaba el táser en un bolsillo, al igual que un trapo empapado en cloroformo. No le costaría nada reducirla en cuanto asomara por la puerta.

«Pero ¿debería hacerlo?»

Esa era la gran pregunta que llevaba haciéndose desde que la había visto en las noticias. Sus pesquisas habían revelado a una mujer distinta, cambiada. Una parte de él le decía que debía olvidarse de ella, que él había sido el artífice de sus cambios. Además, había peores ejemplos de especímenes humanos ahí fuera que necesitaban ser reeducados.

Pero... Siempre había un pero... Esos vestidos de puta en su armario. No conseguía quitarse esos malditos vestidos de la cabeza. Eran la prueba irrefutable de que, en realidad, Zoë no había conseguido reformarse. Si no había cambiado después de tener una segunda oportunidad en la vida, después de haber sobrevivido prácticamente de milagro, bueno, entonces aún merecía el castigo que había ideado al principio para ella.

Sin embargo, perseguirla suponía correr grandes riesgos. La policía la tenía vigilada. Beck no podía acercarse a ella con la libertad de la que gozaba con las otras, y no sería fácil matarla. Lo mejor era dejarla en paz. Ya había dejado su marca indeleble en ella, y era algo más que una simple cicatriz. Olvidarse de ella era lo más inteligente, pero su orgullo se resentía: había metido la pata y ella había escapado.

Necesitaba terminar lo que había empezado. Ese era su punto débil y su mayor cualidad a la vez.

Se desplazó a la sala de estar y esperó a Zoë... Y siguió esperándola. El reloj del aparato de televisión por cable dio la medianoche, luego la una, y las dos... A las tres de la mañana, estaba claro que Zoë no iba a volver a casa. Se imaginaba perfectamente lo que estaría haciendo con uno de aquellos vestiditos, acompañada de alguien como Rick Sobona... El rojo no estaba en el armario.

—¿Dónde te has metido, Zoë? —dijo con desdén.

Tenía la sensación de que se había ido a alguna parte. Había pasado por el centro comercial un poco antes y no la había visto allí. ¿Se habría largado de la ciudad? La ausencia de ese vestido rojo le decía que no era así. Nadie se largaba de la ciudad de la noche a la mañana dejando toda su ropa menos un vestido de fiesta.

Dejó de acariciar cualquier idea de olvidarse de ella. Abrió la puerta y salió del apartamento, sabiendo que volvería.

CAPÍTULO 15

Zoë esperó hasta un par de horas antes de que anoheciera para salir de Las Vegas. Era la misma hora a la que habían salido Holli y ella, así que decidió hacer lo mismo. Eso significaba que se había visto obligada a pasar el día dando vueltas por el Strip, pero no le importó. Las Vegas disponía de un amplio surtido de actividades para mantenerla ocupada hasta la hora de emprender su largo viaje de búsqueda.

Recordaba la ruta que habían seguido en el camino de vuelta a casa, una de las pocas cosas que recordaba. Siguieron la US 95, que llevaba a Indian Springs, y luego pasaron junto a la base aérea de Creech y Death Valley. Tenían previsto volver a entrar en California y regresar a San Francisco atravesando el parque nacional de Yosemite, un camino que ilustraba a la perfección el contraste entre los paisajes de California y Nevada. Tendría que haber sido divertido, y no la pesadilla que acabó siendo.

Solo debía volver a recorrer los primeros cuatrocientos kilómetros del total de casi mil kilómetros del trayecto, porque la policía la había encontrado en su destartado Escarabajo en la US 395, a medio camino entre Mammoth Lakes y Bishop. Era todo muy confuso, porque iba en la dirección contraria, alejándose de San Francisco.

«¿Qué significa eso?»

Significaba que iba lo bastante drogada para ser incapaz de distinguir la derecha de la izquierda, el norte del sur. Sabe Dios adónde creería que se dirigía. Rememoró los recuerdos borrosos de aquella noche. Lo único que recordaba era la desesperación por escapar como fuera. El vergonzoso pensamiento hizo que le asomaran las lágrimas a los ojos.

Había escogido el lugar donde la habían encontrado como punto de partida para la búsqueda. Fuera lo que fuese lo que les había ocurrido a las dos amigas, tenía que empezar a partir del punto donde la había encontrado la policía. El radio de búsqueda era difícil de determinar. Había varios factores que debía tener en cuenta: en el aturdimiento producido por las drogas, ¿cuántos kilómetros habría podido conducir desde aquel viejo cobertizo? ¿Cuántos kilómetros había conducido su captor desde el bar donde las había encontrado? ¿Dónde estaba el bar? Supuso que debía contemplar un radio de ochenta a cien kilómetros, y había dibujado el círculo en un mapa que había comprado al alquilar el coche. Centraría la búsqueda en ese círculo. Eran muchísimos kilómetros de carretera, pero el hecho de que no fuese una parte muy poblada del país ayudaba. Los pueblos y pequeñas ciudades estaban muy dispersos y alejados entre sí dentro del vasto territorio. Sin embargo, eso no hacía la tarea menos desalentadora.

No confiaba en que fuera capaz de recordar el bar con solo verlo desde fuera, lo que significaba que tendría que parar en todos los pueblos para inspeccionar todos los bares y restaurantes incluidos en su radio de búsqueda. La primera localidad a la que llegó fue Big Pine, que resultó ser una reserva india. Se detuvo en todos los indicadores de carretera que señalasen lugares donde pudiese haber un bar o un restaurante. El proceso era muy lento. Las horas iban pasando sin resultado, pero Zoë no permitió que eso la desanimara. Todo lo demás podía esperar; aquello era lo único que importaba.

Al final llegó a Bishop. Era una ciudad pequeña, pero la más extensa, con diferencia, desde que había salido de Las Vegas. Examinó el cuentakilómetros: ya había recorrido más de cuatrocientos kilómetros. A aquellas alturas del viaje, Holli y ella sin duda habrían estado hambrientas y con el depósito casi vacío, y solo habrían cubierto la mitad del camino de vuelta. Era probable que hubiesen parado allí.

Redujo la velocidad. Bishop permanecía ajena al paso del tiempo: la autopista US 395 hacía las veces de calle principal y centro neurálgico, todo lo demás se ramificaba a partir de allí. Por lo que se veía alrededor, era una localidad turística que servía como base desde la que explorar la zona de las Sierras. Zoë se imaginaba muy bien parando allí con su amiga: era *kitsch*, justo la clase de lugar que solía atraerlas.

Sin embargo, pese a todo su aire *kitsch* y a sus posibilidades, no lo recordaba. Le resultaba igual de desconocido que el resto de los sitios que había ido viendo durante el trayecto. No se dejó vencer por el desánimo; al empezar el viaje, ya sabía que toda aquella aventura podía desembocar en una tremenda decepción, pero no le importaba. Para ella, lo importante era intentarlo y no dejar que el pasado le impidiera descubrir la verdad. Bishop no significaba nada para ella, de acuerdo, pero tenía que buscar en todas partes y no dejar piedra sin levantar.

Se detuvo en un local que se anunciaba como bar, restaurante y tienda de souvenirs. Preguntó por el encargado y la recibieron los dueños, una pareja en la sesentena, tan altos como gruesos.

Zoë empezó con su frase habitual:

—¿Se acuerdan de mí?

Era una pregunta un poco extraña con la que abordar a unos desconocidos, pero al menos lograba llamar su atención, para bien o para mal. Al principio, Zoë se sentía incómoda y le resultaba humillante, pero después de repetir la pregunta una decena de veces, la costumbre la había hecho inmune a sus efectos.

La pareja, Martha y Fred Blanco, negaron con la cabeza. Ella les explicó la situación y les mostró una fotografía de Holli. Ellos volvieron a negar.

Los Blanco le ofrecieron una cena de cortesía, pero ella la rechazó. El tiempo no jugaba precisamente a su favor. Al cabo de un par de horas, todos los locales echarían el cierre hasta el día siguiente, así que, en lugar de la cena, Zoë les pidió si podían darle la ubicación de los demás restaurantes de la ciudad. Se los señalaron en un mapa turístico.

Zoë visitó The Alley, una bolera con restaurante; La Hacienda, una espaciosa cantina mexicana; Lucia's, un restaurante italiano; una cervecería alemana y otros tres locales más, y en todos siguió el mismo proceso. Nadie se acordaba de ella y Zoë tampoco recordaba aquellos lugares.

Todo cambió cuando abrió la puerta del Smokehouse, un restaurante de carne a la brasa. Se trataba de un establecimiento muy grande para el tamaño de la ciudad. Era un verdadero almacén, tanto por el tamaño como por la estructura en sí, pero las paredes encaladas y los coloridos murales suavizaban un poco el ambiente. En un principio, el local no le dijo nada, pero al cabo de un momento, aquella imagen hizo resonar algo en su subconsciente. Empezaron a sudarle copiosamente las palmas de las manos. Su cuerpo le decía que aquel lugar significaba algo.

«Por favor, que no sea una ilusión», se dijo, y se bajó del coche.

Entró en el local. Por dentro, el Smokehouse era un salón del Salvaje Oeste. Tenía los suelos de madera y una barra larga. Un reposapiés de bronce recorría una pared entera, flanqueado por mesas altas. Unos reservados en forma de cuadras para los caballos con paredes de madera de gran altura ocupaban la otra mitad del restaurante. Distintas cornamentas y útiles propios de los cowboys decoraban las paredes. Al fondo había un pequeño escenario y una pista de baile, y estaba sonando música country. Sintió una punzada de reconocimiento, pero no sabía si era genuina o solo el eco de algún otro local de estética parecida que hubiera visitado en el pasado.

Una camarera vio a Zoë y se acercó a ella. Era bajita y rondaba la cincuentena.

—¿Cuántos seréis, cielo?

—Solo una, pero antes tengo una pregunta.

—Claro. Dime.

—Me llamo Zoë Sutton. Por casualidad, ¿se acuerda de mí?

Una mueca de preocupación ensombreció el rostro de la camarera, que negó con la cabeza.

Zoë ignoró su expresión e insistió. Merecía la pena.

—Debió de ser hace cosa de quince meses. Estuve aquí con una amiga. —Le enseñó la foto de Holli—. Por aquel entonces, yo llevaba el pelo más largo.

La camarera siguió sacudiendo la cabeza.

—¿Sabes cuántas mesas he atendido desde entonces, cariño?

—Estoy segura de que dejamos huella.

—Dejarais huella o no, el caso es que no te recuerdo.

—Pero seguro que trabajaba aquí por esa época, ¿verdad? —dijo Zoë, aferrándose a ese convencimiento. Era una de las cosas que jugaban a su favor: en poblaciones como aquella, lejos de las grandes ciudades, la rotación laboral no era excesiva.

La camarera puso los brazos en jarras y frunció el ceño.

—Oye, no quiero ponerme desagradable, pero ¿piensas sentarte a cenar?

Estaba perdiendo a aquella mujer y necesitaba tenerla de su parte.

—No es mi intención hacerle perder el tiempo, pero es que es un asunto muy importante. A mi amiga y a mí nos secuestraron en el camino de vuelta a casa. No recuerdo absolutamente nada de lo que pasó. Estoy intentando reconstruir todos nuestros movimientos para ayudar a la policía.

En ese momento, Zoë vio a un tipo corpulento con un polo con el logo del restaurante que iba cargado con una docena de platos sucios y las miraba. Dejó la bandeja con los platos sucios a un compañero y se dirigió hacia ellas. Por su expresión ceñuda, Zoë supo que estaba a punto de echarla de allí a patadas. Necesitaba un aliado.

Sacó un recorte de periódico y se lo enseñó a la camarera.

—Yo conseguí escapar, pero mi amiga fue asesinada. ¿Está segura de que no nos recuerda?

La cara de la camarera reflejó un profundo estupor.

—¿Hay algún problema, Karalee? —preguntó el tipo corpulento.

—No, Tom —respondió Karalee—. Necesita ayuda, eso es todo.

Zoë no sabía si Karalee se refería a ayuda en general o a la ayuda de un psicólogo.

—¿Es usted el propietario? —preguntó Zoë.

—No, el encargado.

Mostró a Tom la foto de Holli y el recorte de periódico, y le relató los hechos. Él mantuvo la mirada fija en el artículo. Zoë sabía que sus palabras podían sonar disparatadas, que podía parecer una chiflada, pero era difícil ignorar lo que contaba aquel artículo.

—¿Qué quiere? —preguntó Tom con una mezcla de cautela y amabilidad.

—Preguntar al personal del restaurante si me recuerdan a mí o a Holli. ¿Hay alguien esta noche que trabajara aquí en esa época?

—Tres o cuatro de los camareros, pero oiga, no quiero que moleste a los clientes. Como puede ver, estamos muy ocupados.

A pesar de su tamaño, el local estaba casi lleno, hasta dos tercios de su capacidad.

—Le prometo ser discreta y muy rápida.

Tom suspiró y se dirigió a Karalee:

—Que se siente en la barra y ya le iré mandando a los camareros de uno en uno.

Zoë estrechó la mano de Tom.

—Se lo agradezco mucho. No sabe lo que significa para mí.

—Ya. Genial.

Karalee sentó a Zoë en el extremo de la barra del bar. El barman se acercó y le colocó una servilleta de papel delante, junto con la carta.

—Este es Andrew. Trabajaba aquí entonces —dijo Karalee—. Andrew, te presento a Zoë. Tiene algunas preguntas. Por favor, ayúdala.

Andrew aceptó la extraña petición de inmediato.

—Sí, claro. Lo que quieras. ¿Te pongo algo de beber, Zoë?

—Café. Tengo un largo camino en coche por delante.

—Un café, marchando —contestó, y se dirigió a la cafetera.

Andrew tenía unos treinta y tantos años, y no estaba del todo mal. Llevaba el pelo rubio revuelto y necesitaba peinárselo urgentemente, pero le sentaba bien. Zoë lo atribuyó a su actitud desenfadada.

Le puso una taza delante.

—¿Tienes unas preguntas, dices?

Zoë le enseñó el recorte de periódico.

—Estoy intentando averiguar si estuve aquí hace quince meses. Viajaba con mi amiga, Holli. —Le mostró la foto—. Me llamo Zoë. Alguien nos secuestró y mató a Holli.

—Aquí dice que está desaparecida —señaló Andrew sin rastro de desdén o incredulidad en la voz.

—Créeme, está muerta, pero la policía no ha encontrado su cuerpo todavía.

Le devolvió la foto y el recorte.

—¿Y estás intentando encontrarla?

—Si puedo. Pero en realidad lo que intento es poder explicar a la policía qué sucedió con algo más de precisión. Quiero ponerlos sobre la pista del cabrón que hizo esto o ayudarlos de la manera que sea.

Andrew la miró fijamente con el rostro inexpresivo.

—Llevaba el pelo más largo en esa época. Conducía un Volks-wagen Escarabajo.

—Me acuerdo de ti.

El comentario la pilló desprevenida. Estaba tan acostumbrada a que la gente no se acordara de ella que la respuesta afirmativa la había dejado completamente descolocada.

—¿De verdad?

—No me acuerdo de la fecha concreta ni nada parecido, pero me acuerdo de ti y de tu amiga.

Una súbita oleada de euforia se apoderó de ella. Aquello era un principio. No, era más que eso: era el principio del fin para él, su secuestrador y el asesino de Holli.

Zoë esperaba que Andrew no estuviese tomándole el pelo.

—¿Y cómo es que te acuerdas de nosotras?

—Las dos montasteis todo un espectáculo cuando estuvisteis aquí.

Zoë se ruborizó.

—Veníais de Las Vegas. Llegasteis sobradas de dinero en efectivo y escasas de buena educación y modales. Armabais mucho alboroto. Las dos os pusisteis a coquetear con todos los chicos solteros del local y con unos cuantos que no eran tan solteros. Esa noche tocaba un grupo de música en vivo y, ni cortas ni perezosas, os subisteis al escenario y empezasteis a cantar en plan karaoke improvisado.

Zoë miró por encima del hombro al pequeño escenario y la pista de baile, tratando de visualizar los hechos que Andrew le estaba relatando, pero no recordaba nada de nada. Sí, se imaginaba a sí misma y a Holli haciendo lo que él decía. En Las Vegas se habían desmadrado de verdad. Ese era el objetivo del viaje. Habían ido allí a soltarse la melena y desahogarse un poco.

—Siento que nos comportáramos como dos energúmenas.

Andrew se encogió de hombros.

—No hacíais daño a nadie. Yo os veía como a un par de chicas divirtiéndose y pasando un buen rato. Es verdad que molestasteis a un par de clientes, pero nada demasiado grave. Animabais al resto a gastar más, y eso al encargado le gustaba.

—¿Era Tom el encargado?

—No. Tom solo lleva tres meses como encargado.

Pensó en los clientes molestos con su comportamiento.

—¿Hubo alguien que se enfadara mucho por culpa de nuestras tonterías?

—Un par de familias con niños. Algunos clientes mayores... —Andrew dio unos golpecitos en el recorte de periódico—. Pero ¿tan enfadado para haceros una cosa así? No, eso no.

Entonces pensó justo en lo contrario.

—¿Y hubo alguien que se mostrara muy amable con nosotras?

—Teníais unos cuantos admiradores.

—¿Alguien en especial?

—Sí, había un tipo: Craig Cook.

El nombre no le sonaba de nada.

—¿Es alguien de por aquí? ¿Crees que podría hablar con él?

—Sí y sí.

«Craig Cook... ¿Podría tratarse de él?» Repitió aquel nombre mentalmente una y otra vez. ¿Lo habrían puesto a cien entre las dos y, al no conseguir lo que quería de ellas, lo había tomado de todos modos? ¿Les habría hecho lo mismo a otras cuatro mujeres más? Cerró los puños con fuerza.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Haré algo aún mejor: yo te lo traeré. —Andrew sacó el teléfono y marcó un número—. Craig, soy Andrew. ¿Estás ocupado? ¿No? Bien. Ven al Smokehouse. Tengo aquí a una chica que quiere hablar contigo. No, que no es eso, hombre. Ven aquí lo antes posible, anda. —Andrew colgó—. Viene de camino. ¿Quieres tomar algo mientras esperas?

Pidió un aperitivo que, en realidad, no tenía ningún interés en comer.

Mientras observaba a Andrew atender al resto de los clientes de la barra, una extraña sensación de inquietud se fue apoderando de ella. El barman se había mostrado demasiado relajado y tranquilo con ella. Nada le alteraba los nervios. Por lo general, la gente se quedaba totalmente desconcertada cuando les preguntaba por todo lo relacionado con su secuestro, pero Andrew ni siquiera se había inmutado. Era como si todo le resbalase. Intentó visualizar al Contable aquella noche; la figura con el látigo, delante del cuerpo suspendido de Holli, era la de un hombre alto y rubio. Andrew no encajaba con esa imagen alterada por las drogas. No era lo bastante corpulento, pero podía equivocarse. En su estado de confusión y terror absoluto, podría haberle parecido más grande. Muchas veces, los recuerdos no eran demasiado fiables, y en su caso aún menos, dado que su organismo estaba atiborrado de sustancias químicas. ¿Y si no había sido un solo hombre? ¿Podría haber otro implicado? ¿Habría podido cargar un solo hombre con dos mujeres drogadas? No podría haberle resultado tan fácil. ¿Y cómo las habían drogado a las dos, para empezar? ¿Les habrían echado algo en la bebida? No habría sido fácil para un cliente del bar, pero para el barman habría sido un juego de niños... Zoë bajó la vista a su taza. ¿Seguro que solo contenía café?

Puede que acabase de ponerse a sí misma en la línea de fuego de nuevo, pero no le importaba. Quería que la policía encontrase a quienquiera que la hubiese secuestrado, y no le importaba cómo lograrlo. Si aquellos tipos esperaban a la Zoë de antes, se equivocaban de medio a medio. En ese momento tenía recursos. Recursos con los que no contaban. Era una luchadora, y no una víctima.

Un hombre entró en el restaurante y Andrew le hizo un gesto con la mano. El hombre le devolvió el saludo. Andrew se acercó a Zoë.

—Ese es Craig. ¿Te acuerdas de él?

¿Se acordaba de él? No. ¿Recordaba su silueta? Sí. Era enorme, medía más de metro ochenta, con la espalda ancha y complexión robusta. Tenía el pelo abundante y rubio. Coincidió plenamente con la imagen mental que Zoë se había formado de aquel almacén en ruinas.

Zoë sintió como iba creciendo la ira en su interior, mano a mano con el miedo, que fue aumentando hasta convertirse en pánico. Se le aceleró la respiración. Estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad, pero tenía que contenerlo. No podía permitir que se dieran cuenta de que sospechaba de ellos.

«Respira —se dijo—. Respira. No te delates. Deja que crean que juegan con ventaja. No te dejes dominar por el pánico. Solo tienes que respirar.»

Craig le dedicó una sonrisa y ocupó el taburete de al lado. Ella acertó a devolverle la sonrisa.

—Te presento a Zoë —dijo Andrew—. Ella y su amiga Holli vinieron por aquí hace un tiempo. Los tres hicisteis muy buenas migas.

Craig arrugó la frente con expresión reflexiva, y no parecía acordarse de ella. Tardó un buen rato en alterar el semblante. La expresión afable se transformó en una sonrisa de oreja a oreja.

¿Y si todo aquello era un juego?, se preguntó Zoë.

—Zoë y Holli. Sí, ya me acuerdo de vosotras. Llevas el pelo más corto. Lo pasamos genial esa noche.

«Holli y yo, no», pensó ella, esperando que su rostro no dejara traslucir sus pensamientos.

—¿Está Holli aquí también? —preguntó.

—No.

—Qué lástima. Y tú, ¿has venido a Bishop por alguna razón en especial?

—Sí. Para verte a ti.

Zoë le tendió la mano. Cuando él extendió la suya, lo agarró de la muñeca y se levantó del taburete de un salto, de manera que cayó al suelo violentamente. Zoë le retorció el brazo hacia atrás y se lo inmovilizó en mitad de los omoplatos.

—¡Eh! —gritó él—. Pero ¿qué cojones...?

Una oleada de sorpresa y estupor recorrió las caras del resto de los clientes.

—Madre mía, Zoë... —exclamó Andrew.

El alboroto hizo que Tom acudiera precipitadamente. Zoë lo detuvo con una mirada fulminante.

—¡Llame a la policía! —le ordenó ella bruscamente.

—Ya sabía yo que nos ibas a crear problemas.

—Hágalo y punto.

CAPÍTULO 16

La comisaría de policía de Bishop era diminuta. Zoë había estado en consultorios médicos mucho más amplios que aquel lugar. Maldita sea, si hasta el Smokehouse era más grande. Calculó que no debían de contar con más de media docena de agentes, lo que tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta el tamaño de aquella población. Zoë tenía serias dudas de que el departamento de policía estuviese equipado o capacitado para enfrentarse a un asesino. Así se lo había dicho y había acabado apiñada en la sala de espera. De eso ya hacía horas.

El inspector Ryan Greening asomó por una puerta donde se leía: «Solo personal autorizado». Llevaba unos vaqueros y una camiseta en lugar del uniforme habitual.

Zoë se levantó de un salto del banco.

—¿Y bien?

El hombre frunció el entrecejo ante su pregunta.

No podía enfadarse con él. Al fin y al cabo, la había salvado. Se había armado un auténtico caos en el Smokehouse cuando llegó la policía y la encontró inmovilizando a Craig Cook contra la barra del bar. Ella, Cook, Andrew y Tom empezaron a lanzarse acusaciones mutuamente a voz en grito. La solución más simple había sido llevarse a todos a la comisaría para aclarar las cosas. Las afirmaciones de Zoë no fueron bien recibidas por los policías locales. En lugar de eso, se enfrentaba a varios cargos, entre los que se incluían alteración del orden público y agresión. Por suerte, había pasado de ser considerada autora a víctima cuando consiguió que llamaran a Greening. Este les dijo que acudiría de inmediato y a ella la habían confinado a la sala de espera, rodeada de un muro de silencio. La única sorpresa había sido la llegada de Greening desde San Francisco en menos de una hora.

—Está bien, lo siento. Por favor, dime qué pasa. Solo quiero saber eso.

—Vamos un momento fuera.

Salieron a la calle. Era una noche tranquila, no se oía un solo ruido. Era como si la ciudad entera estuviera conteniendo el aliento.

—¿Qué pasa? —Esta vez Zoë consiguió reprimir el tono acusador de su voz.

—Nada. No son ellos.

—Tienen que serlo. Craig Cook estaba con nosotras la noche que nos secuestraron. Hablamos con él. Estaba lo bastante cerca para echarnos algo en la bebida. Hasta se parece a la persona que recuerdo del almacén.

Greening levantó las manos para interrumpirla.

—Lo siento. Lo siento. ¿Qué? Solo... explícamelo, por favor.

—De acuerdo, es muy sencillo: Craig Cook os recuerda a ti y a Holli. Flirteó con vosotras y le respondisteis con bastante entusiasmo. Según todos los testigos, lo pasasteis bien, y luego Holli y tú os marchasteis por voluntad propia y dejasteis a Cook «con un dolor de huevos increíble por el calentón». Son sus palabras, no las mías.

—¿Y ya está?

Greening la miró como un padre decepcionado.

—Podría añadir que las dos estabais como cubas cuando os subisteis coche.

—No. Eso no puede ser. Reconozco que a veces conducíamos habiendo bebido, pero nunca cuando nos habíamos pasado del límite, y mucho menos con todo lo que teníamos que conducir esa noche. Fue él. Lo sé.

Greening alzó las manos.

—No fue él. Créeme.

—¿Cómo lo sabes? Solo es su palabra contra la mía.

Greening negó con la cabeza.

—No, no lo es. Tiene una coartada irrefutable: lo detuvieron por embriaguez y alteración del orden menos de una hora después de que tú y Holli os fuerais del Smokehouse.

No se lo podía creer. No se lo quería creer. No estaba más cerca de la verdad. Le dieron ganas de gritar, llorar y reír, todo a la vez.

—Así que todo esto solo ha sido una pérdida de tiempo monumental —dijo Zoë, más disgustada consigo misma que otra cosa.

—No. Ahora al menos tenemos otro punto en la cronología de los hechos. Según el barman, Holli y tú os fuisteis una media hora antes de que cerraran, es decir, a las diez y media de la noche. Los sheriffs del condado de Mono te recogieron a las 5:47 de la mañana. Sea lo que sea lo que os pasó, ocurrió en esa franja de tiempo. Eso es algo que no sabíamos, así que buen trabajo.

—Por favor, no te pongas en plan condescendiente conmigo. Ha sido un día muy largo para eso.

—No es condescendencia. He estado revisando el caso y tenemos tan poca información que un detalle aparentemente tan insignificante como una hora concreta es un gran paso adelante.

Zoë sonrió y luego sacudió la cabeza. Debería haberlo pensado antes, pero era tarde y se había concentrado en Craig Cook en lugar de en el panorama general.

—Has llegado aquí muy rápido. Me estás controlando, ¿verdad?

—En parte sí. Es el procedimiento habitual.

—¿Y he pasado la prueba?

—Zoë, es tarde. Responderé a tus preguntas mañana, pero ahora mismo Craig Cook quiere hablar contigo.

—Ah, ¿sí?

Greening asintió y la guio de vuelta al interior del edificio. Cuando se dirigían a la sala de interrogatorios, un agente acompañaba a Andrew a la salida. El barman la miró con la misma expresión impasible de antes. No fue el caso del policía, que la fulminó con la mirada. Zoë supuso que era culpable de alterar la tranquilidad de una apacible noche en Bishop.

Greening llamó a la puerta de la sala de interrogatorios y abrió el jefe de policía. Craig Cook estaba sentado a una mesa en el extremo opuesto. Con su corpulencia y el reducido tamaño de la habitación, parecía un niño grande en la escuela. También parecía enfadado. Zoë supuso que le abrían apretado las tuercas durante el interrogatorio. El jefe señaló la silla que había delante de Cook y ella se sentó. Si Cook esperaba intimidación, no iba a conseguirla. El jefe y Greening permanecieron de pie junto a la puerta.

—Zoë, me han contado lo que os pasó y solo quiero decirte que lo siento muchísimo. No puedo ni imaginar por lo que tuvisteis que pasar Holli y tú. Si me hubiese enterado de esto entonces, habría ido a hablar con la policía y les habría dicho que os había visto esa noche.

No quedaba ni rastro de la actitud arrogante de Cook, y Zoë se sintió mal por haberlo puesto en aquella situación.

—Tranquilo, no pasa nada. Yo siento haberte metido en esto.

—No te culpo. Yo habría hecho lo mismo si hubiese estado en tu lugar. Ojalá supiese algo que pudiese resultar de ayuda en la investigación.

—¿Y estás seguro de que no lo sabes? ¿Cabe alguna posibilidad de que recuerdes alguna cosa más de aquella noche?

El hombre negó con la cabeza.

—Estaba muy borracho. Solo recuerdo que lo pasé muy bien.

Zoë alargó el brazo y tomó una de sus enormes manazas entre las suyas. Él tensó la mano, aunque solo por un instante, y luego apretó la de ella suavemente.

—Por favor, intenta hacer memoria. Alguien nos drogó, y creo que pasó en el Smokehouse. ¿Se puso alguien violento contigo o con nosotras? O... ¿mostró alguien un excesivo interés por nosotras? ¿Viste a alguien marcharse detrás de nosotras?

Pero Cook seguía negando con la cabeza.

—No. No recuerdo nada parecido. Si te soy sincero, estábamos tan pasados que podría haber aparecido el mismísimo Elvis por sorpresa y ni nos habríamos enterado. Te prometo que hablaré con Andrew y con la gente que había allí esa noche y, si consigo alguna información útil, se lo diré a la policía local. Ojalá pillen a ese cabrón, de verdad.

Craig Cook era un buen tipo.

—Gracias.

Greening le hizo una seña a Zoë para que saliera. Le estrechó la mano al jefe de policía, que prometió ponerse contacto con él si averiguaban algo más. A continuación, se encontraron de nuevo en la calle.

—¿Todavía tienes el coche en el Smokehouse?

—Sí.

—Te llevo, entonces.

Bishop era tan pequeño que Greening apenas tardó unos minutos en aparcar detrás de su coche de alquiler.

—Bueno, supongo que el hecho de que estés aquí significa que estás intentando recuperar la memoria...

Zoë no estaba de humor para sermones.

—Lo sé. Lo siento.

—No, no tienes por qué sentirlo. Te entiendo perfectamente. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Volver a casa.

—¿Ahora?

El reloj del salpicadero señalaba casi las tres de la madrugada. Si salía enseguida, estaría de vuelta en San Francisco a primera hora de la mañana.

—Sí.

—¿Tienes que estar de vuelta mañana?

Miró a Greening. No sabía adónde quería llegar.

—Debería, pero no tengo ninguna obligación real. ¿Por qué?

—Bueno, los dos estamos intentando averiguar qué os pasó a ti y a Holli, así que hagámoslo juntos. Volvamos sobre los pasos que seguisteis en vuestro viaje y a ver qué más averiguamos.



Marshall Beck entró en Garras Urbanas para su habitual visita nocturna a Brando. Le gustaba compartir sus sentimientos con el perro. El hecho de que Brando no fuese a traicionar su confianza jamás le facilitaba mucho expresar sus pensamientos más íntimos en voz alta. Pensamientos a los que incluso a él mismo le costaba enfrentarse. Nunca había mantenido una relación parecida con nadie. Nunca había tenido una amante o un amigo con los que poder abrirse de esa manera. Todo aquello era territorio virgen para él... y le gustaba.

Entró en el anexo de evaluación. Los antiguos perros de pelea se removieron inquietos. Dos de ellos ladraron, pero no durante mucho rato. Estaban acostumbrándose a sus visitas a última hora de la noche. Naturalmente, Brando no reaccionó a la llegada de Beck.

—Hola, Brando —dijo—. ¿Qué tal?

Hablaba con el perro como si fuera un adulto, y no un bebé. Habría sido un insulto tratarlo como a algo inferior a un humano. Nunca entendía por qué la gente hablaba a sus mascotas como si fueran idiotas. Con razón había tantos animales en las perreras.

Quitó el cerrojo de la jaula de Brando y abrió la puerta. El perro permaneció en el interior. Bueno, no pasaba nada. Ya saldría por voluntad propia cuando estuviese listo. No faltaba mucho para eso, Beck estaba seguro. Ese había sido el primer día que había podido trabajar directamente con Brando. Tom Fisher y él habían practicado técnicas para poner a prueba el temperamento de Brando y domesticarlo. Teniendo cuenta su carácter, Brando se había mostrado relajado y distante. A Tom le había parecido un problema, puesto que resultaba difícil interpretar el pensamiento del perro. Beck, en cambio, lo había visto como una muestra de la capacidad de autocontrol del animal.

—Te admiro, Brando. Tienes paciencia, una paciencia que ojalá tuviese yo también, pero apuesto a que estás cansado de pasarte aquí todo el día. Seguro que te gustaría salir un rato, ¿a que sí? Yo sé que querría si estuviera en tu lugar.

Buscó una de las correas que había colgadas en la pared. Eran sujeciones temporales para que los adiestradores pudieran trasladar a los animales de una jaula a otra o para que los posibles dueños pudieran pasear a los perros antes de tomar una decisión.

Beck se arrodilló delante de Brando. El perro siguió inmóvil.

Beck deslizó la correa alrededor del cuello del perro con sumo cuidado. A continuación, se incorporó y tiró de la correa. El perro salió despacio de la jaula.

Beck sonrió.

—Muy bien. Vamos.

Salieron a la oscuridad de la noche. Era tarde, las calles se hallaban desiertas y Beck estaba cansado, pero caminar con Brando le resultó vigorizante. Era un placer pasearlo. El perro le seguía fielmente. No, seguirle no era la palabra. Brando permanecía a su lado como haría un amigo o un igual. Sí, se imaginaba perfectamente a Brando obteniendo la suspensión de la orden de ejecución. Aquel perro era una criatura extraordinaria. No estaba seguro de que él hubiera podido mostrarse tan clemente si hubiese tenido que aguantar lo que Brando había tenido que soportar.

Pasearon en silencio. Quería que el perro disfrutara de su libertad y observase el mundo que le rodeaba y que se le había negado durante tanto tiempo. «Vete acostumbrando, amiguito», pensó.

Al cabo de veinte minutos, comenzó su conversación con su amigo.

—Zoë no estaba en casa. Tengo miedo de que se haya ido de la ciudad por mí. Aunque, en el fondo, no lo creo. Todavía tiene la mayoría de sus cosas en el apartamento. Volverá, aunque solo sea para recoger, pero ahora no sé qué hacer. ¿Continúo con Zoë o sigo adelante?

Hizo una pausa para ver si Brando reaccionaba de alguna forma, pero el perro siguió andando.

—Una parte de mí me dice que siga adelante. Podría ser mucho más placentero centrarme en otro objetivo y dejar a Zoë sufrir con la incertidumbre de si iré tras ella o no.

Una pareja que se acercaba caminando en sentido contrario se alejó para esquivarlos. Aquella

reacción le resultó decepcionante. ¿Acaso los veían a él y a Brando como una amenaza? Pues no lo eran, al menos siempre y cuando la pareja se comportase con honor y respeto. O tal vez la pareja los hubiera reconocido como a dos machos alfa. Eso le gustó.

—Es hora de que te lleve a casa por esta noche. —Rodeó la manzana para devolver el perro al centro—. Puedo permitirme poner a Zoë Sutton en espera. Si quiere esconderse durante un tiempo, que se esconda. Puedo esperar. Necesito centrarme en otra persona, entonces, pero ¿en quién?

Había tenido suerte con Laurie Hernández, quien apareció como caída del cielo al mostrar aquel desprecio por los animales en su mismísimo lugar de trabajo. Sin embargo, Beck no tenía a nadie más en su radar. Haría lo que había hecho con el resto. Se mantendría al margen y observaría el mundo. Saldría por los bares y los clubes. Buscaría pruebas de conductas reprochables en los periódicos, y luego saldría a la caza de los infractores y les daría una lección. Les enseñaría que portarse mal tenía un precio.

Miró a Brando en busca de orientación y la encontró. Volvieron a toda prisa al centro y Beck encendió el ordenador de su despacho. Leyó el expediente del perro de pelea y dio con un nombre: Javier Muñoz. Supuestamente, era el promotor de las peleas de perros. El hecho de ser el promotor lo señalaba como organizador profesional, y no como un simple aficionado que lo hiciese por diversión. Los últimos datos indicaban que Muñoz había salido en libertad bajo fianza. Eso dejaba a aquel malnacido en sus manos. Beck se volvió hacia Brando y le sonrió.

Al cabo de veinte minutos de intensa búsqueda en internet, Beck obtuvo la dirección del domicilio de Muñoz, en Hayward, junto con varios datos personales más sobre el promotor de peleas de perros. A Beck le fascinaba que hubiese tanta información personal sobre la vida de la gente al alcance de cualquiera. Eso le facilitaba enormemente el trabajo.

—Vamos, Brando. Tenemos que ir a un sitio.

Subió a Brando a su Honda. El perro se sentó delante durante el trayecto a Hayward.

Muñoz vivía en un barrio populoso y bastante degradado, cosa que a Beck le resultó sorprendente. Según las noticias, Muñoz ganaba decenas de miles de dólares al año organizando peleas. Se preguntó si su elección del barrio donde establecer su hogar tendría algo que ver con la imagen que quería ofrecer.

Detuvo el todoterreno a media manzana de la casa de Muñoz. Era una pequeña casa unifamiliar con el tejado plano. Salvo por la música que salía de una de las casas, la de Muñoz, la calle estaba tranquila y silenciosa. La mayoría de las viviendas estaban a oscuras, mientras que la de Muñoz tenía las luces encendidas.

A Beck le habría gustado poder acercarse y echar un vistazo al interior de la casa, pero antes necesitaba inspeccionar más a fondo los alrededores. No le gustaba que todas las casas estuviesen tan cerca unas de otras. Eso hacía más difícil abordar a alguien sin que los vecinos se percatasen. En los lugares donde había mucho movimiento, la gente estaba demasiado ocupada en sus asuntos para fijarse en una persona en particular. Los barrios tranquilos, en cambio, eran distintos. Los rostros desconocidos siempre llamaban la atención.

Aunque eso no era un problema. Inspeccionar la casa más de cerca no era imprescindible. En realidad, solo necesitaba saber con exactitud los movimientos de Muñoz, buscar una oportunidad y echárselo encima cuando fuese más vulnerable. Ya tenía un punto de partida: la casa de Muñoz. Todo se desarrollaría a partir de ahí y le indicaría el camino a seguir.

Un Dodge Challenger de color blanco pasó a toda velocidad junto a ellos y aparcó en la entrada de la casa. Un hombre bajito y achaparrado, de unos treinta y tantos años, salió del vehículo. Era Muñoz. Beck lo reconoció por las fotos que había visto en la prensa.

Oyó un gruñido hostil procedente del asiento de al lado. Se volvió hacia Brando. El perro había estado completamente relajado y tranquilo en el centro, pero allí, cara a cara con su torturador, se puso muy tenso. Beck sonrió.

—No te preocupes, amigo mío. Tendrás tu venganza. Solo debemos esperar el momento oportuno.

CAPÍTULO 17

Zoë y Greening pasaron el resto de la noche en la localidad de Mammoth Lakes. Greening ya tenía una habitación en un motel de allí, de manera que la joven lo siguió desde Bishop. Cuando llegaron, Zoë pidió una habitación para ella y se durmió a los pocos minutos de tumbarse en la cama. Greening la despertó con una llamada de teléfono a las nueve de la mañana. Zoë se levantó y salió de la habitación a la media hora y encontró a Greening esperándola junto a su coche. Volvía a vestir traje. Zoë imaginó que había comenzado su jornada laboral.

—Hoy vendrás conmigo en el coche. Puedes dejar el tuyo aquí, ya lo he arreglado con el motel.

Zoë metió la bolsa de viaje en el maletero de su coche de alquiler.

—¿Tienes hambre?

Zoë asintió con la cabeza.

—Genial. Ayer encontré un sitio muy bueno.

Condujeron hasta un restaurante de carretera, donde ocuparon un reservado con vistas a la montaña de Mammoth y pidieron el desayuno. Zoë tenía la sensación de que Greening ya llevaba un par de horas trabajando cuando la había despertado. Sin duda habría informado a sus superiores de sus peripecias de la noche anterior.

—Así que ¿viniste aquí para controlarme? —preguntó.

—Estoy revisando tu caso. Puede ayudarnos con el nuestro y, con suerte, viceversa.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer.

—¿Has averiguado algo?

—No mucho. Espero tener más suerte hoy.

La camarera se detuvo un momento en su mesa para rellenarles las tazas de café antes de pasar a la siguiente.

—¿Por qué es tan importante para ti volver aquí y torturarte de esta manera?

Zoë se encogió de hombros.

—Porque necesito recordar lo que pasó. Esa noche es una laguna absoluta. Estoy segura de que cualquiera puede contarte más cosas que yo, y eso me saca de quicio. Hace tiempo que tenía la intención de venir y recorrer los mismos pasos. Lo intenté una vez, pero no tuve el valor suficiente para llegar hasta el final. Pensé que si volvía y me enfrentaba a todo esto de nuevo, afrontaría también lo que hice... o dejé de hacer.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Salir huyendo cuando debería haberme quedado allí.

—Si lo hubieses hecho, estarías muerta. Lo sabes perfectamente.

—Pero no es que mi vida haya sido un camino de rosas desde entonces, precisamente. Morir para salvar a Holli habría sido la mejor opción.

—Eso es una estupidez. —La respuesta de Greening fue brusca e implacable—. No me digas que Holli salió mejor parada que tú. Si estuviera aquí, te haría comerte tus palabras. Si tomamos a Laurie Hernández como referencia, tu amiga tuvo una muerte horrible que nadie le desearía a otra persona. Tú sobreviviste. Acéptalo. Y ama la vida por haber sobrevivido.

Sí, claro. Qué fácil era para la gente como él, que no comprendía en absoluto todo lo que había pasado Zoë... Su problema era que no sabían nada sobre la marca indeleble de la culpa ni lo hondo que llegaba a calar. ¿Y por qué iban a saberlo, a menos que hubiesen cometido un acto reprochable? Ni siquiera el propio Jarocki lo entendía del todo. Había llevado una vida regalada. Todo lo que sabía sobre el complejo de culpa lo había leído en los libros o lo había aprendido de las personas a las que había tratado. Greening, Jarocki y todos los demás lo veían igual, como si fuese un problema puramente superficial: «Huy, mira, tienes una mancha de culpa. No te preocupes, que se irá con un poco de agua y jabón». La culpa era una de esas cosas que había que extirpar como si fuera un cáncer, pero era una tarea casi imposible cuando te envolvía el corazón.

—¿Viniste aquí con la esperanza de volver a encontrarte con él?

—No. No he venido en misión suicida. Estoy intentando ayudar. Ayudar a Holli, a Laurie Hernández y a cualquier otra víctima.

—¿Y a ti misma?

—Sí, y a mí misma. Llevo demasiado tiempo escondiéndome de ese hijo de puta. Intentaba reproducir el viaje desde Las Vegas hasta casa, para ver si descubría alguna pista.

—Como el Smokehouse.

—Sí. Yo no me acordaba para nada del sitio, pero ellos sí se acordaban de mí.

Greening meneó la cabeza con resignación.

—Y se te ocurre inmovilizar a Craig Cook, un hombre inocente. ¿Te das cuenta de lo peligroso que fue eso? ¿De cómo podría haberse vuelto la situación contra ti?

—Pero no fue así.

—El hecho de que digas eso me preocupa, porque las cosas se pusieron feas para ti, pero no quieres reconocerlo.

Greening le recordaba a Jarocki.

—Te gusta crear problemas, Zoë. —El policía miró su plato a medio comer y lo apartó—. ¿Creías que Cook era el asesino?

—En ese momento, sí. Lo vi y pensé que era posible.

—Nuestro hombre está en San Francisco, no aquí.

—Eso no lo sabes. Podría ir y venir. Llevar una doble vida y todo eso.

—Es posible, pero poco probable. Elegir a Laurie Hernández como lo hizo indica que la estudió, que conocía sus movimientos. Créeme, está en la ciudad. Y, aunque no lo estuviera, no puedes ir por ahí con esa actitud tan agresiva. Al final te harás daño.

Siguió una pausa y permanecieron en silencio varios minutos.

—Oye, no quería ponerme en plan déspota ni nada parecido —aclaró Greening—. De hecho, lo de volver sobre tus pasos es muy buena idea. Yo también intentaba hacerlo, pero es mucho más útil hacerlo contigo, así que me gustaría acompañarte al lugar donde te encontraron los sheriffs y reconstruir los hechos desde allí. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Entonces vámonos de aquí.

Greening pagó la cuenta y salieron a la carretera en su coche. Zoë advirtió que no dejaba de mirarla de soslayo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Es tu cara. Ese moretón. No te lo hiciste anoche, ¿verdad?

Al parecer, no había sido muy hábil con el maquillaje.

—Me lo hice en el trabajo. Estaba desarmando a un ladrón cuando me golpeó.

—¿Desarmándolo?

Le relató el incidente con el ladrón del iPhone.

Greening sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo pasaste de ser estudiante de doctorado a trabajar como vigilante de centro comercial?

—Después de lo que pasó, no podía volver a la universidad. Necesitaba hacer algo diferente, pero no tenía ningún otro título ni cualificaciones. El trabajo de vigilante de seguridad fue lo único que encontré.

Greening frunció el entrecejo.

—Me parece que te subestimas. Tienes una titulación universitaria. Estoy seguro de que podrías conseguir un trabajo mejor pagado y más seguro.

Su título en ciencias medioambientales le abría ciertas opciones, pero ninguna que quisiese.

—Podría encontrar otra cosa, pero me gusta trabajar en el centro comercial.

Él la miró con aire escéptico.

—De verdad, me gusta mucho. No quiero un trabajo normal. Lo que me hizo el Contable me cambió como persona. No puedo tener un trabajo de oficina de nueve a cinco, tengo que hacer algo que mejore la vida de las personas, y eso es lo que hago en el centro comercial. Detengo a los rateros, a los carteristas y a los gamberros. Consigo que los niños que se pierden encuentren a sus padres y ayudo a levantarse a la gente que tropieza y se cae al suelo. Contribuyo con mi granito de arena a hacer del mundo un lugar un poco mejor.

La mirada escéptica de Greening se transformó en una sonrisa sincera.

—Hablas como un policía.

Zoë no contestó.

—¿He dicho algo malo?

—No. El doctor Jarocki dice que debería plantearme entrar en el cuerpo de policía.

—Bueno, si eso de mejorar la vida de las personas y ayudarlas va en serio, deberías planteártelo de verdad. Es una buena profesión, mucho mejor que la de vigilante en un centro comercial.

—¿De veras quieres a alguien con mi equipaje trabajando de policía?

—Si con equipaje te refieres a alguien capaz de sentir empatía hacia las víctimas y dispuesto a ayudarlas, desde luego que sí.

«Sí, seguro», pensó Zoë. Lo miró fijamente, esperando ver algún rastro de sarcasmo, pero no detectó ninguno. Su fe en ella la sorprendió.

Se estaban acercando a la salida correspondiente a la US 395, la autopista federal donde la habían encontrado. Greening paró en el arcén antes de alcanzarla.

—Muy bien, voy a llevarte al lugar donde te encontraron aquella madrugada. Ya sé que tus recuerdos son muy borrosos, así que nos lo tomaremos con mucha calma. Si algo te resulta familiar o hay algo que quieres volver a ver más detenidamente, dímelo. Podemos ir al ritmo que tú quieras, ¿entendido?

La idea de lo que estaba a punto de realizar hizo que a Zoë le entrara un sudor frío, pero asintió con la cabeza.

Se incorporaron a la autopista, conduciendo muy por debajo del límite de velocidad. Greening había encendido los intermitentes para alertar al resto de los conductores.

Le contó lo que había leído en el informe policial. A Zoë le resultaba surrealista oírlo relatar sucesos que le habían ocurrido a ella y de los que no conservaba ningún recuerdo. Quería proporcionarle algún tipo de inspiración, pero no servía de nada.

El policía le pidió que le relatara los hechos tal y como ella los recordaba y luego le hizo

preguntas sobre cada detalle. Zoë abandonó el presente para regresar a aquella noche. No veía la carretera, sino que se veía a sí misma, a Holli y al Contable. Era la misma película confusa e incompleta que había visto mentalmente una y otra vez. Le costaba mucho verla de nuevo, pero por primera vez, quería verla entera. De pronto, Greening redujo la velocidad aún más.

—¿Qué pasa?

—Hemos llegado. —Detuvo el vehículo—. Este es el punto exacto donde te encontraron los sheriffs.

La revelación fue como un mazazo para Zoë. Su reacción fue inmediata y terrible. Sintió que se le ponía la carne de gallina y que la abandonaban las fuerzas. Forcejeó con la puerta del coche, tratando de abrirla, y tuvo que empujarla con todo el peso de su cuerpo para conseguirlo.

Greening no advirtió el cambio en ella porque se había dirigido a un punto al borde de la carretera, a la orilla del asfalto. Consultó el contenido de una carpeta antes de señalar el suelo con ambas manos.

—Te saliste de la carretera en este punto, con el coche apuntando en esta dirección —dijo, señalando hacia el sur.

Zoë se acercó a Greening con paso tambaleante. Todo era demasiado real para ella, y sintió que le fallaban las fuerzas y toda su determinación anterior. Había ido allí a ayudar a atrapar a un asesino, pero en ese momento solo quería salir huyendo y esconderse.

Greening volvió a abrir la carpeta con el expediente. Los informes estaban sujetos con un clip en la parte derecha, mientras que en la izquierda había varias fotografías de veinte por veinticinco. Señaló la primera con el índice. En ella aparecía el Escarabajo de Zoë con el morro estampado en la cuneta y un policía de uniforme de pie en segundo plano, con una mirada de reprobación en el rostro.

Los recuerdos de esa noche le vinieron a la memoria, pero solo a ráfagas: destellos rojos y azules que le inundaban la visión y, acto seguido, una luz cegadora apuntándola directamente a la cara. Siluetas a contraluz. El crujido de la puerta del coche al abrirse.

«¿Señorita? ¿Señorita, se encuentra usted...? —preguntó alguien—. Joder, está desnuda...»

Y otra persona dijo: «La tía va completamente colocada».

Sus propios gritos y sus manos forcejeando con los brazos que la tocaban. Unas voces masculinas, diciéndole a gritos que se calmara. Ella repitiendo una sola palabra «Holli», una y otra vez. Y luego, nada.

—¿Estás bien? —preguntó Greening.

Zoë se pasó la mano por la cara.

—Sí, estoy bien.

El policía parecía dudar.

Zoë le arrebató la carpeta y dobló el informe para examinar la foto. Se situó de manera que su posición coincidiese con la imagen.

—¿Te acuerdas de algo?

Negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—La imagen muestra que venías de Mammoth Lakes y te dirigías hacia Bishop. Ese es el sentido inverso del camino. Estabas volviendo atrás. ¿Tiene algún sentido para ti?

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Querías volver a Bishop por alguna razón?

—Creo que solo intentaba huir. El destino no era importante. Lo siento, ojalá supiese el porqué.

Greening lanzó un suspiro.

—No pasa nada. Vamos a plantearlo así: te dirigías hacia el sur. ¿Te despierta eso algún recuerdo?

—Iba tan drogada que, que yo sepa, podría haber estado conduciendo en círculos antes de acabar aquí. De lo único que me acuerdo es de haberme subido al coche, ponerme a conducir y rezar todo el tiempo para que no me siguiera.

El detective asintió. Zoë sentía que Greening estaba haciendo todo lo posible por que recordara. Ella había hecho lo mismo, pero hacía ya tiempo que había abandonado la idea de que fuese a conseguirlo por pura voluntad. O bien los recuerdos perdidos reaparecerían en cualquier momento o permanecerían borrados de su memoria para siempre.

—Estoy convencido de que el lugar al que os llevaron tiene que estar por esta zona de la autopista. Teniendo en cuenta el estado en que te hallabas, el miedo y la adrenalina habrían contrarrestado parte de los efectos del Rohypnol, pero no todos. No pudiste haber conducido demasiado antes de acabar en esta zanja. Calculo que, como mucho, quince kilómetros en cualquier dirección. Si añades la hora a la que os fuisteis de Bishop, el tiempo que tardó el secuestrador en llevaros a donde fuera y ponerse manos a la obra...

Zoë se estremeció al oírlo utilizar esa expresión, un eufemismo para hablar de tortura y asesinato.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada.

—Solo quiero decir que estamos cerca. Mucho. ¿Quieres ver si podemos encontrar ese sitio juntos? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí, pero los sheriffs ya lo hicieron. Revisaron todas las propiedades en varios kilómetros a la redonda y no encontraron nada que encajara con mi descripción.

—La última vez no pudiste decirles nada. Basaron su búsqueda en el lugar en el que te encontraron. No sabían de dónde venías ni adónde te dirigías. No tenían nada en lo que centrarse. Nosotros ahora sí lo tenemos. Todo lo que os pasó, os pasó entre Bishop y la carretera a Mammoth Lakes. Así que vuelvo a preguntártelo: ¿quieres ver si podemos encontrar el sitio los dos juntos?

—Sí.

Greening se dirigió de nuevo a su coche.

Ella permaneció en el arcén, sin apartar la vista de la franja de carretera que desaparecía hacia el sur. Se empequeñecía hasta quedar reducida a un punto en la distancia, con las montañas y las colinas a cada lado dispuestas a engullirla en cualquier momento. Aquella debió de ser la vista que contempló aquella madrugada. Quería que le resultara familiar, que le despertara algún recuerdo o arrojara luz sobre algún rasgo concreto de una carretera anodina. La carretera seguía siendo solo una carretera, pero eso no alteraba el hecho de que, fuese lo que fuese lo que les había pasado, había ocurrido allí.

—¿Zoë? ¿Estás bien?

Se volvió.

—Sí. Creo que primero deberíamos mirar en esa dirección.

La expresión del policía se iluminó con gesto esperanzado.

—Entonces, hacia el sur se ha dicho.

Siguieron la carretera en dirección sur, deteniéndose en cada salida y explorando todas las carreteras secundarias hasta el final. Llegaron al último destino de la carretera —Bishop— sin encontrar nada que encajase con sus borrosos recuerdos.

Greening condujo hasta el Smokehouse y detuvo el coche en el aparcamiento.

—Me parece que no les va a hacer mucha gracia vernos aparecer aquí para almorzar.

—Ni pizca de gracia, no. —Greening estaba sonriendo, pero su sonrisa se esfumó enseguida—. Está bien, ahora quiero hacer las cosas de otra manera en el camino de vuelta. Voy a ir narrando lo que pasó esa noche y quiero que tú rellenes las lagunas.

Zoë sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Desde luego, sabes cómo alegrarme el día...

—Te llevaré al límite de tus fuerzas. No me voy a disculpar por ello, porque creo que es importante y creo que tú también lo sabes.

—Siempre y cuando estés dispuesto a pagar por mis sesiones de terapia de después...

—Esto es una sesión de terapia. Deberías pagarme tú a mí.

Había recuperado la sonrisa. Era algo muy simple, pero a Zoë le daba seguridad. Él le daba seguridad. Hacer aquello ella sola le daba miedo, y sabía que se bloquearía si se volvía demasiado doloroso. Con Greening allí, en cambio, había alguien a su lado para protegerla y empujarla hacia delante.

—Está bien, que empiece el espectáculo —dijo Greening—. ¿Dónde aparcaste esa noche?

—No lo sé.

Greening condujo despacio por el aparcamiento.

—Os acababan de echar del Smokehouse. Holli y tú volvisteis andando al coche. ¿Estabais solas? ¿Alguien os paró u os pidió que lo llevarais? ¿Había alguien esperándoos junto al coche?

Un destello iluminó los recovecos de su mente. Holli y ella agarradas del brazo, en la oscuridad, riendo. A continuación, la imagen volvió a diluirse entre las sombras.

—¿Os siguió alguien? A esas alturas, la droga ya debería haber circulado por vuestro organismo y os habría hecho efecto. Debíais de sentir os más ebrias de lo que estabais. Cansadas. Aturdidas.

Greening volvió a incorporarse a la carretera y se dirigió al norte.

—Ibais en vuestro coche. ¿Salíais de la ciudad... o era él quien iba al volante? Si era él, entonces erais tres en el coche. ¿Dónde estabas sentada tú? ¿Ocupabas el asiento del conductor? ¿El asiento del copiloto? ¿O ibas detrás?

El destello volvió a iluminar su cerebro. Fue un resplandor muy breve, pero la imagen era nítida.

—¿Y Holli? ¿Dónde iba ella?

—Espera un segundo. No hables.

Greening se calló, pero siguió conduciendo.

—Conducía yo, y Holli iba mi lado. Él iba detrás, encorvado, porque era alto. Holli le ofreció cambiarle el sitio, pero él dijo que no. Le estábamos haciendo un favor.

Le asombraba enormemente ser capaz de recordar algo con tanta claridad después de tanta ambigüedad y confusión. Sin embargo, a pesar de la nitidez de la imagen que acababa de visualizar, lo que iba a continuación seguía empañado.

—Entonces, ¿lo recogisteis vosotras? —preguntó Greening con entusiasmo.

—No lo sé. Supongo.

—¿Os pidió que lo dejaseis en alguna parte?

Ella negó con la cabeza.

Llegaron al final del término municipal de Bishop y Greening siguió conduciendo.

—Está bien. Vais conduciendo por la US 395. Holli está sentada a tu lado y él va detrás. El Rohypnol ha comenzado a hacerte efecto. Seguramente empiezas a dar bandazos en la carretera. —Para enfatizar sus palabras, Greening dejó que el coche patrulla se desviara hacia un lado del carril de la autopista antes de corregir el rumbo hacia el otro lado—. Seguramente se ofreció a conducir él.

Zoë se concentró intensamente con la esperanza de ver otro destello de luz.

—Tal vez.

—Ahora conduce él. Creo que Holli sigue en el asiento delantero. Tú vas en la parte de atrás. Él y tú os habéis cambiado el sitio, sin más.

Parecía plausible, pero por alguna razón, no la convencía del todo.

—Lleváis mucho rato conduciendo. Es tarde y todo está muy oscuro. Viajáis por carreteras que no conocéis. Probablemente es un alivio dejar que te sustituya al volante. ¿Te quedaste sentada o te tumbaste en el asiento de atrás?

«Por favor, que vuelva a percibir un destello...», se dijo Zoë. Greening estaba haciendo un trabajo excelente al recrear los acontecimientos de aquella noche prácticamente de la nada, y ella, que había estado allí, no recordaba una mierda. Sintió que se le aceleraba el corazón y le aumentaba la presión arterial por la creciente frustración.

—No lo sé. No me acuerdo. Maldita sea...

—Está bien, Zoë, tranquila. No te pongas nerviosa. No necesito la situación entera, solo suficientes piezas para recomponer el puzle. Ayúdame a encontrar las esquinas.

Permaneció en silencio los siguientes cinco minutos. Ella también, canalizando la frustración para librarse de ella. Mantuvo la mirada fija en la carretera, dejando que el horizonte interminable le despejase la mente.

Como antes, Greening se detuvo en todas las salidas para seguir las carreteras secundarias hasta el final.

—Háblame de ese sitio. ¿Qué aspecto tenía? ¿Oíste algún ruido extraño? ¿Oía a algo en particular? Cuéntame qué es lo que recuerdas.

«Que abandoné a Holli —pensó—. Eso es lo que recuerdo.» Se tragó la culpa. Siempre podía volver a saborearla más tarde. Siempre lo hacía.

—Me desperté en una especie de cobertizo o caseta de herramientas, con el techo de chapa. Medía unos tres metros por seis, creo. Estaba lleno de trastos y no era nuevo. El suelo estaba combado por los años y por el peso de todos los chismes que guardaban allí.

—Muy bien. ¿Qué más?

Se visualizó a sí misma desnuda, justo después de cortar las bridas que le sujetaban las muñecas y los tobillos. En un acto reflejo, se masajeó la muñeca izquierda, donde el plástico se le había hundido en la piel. Estaba en la ventana del cobertizo, asomándose para mirar fuera, oyendo los gritos de Holli, que cortaban el aire.

—Hay otro cobertizo ruinoso enfrente de donde estoy. El almacén queda a mi derecha. Ahí es donde tortura a Holli. Está igual de destartado que el mío. Las luces están encendidas, pero las ventanas están tan sucias que la luz es muy tenue. —Recordó haberse asomado a aquellas pequeñas ventanas—. Como si fueran vitrales.

—¿Vitrales?

—Todos esos paneles de vidrio cubiertos de mugre... Eran como vitrales impuros en la iglesia del diablo.

Greening no tenía una respuesta para eso.

—Está bien. Escapas del cobertizo y ves otro delante de ti. El almacén donde están Holli y él queda a tu derecha. Estás desnuda. Herida. Confusa. Es de noche. ¿Qué más ves, hueles, oyes o percibes?

—Estrellas. Luces, creo, muy a lo lejos. No oigo nada. Ningún ruido de coches o camiones. No hay aviones sobrevolando el cielo. No oigo voces. Huelo el aire de la noche: seco y polvoriento. Percibo un olor a flores o a árboles o algo así, pero no los reconozco, no los veo. No percibo nada más.

—Vas descalza. ¿Qué es lo que pisas?

—Tierra seca.

—Solo tierra. ¿No hay cemento ni asfalto?

—No. Todo es tierra. La carretera era de tierra. Solo una pista forestal.

Greening paró el coche y sacó un par de mapas. Señaló unos puntos en el mapa y volvió a incorporarse a la autopista.

El detective cambió de táctica. En lugar de seguir las carreteras asfaltadas, exploró todos los caminos secundarios y las carreteras sin asfaltar. El coche, un Crown Victoria, no estaba hecho para superficies irregulares. Se esforzaba por agarrarse al suelo y rebotó varias veces sobre la suspensión.

—Muy bien. Has escapado del cobertizo y estás fuera, de pie —indicó Greening.

Zoë no veía la carretera. Había regresado al pasado. El aire fresco de la noche le había secado el sudor del cuerpo después de escapar del calor opresivo del cobertizo.

—Sí —dijo.

—¿Ves montañas delante?

—No —contestó, y acto seguido, con más seguridad, repitió—: No. No hay montañas. Solo el horizonte.

—Pero la autopista estaba delante de ti.

—Sí, eso creo.

Greening le sonrió.

—Eso significa que estabas en el lado oeste de la autopista.

Volvió a detener el vehículo en el arcén y examinó los mapas, utilizando el rotulador fluorescente de nuevo.

—Nos estamos acercando, Zoë.

Enfilaron los siguientes tres caminos de tierra. Los tres conducían a un callejón sin salida, tanto física como mentalmente. No había ningún destello de memoria ni cobertizos con el tejado de chapa.

Estaba oscureciendo. El sol descendía sobre las montañas. Zoë creía que estarían de vuelta en Mammoth Lakes antes del anochecer, pero ni siquiera habían llegado a la mitad del camino.

De pronto, Greening pisó el pedal del freno. El coche patinó hasta detenerse en el arcén. Un gigantesco tráiler hizo sonar el claxon al pasar rugiendo por su lado.

Greening sacó el mapa y lo extendió encima del salpicadero. Recorrió con el dedo la línea que unía los lugares que había marcado y señaló al otro lado de la carretera, hacia una pista forestal de aspecto agreste. Una gruesa cadena colgaba flácida entre un par de postes oxidados de escasa altura, impidiendo el acceso. No había ningún cartel que indicase que era una propiedad privada o que solo se permitía el acceso a vehículos autorizados. Saltaba a la vista que solo buscaba el anonimato.

—Esa pista forestal no aparece en el mapa.

Zoë observó la cadena y luego siguió la pista con la mirada.

—No me resulta familiar.

—Vamos a asegurarnos.

El vehículo cruzó la carretera a toda prisa y se detuvo delante de la cadena. Zoë se bajó de un salto del coche para quitar la cadena, pero estaba cerrada con candado.

—Hay un candado —le dijo a Greening.

—¡Levántala! —contestó él, gritando.

Zoë sujetó la cadena y tiró de ella hacia arriba, tensándola el máximo posible. Él desplazó el coche hacia delante hasta que las barras del guardabarros empujaron la cadena con fuerza. Zoë la soltó y Greening pisó el acelerador del Crown Vic, añadiendo presión a la barrera. Siguió acelerando y uno de los postes saltó disparado hacia arriba, de forma que la cadena cayó al suelo.

Zoë volvió a subirse al coche.

—Como sistema de seguridad, no es demasiado sofisticado.

—No era esa la intención. Demasiada seguridad llama la atención. Si no hay suficiente, pasa completamente desapercibida.

El Crown Vic de Greening entró dando tumbos por el terreno irregular y lleno de baches. Siguió zigzagueando durante medio kilómetro antes de ascender por una suave cuesta que no tardó en convertirse en un leve descenso. La pista seguía adelante prácticamente en paralelo a las montañas y a la autopista.

Zoë sintió una inquietud creciente. No hubo ningún destello esta vez, pero la distancia desde la autopista le produjo un enorme desasosiego. Era la misma sensación que había experimentado al salir de aquel cobertizo: la sensación de estar completamente aislada del mundo. Miró por encima del hombro de Greening, al paisaje llano que se extendía en el horizonte. ¿Sería ese el lugar?

Tomaron otra curva y Greening apartó el pie del acelerador.

—Zoë, mira.

—Oh, Dios mío...

Los edificios ya no estaban allí. Solo quedaban los restos de lo que habían sido tres estructuras, aplastadas primero por la fuerza y luego abandonadas a merced de los elementos para que las erosionasen y las cubriesen de tierra.

Antes de que Greening detuviese el vehículo, Zoë se bajó del coche de un salto y salió corriendo hacia los restos. Allí estaban los techos de chapa y las ventanas hechas añicos. La orientación era tal como la recordaba. Cabía la posibilidad de que los escombros correspondiesen a otros tres edificios, pero por la forma en que le latía el corazón, presa del pánico, sabía que no se equivocaba. Se volvió y vio a Greening corriendo hacia ella. Zoë señaló el suelo que se había visto obligada a pisar descalza.

—Es aquí.

CAPÍTULO 18

—Creo que hemos encontrado algo.

Eso fue lo único que tuvo que decir Greening para que acudiera la caballería.

Más de una docena de ayudantes del sheriff del condado de Inyo, inspectores de policía y agentes de la brigada de Homicidios inspeccionaban los restos del escenario donde el Contable había perpetrado sus crímenes. Greg Solís, del departamento del sheriff del condado de Mono, estaba allí. Zoë no lo había visto desde su secuestro. No parecía muy contento de verla, y ella sabía el porqué: era un problema de jurisdicción. Las autoridades la habían encontrado en el condado de Mono, pero el Contable había cometido sus atrocidades en el de Inyo. No era de extrañar que nadie hubiese encontrado aquel lugar: nadie había buscado más allá de los límites del condado. Si bien podía ponerse a exigir responsabilidades, a Zoë solo le interesaba una cosa: ¿estaban Holli y las otras víctimas enterradas allí?

Bajo la luz menguante, los policías estaban estableciendo un perímetro alrededor de los restos de los tres edificios y apresurándose a instalar unos reflectores. Greening estaba enfrascado en una conversación con el sheriff y otros dos hombres que nadie se había molestado en presentarle. La había dejado allí metida en el coche como a una mocosa inoportuna y molesta mientras él hacía cosas de mayores, como el buen policía que era.

Mientras los observaba trabajar, se preguntó qué encontrarían bajo los escombros. Esperaba no llegar a verlo con sus propios ojos.

Greening se apartó de los hombres y se deslizó en el asiento del conductor.

—Muy bien, ahora haré que uno de los ayudantes te lleve de vuelta al motel. Seguramente tendré que quedarme por aquí uno o dos días más, pero tú puedes irte a casa cuando quieras.

—¿Por qué me apartas ahora del caso?

—Zoë, por favor. Ya sabes que no puedes involucrarte. Eres una testigo.

«Y una sospechosa», pensó ella. Varios ayudantes le habían lanzado miradas furtivas. Al fin y al cabo, eran los mismos tipos que no le habían hecho el menor caso, tomándola al principio por la típica chica con ganas de juerga que se había pasado de la raya con las drogas y el alcohol, y luego como la principal sospechosa de haberse cargado a su amiga.

—Oye, no soy yo el que toma las decisiones. Es su jurisdicción. Su escena del crimen. Yo soy solo un observador.

—Pero tú te vas a quedar.

—Pero solo porque nuestros dos casos se solapan, eso es todo. Seguramente me echarán a patadas dentro de un rato. Si te quedas aquí esta noche, me reuniré contigo en un par de horas y te daré toda la información que pueda.

Zoë no pensaba quedarse allí esa noche. Tenía un largo camino por delante, pero si salía inmediatamente, estaría en casa antes de la medianoche. Además, Greening estaba erigiendo entre ellos el enorme muro que separaba a los polis de los que no lo eran.

—Creo que me iré a casa. ¿Puedes decirme al menos qué está pasando?

—Es el procedimiento habitual. Esta noche van a acordonar la zona y mañana la inspeccionarán de cabo a rabo. Van a traer un equipo especial para ayudar a rastrear toda el área.

—¿En busca de qué?

Greening adoptó una expresión de cautela. Zoë sabía qué era lo que buscaban. Miró a los ayudantes que recorrían la zona.

—¿Crees que está enterrada aquí? ¿Que tal vez lo estén todas las víctimas?

—No lo sé. Van a inspeccionar la zona con georradar y van a traer a los perros.

Zoë le agradeció la omisión de la terminología completa para aludir a los perros rastreadores de cadáveres.

—Espero que las encontréis.

Greening permaneció callado durante largo rato.

—Yo también. Buscaré a alguien para que te lleve.

Salió del coche y dio instrucciones a un agente uniformado para que la condujera de vuelta a Mammoth Lakes. Cuando se acercó acompañado del agente, Zoë salió a su encuentro.

—El ayudante Beatty te llevará de vuelta al motel. Me pondré en contacto contigo mañana. Puede que el sheriff de Mono necesite volver a tomarte declaración, pero seguramente podrán tomártela en San Francisco.

Zoë escuchó pacientemente todo aquel bla, bla, bla y la palmadita en la espalda. Greening debió de advertir el cambio en su estado de ánimo, porque la tomó de la mano.

—Zoë, no te sientas excluida. Hoy has sido muy útil. Estamos un paso más cerca de encontrar a ese asesino gracias a ti.



Para Greening, la ayuda entre departamentos de policía se limitó a un simple «gracias, y asegúrate de no darte un golpe en el trasero con la puerta al salir». Ahora ya sabía cómo se sentía Zoë cuando se la había quitado de encima: había probado su propia medicina. Si lograba eliminar sus sentimientos heridos de la ecuación, la cosa no estaba tan mal. El sheriff de Mono y el ayudante Solís se mostraron cordiales y agradecidos, pero no tenían ninguna intención de desviarse un solo centímetro del manual en lo relacionado con la jurisdicción. Lo mantendrían al corriente, aunque no le dejaran participar en el juego. Formalidades aparte, lo cierto es que Greening detectó cierta irritación por su parte por haber descubierto la escena del crimen. A nadie le gusta que le restrieguen su incompetencia por las narices.

Greening no podía quejarse demasiado. A fin de cuentas, iban a ser ellos quienes se pasasen toda la noche analizando la escena del crimen mientras él se dedicaba a redactar su informe a una hora razonable. En cuanto le enseñaron la puerta, se subió al vehículo y condujo hasta Mammoth Lakes. El vehículo de Zoë Sutton ya no estaba en el aparcamiento del motel cuando llegó. Era una lástima que la mujer se hubiese marchado. Le habría gustado arreglar las cosas con ella. Era clave en aquel caso.

Se encerró en su habitación con la típica comida para llevar de cualquier policía: hamburguesa, patatas y una Coca-Cola. Podría haber salido a cenar a cualquier restaurante con el dinero que el departamento reservaba para dietas, pero nunca le había gustado comer solo.

Dejó la comida en el escritorio de la habitación, se despojó de la chaqueta y se quitó los zapatos. Dio un mordisco a la hamburguesa. Estaba de muerte. No sabía si se debía a la altitud o al hecho de que no había ingerido nada desde el desayuno.

Esperó hasta haberse comido la mitad de la cena para llamar a Ogawa y ponerle al corriente de los acontecimientos de la jornada. A Ogawa no le hizo mucha gracia que hubiese pasado el día entero con Zoë, pero le había dicho que se acercara a ella, así que, en el fondo, no podía quejarse. Intentar tenerla de su parte era el camino que seguir. Según su historial, era una mujer voluble, y no resultaría útil para la investigación si su estado de ánimo era beligerante.

—Fue ella quien encontró el lugar.

Greening se contuvo y no dijo el «lugar del crimen». Todavía no habían hallado ningún cadáver.

—Y, después de todo este tiempo, ¿de pronto ha recuperado la memoria y recuerda dónde ocurrió? —exclamó Ogawa.

Su escepticismo era más que evidente. A Zoë le faltaba mucho para ganarse su confianza.

—Ha sido más bien un proceso de eliminación: exploramos todas las carreteras y pistas forestales hasta dar con esa en concreto. No me hizo falta que me dijera que aquel era el lugar: encajaba a la perfección con su declaración del año pasado.

—No me gusta que estuviera ahí arriba, en Nevada.

—Quiere respuestas.

—O se está cubriendo las espaldas.

Greening volvió a centrarse en su comida y pinchó una patata frita.

—Así que no confías en ella.

—Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Todavía quedan muchas incógnitas por despejar antes de descartarla definitivamente de nuestra investigación.

Greening sonrió. Le gustaba trabajar con Ogawa por esa razón: no se fiaba ni de su propia sombra.

—Entonces, ¿cuál es tu valoración sobre ella?

—No tengo una sola valoración, porque hay demasiadas posibilidades —contestó Ogawa.

—A esa chica le pasó algo hace quince meses. Se observa un cambio radical de vida y en su personalidad, pero no he logrado encontrar ninguna conexión con Laurie Hernández.

—Zoë Sutton muestra demasiado interés por intervenir en nuestra investigación para mi gusto.

—Está bien, pero ¿por qué le interesa nuestra investigación? Si hubiese matado a Holli Buckner y quisiera mantenerse fuera de nuestro radar, no tendría más que mantener la boca cerrada. No habríamos establecido ninguna relación entre Laurie Hernández y ella, o cualquier otra víctima potencial.

—Y eso es precisamente lo que no me gusta. Esa mujer ha estado mareándonos desde que irrumpió de improviso en nuestra escena del crimen. Tú estás ahí única y exclusivamente por ella.

Ogawa llevaba parte de razón.

—¿Cuándo crees que volverás?

—Hablaré con el sheriff por la mañana y luego me pondré en camino.

—¿Cómo te tratan los chicos de las montañas?

—Como si fuera un primo lejano.

—Razón de más para que muevas el culo y regreses aquí cuanto antes. Oye, yo no tengo nada contra esa tal Zoë Sutton. A estas alturas de la investigación, no puedo implicarla ni descartarla, así que es un problema que requiere una solución. Y ahora, para solucionarlo, te sugiero que revises el caso y sus declaraciones, y busques alguna contradicción.

Greening colgó el teléfono. Ogawa era un hijo de puta. Sentir una sana desconfianza hacia las personas era un arma muy útil para cualquier policía, pero Ogawa llevaba esa desconfianza a otro nivel. Aunque Greening no las tenía todas consigo con respecto a Zoë, sí estaba seguro de que era la víctima, y no la autora del crimen. En ese momento, por culpa de Ogawa, dudaba de su propio instinto. Había numerosos factores que apuntaban a la inocencia de la mujer, pero la situación de Zoë era tan vaga y confusa en ciertos aspectos que lo cierto era que ya no sabía qué pensar.

Tiró a la basura el resto de la comida rápida y sacó los mapas. Señaló la ubicación de los cobertizos del Contable con un marcador y luego resaltó con otro rotulador fluorescente de color verde las carreteras desde el Smokehouse de Bishop hasta el lugar del secuestro. Por último, marcó en color naranja la ruta de huida de Zoë, hasta donde se había estrellado con el coche. Se recostó en su asiento, tratando de encontrar sentido a los caminos que había resaltado.

Zoë había seguido la pista forestal de vuelta a la US 95, había conducido en dirección norte a Mammoth Lakes, y en algún punto del camino, había hecho un cambio de sentido para estrellarse en el carril dirección sur de la autopista. Ciertamente, Zoë no estaba en condiciones de conducir, y no era de extrañar que hubiese acabado dando media vuelta y saliéndose de la carretera. Sin embargo, resultaba sorprendente que, después de escapar del Contable, se hubiese estrellado a menos de diez kilómetros de su guarida. Si Greening se concentraba y miraba aquel mapa a través de la mirada aviesa de Ogawa, era como si Zoë hubiese estado conduciendo de vuelta a la escena del crimen.



Al cruzar el puente de la bahía para entrar en San Francisco, Zoë se acordó de lo superpoblada e impaciente que era la zona. Incluso a aquellas horas de la noche, todos conducían pegados unos a otros y a demasiada velocidad. En los dos días que había estado fuera, se había acostumbrado a la calma y el aislamiento que se respiraban fuera de las grandes ciudades de California, y había podido estar a solas con sus propios pensamientos. Apretujada en el puente con otros centenares de conductores, en lo único en que podía pensar era en no darse ningún golpe con los vehículos que zigzagueaban delante de ella.

El viaje de vuelta le había sentado bien. La soledad la había ayudado a relajarse y a dar salida al resentimiento porque Greening la hubiera dejado de lado. El policía tenía razón. Aquello no estaba en sus manos; ella ya había hecho su parte. Había sido el perro rastreador y había desenterrado una pista. Le tocaba a la policía hacer algo con esa pista. Obligaría a Greening a cumplir su palabra y le presionaría para que la mantuviese informada.

La soledad también le había dado la oportunidad de llorar por sí misma y por Holli. Aquella noche siempre había difuminado la línea que separaba la realidad de la pesadilla. ¿De verdad habían sido secuestradas? ¿Había visto realmente a Holli colgada de un gancho? ¿De verdad había escapado de las garras de un asesino? Ya sabía lo que el departamento del sheriff de Mono pensaba de ella: que se lo había inventado todo bajo los efectos de las drogas y el alcohol. Sin embargo, el hecho de que hubiesen encontrado aquellos escombros significaba que era real. Había sucedido. Eso también significaba que de verdad había abandonado a Holli.

Ese pensamiento ocupó su mente la mayor parte del viaje, y eliminó cualquier prisa o agresividad de su forma de conducir. Dejó que los demás coches se apelotonaran a su alrededor. Podían tener todo el espacio extra que quisieran. Ella volvería a casa cuando fuese.

Llegó a la entrada de su complejo de apartamentos y pulsó el mando a distancia que abría la verja. La puerta se deslizó y la atravesó con el coche de alquiler. Era demasiado tarde para devolverlo a la agencia. Aparcó junto a su motocicleta y subió al apartamento cargada con la bolsa de viaje. A continuación, entró en la casa y encendió las luces. Un poco aturdida por el largo trayecto y la montaña rusa emocional a la que había estado sometida, tardó unos segundos en darse cuenta de que había algo raro. No sabía exactamente qué era. Se dirigió a la sala de estar y se detuvo. Todo estaba en orden, pero presentía que pasaba algo, como si alguien lo hubiese revuelto todo y luego lo hubiese colocado de nuevo en el mismo sitio. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba: percibió el leve olor a colonia.

Solo tardó unos segundos en darse cuenta de su error, pero el daño ya estaba hecho. Alguien había cerrado la puerta tras ella, impidiéndole cualquier posibilidad de escapar. Aún seguía sujetando la bolsa de viaje con una mano, y su cerebro no estaba en modo defensivo: le había dado al intruso toda la ventaja que necesitaba. Se aproximaba hacia ella desde el dormitorio, justo desde el ángulo ciego de su visión.

—Mierda.

Tuvo el tiempo suficiente de soltar la bolsa y darse media vuelta para ver a una enorme figura vestida completamente de negro, con guantes y la cara oculta por un pasamontañas. No sabía por qué se había molestado en ponerse aquel disfraz de ninja. Sabía exactamente quién se escondía detrás de aquel pasamontañas. El Contable la había encontrado al fin. Se abalanzó sobre ella con un táser en la mano. Ella le asestó un golpe seco en el antebrazo y el arma salió volando por la habitación.

Aterrizó lejos de ambos. Zoë quería apoderarse de ella desesperadamente, pero no podía confiar en conseguirlo.

Puede que lo hubiese desarmado, pero eso no lo detuvo, ni mucho menos. Arremetió contra ella, rodeándola con los brazos y empujándola hacia el sillón. El respaldo de la butaca se le clavó en el estómago, cortándole el aliento en seco, pero también le impidió caer de bruces al suelo, cosa que le habría asegurado al Contable una gran ventaja sobre ella.

El impacto hizo que el sillón se moviera unos centímetros por la moqueta. Con el peso del hombre encima, Zoë se vio forzada a ponerse de puntillas..., pero él también. Perdió el equilibrio. La joven aprovechó su buena suerte y le dio un pisotón en el pie. Su zapatilla de deporte se topó con una punta de acero. Su agresor había acudido muy bien preparado. Zoë llevaba todas las de perder.

El hombre se echó a reír.

Esa arrogancia sería su perdición. Zoë le propinó un codazo en pleno abdomen. Su risa se transformó en un gemido de dolor y el hombre retrocedió tambaleándose.

Zoë sintió que se aliviaba la presión sobre su cuerpo. El aire regresó inmediatamente a sus pulmones y fue calmándole el dolor de estómago. Sin tiempo que perder, se volvió con la intención de asestar un golpe en la parte inferior de la barbilla de su oponente. En lugar de eso, se tropezó con el revés de la mano de él. Con la ventaja de su peso y estatura, el hombre golpeó violentamente la cabeza de Zoë hacia un lado y la hizo saltar por los aires y estrellarse contra el suelo.

En el suelo, no tenía la menor oportunidad de vencerlo. Si él se le echaba encima, sería el fin. Trató de levantarse, pero solo consiguió ponerse a cuatro patas antes de que él le propinara una patada en el estómago. Zoë vio las estrellas mientras el aire abandonaba sus pulmones. Se le pasaron por la cabeza varios movimientos de recuperación y estrategias de defensa, pero su cuerpo la traicionó, y se derrumbó bajo la lluvia de golpes.

«¡Vamos, Zoë! —se dijo—. Tú sabes hacerlo mucho mejor.» Ella creía en el grito de guerra, pero su cuerpo, no.

El hombre se dirigió con paso tambaleante hacia ella, frotándose el estómago.

«Que siga acercándose —pensó Zoë—. Que piense que ha ganado.» Esa era la clave. Aún tenía opciones. Iba recobrando las fuerzas con cada jadeo entrecortado, pero fingió estar gravemente herida. Levantó las piernas, flexionó las rodillas y siguió gimiendo. Lo estaba haciendo bien. Parecía muy real. Estaba lista para él.

El hombre rebuscó en su bolsillo y sacó un trapo enrollado. A Zoë no le hacía falta que le dijera qué había en el trapo y para qué servía.

Cuando lo tuvo a su alcance, Zoë le propinó una patada en toda la entrepierna. Sintió que su pie impactaba con un protector rígido. No le había hecho daño, pero sí lo había obligado a retroceder.

Iba demasiado preparado. Tenía demasiada práctica. Daba demasiado miedo.

Zoë se deslizó hacia atrás y utilizó el sillón como barrera entre ambos.

El agresor estaba acorralándola cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué diablos está pasando ahí dentro? ¡Algunos intentamos dormir!

El asaltante se dirigió hacia la puerta. Zoë vio su oportunidad, rodó por el suelo y se abalanzó sobre la moqueta para alcanzar el táser.

—¡Socorro! ¡Llame a la policía! —gritó.

La puerta se abrió y en la entrada apareció el vecino del apartamento de abajo. Zoë no sabía cómo se llamaba. Su irrupción planteaba un incómodo dilema a su atacante: ¿a quién debía eliminar primero, a Zoë o al vecino?

Escogió a Zoë. Era evidente que el vecino no era rival para él. Cargó contra ella y ella agarró la pistola eléctrica. Antes de que pudiera ponerse de pie, se la quitó de una patada en el brazo extendido.

—¡Eh! —Se oyó el débil grito del vecino.

El agresor se sentó a horcajadas sobre ella, inmovilizándole los brazos en el suelo con las rodillas. Ella respondió con una lluvia de rodillazos en la espalda, pero no tenía suficiente fuerza ni alcance para hacerle daño de verdad.

La golpeó con un gancho de derecha que la dejó fuera de combate.

—Esta vez lo has hecho mucho mejor, Zoë —dijo, con auténtica admiración en la voz.

Le rodeó la garganta con las manos y apretó. Presionaba en todos los puntos clave. Zoë sabía que perdería el conocimiento si no arrancaba aquellas manos de su cuello. Intentó tirar de ellas y luego arañarle la cara, pero no llegaba. Sintió un zumbido en la cabeza y el mundo se desmoronó a su alrededor.

—Esto no ha terminado. Aún tengo que tacharte de mi lista de cuentas pendientes.

CAPÍTULO 19

Zoë volvió en sí rodeada de voces y manos. Una intensa luz la apuntaba a la cara, ensombreciéndolo todo y a todos. Chillaba y pegaba en todas direcciones, acertando de vez en cuando sobre algo sólido.

—¡Tranquila, no pasa nada! —vociferaba alguien por encima de sus gritos—. ¡Estás a salvo!

Se quedó quieta un segundo. Mantuvo los puños cerrados, lista para lanzar un puñetazo al menor movimiento amenazador.

—Que alguien me aparte esa maldita luz de la cara.

—Lo siento —dijo una voz, y la luz se apagó.

Sus ojos se adaptaron a la penumbra y enfocaron unos rostros. La rodeaban dos auxiliares sanitarios y dos policías de uniforme.

—Tenemos que hacerle un reconocimiento médico, ¿de acuerdo? —dijo una de las auxiliares.

Zoë asintió.

Mientras el personal sanitario la examinaba, los policías la interrogaron. Zoë solo tenía una pregunta para ellos:

—¿Lo han atrapado?

—No —fue la demolidora y, aun así, simple respuesta.

—¿Conocía a su agresor?

«Sí, lo conozco, pero no sé su nombre.»

—Era el Contable. Tienen que ponerse en contacto con el inspector Ryan Greening.

—El Contable. ¿Está segura? —dijo el policía.

—Oigan, tenemos que llevarla al hospital —intervino el sanitario.

—Esperen un segundo —les pidió el agente.

—Pues claro que estoy segura. Llamen al inspector Greening. Él me conoce.

—Está bien, la acompañaré al hospital.

Los enfermeros la subieron a una camilla pese a sus protestas y se la llevaron. Había un policía apostado en su puerta para mantener alejados a los vecinos, y tuvo que despejar el camino para los enfermeros. Zoë no soportaba las miradas y las preguntas.

—Buitres —murmuró la enfermera cuando se alejaron de los curiosos. La subieron a una de las dos ambulancias.

—No necesito dos ambulancias.

—La otra es para su vecino —dijo el auxiliar—. Ese cabrón lo ha tirado por la escalera.

Zoë cerró los ojos y sacudió la cabeza. No podía tener otra muerte más sobre su conciencia.

—¿Y está...?

—Está bien. Se ha roto una pierna, pero se pondrá bien.

El policía que la había interrogado la acompañó en el interior de la ambulancia. La llevaron al San Francisco General, y un médico le hizo un reconocimiento en Urgencias. Encontró heridas de poca

consideración y algunas magulladuras, pero no tenía nada roto ni había sufrido ninguna conmoción cerebral. Una vez que el médico dio la orden, la subieron a una habitación individual con el agente de policía.

Justo cuando este terminaba de tomarle declaración, llegaron dos inspectores y un técnico de muestras. El policía y los inspectores hablaron en el pasillo mientras el técnico la trataba como si fuera un gorila que peinase a un ejemplar de su especie: tomó muestras de las uñas, le examinó las heridas y se llevó su ropa. Ella sabía que todo aquel procedimiento era una pérdida de tiempo. El Contable era demasiado bueno en lo suyo. Zoë no había logrado arrancarle un solo pelo y él no había dejado un solo rastro de sí mismo en ella.

Los inspectores entraron de nuevo en la habitación del hospital.

—Soy el inspector Sean Dwyer, y este es el inspector Joel Arnold —dijo Dwyer—. ¿Podría contarnos lo que ha pasado esta noche?

Zoë no estaba de humor para otra ronda de preguntas inútiles.

—Quiero hablar con el inspector Ryan Greening.

Fue Ogawa quien acudió en su lugar. Tardó una hora en llegar, lo que la obligó a sufrir una hora de conversación banal con Dwyer y Arnold. Ogawa tomó asiento en una silla junto a su cama mientras Dwyer y Arnold se apoyaban en las paredes.

—¿De verdad era él? —preguntó. Le hablaba en tono sosegado y tranquilo, pero Zoë no percibió demasiada empatía o compasión.

—Sí.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Me ha llamado por mi nombre y me ha dicho que esta vez había peleado mucho mejor. ¿Quién más iba a ser, por el amor de Dios? No creo en las casualidades. ¿Y usted?

Llamaron a la puerta. Dwyer la abrió y apareció el rostro de David Jarocki.

Al ver a Jarocki, Zoë se sintió confusa.

—Doctor Jarocki, ¿qué hace usted aquí?

Dwyer miró a Ogawa y este asintió. Dwyer sostuvo la puerta para que pasara Jarocki. Entonces encajaron todas las piezas y Zoë fulminó a Ogawa con la mirada.

—Le he pedido al doctor Jarocki que venga. Me ha parecido que tal vez podía servirle de ayuda.

Zoë supo leer entre las líneas de la mentira de Ogawa. Había llamado a Jarocki por su propio interés, para que calmase a la chica loca si la cosa se les iba de las manos.

—¿Quieres que me quede, Zoë? —preguntó Jarocki.

Ella asintió.

El psicólogo sonrió, luego acercó la silla que quedaba libre en la habitación y se sentó al otro lado de Ogawa.

La miró. La joven percibió que Jarocki detenía los ojos sobre el conjunto cada vez más numeroso de heridas que le cubrían el cuerpo. Se había convertido en el último saco de boxeo del universo.

—¿Estás bien?

—Sí. Me he resistido.

Él esbozó una mueca de dolor y le tomó la mano.

—Me alegro, pero ojalá no hubieses tenido que hacerlo.

Ogawa se aclaró la garganta.

—Tengo algunas preguntas más.

Jarocki le soltó la mano.

—Dice que está segura de que era él, pero ¿cómo averiguó su dirección? ¿Vive en el mismo lugar que cuando la secuestró, hace quince meses?

Zoë negó con la cabeza. Mudarse había sido una de sus prioridades después del secuestro. Se

había cambiado de casa para esconderse de él. Se había mudado para esconderse de todo el mundo.

—Seguía yendo a la universidad en Davis cuando nos secuestró, y he tenido mucho cuidado con la información pública que circula sobre mí.

—Entonces, ¿cómo la ha encontrado? —quiso saber Arnold.

Esa era precisamente la pregunta a la que seguía dando vueltas sin cesar en su cabeza. Sabía quién era, y sabía dónde encontrarla. Se llevó la mano a la cicatriz con que la había marcado. En su mente enferma, ella le pertenecía, y se llevaría lo que era suyo.

—No lo sé.

—Probablemente igual que yo: gracias a la televisión —dijo Jarocki—. Todos vimos a Zoë irrumpir en la escena del crimen de Laurie Hernández en las noticias. Seguramente él también la vio y la reconoció. A partir de ahí, la rastreó hasta localizarla.

—No le dimos el nombre de Zoë a la prensa.

Zoë recordó en ese momento una cita de Benjamin Franklin sobre los secretos y que solo podían guardarse si todo el mundo estaba muerto. No existía un silencio hermético e infalible en cuestión de secretos.

—Pues va a tener que hacer limpieza entre sus propias filas, inspector —dijo ella.

Ogawa frunció el entrecejo.

—Aunque tengo que corregirle, inspector —intervino Jarocki—. Tiene un problema mucho más importante que averiguar cómo ha encontrado el Contable a Zoë esta noche.

Ogawa hizo una mueca de fastidio.

—Preferiría que no utilizase ese nombre.

—Pues atrápenlo y no tendré que hacerlo —contestó Jarocki con una expresión burlona.

—¿Y cuál es ese problema, doctor?

—¿Cómo piensa proteger a Zoë de él?

Zoë no sabía si eso era posible. Ya había demostrado que podía llegar hasta ella en cualquier momento.

—Los médicos quieren mantenerla en observación esta noche —informó Ogawa a Zoë—. Unos agentes montarán guardia en la puerta a todas horas.

—¿Y después? —preguntó Jarocki.

Ogawa parecía avergonzado. Zoë adivinó lo que iba a decir a continuación.

—No pueden protegerme, ¿verdad que no?

—La cruda realidad es que el departamento de policía de San Francisco no está preparado para ofrecerle protección las veinticuatro horas. Podemos hacer algo a corto plazo, pero a largo plazo...

«No es como en las películas», pensó. Miró a los ojos a cada uno de los agentes de policía. Al menos no rehuieron su mirada, había que reconocérselo. Lo único que le ofrecieron fueron palabras de condolencia.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Dejo que lo intente otra vez?

Ogawa arrugó el entrecejo.

—No. Tiene que tomar precauciones.

—Precauciones —repitió Jarocki en tono desdeñoso—. Ustedes son la policía. Se supone que las precauciones son ustedes: «Para servir y proteger». Ese es su trabajo, por el amor de Dios.

A Zoë le gustó ver cómo perdía los nervios Jarocki. No estaba segura de que fuera capaz. Resultaba agradable comprobar que era humano, después de todo.

Ogawa levantó las manos en señal de rendición.

—Ya sé que no basta, pero es el límite de nuestra capacidad. Eso no significa que no vayamos a ayudarla.

—Entonces, ¿qué hago?

—Obviamente, no puede regresar a su casa. Como dice, él sabe dónde vive y ha demostrado que es capaz de abrir una cerradura. La llevaremos a un motel, de momento.

—¿Cuánto tiempo es «de momento»?

—Un par de días.

—¿Un par de días? ¡Dios! —exclamó Jarocki.

—Existen organizaciones benéficas y grupos privados especializados en prestar apoyo en estas situaciones, y seguramente podrán cubrir una semana en un motel.

—Eso suena genial, porque dentro de una semana ya tendrán a ese tipo en la cárcel, ¿a que sí? —dijo Zoë.

No obtuvo respuesta.

—No necesito ningún favor, chicos. Sabéis que ese tipo está empeñado en matarme, ¿verdad?

—Zoë, por favor. Entiendo tu frustración.

No, no la entendía, pero Zoë se contuvo y no se lo dijo. Tal como le había enseñado Jarocki, arremeter contra los demás no solucionaba nada. Ogawa sabía que aquella situación era una mierda y su capacidad de maniobra era mínima. Zoë reprimiría su rabia por el momento y la reservaría para cuando le resultase más útil y práctica.

—¿Qué sugiere, entonces?

—Que se vaya de la ciudad. ¿Tiene amigos o familiares con los que alojarse?

—¿Eso es lo mejor que se le ocurre? ¿Que me quede con alguien y les ponga en peligro a ellos también?

—Se sorprendería de lo eficaz que puede llegar a ser —dijo Arnold.

Zoë tenía serias dudas al respecto.

—Muy bien, me voy de la ciudad. ¿Y qué pasa con mi trabajo?

—Si sabe dónde vive, es muy probable que también sepa dónde trabaja —señaló Ogawa—. Yo le sugeriría que pida una baja.

—Ya sabe dónde trabaja: no es la clase de puesto que va acompañado de la posibilidad de tomarse una baja.

—Puedo hablar con el centro comercial y organizarlo todo. Estoy seguro de que se mostrarán comprensivos.

—No sabe cómo funciona el mundo de los vigilantes de seguridad.

—Bueno, puede perder su trabajo. Es mejor que perder la vida —comentó Dwyer.

Tenía razón, pero eso no impidió que a Zoë le entraran ganas de darle un puñetazo en el esternón. Menudo imbécil.

—Así que la solución es largarme de la ciudad, perder mi trabajo y empezar de cero, mientras él sigue haciendo lo que le da la gana. Justo lo que querría oír cualquier víctima...

Ogawa suspiró.

—Lo siento, pero a veces las cosas son así. No serán así siempre. Podrá volver cuando lo atrapemos.

—Si lo atrapan. Lleva mucho tiempo haciendo esta mierda. Eso significa que se la da bien, y que podría pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

—Podría ser. No le prometo nada. En estos momentos, solo puedo centrarme en lo más factible y, por ahora, es encontrarle un lugar seguro. ¿Podría quedarse con su familia, sus padres o algún hermano, tal vez?

La mención de su familia la desarmó por completo. Se había distanciado de ellos desde el secuestro. Tal vez había llegado el momento de intentar realizar un acercamiento, pero no estaba dispuesta a dejar que corrieran ningún peligro. El Contable la había encontrado. Volvería a encontrarla. No podía hacerles eso a sus padres.

—No, no estamos en contacto.

Vio a Ogawa abrir la boca para decir algo, pero cambió de idea.

—Está bien. ¿Y amigos?

Sintió que la invadía una oleada de vergüenza. No tenía ningún amigo, ya no. Al igual que con sus padres, los había apartado a todos de su lado. Era ella sola contra el mundo. Sabía que ella misma se lo había buscado, y de pronto sintió lástima de su patética y miserable vida. El Contable no había sido el único que le había destrozado la vida. De repente, era ella la que no podía mirar a la cara a ninguno de los presentes.

—No, no hay nadie.

Ogawa lanzó un suspiro.

—Está bien, deje que hable con los grupos que nos ayudan en esta clase de situaciones. Estoy seguro de que encontrarán algún lugar donde pueda quedarse.

—No hará falta —intervino Jarocki—. Tengo una casa en Napa donde Zoë puede quedarse el tiempo que sea necesario.

Zoë se volvió hacia él y le dio las gracias de todo corazón.

—No es gran cosa, pero estarás a salvo. A nadie se le ocurriría buscarte allí.

—Eso es muy generoso por su parte —dijo Ogawa—. La tendremos aquí esta noche y la trasladaremos por la mañana. Puede que no lo parezca, Zoë, pero la protegeremos.



Marshall Beck entró en Garras Urbanas. Tras el secuestro fallido de Zoë, ansiaba volver al silencio y la tranquilidad del centro. Entró en el anexo de evaluación, abrió el cerrojo de la jaula de Brando y se sentó en su sitio habitual, recostado contra la pared, frente al perro. Brando siguió sentado, fuerte y estoico.

—No la he atrapado —le confió al perro—. Es una mujer distinta, ha cambiado. Ahora es mucho más hábil que antes. Aunque yo jugaba con ventaja: el factor sorpresa, mucha más fuerza que ella y mejor técnica. Un vecino me ha fastidiado esta noche. Es una de esas cosas que no puedes controlar y que lo fastidian todo. Ese es el problema con las ciudades; demasiada gente, demasiadas variables. Por eso son mejores las zonas rurales. Tengo control sobre el entorno.

Miró a Brando esperando una reacción, pero el perro no hizo nada. ¿O se equivocaba? ¿Eran imaginaciones suyas o veía un destello de decepción en los ojos del animal? ¿Habría percibido Brando el hedor de su fracaso? Sabía que él mismo lo olía también.

—Sí, estoy poniendo excusas. La próxima vez lo haré mejor. Y sí, habrá una próxima vez.

Brando no le hizo ninguna señal de ánimo. No meneó la cola. No lanzó un gemido ni un ladrido. A Beck le gustaba eso. El perro era un amigo severo: nada de compasión. Solo fe silenciosa.

Se puso de pie.

—¿Salimos a dar nuestro paseo?

Descolgó una de las correas de la pared. Brando se acercó a él con expectación y Beck le colocó la correa alrededor del cuello. Sacó al perro del centro y salieron a la calle. Se cruzaron con un grupo de gente, que los esquivó al ver al enorme pit bull. No tenían por qué hacer eso; Brando no era peligroso. Simplemente, no le intimidaba el entorno. El perro correteaba a su lado, tan cerca que la correa ni siquiera ejercía presión en su mano, hasta el punto de resultar innecesaria. Brando era dominante, pero no agresivo. Era incapaz de atacar a menos que lo provocasen, y solo un idiota podía provocarlo.

Paseó con Brando hasta Union Square, luego continuaron por Chinatown y subieron a Nob Hill

antes de regresar al centro. Fue una buena caminata. Brando se portó bien y fue un placer disfrutar de su compañía, como siempre. Pese a todo, al llegar a la puerta del centro, Beck se detuvo con las llaves en la mano. No estaba satisfecho. Su plan esa noche era llevar algo a cabo y no había salido según lo esperado. No estaba listo para dar la noche por terminada. No podía volver a intentarlo con Zoë en esos momentos. Estaría en manos de los médicos y custodiada por la policía. Aun así, no se sentía satisfecho. Necesitaba poner fin a la jornada con la sensación de haber conseguido algo.

Miró a Brando y, de pronto, supo adónde tenían que ir.



Beck subió a Brando a su Honda Pilot y se dirigió a la casa de Javier Muñoz, en Hayward. Las luces estaban encendidas, pero el Challenger de Muñoz no estaba aparcado fuera. Siguió buscándolo en los lugares que solía frecuentar —un par de casas de Hayward, un bar en Union City y un club de striptease en San Francisco—, pero no estaba en ninguno de ellos. Al final encontró el vehículo aparcado en Fremont, delante del almacén que hacía las veces de tapadera de su negocio de peleas de perros.

Le parecía increíble que Muñoz hubiese regresado a la escena del crimen. Supuso que aquel tipo no tenía remedio.

No había ningún otro coche, de manera que no era noche de pelea. Se preguntó qué hacía allí el promotor. Dio media vuelta con el todoterreno y aparcó a varias manzanas de distancia de la entrada del almacén.

—Quédate aquí un momento —dijo, dando unas palmaditas a Brando en el cuello. Sintió la tensión muscular del animal—. Te acuerdas de este sitio, ¿verdad, amigo mío? Te trae muy malos recuerdos. Ya lo sé. Lo entiendo. No te preocupes. Nadie te va a enviar jamás de vuelta.

Se bajó del todoterreno y se dirigió al Challenger. Toda la zona estaba completamente muerta. Se veía aparcado algún que otro viejo cacharro, pero poco más. Las calles estaban tan tranquilas que oía el zumbido de las farolas. La tranquilidad y el aislamiento eran las razones por las que la zona era idónea para Muñoz y sus peleas clandestinas. Y el aislamiento era la razón por la que aquella noche sería idónea para sus planes.

Se detuvo junto al coche de Muñoz. Aguzó el oído un momento y luego extendió el contenido de una bolsa para excrementos de perro en la manija de la puerta del conductor. La mierda se la había proporcionado gustoso Brando durante el paseo.

Hizo un nudo en la bolsa y volvió a guardársela antes de ir en busca de Muñoz. Entró en el edificio por una puerta tapiada con tablones. El lugar había sido alguna clase de fábrica en algún momento de su historia. Llegó a la zona de oficinas, a juzgar por la distribución de las paredes podridas que separaban los cubículos. Apestaba a meados. Supuso que debía de estar en la zona donde Muñoz mantenía encerrados a los perros. Enfocó el suelo con una linterna. No había rastros de antiguas jaulas o perreras. Sin duda, la policía se lo habría llevado todo como prueba, dejando únicamente el olor.

Permaneció atento a los ruidos y percibió un leve movimiento en las entrañas del edificio. Se encaminó hacia allí, hasta que llegó a la planta de la fábrica. Más de cuatro mil metros cuadrados de espacio abierto se extendían ante él, interrumpidos únicamente por columnas de soporte hechas de acero. Lo más probable era que fuese allí donde entrenaban a los animales y celebraban las peleas. No había nada que indicase que siguiesen haciéndolo. El lugar estaba completamente vacío salvo por los restos de desperdicios y escombros en el suelo, lleno de grietas.

Vio a Muñoz enfocando la basura con una linterna. Iluminaba lo que quedaba de su negocio:

absolutamente nada. Estaba hurgando en la basura y mascullando entre dientes.

Beck no sabía si Muñoz estaba buscando algo o examinando los restos de su negocio para una posible recuperación. Daba lo mismo. No iba a haber segundas partes ni reaperturas: todo aquello acababa esa misma noche.

Ya había visto bastante. Había averiguado lo que quería saber. Muñoz estaba solo y en un lugar aislado. Beck volvió sobre sus pasos hasta la entrada de la fábrica, aprovechó una columna de hormigón para esconderse y esperó a que apareciese Muñoz.

El hombre apareció al cabo de veinte minutos. Tenía una curiosa forma de andar. Avanzaba hacia delante con la cabeza gacha y balanceando los brazos. Su constitución robusta y su tamaño achaparrado le recordaban a Beck a una boca de incendios.

Muñoz llegó a su coche y agarró la manija cubierta de excrementos. Apartó la mano de golpe y la examinó a la luz de su linterna.

—Pero ¿qué diablos...? —exclamó.

Beck se echó a reír.

Muñoz apuntó con la linterna en su dirección y Beck salió al haz de luz.

Muñoz levantó la mano.

—¿Te parece gracioso, imbécil?

Beck volvió a reírse.

—Mucho.

—¿También te reirás cuando te obligue a limpiarla con la lengua?

Beck retrocedió un paso y luego echó a correr en dirección a su Honda. Se volvió al oír el ruido acelerado de los pies de Muñoz. Aquel pedazo de cerdo corría con paso torpe e inseguro, nada que ver con sus zancadas largas y firmes, después de años de entrenamiento y salir a correr todos los días. Sabía muy bien qué clase de corredor era Muñoz; por eso había aparcado el coche a cuatro manzanas de distancia.

—No creas que te vas a escapar, capullo.

—No tengo ninguna intención de escapar —dijo Beck entre dientes, sonriendo, al llegar a su Honda.

—Ya te tengo.

Pero no era cierto. Muñoz todavía iba una manzana por detrás, más que corriendo, dando pisotones sobre el asfalto.

—No, yo te tengo a ti —replicó Beck. Abrió la puerta del pasajero y se limitó a decir—: Ve por él.

Brando salió de un salto y se lanzó sobre el pavimento a toda velocidad con sus poderosas patas. Sus movimientos al acelerar y centrarse directamente en Muñoz eran un espectáculo digno de ver.

Muñoz se detuvo con paso vacilante antes de salir huyendo despavorido. Beck sonrió con satisfacción. Se preguntó si el promotor sabía que le habían tendido una trampa. ¿Se daba cuenta de que lo habían hecho salir al descubierto, lejos de la seguridad de su coche, para que Brando pudiera cobrar su venganza? Beck lo dudaba. Probablemente, la capacidad deductiva no estaba entre sus aptitudes.

Brando dio alcance a su torturador en menos de veinte metros. El animal se abalanzó sobre el hombre por la espalda y lo derribó. En cuanto lo tuvo en el suelo, se ensañó con su presa.

Muñoz gritaba pidiendo ayuda. Levantaba los brazos para protegerse, pero Brando se limitaba a morder las mismas manos que lo habían obligado a pelear a muerte. La noche se llenó de gritos y ruegos que nunca encontrarían respuesta.

Beck rebuscó en la guantera y extrajo su cuchillo. Tomó la correa de Brando antes de dirigirse con paso despreocupado al escenario de la pelea, muy desigual.

Para cuando llegó al lugar de la carnicería, los brazos de Muñoz eran una serie interminable de

laceraciones. Ya no podía mantenerlos levantados para protegerse, y Brando le había clavado los dientes en la garganta. La sangre le salía a chorros de una herida en el cuello y había salpicado el asfalto de la calle por donde el perro lo había arrastrado.

Muñoz miró a Beck con expresión aterrorizada, pero Beck no sentía ninguna lástima por él.

—No es tan divertido ver pelear a muerte a dos animales cuando tú eres uno de ellos, ¿a que no?

Muñoz no respondió. No podía hablar. No podía hacer ni decir nada.

Brando soltó finalmente a su presa cuando Muñoz ya llevaba un rato muerto. Se limitó a apartarse del bulto ensangrentado y Beck le colocó la correa alrededor del cuello. El perro se dejó poner la correa sin problemas.

Beck sacó el cuchillo para añadir a Muñoz al recuento, pero entonces se detuvo. No, eso no estaría bien. Aquel tanto debía apuntárselo Brando, no él.

Miró al perro y le acarició la cabeza.

—Ya sé que esto no compensa todo lo que te hizo, pero al menos ha pagado el precio por sus crímenes.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente, Zoë estaba desayunando en la habitación del hospital cuando llegaron los agentes asignados a su protección. El dúo de ángeles de la guarda estaba formado por el agente Martínez, que por una vez iba sin uniforme, y Ryan Greening. Greening tenía muy mal aspecto, casi acorde con el estado de ánimo de Zoë. Debía de haber pasado la noche conduciendo para llegar allí desde Bishop. Juraría que llevaba la misma ropa que el día anterior, cuando inspeccionaron el posible escenario de los crímenes del Contable. Una oleada de vergüenza se apoderó de ella al ver a Martínez. Se había portado muy bien con ella, pero la había rescatado de demasiadas borracheras a lo largo del año anterior. Supuso que seguramente por eso les habían asignado a ellos la misión de protegerla: los conocía y confiaba en ellos.

—¿Cómo estás, Zoë? —preguntó Martínez.

«Destrozada» era la respuesta más simple. Con las reservas de adrenalina vacías, su cuerpo le hacía saber lo mucho que había peleado y amplificaba el mensaje. Sentía cada rasguño, cada hematoma y cada fibra muscular desgarrada. Esa mañana moverse le costaba el doble de esfuerzo.

—Creo que estoy un poco mejor que él —respondió, señalando a Greening.

—No hagas caso de las apariencias. Estoy bien. Solo necesito cambiarme de ropa —dijo—. Y, hablando de ropa, te he traído esto.

Levantó su bolsa de viaje.

—Una de nuestras agentes ha recogido algunas de tus cosas para que vayas tirando los próximos dos días. Lo ha hecho un poco a ciegas, así que si se ha dejado algo concreto que crees que puedas necesitar, no tienes más que decirlo e iremos a buscarlo.

Zoë se alegró de que alguien hubiese pensado en su ropa, teniendo en cuenta que el equipo de técnicos forenses de Ogawa no le había dejado más que la ropa interior la noche anterior.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Saldremos para la casa del doctor Jarocki en Napa en cuanto estés lista.

—¿Él dónde está?

—Ya está allí —respondió Martínez.

—¿Todavía no han atrapado al Contable?

Greening arrugó la frente y sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no.

Así que tocaba esconderse.

—Muy bien, dejen que me cambie, entonces.

Greening y Martínez salieron de la habitación y se quedaron con el agente de guardia en la puerta. A Zoë le habría encantado poder ducharse antes de ponerse ropa limpia, pero tenía aún más ganas de salir del hospital.

Se levantó de la cama y rebuscó en la bolsa que le habían preparado. Al parecer, la policía encargada había sido muy considerada; además de lo básico, la agente había tenido el detalle de incluir

un vestido, unos zapatos de tacón, su champú, un secador de pelo y unos productos de maquillaje. Eso le ayudaría a sentirse más ella misma, y no un animal asustado que tiene que permanecer escondido.

Se puso unos pantalones de yoga y una camiseta, y se calzó unas zapatillas del deporte. Así, si tenía que echar a correr o pelear, la vestimenta no se lo impediría. También se puso una gorra de béisbol para preservar su anonimato.

Observó su imagen en el espejo. Era un poema, pero de violencia. Se examinó la mandíbula. No la tenía inflamada, solo lucía un cardenal enorme en el lado donde la había golpeado el Contable. Se fusionaba cómodamente con las marcas de dedos que llevaba alrededor del cuello, donde había intentado estranglarla. Se levantó la camiseta y suspiró al ver las magulladuras que le cubrían el estómago, donde la había pateado y empujado contra el sofá. Soltó la tela de la camiseta y esta le tapó la peor parte de las heridas.

—Bueno, al menos sigues aquí —le dijo a su reflejo.

Abrió la puerta de la habitación y Greening y Martínez se volvieron para mirarla.

—¿Lista para marcharnos? —le preguntó Martínez con una sonrisa.

No estaba segura de que le gustase aquella sonrisa. Saltaba a la vista que era optimismo forzado. Después de la noche anterior, no había espacio para el optimismo, pero por pura cortesía contestó que, efectivamente, estaba lista.

—Por aquí —indicó Greening.

La ayudó con la bolsa y Zoë siguió a los policías por un pasillo hasta un ascensor reservado al personal.

—Nos espera un coche fuera —le comunicó Greening—. No creo que haya ningún problema, pero si pasa cualquier cosa, sigue nuestras instrucciones, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Pese al atuendo informal de Greening y Martínez, llamaban la atención, tanto a Zoë como probablemente a cualquiera que se fijase en ellos. De las chaquetas asomaban unos bultos que sin duda correspondían a las armas que llevaban encima. Los dos se movían con paso sigiloso, y no como dos visitantes normales que no conocen bien las instalaciones. Parecían exactamente lo que eran: una llamativa pareja de agentes de seguridad intentando no llamar la atención. Zoë procuró no preocuparse demasiado por eso. Esa vez tenía refuerzos: eran tres contra uno.

Descendieron en ascensor hasta la calle y salieron por la parte de atrás del hospital, lejos de la entrada principal. Se dirigieron a un Ford Expedition verde aparcado en una zona roja, detrás de otro policía que esperaba de pie.

—¿Todo bien? —le preguntó Greening al pasar.

—No se ha acercado nadie.

Martínez se adelantó y desbloqueó las puertas del todoterreno, dejó la bolsa de Zoë en el maletero y le abrió la puerta de atrás. Ella se subió mientras Greening y Martínez se sentaban delante, Martínez al volante.

En cuanto se pusieron en marcha, Greening y Martínez empezaron a hablar en jerga policial, dejándola al margen de la conversación. Greening miraba atentamente los vehículos que los rodeaban. Martínez realizó varias maniobras circulares y pasó dos veces por el mismo sitio.

—No nos sigue nadie —declaró.

—Está bien, salgamos de aquí —dijo Greening.

Martínez puso rumbo hacia la US 101 y se dirigió al puente Golden Gate. A pesar de las palabras de Martínez, Greening permaneció atento hasta que atravesaron el puente. Una vez al otro lado, se relajó.

No tardaron demasiado en llegar a Napa. Cuando Jarocki había dicho que tenía una casa allí, Zoë se imaginó un lugar rodeado de viñedos. En lugar de eso, llegaron a una zona residencial que acababa en un parque. Martínez tomó el camino de entrada y detuvo el vehículo frente a una vivienda unifamiliar de

gran tamaño.

Jarocki salió de la casa con una sonrisa en los labios y los saludó con la mano. Abrazó a Zoë y estrechó la mano de Greening. La calle estaba tranquila y no se veía a nadie, pero dijo de todos modos:

—Entremos. No quiero llamar la atención.

Dentro, el aire acondicionado hacía que la temperatura de la casa fuese fresca y agradable. Zoë le echaba a Jarocki unos cincuenta años, pero la decoración era propia de alguien mucho mayor. Había muchas láminas y cuadros con flores y muebles de varias décadas antes de IKEA.

—Ven, te enseñaré tu habitación —dijo Jarocki, y los llevó al dormitorio principal—. Tienes tu propio baño, así que dispondrás de total intimidad.

—No quiero quitarte tu habitación. Me irá bien cualquiera.

—Esta no es la mía —aclaró él—. Era la de mis padres, y ahora es la habitación de invitados.

Martínez dejó la bolsa de Zoë encima de la cama.

—Doctor Jarocki, el agente Martínez tiene que comentarle algunos aspectos sobre la seguridad de la casa y yo tengo que hablar de algunos asuntos con Zoë.

Jarocki asintió y Martínez lo llevó fuera de la habitación. Zoë siguió a Greening al interior. El policía se sentó en el antepecho de la ventana y se asomó para ver un recoleto jardín trasero.

—Muy bien, no estás en un programa de protección de testigos y eres libre de hacer lo que quieras, pero hay algunas reglas básicas —le explicó—. Tienes que permanecer dentro de la casa. No abras la puerta a nadie. Si necesitas algo, pídele al doctor Jarocki que te lo traiga o mándame un mensaje a mí, ya tienes mi número. Si tomas precauciones, no te pasará nada.

Zoë suspiró.

—No suena muy divertido.

—No tiene que ser divertido. Oye, ya sé que todo esto es una mierda y que es para volverse loco, pero por favor, sé sensata. No quiero que sufras ningún daño.

Zoë se dejó caer en la esquina de la cama.

—¿Te quedarás tú o el agente Martínez?

Negó con la cabeza.

—Oficialmente, no estás bajo protección policial.

—Solo estoy escondiéndome.

El policía arrugó la frente.

—Sí. Ojalá pudiera asignarte a alguien a todas horas, pero si te soy sincero, será mucho más útil tener al máximo número posible de agentes trabajando en el caso. Le he pedido a la policía local que se pase por aquí cada dos o tres horas y yo mismo te llamaré a lo largo del día para asegurarme de que estás bien.

—Dime la verdad, ¿cuánto tiempo calculas que tendré que estar aquí?

—No te puedo dar una respuesta realista en este momento. Hay demasiadas incógnitas. Pongamos dos semanas, y luego podemos volver a plantearlo.

Zoë miró en torno a la habitación, llena de cosas de otras personas. Aquel era su nuevo hogar. Tal vez debería haber hecho caso a Ogawa y empezar de cero en otra parte.

—Escucha, ya sé que todo esto es por mi propio bien, pero necesito algo a lo que aferrarme —dijo—. ¿Encontraron los sheriffs algo útil entre los escombros de los edificios del Contable?

Greening negó con la cabeza.

—Siguen peinando la zona en busca de pruebas, pero no han encontrado ningún cuerpo.

—¿Crees que la encontrarán? —Zoë no consiguió reunir el valor de pronunciar el nombre de Holli en voz alta.

—Presiento que no.

—Así que ¿la enterró en otro sitio?

—O tal vez logró escapar, igual que tú.

—No hagas eso —le espetó, furiosa—. No me vengas con esos cuentos. Si Holli estuviera viva, habría vuelto a casa. Está muerta, y ese maldito hijo de puta hizo algo con su cuerpo... No intentes hacerme creer lo contrario.

Greening alzó las manos.

—Lo siento, lo siento.

Jarocki y Martínez asomaron por la puerta.

—¿Pasa algo? —preguntó Jarocki, enarcando las cejas.

—No, no pasa nada —respondió Greening.

—¿Zoë? —insistió Jarocki.

—No pasa nada.

—Ya he acabado con el doctor —dijo Martínez.

Greening se incorporó del antepecho de la ventana.

—Entonces, dejaremos que te instales. ¿Tienes todo lo que necesitas por ahora?

—Echo de menos algunas cosas.

—Haz una lista y envíamela. Haré que te las traiga alguien luego. Te llamo esta noche.

Jarocki los acompañó a la puerta mientras Zoë se quedaba en el dormitorio. Seguramente para Jarocki aquella casa tenía un significado especial, pero para ella, el lugar resultaba frío y poco acogedor. Estaba cansada y se sentía sola. El Contable estaba destrozándole la vida otra vez. Quizá lo mejor sería dejar que terminase lo que había empezado y que la matara de una vez. Al menos así se acabaría todo.

Jarocki reapareció en la puerta del dormitorio.

—Iba a hacerme un café. ¿Te apetece uno?

—Sí, gracias.

Lo siguió a la cocina. El doctor puso agua a hervir y echó unas cucharadas de café en una cafetera exprés.

—Así que esta es la hacienda familiar...

Jarocki miró a su alrededor y sonrió.

—No exactamente. Es la casa de mis padres. Nos la dejaron a mis dos hermanos y a mí al morir. No hemos tenido el coraje de ponerla a la venta porque guarda demasiados recuerdos, como las navidades en familia o las veces que mi padre intentó en vano enseñarnos a lanzar la pelota de béisbol, así que nos quedamos con ella. Se la dejamos a los amigos, mis hermanos la utilizan cuando vienen de visita y yo a veces vengo a trabajar cuando necesito un poco de recogimiento.

Zoë se imaginó su infancia. Por su forma de hablar y el aire años cincuenta que destilaba la casa, sonaba a infancia idílica y absolutamente feliz. No sentía envidia de su vida familiar. No parecía muy distinta de la suya... hasta la aparición del Contable. Había una casa como aquella esperándola y unos padres que la querían, pero les había dado la espalda. Apartó aquella imagen de sus pensamientos.

Jarocki preparó el café y la llevó a la sala de estar. Zoë se recostó en el sofá y acusó de nuevo todas las heridas. Los médicos la habían enviado a casa con analgésicos, pero no se los estaba tomando. Quería permanecer absolutamente alerta y despierta. Jarocki se sentó en diagonal frente a ella en un sillón, de espaldas al ventanal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zoë.

—Lo que quieras. Estoy a tu entera disposición.

—No necesito una niñera.

—Me parece muy bien. Si lo que quieres es estar sola, esta casa es tuya todo el tiempo que la necesites, pero si prefieres compañía, puedo quedarme por aquí. Hoy he cancelado todas mis citas y puedo trabajar desde casa. Tendré que ir a la consulta a ver a los pacientes, pero puedo pasar aquí el resto del tiempo. ¿Quieres que me quede?

Zoë no sabía qué responder. No estaba segura de lo que quería, así que se quedó callada.

—No tienes que decidirlo ahora. Piénsalo.

—¿Por qué te tomas tantas molestias?

El psicólogo dejó la taza de café y entrelazó las manos.

—Eres mi paciente. Necesitas ayuda y apoyo, y yo estoy en condiciones de proporcionarte ambas cosas.

Zoë debería haberle dado las gracias, pero no lo hizo. Odiaba sentirse en deuda con la gente, depender de su ayuda. Seguramente, ese era el motivo por el que no le gustaba aquella casa. Era un recordatorio evidente de que no podía pasar sola por aquello.

—¿Cómo te encuentras?

—Dolorida.

El entumecimiento que sentía a causa de la paliza no se diferenciaban demasiado de lo que sentía la mañana después de una clase de defensa personal más dura de lo normal. El dolor del cuello era otra cosa. Cada vez que se tocaba la garganta, sentía la huella fantasmal de los dedos del Contable bajo la superficie de su piel, tan hondo como el fondo del su alma.

—¿Quieres hablar de lo que pasó anoche?

La pregunta parecía completamente inocente, pero ella sabía que no lo era. No era una pregunta normal y corriente.

—¿Quieres convertir esto en una sesión?

Jarocki levantó las manos y sonrió.

—Bueno, ya que estamos aquí...



Marshall Beck regresó a la escena del crimen: el complejo de apartamentos de Zoë. ¿Era un crimen? A él le parecía más bien la escena de un servicio público. Su único crimen había sido dejarla escapar. Era la segunda vez que se le escapaba de las manos. La próxima no podría fallar. Zoë tenía que recibir su castigo.

Había pasado por allí de camino al trabajo la mañana siguiente a la reyerta y encontró a la policía merodeando alrededor. Seguían allí a la hora del almuerzo, cuando se acercó de nuevo, aunque su presencia había quedado reducida a un solo coche patrulla aparcado en la calle. En ese momento eran más de las cinco y no había ningún coche patrulla, aunque su instinto le decía que el viejo Intrepid aparcado en el sitio que había ocupado el coche patrulla era un coche camuflado.

Pasó andando con toda naturalidad junto al sedán y vio que el tipo que ocupaba el asiento del pasajero parecía aburrido. ¿Cabía la posibilidad de que solo estuviese esperando a alguien? La mayor prueba era el tiempo. ¿Cuánto tiempo espera alguien sentado en el asiento del pasajero de un coche? ¿Treinta minutos? ¿Una hora? No, si esperas a un amigo, no esperas en el coche más de treinta minutos. Más allá de eso, sales del coche a buscar a tu amigo.

Él era paciente. Un trabajo de precisión como aquel te convertía en una persona paciente. Al cabo de noventa minutos, el hombre del Intrepid seguía donde estaba.

—Eres poli, amigo mío —murmuró para sí en el silencio de su Honda.

Así que estaban vigilando el apartamento. Tenía lógica. Después del numerito de Zoë, había quedado muy expuesto. Era esencial que la capturara la próxima vez.

Sintió que le subía la presión arterial y se miró fijamente los nudillos, blancos por la presión con

que apretaba el volante. Tenía que mantener la cabeza fría. Tenía que estar tranquilo y relajado si quería volver a atrapar a Zoë. Poco a poco fue liberando la tensión.

Se preguntó cuánto tiempo montaría guardia la policía delante del apartamento de Zoë. ¿Un día? ¿Una semana? ¿Más tiempo? Se lamentó del fracaso de la noche anterior. Lo obligaba a actuar en contra de su proceder habitual. Con todo el interés policial que rodeaba a Zoë, necesitaba modificar sus planes. Aún era un fantasma para los cuerpos policiales: le habían puesto un nombre ridículo y ahí acababa todo. Podía quedarse al margen y seguir a la espera en cuanto a Zoë por el momento. Siempre podía capturarla una vez que la policía hubiese perdido interés.

Sin embargo, había algo en el hecho de tener asuntos pendientes que no acababa de convencerle: dejar las cosas a medias era un fracaso, y el fracaso era de cobardes. Y desde luego, él no era ningún cobarde, de eso estaba completamente seguro.

Además, si se iba de la ciudad, ¿qué le impediría a Zoë hacer lo mismo? Detestaría volver y descubrir que ella también había salido huyendo. Sí, sabía cómo se llamaba, pero nada le impedía cambiar de nombre.

Todo resultaba muy frustrante, pero ilustraba a la perfección el camino que debía seguir en el futuro: nada de errores. No más fracasos. No podía permitir que lo atrapasen.

Volvió a salir del todoterreno. Aunque la policía estuviese allí, tenía que comprobar dónde estaba Zoë. Si había un poli fuera, ¿habría otro con ella dentro del apartamento?

Puesto que la policía no había divulgado ninguna descripción de él, podía moverse tranquilamente por delante del complejo de apartamentos, aunque cabía la posibilidad de que el policía que montaba guardia anotase las entradas y salidas de cualquiera que traspasase aquella puerta. Por suerte, no le hacía falta entrar en el complejo para vigilar el apartamento de Zoë: solo necesitaba subir a alguna azotea de los edificios contiguos.

Cruzó la calle y entró en el edificio que había junto al de Zoë. Una puerta de seguridad le impedía el acceso a la escalera principal, pero no a la de incendios, en la parte de atrás. Subió a la azotea, sacó unos prismáticos y los enfocó hacia el apartamento de Zoë. Las cortinas estaban echadas, y las luces, apagadas.

¿Se encontraba dentro? Y si no, ¿por qué montaba guardia la policía en su puerta? Si no la estaban vigilando a ella, entonces lo esperarían a él. Tenía que ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar la policía.

Bajó por la escalera de incendios, volvió a salir a la calle y luego rodeó la manzana antes de decidir cuál sería su siguiente movimiento. Necesitaba echar un vistazo más de cerca al apartamento de Zoë para saber si estaba dentro o no. Eso significaba que debía pasar por delante del policía de guardia. Pues eso haría.

Se tomó su tiempo y esperó a que alguien abriese la puerta de seguridad. A continuación, se deslizó en el interior. Atravesó el aparcamiento en dirección al edificio de Zoë. No se molestó en subir las escaleras hasta el segundo piso. No le hacía falta: desde la planta baja se veía la cinta policial que sellaba la puerta principal del apartamento.

«Mmm... Interesante», pensó. Si habían acordonado el apartamento de Zoë como una escena del crimen, ¿dónde estaba ella? ¿Se habría ido con una amiga? Era posible, pero nunca la había visto con nadie. No parecía tener muchos amigos. ¿Se habría marchado de la ciudad sin que lo supiera la policía? Tal vez no estaban allí por él, esperando a ver si aparecía. Tal vez fuese a ella a quien esperaban ver aparecer...

Inspeccionó el aparcamiento y vio la motocicleta de Zoë. Bueno, sí, cabía alguna posibilidad de que se hubiese ido de la ciudad sin llevarse la moto, pero era poco probable. Zoë estaba en alguna parte, y no muy lejos.

Era hora de irse. Ya había averiguado todo lo que quería saber por esa noche.

Una mujer joven con el pelo largo y rizado paró su Honda Civic en la entrada y accionó el mecanismo de apertura de la puerta de seguridad. Él salió mientras entraba el coche.

Rehuyendo con la mirada al policía de guardia, cruzó la calle y se dirigió de nuevo al todoterreno antes de echar un vistazo por encima de su hombro. La mujer que iba al volante del Honda estaba en ese momento en la segunda planta del edificio de Zoë. Se detuvo delante de la puerta de su apartamento.

La observó sin ser visto, desde el otro lado de la calle.

—¿Y tú quién eres, jovencita? ¿Una amiga, una vecina entrometida o algo más?

La mujer hizo caso omiso de la cinta policial y entró en el apartamento de Zoë.

—Vaya, vaya, vaya... Resulta que Zoë sí tiene una amiga.

Beck sonrió.

Regresó a su coche y se sentó tras el volante. Pasó media hora hasta que la mujer volvió a salir, con una voluminosa bolsa de gimnasia.

—Claro, Zoë no puede ir por ahí sin sus cosas más básicas —dijo para sí.

Arrancó el motor y esperó a ver salir el Honda Civic. Cuando lo hizo, siguió al pequeño sedán. El policía de guardia no reaccionó, de modo que era evidente que conocía a la ayudante de Zoë.

Siguió al Honda por la ciudad desde una discreta distancia en dirección a la US 101 y a través del puente Golden Gate hacia Marin. La conductora no dio muestras de darse cuenta de que la seguían. Tampoco conducía como si esperara que alguien la siguiese.

—¿Qué clase de amiga eres, señorita Civic? —preguntó—. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para ayudar a Zoë?

Esperaba que no fuese hasta los confines de la Tierra; no le quedaba más que medio depósito de gasolina... Pero no tenía de qué preocuparse, solo llegaron a Napa.

Detuvo el motor del todoterreno cuando la señorita Civic paró delante de una casa unos metros más abajo. La mujer tomó el camino de entrada con la bolsa en la mano, llamó al timbre y entró en la casa.

Beck no la vio, pero no le hizo falta. Sabía que había encontrado el escondite de Zoë.

CAPÍTULO 21

Llamaron al timbre. De forma instintiva, Zoë se levantó del sofá para ir a abrir la puerta, pero Jarocki salió corriendo de su despacho.

—Yo abro la puerta, ¿recuerdas? —dijo.

Lo recordaba, pero la cautividad forzosa le estaba costando más de lo que creía. Entrar y salir a su antojo era algo tan natural para ella que, de repente, tener que recordar que no podía abandonar la casa era como intentar acordarse de no respirar.

—Vete a tu habitación —indicó el psicólogo.

A pesar de la situación, aquella frase, tan típica de un padre, la hizo sonreír. Hizo lo que Jarocki le decía y se fue a su habitación. Que se mantuviera fuera de la vista era un protocolo instaurado por Greening.

Al cabo de un momento, Jarocki la llamó.

—Tranquila. Es el inspector Greening.

Cuando volvió a la sala de estar, vio a Greening en la puerta cargado con media docena de bolsas de la compra y una máquina para hacer pasta fresca. Jarocki lo ayudó con el equipo y un par de bolsas y lo condujo a la cocina.

—Me alegra ver que sigues nuestras reglas —dijo el inspector.

El calor de la tarde empezaba a colarse en la casa. Zoë fue a cerrar la puerta.

—El doctor Jarocki se asegura de que lo haga.

Greening dejó las bolsas en la encimera.

—Creo que tengo todo lo que me has pedido. Esto debería mantenerte ocupada unos días.

«Mantenerla ocupada» era un eufemismo perfecto. Había tardado veinticuatro horas en darse cuenta de que aquello de la protección de testigos era insoportable. No salir de la casa significaba olvidarse de las clases de defensa personal, del gimnasio, de salir a correr, ir de compras o al trabajo, y de salir de bares. Tener que dejar de lado todo aquello que la definía y ocupaba sus horas libres la estaba volviendo loca. Hasta los presos de las cárceles tenían una hora al día para salir al patio... Siempre había creído que su vida estaba vacía, hasta que se había visto obligada a permanecer encerrada entre cuatro paredes. Por eso había decidido dedicar el tiempo a una actividad como la cocina, para poder llenar las horas muertas.

—¿Tienes un momento para hablar de unos asuntos? —preguntó Greening.

—Tengo más que un momento —contestó Zoë.

—¿Necesitáis que os deje a solas? —preguntó Jarocki.

—Si no le importa, doctor.

—No hay ningún problema.

Cuando el psicólogo regresó a su despacho, Greening se sentó delante de Zoë en el sofá.

—¿Cómo te va? —le dijo.

—He descubierto que hay un número limitado de DVD que un ser humano puede llegar a ver una y otra vez.

El inspector sonrió y señaló las bolsas con el pulgar.

—De ahí la lista de la compra.

Ella le devolvió la sonrisa.

—De ahí la lista de la compra.

—Oye, ya sé que es duro, pero me temo que no hay alternativa. Aguanta un poco. Atente a las reglas, no hagas ninguna temeridad y todo irá bien.

Las magulladuras del cuello, que notaba cada vez que tragaba saliva, garantizaban que no fuese a hacer ninguna temeridad. Siempre y cuando Greening y los suyos cumpliesen con su parte del trato y atrapasen al Contable.

—¿Tienes todo lo que necesitas por ahora?

—Sí, la agente me trajo el resto de mis cosas ayer. ¿Algún avance en la investigación? —preguntó.

La sonrisa de Greening se desvaneció y Zoë supo qué rumbo iba a seguir aquella conversación antes de que empezara.

—Tenemos tu apartamento bajo vigilancia por si decide regresar. Nuestros hombres han estado allí recogiendo pruebas y muestras biológicas, pero no han encontrado nada útil.

—Eso os lo podría haber dicho yo. Es muy cuidadoso. No comete errores.

—Sí los comete... o no estarías aquí ahora mismo.

Su respuesta la apaciguó un poco.

—¿Qué hay de la investigación en el condado de Mono?

—Por desgracia, no hay novedades. Fuera cual fuese el uso que daba a esos cobertizos, no fue para enterrar cadáveres. Los perros no hallaron ningún rastro. El equipo forense encontró posibles muestras de sangre, pero están tan deterioradas que no servirán de nada. Los inspectores de allí están interrogando al personal del Smokehouse para ver qué clientes estaban presentes la misma noche que vosotras. Si cenó allí, tendría que haber algún resguardo de su tarjeta de crédito, y eso podría llevarnos hasta él. También cabe la posibilidad de que localicen a algún testigo que viese algo.

Era desesperante. Todo era tan vago, construido sobre hipótesis y posibilidades. Zoë sintió que la ira iba apoderándose de ella.

—Nada de eso suena a que estéis cerca de encontrarlo.

—Ya sé que es duro, pero así es como funciona el trabajo policial. Si algún día entras en el cuerpo, verás que es la cruda realidad de nuestro trabajo. No estás derribando puertas cada cinco minutos. La gratificación instantánea no existe. Todo es trabajo duro, meticoloso y diligente. Hacemos lo que podemos, pero esto va a ser lento.

Si así funcionaba el cuerpo de policía, entonces tal vez ser poli no fuera para ella. Por eso le gustaba su trabajo como vigilante de seguridad. O pasaba algo o no pasaba nada. Cuando pasaba algo, se enfrentaban al culpable al instante. El delito se solucionaba en cuanto ocurría.

—Entonces, ¿tienes algo positivo que contarme?

—Sí, y esa es la razón principal por la que he venido a hablar contigo. Creo que hemos encontrado una relación entre tú y Holli y Laurie Hernández. O al menos el motivo por el que os eligió el Contable.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Zoë. Le sirvió para enfriar la creciente frustración que le había producido Greening.

—Siento tener que decirlo así, y no pretendo ser irrespetuoso, pero parece como si eligiese a mujeres cuyo comportamiento es censurable.

Zoë se ruborizó.

—Lo siento, solo es la hipótesis con la que trabajamos en estos momentos.

Zoë restó importancia a su disculpa con un ademán.

—¿Qué quieres decir con «comportamiento censurable»?

—Al comprobar los antecedentes de Laurie Hernández, descubrimos que tenía algunos cargos menores en su historial: hurto, alteración del orden público, embriaguez... Y, según los testigos a los que he entrevistado, el trato con ella era difícil. Esa clase de cosas.

El currículum de Laurie Hernández le resultaba inquietantemente familiar, pero veía un problema.

—Eso no era cierto en el caso de Holli y tampoco en el mío, en realidad. Yo no tenía antecedentes policiales de ninguna clase antes del Contable.

—Sí, pero piensa en vuestra noche en el Smokehouse. Armasteis un buen escándalo. Las dos estuvisteis tonteando con Craig Cook. Seguramente el Contable fue testigo de ello y vuestro comportamiento le pareció reprochable. Estabais infringiendo sus normas.

Zoë se removió incómoda bajo el peso de la vergüenza y la culpa. Habían ido a Las Vegas solo para desfogarse un poco. Sí, habían hecho el tonto con el espectáculo que montaron en el Smokehouse, pero no merecían morir por ello.

—Solo estábamos de paso en Bishop esa noche. ¿Por qué señalarnos como su objetivo?

—Podría haber estado en Las Vegas, pero no lo creo, puesto que ya disponía de un sitio al que llevaros. Tengo la corazonada de que fue un acto impulsivo por su parte. Estaba en el Smokehouse y decidió actuar.

El control de los impulsos. Al parecer, no era un problema exclusivo de las personas con trastorno por estrés postraumático. Las hipótesis empezaron a atormentarla. Si ella y Holli se hubiesen portado bien, ¿el Contable no se habría fijado en ellas? Si hubiesen seguido una ruta distinta o conducido en otro momento de la noche, ¿habrían podido darle esquinazo? Si hubiesen salido de Las Vegas a otra hora... Si hubiesen ido en avión... Si hubiesen parado en otro restaurante, y no en el Smokehouse... Uno de aquellos síes era más difícil de asimilar que los demás.

—Si el Contable nos escogió basándose en nuestro comportamiento en el Smokehouse, unas pocas horas de diferencia y nunca nos habríamos cruzado en ese restaurante. Nada de esto habría pasado.

Repasó los últimos quince meses de su vida y el giro que esta había dado: de estudiante de doctorado a vigilante de seguridad en un centro comercial, de mujer satisfecha a amargada, de sociable a solitaria. Todo por culpa de un encuentro azaroso. La palabra «trágico» ni siquiera empezaba a describirlo.

—Por desgracia, así es como ocurren estas cosas —dijo Green-ing—. Lo de «el momento equivocado y el lugar equivocado» describe a muchas víctimas de violencia y de asesinato. No es justo, pero es así.

—¿Crees que fue así como capturó a Laurie Hernández?

—Posiblemente. Todo apunta a que secuestró a Laurie cuando volvía a casa del trabajo. Ese día no hubo ningún incidente relacionado con ella en su trabajo, lo que nos induce a creer que la escogió y estuvo vigilándola hasta el momento de su secuestro. La teoría es que conoció a Laurie en algún momento, no le gustó lo que vio y luego decidió que sería su siguiente víctima. Supongo que cuando escapaste tú, se dio cuenta de que no podía ser tan impulsivo.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

—Bueno, los depredadores como él no son perfectos. Desarrollan y perfeccionan sus métodos a partir de sus errores.

—¿Y qué significa ese importante descubrimiento?

—Obviamente, sabemos que hay otras víctimas y ahora tenemos un perfil de la víctima que podemos utilizar. Buscaremos en las bases de datos mujeres desaparecidas con antecedentes por delitos menores y comportamiento antisocial y las relacionaremos hasta que demos con algún sospechoso.

—Suenan a una búsqueda un poco vaga.

—Lo es, y también muy amplia. El Contable no se limita a una sola zona, como prueba el hecho de que a vosotras os capturara en Bishop y a Laurie Hernández aquí, en la ciudad. No sabemos si es de California o de algún otro estado. Así que vamos a investigarlo, pero una vez más, así es como funcionan las investigaciones policiales.

—Lo que no me entra en la cabeza es lo absurdo que es todo esto —dijo Zoë.

—Absurdo, puede ser. Sorprendente, no. Nombra a un psicópata con un motivo noble, poderoso o comprensible para matar a la gente. Son seres perturbados que infligen daño a personas inocentes. Nunca podremos entenderlo.

Nada de lo que Greening le decía le infundía confianza. El Contable parecía tener a raya al departamento de policía de San Francisco y a todos los demás. Zoë le preguntó lo que más le importaba.

—¿Cuánto tiempo voy a permanecer aquí encerrada?

—Una semana, un mes... No sabría decirlo.

Zoë negó con la cabeza.

—Estarás aquí todo el tiempo que sea necesario, hasta que haya algún avance importante.

—Pues esperemos que eso suceda pronto.

CAPÍTULO 22

Marshall Beck entró en Garras Urbanas por lo que muy probablemente iba a ser la última vez. Después de lo que estaba a punto de hacer, no había vuelta atrás. Lo iba a echar de menos. De todos los trabajos que había tenido, aquel era con el que más había disfrutado. La organización ofrecía un servicio completamente altruista y desinteresado de cuidado de los animales que no podían ayudarse a sí mismos. Sin embargo, a pesar de todo el amor que sentía por aquel sitio, ese día le había roto el corazón.

Esa mañana, Kristi Thomas había entrado en su despacho con expresión pensativa y había cerrado la puerta a su espalda.

—Necesito hablar contigo, Marshall.

Se sentó en la silla al otro lado de su escritorio y entrelazó los dedos con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Traigo malas noticias. Hemos hecho los últimos tests de conducta a los perros de pelea.

Beck supo lo que diría a continuación antes de oírlo.

—Solo han superado las pruebas tres perros. Brando no es uno de ellos. Tom y Judy me han dicho que tú y Brando trabajasteis muy bien juntos durante las sesiones de rehabilitación, pero Brando no ha mostrado un comportamiento seguro durante el test de socialización. Sé que te habías encariñado mucho con el perro y que esperabas poder adoptarlo, pero no va a ser posible. Lo siento mucho, Marshall.

Beck ya sabía que aquello podía pasar, pero esperaba que Brando hiciese lo que esperaban de él. Supuso que el animal era demasiado orgulloso para doblegarse a las reglas del juego. Lo comprendía y lo respetaba por ello.

—¿Qué implica eso? —preguntó.

—Brando y los demás perros serán sacrificados a finales de esta semana, de acuerdo con la orden judicial.

—¿Se podría repetir el test? ¿Podría realizarlo yo? ¿Puedo recurrir contra la decisión?

—No, no se puede volver a someter a los perros a otro test. Puedes recurrir contra la decisión, pero no creo que te haga ningún bien.

—Entiendo.

—Ya sé que sientes mucho apego por Brando, pero están los otros perros. Van a necesitar un hogar con dueños entregados. Espero que te plantees adoptar a uno de ellos.

—Lo pensaré —contestó, sin la menor intención de hacerlo—. ¿Puedo seguir trabajando con Brando hasta que le llegue la hora?

Kristi sonrió.

—Por supuesto.

A pesar de que quería enfadarse con Kristi, no podía. Al fin y al cabo, la mujer estaba obedeciendo las reglas. Todo aquello era culpa del ya difunto Javier Muñoz y de un juez miope.

—Gracias por decírmelo.

—Sé que no te sirve de consuelo, pero que sepas que gracias a ti Brando ha conocido un poco de humanidad en sus últimos días de vida.

La conversación lo había acompañado durante todo el día. Los últimos días de vida de Brando quedaban todavía muy lejos, él mismo se aseguraría. Entró en el anexo de evaluación. Los perros lo miraron fijamente bajo la luz de la luna que se colaba por la ventana de la habitación. ¿Eran conscientes de que era la última semana de su existencia?

—Ojalá pudiera salvaros a todos.

Abrió la jaula de Brando y el perro salió. Pasó la correa por la cabeza del animal y se dirigió andando a su Honda Pilot.

Al subir a Brando al vehículo, dijo:

—Ahora estás a salvo. Solo tenemos que pasar a recoger a otra persona antes de poder marcharnos de aquí.



La parte de atrás de la casa del doctor Jarocki en Napa daba al parque de Alston, un detalle precioso para el propietario de la casa pero terrible para la seguridad del hogar. Dejaba la residencia del doctor a merced de una simple brecha a través de la parte de atrás. Marshall Beck había ideado un plan de acceso la noche anterior.

Dejó el Honda aparcado delante de la casa, con Brando dentro. Entraría por detrás, pero saldría por delante. Zoë era lo bastante menuda para poder cargar con ella a través del kilómetro escaso de parque, pero traspasar la verja con ella iba a ser más complicado. La audacia era su mejor aliada. Solo tenía que tapparla con una manta, llevarla al todoterreno y meterla en la parte de atrás, como cualquier vecino llevaría un fardo con algún accesorio de deporte. Si actuaba con toda normalidad, la gente haría lo propio.

Había tenido que esperar una hora antes de iniciar sus maniobras de acercamiento. Había un coche patrulla del departamento de policía de Napa apostado fuera de la casa cuando llegó. No daba la impresión de que estuviese asignado allí de forma permanente. El policía no estableció contacto con la casa y estaba más ocupado en rellenar papeles. Tenía toda la pinta de estar allí solo de cara a la galería. La policía no se había molestado en asignar un dispositivo permanente de vigilancia, tan solo hacían visitas y comprobaciones periódicas. Supo que tenía razón cuando el coche patrulla se fue.

Esperó otros veinte minutos para asegurarse de que no acudía ningún otro coche a relevarlo. Cuando no hubo cambio de guardia, se bajó del todoterreno, dejando a Brando dentro, y rodeó la casa en dirección al parque.

Atajó por el césped recién cortado. Cuando llegó a la verja, buscó la X que había pintado con aerosol en el primer reconocimiento para señalar la ubicación del jardín trasero. Lo último que quería hacer era colarse en el jardín equivocado en medio de la oscuridad.

Encontró la X y aplastó el cuerpo contra la verja. Con su altura y su corpulencia, le resultó fácil asomarse por encima. Inspeccionó las casas adyacentes. Ambas estaban a oscuras. Tuvo que buscar tres casas más a la izquierda hasta ver luz en el interior. Todo indicaba que en aquel vecindario la gente se acostaba temprano, cosa que agradeció.

En la casa de Jarocki se apreciaba más movimiento. Zoë estaba en la cocina, preparando algo de comida, al parecer. Salía luz de la ventana de uno de los dormitorios, pero las cortinas estaban echadas. La actividad de Zoë en la cocina significaba que tendría que permanecer en el lado derecho de la casa

para no ser visto.

No tenía que preocuparse de las luces que se activaban con sensores de movimiento, ya se había cerciorado durante la fase de reconocimiento. El hombre que acompañaba a Zoë no tenía ninguno de aquellos dispositivos en su jardín, a pesar de que sus vecinos sí contaban con ellos. Beck había comprobado el alcance moviendo una rama en distintos puntos a lo largo de la verja hasta que encontró los límites de los sensores. Siempre y cuando se mantuviese dentro de una zona determinada, no los activaría.

Se desplazó hacia la derecha de la verja, donde se unía con la propiedad del vecino, y pasó al otro lado de un salto, ágil y rápido. Cayó de cuclillas y esperó, observando los movimientos de Zoë. Estaba junto al fregadero, de cara al jardín. Si levantaba la vista o percibía algún movimiento, se acabó; sería el fin de la aventura para él. Esperó hasta que ella se volvió de espaldas y luego salió disparado hacia delante.

Se desplazó hasta el lugar que había elegido para entrar —una puerta corredera— y se puso de rodillas. Al parecer, la puerta daba al dormitorio principal. Le encantaban las puertas correderas: la clase de cerraduras que incorporaban solo estaban un paso por delante de las de los archivadores. Sacó la ganzúa y la insertó en la cerradura, que cedió en cuestión de segundos. Se permitió el lujo de esbozar una sonrisa antes de deslizarse en el interior de la casa.

CAPÍTULO 23

La cocina no era una de las virtudes de Zoë. No es que se le diera mal, es que no la atraía. Para ella, las comidas siempre habían consistido en cosas sencillas, ensaladas y platos precocinados. Era una consecuencia de la vida universitaria, cuando, entre las clases y las prácticas, apenas había tiempo para preparar comidas, como tampoco lo había tenido desde que empezó los largos turnos en el centro comercial, cuando se puso a trabajar como vigilante. El encierro forzoso significaba que disponía de muchísimo tiempo libre. Puesto que Jarocki le había proporcionado un techo, lo mínimo que podía hacer era prepararle una comida decente.

Estaba cocinando raviolis de carne de ternera y cerdo con salsa al vodka. No se trataba de un plato muy elaborado, pero lo estaba preparando desde cero. Había buscado la receta en la web de un canal de cocina y había pedido a Greening que le comprara los ingredientes. Creía que hacer pasta de forma casera sería una operación sencilla y rápida, pero no estaba resultando tan simple como daba a entender la receta. Los primeros intentos de elaborar la pasta a mano, así como de dar forma a los propios raviolis, ni siquiera podían calificarse de pasables, pero siguió perseverando hasta obtener algo rayano en lo aceptable. Sin embargo, la aceptabilidad requería su tiempo. Era casi medianoche. Tenía preparadas la ensalada y la salsa al vodka, ya solo le faltaba poner a hervir los raviolis.

Dejó la salsa a fuego lento y se dirigió al despacho que hacía las veces de dormitorio de Jarocki. Era la habitación más pequeña de la casa. Podría haber elegido cualquier otra, pero prefirió quedarse en su cuarto de cuando era niño. Lo encontró trabajando con su portátil.

Se apoyó en el quicio de la puerta.

—La cena estará lista en unos cinco minutos.

Jarocki consultó el reloj.

—Más que una cena, será como un banquete a medianoche.

—Lo siento. No creí que hacer pasta casera llevase tanto tiempo.

—No pasa nada. Tenía trabajo que hacer. Estoy acabando justo ahora, así que no puedes ser más oportuna.

Zoë regresó a la cocina e introdujo los raviolis en el agua hirviendo. Se hundieron en el fondo de la olla. Cuando estuvieran hechos, subirían flotando hacia la superficie. Le gustaba aquel método de comunicación entre la comida y el chef.

Aquello era agradable. Cocinar le resultaba relajante. Su mundo estaba patas arriba y, aun así, podía encontrar algo de paz en medio de aquel caos. Jarocki llevaba meses diciéndole que buscara algún hobby o interés que le procurara placer y satisfacción emocional, pero ella se había resistido porque no veía la necesidad. A decir verdad, nunca había dedicado tiempo a buscar alguna actividad para el tiempo de ocio. Sus clases de autodefensa le daban cierta sensación de realización personal, pero no la ayudaban a relajarse en absoluto. Siempre había dicho que ir a los bares y a las discotecas, emborracharse y ligar, era su válvula de escape. Pero no lo era. Salía ahí fuera sin tener ni idea de cómo acabaría la noche, lo

cual también era una forma de estrés.

Sonrió cuando los raviolis, fieles a su espíritu, subieron flotando a la superficie del agua. Tal vez la cocina fuese su próximo hobby.

—¡Dos minutos! —avisó a Jarocki, y obtuvo un gruñido como respuesta.

Escurió los raviolis y los vertió sobre la salsa al vodka, dejando que se empapasen durante un minuto o dos antes de servirlos.

—¡Vamos, doctor! ¡La cena ya está en la mesa!

Oyó el ruido seco de lo que parecía un cajón al cerrarse. «Al menos ya está terminando», pensó mientras llevaba los platos a la mesa.

A continuación oyó otro golpe, como si algo hubiese caído al suelo. Después, percibió una especie de jadeo procedente del pasillo donde estaban los dormitorios.

Zoë se quedó inmóvil un segundo obedeciendo al instinto y, a continuación, se puso en movimiento antes incluso de que la parte consciente de su cerebro hubiese llegado a la misma conclusión que su subconsciente.

Soltó los platos encima de la mesa, la salsa rosa salpicó la superficie y su camiseta, y luego se fue corriendo a la cocina y sacó un cuchillo de carnicero del taco de madera. Pesaba mucho, lo cual era una ventaja para aprovechar el impulso, pero una desventaja en cuestión de agilidad. No tenía tiempo de cambiarlo por otro.

Con el rabillo del ojo, detectó un movimiento en el pasillo, a oscuras. Una figura, voluminosa y vestida rigurosamente de negro, sujetaba a un forcejeante Jarocki con un brazo, reteniéndolo y arrastrándolo hacia ella. Con la mano libre, el intruso presionaba un cuchillo de caza contra la garganta del psicólogo. Zoë había visto ese cuchillo antes.

El Contable se detuvo en el umbral de la sala de estar y miró a Zoë. Iba vestido igual que cuando la había atacado días atrás: de negro y con un pasamontañas para ocultar su identidad.

Los separaban nueve metros de sala de estar, pero Zoë se hallaba a menos de seis de la puerta principal. Tenía una ventaja de tres metros sobre él, y no cargaba con el lastre que suponía Jarocki. Podía alcanzar la calle antes que el Contable y despertar a todo el vecindario, lo cual le obligaría tomar una decisión: matarla y que lo atraparan o huir y salir corriendo.

La única pega de su plan era Jarocki. Si Zoë echaba a correr, el Contable lo mataría en apenas un segundo. Había abandonado a Holli, y vivir con los remordimientos le había destrozado la vida. Si Jarocki moría por ella, no podría vivir con la culpa.

Sintió la mirada del psicólogo clavada en ella, el brillo del terror en sus ojos. Para él tenía que ser muy duro; siempre había tratado los miedos de los demás. Nunca los había experimentado en carne propia. No podía abandonarlo. No iba a abandonarlo.

—No le hagas daño.

—Suelta el cuchillo, Zoë.

El Contable esperó a que hiciera lo que le decía. Sacaba más de quince centímetros a Jarocki y lo obligaba a estar de puntillas, cortándole la respiración.

—Lo mataré.

Como de costumbre, el Contable creía que llevaba todas las de ganar, pero se equivocaba. El hecho de que Zoë ya hubiese escapado dos veces de él lo demostraba. Retener a Jarocki como rehén era una ventaja, pero también un impedimento. No podía atacarla y seguir cargando con Jarocki al mismo tiempo. Podía matar a Jarocki, pero eso requería tiempo, y era precisamente el tiempo que ella aprovecharía para atacarlo a él. Pero si el Contable realmente jugaba con desventaja era porque, en aquel enfrentamiento, eran dos contra uno. Eso siempre y cuando Zoë consiguiese que Jarocki se sumase a la pelea.

—Vas a matarnos a los dos. ¿Para qué fingir? —dijo.

Un gruñido de asentimiento salió de detrás del pasamontañas.

Zoë intercambió una mirada fugaz con Jarocki. Esperaba que hubiese captado el mensaje que intentaba transmitirle. Tenía que prestar atención a la maniobra de distracción que estaba a punto de llevar a cabo.

Zoë se deslizó hacia la mesa de comedor, agarró uno de los platos y se lo lanzó al Contable como si fuera un *frisbee*. De forma instintiva, el hombre levantó la mano con que sujetaba el cuchillo para protegerse.

En ese momento, Jarocki tiró del brazo con el que su agresor le aprisionaba el cuello. El Contable perdió el equilibrio, se inclinó tambaleándose hacia delante y soltó al doctor. Liberándose de repente de su captor, Jarocki se precipitó hacia Zoë mientras el plato golpeaba al Contable en el pecho.

Zoë cargó contra el Contable en cuanto soltó el plato. Con tantos elementos atacándolo a la vez, era vulnerable. Zoë no iba a tener otra oportunidad como aquella. Se abalanzó violentamente hacia delante.

Arremetió contra él, pero el Contable se había vuelto de espaldas para minimizar el impacto. En lugar de alcanzarlo de pleno, solo le dio de refilón y salió disparada por los aires por encima de él. Cayó estrepitosamente de espaldas al suelo del pasillo y el cuchillo se le escurrió de las manos.

Se dio media vuelta y se levantó de un salto. Esperaba encontrarse al Contable abalanzándose sobre ella, pero estaba lanzándose en la otra dirección, persiguiendo a Jarocki, que corría desesperadamente hacia la puerta principal. No consiguió llegar. El Contable arremetió contra Jarocki con el hombro y lo estampó contra la puerta cerrada. El psicólogo lanzó un alarido de dolor y luego se desplomó en el suelo.

Zoë atravesó la sala de estar a todo correr, pero no antes de que el Contable arrastrara a Jarocki hasta ponerlo de rodillas. El terapeuta dio un respingo cuando el Contable volvió a hincarle el cuchillo en el cuello.

—No deberías haber hecho eso.

Zoë se paró en seco y levantó las manos en señal de rendición. Cualquier posibilidad de que el Contable no hiciese daño a Jarocki se había evaporado por completo. La hoja del cuchillo de caza presionaba con fuerza la garganta del doctor. Antes el Contable solo lo había rozado. Ya no estaba jugando con ella.

—Ahora voy a tener que matarlo.

—No. Para. Por favor.

El Contable se quedó inmóvil.

—Dame una razón para no hacerlo.

—No está bien.

—¿Qué sabrás tú de la diferencia entre lo que está bien y lo que no? —le espetó con cara de asco.

Zoë tenía que salvar a Jarocki como fuese, tanto por su propio bien como por el de él. Su única oportunidad era luchar contra el Contable según sus propias reglas.

—No se trata de lo que está bien o mal para mí, sino para ti. Tú escogiste a Laurie Hernández, a Holli y a mí por un motivo.

—No hagas esto, Zoë —intervino Jarocki antes de que el Contable aumentara la presión con la hoja.

—Rompiamos las reglas, tus reglas, y pagamos el precio. El doctor Jarocki no ha roto tus reglas. Es un buen hombre que ayuda a la gente y no merece morir. Si lo matas, todo lo que has hecho hasta ahora quedará empañado para siempre. Serás igual de malo que yo y todos los demás.

El Contable se detuvo. Era imposible adivinar sus pensamientos tras aquel pasamontañas, mientras que Jarocki no tenía ninguna máscara tras la que ocultar sus emociones. Su expresión era de absoluto estupor.

—¿Qué quieres? —preguntó el Contable.

—Quiero hacer un trato. Tú lo sueltas y me voy contigo. Sin preguntas. Sin trucos. Sin oponer resistencia. Ya va siendo hora de que pongamos fin a esto. Estoy cansada de tener que mirar siempre por encima del hombro. Cansada de ti. Solo quiero que esto se acabe.

Había empezado a hablar con la única intención de convencer al Contable, pero para cuando terminó de pronunciar aquellas palabras, había buena parte de verdad en ellas. Su vida era un sinsentido y llevaba más de un año siéndolo. Había escapado de una situación terrible solo para vivir otra, que se había intensificado desde que el Contable la había rastreado de nuevo. ¿Cuánto tiempo iba a poder seguir viviendo así, sin saber dónde aparecería su torturador la próxima vez, sin saber si la policía lo encontraría algún día, para poder dejar de mirar constantemente por encima del hombro? Al menos, si se rendía en ese momento, aquello podría saciar durante un tiempo el ansia asesina de añadir otra mujer a su inventario de víctimas. Tal vez su sacrificio fuese justo lo que lo hacía falta para que lo atraparan, así al menos lo llevaría ante la justicia. Algo parecido a una sensación de alivio se apoderó de ella.

—Está bien —dijo el Contable—, pero si me engañas, lo pagará él.

Zoë no podía tener otra muerte sobre su conciencia.

—No lo haré.

—Zoë, no.

El Contable rebuscó en el bolsillo y le lanzó una bolsa de plástico con un trapo dentro. Ella la atrapó en el aire y vio que había unas gotas de condensación en su interior.

—Es cloroformo. Saca el trapo y presiónatelo contra la nariz y la boca.

—Primero suéltalo a él.

—Esto no es una negociación, Zoë. Jugaremos según mis normas.

—Necesito saber que no vas a hacerle daño.

—Como has dicho, él no ha infringido ninguna regla, así que no le haré daño, pero no puedo dejar que salga gritando por la calle, pidiendo ayuda. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

Zoë quería creerlo y, por extraño que pudiera parecer, lo creía. Aquel hombre se regía por un código moral, retorcido y enfermo, pero un código al fin y al cabo. Jarocki estaba a salvo, siempre y cuando ella le diera al Contable lo que quería.

—Por favor, Zoë, no hagas esto. No lo hagas por mí —le suplicó el psicólogo.

El Contable retiró el cuchillo y le dio un golpe con el mango en la sien. Soltó a Jarocki y este cayó al suelo, respirando entrecortadamente.

—Está bien, está bien, lo haré.

Zoë abrió la bolsa y sacó el trapo.

Se quedó mirando el trozo de tela, con el corazón desbocado. ¿De verdad estaba a punto de hacer aquello? No estaba preparada, pero nunca iba a estarlo, así que se llevó el paño a la cara e inhaló.

Esperaba percibir un fuerte olor químico, como a lejía, pero el cloroformo despedía un olor suave, floral, incluso. Le recordó a las sábanas recién salidas de la secadora, hasta que se dio cuenta de que se le adormecían las manos y los pies.

Siguió inspirando hondo. El entumecimiento se le propagó por los brazos y le flaquearon las piernas cuando aquella peculiar sensación se apoderó de todo su cuerpo.

El Contable se quitó el pasamontañas y le sonrió.

Zoë reconoció al Contable de inmediato, y no podía dar crédito. Era Brad Ellis, el hombre del centro comercial. Ella había recuperado su iPhone y había desarmado a un ladrón para lograrlo. Había estado cara a cara con él y no lo había reconocido. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Intentó plantarle cara, pero apenas conseguía hilvanar sus pensamientos. Lo único que acertó a decir fue:

—Tú... Centro comercial... Ladrón...

Mientras el rostro sonriente del hombre se desdibujaba, la mano con que Zoë sujetaba el trapo fue

resbalando hacia abajo. A continuación, fue ella la que cayó.

CAPÍTULO 24

Greening frenó bruscamente a media manzana de distancia de la casa de David Jarocki. Los coches de policía de Napa y una ambulancia le impidieron acercarse más. El informe de la policía local había sido muy breve. Jarocki había llamado al número de emergencias cuarenta minutos antes. El Contable había entrado en la casa, le había golpeado en la cabeza y se había llevado a Zoë. Greening no podía creer que todo hubiese salido tan mal y no quería ni imaginar las repercusiones a las que se enfrentarían si Zoë aparecía muerta. De ser así, se merecían todos los descalificativos que recibieran. Tendrían que haberse esforzado más por garantizar su seguridad. Para eso estaba la policía. Mientras atravesaba el jardín delantero de la casa de Jarocki, se guardó la autocrítica para más adelante. Zoë lo necesitaba centrado. Mostró sus credenciales para que el agente de guardia de la puerta lo dejara pasar.

En el interior, los sanitarios estaban atendiendo a Jarocki en el sofá. Dos inspectores del cuerpo de Napa revoloteaban a su alrededor haciéndole preguntas.

—Doctor Jarocki —lo saludó.

Greening se presentó a los inspectores de Napa, pero eso era todo lo que estaba dispuesto a hacer en favor del protocolo entre agencias esa noche. No tenía tiempo para formalidades; el Contable les sacaba mucha ventaja.

Jarocki apartó al auxiliar que le estaba curando un corte de muy mal aspecto en la sien.

—Inspector, necesito hablar con usted.

El psicólogo se levantó y Greening le instó a que se sentara de nuevo. El policía se puso de rodillas delante de Jarocki, dejando espacio a los sanitarios para que prosiguieran con su trabajo.

—Cuénteme qué ha pasado.

—El Contable ha entrado en la casa. Iba a matarme, pero Zoë lo ha disuadido.

—¿Cómo?

—Le ha propuesto un intercambio: su vida a cambio de la mía.

—¿Por qué será que no me sorprende? Esa chica parece guiarse por un impulso suicida. Oiga, doctor, es muy importante que nos dé todos los detalles. ¿Cuándo ha ocurrido todo eso? ¿A qué hora? El reloj sigue avanzando.

—No lo sé con exactitud.

—La llamada a Emergencias se ha producido hace cincuenta y dos minutos —le informó uno de los inspectores locales.

—Ha obligado a Zoë a inhalar cloroformo y luego me ha dejado inconsciente. No sé cuánto tiempo llevo sin conocimiento, pero acababa de cerrar un archivo en el portátil. En él seguro que aparece la hora.

—¿Dónde está el portátil? —preguntó el otro inspector.

—En mi habitación —contestó Jarocki, señalando a la parte posterior de la casa.

El inspector salió corriendo.

—¿Ha visto algún vehículo o algo así? —preguntó Greening.

—No. Ha entrado por la parte de atrás de la casa.

El inspector regresó con el portátil del doctor. Encendió el aparato y leyó la hora de cierre en el archivo. Greening miró el reloj. El Contable les llevaba una ventaja de ochenta y cinco minutos. Eso significaba que aquel malnacido podía estar ya a medio camino de Tahoe o de San José.

¿Se desplazaría tan lejos? No lo había hecho con Laurie Hernández. La había secuestrado y matado en San Francisco. La primera vez que había capturado a Zoë, las había llevado a ella y a Holli a menos de una hora en coche desde el lugar del secuestro. Era más que probable que, fuera donde fuese adonde iba a llevar a Zoë, a esas alturas ya hubiese llegado.

—A ese tipo no le gusta alejarse de casa —explicó Greening a los otros policías—. Hay muchas posibilidades de que siga por esta zona. Tenemos que peinar las naves industriales, granjas, terminales de ferrocarril y cualquier otra área aislada y con escasa vigilancia. Le gusta tener espacio para trabajar y hacerlo en zonas donde nadie pueda oír el ruido.

El inspector que había llevado el portátil sacó el teléfono y se fue a la habitación contigua.

Greening tomó una de las tarjetas de Ogawa y se la dio al otro inspector.

—Llámele, por favor. Dígale que es posible que el Contable la traiga de vuelta a casa y que deberían buscar algún escenario probable en las intermediaciones.

—Enseguida —respondió el policía y siguió a su compañero.

—¿Qué más puede contarme? —preguntó Greening a Jarocki—. ¿Qué aspecto tenía?

—No lo he visto bien. Llevaba pasamontañas, así que no he llegado a verle la cara, pero era alto... más de metro ochenta y cinco. También era muy musculoso. No como alguien que va al gimnasio, sino fuerte sin más. Aunque ha pasado algo raro que no he acabado de entender.

—¿Qué fue eso?

—Después de que Zoë cerrara el trato de irse con él a cambio de mi vida, él le ha lanzado un trapo con cloroformo para que lo inhalara y perdiera el sentido. Justo cuando ella se ha acercado el trapo a la nariz, él se ha quitado el pasamontañas.

—¿Ha visto qué aspecto tenía, entonces?

—No, no me ha dejado verle la cara, pero sí quería que lo viese Zoë. Ella lo ha reconocido, inspector Greening. Lo he visto en su expresión, y es la única explicación que tienen sus últimas palabras. Ha dicho: «Tú. Centro comercial. Ladrón».

A Greening se le aceleró el corazón. Zoë hablaba del ladrón al que había abatido en el centro comercial. Aquel hijo de puta debió de robar un teléfono para poder estar cara a cara con Zoë y comprobar si lo reconocía de Bishop. Qué huevos tenía el desgraciado...

—Gracias, doctor. Ha sido de gran ayuda.

Se levantó, llamó de nuevo a los sanitarios y luego atravesó la casa como una exhalación y encontró al inspector al teléfono hablando con Ogawa. Le arrebató el aparato.

—Edward, Zoë le ha visto la cara. Es un ladrón de teléfonos al que abatió en el centro comercial de Golden Gate. Salgo para allá ahora mismo. Adelántate y habla tú con los de seguridad.

—Nos vemos allí.

—Es nuestra oportunidad. Creo que lo tenemos.

CAPÍTULO 25

Zoë volvió en sí. Había vuelto a suceder. Su pasado era su presente. Estaba encerrada en un espacio reducido y a oscuras, atada de pies y manos, con los brazos a la espalda esa vez. Estaba cubierta con una manta.

Se hallaba en las manos de aquel hombre, otra vez. Entregarse al Contable para salvar a Jarocki le había parecido la opción correcta entonces. En ese momento le parecía la decisión más estúpida e impulsiva del mundo. Ya se imaginaba lo que le diría Jarocki si es que volvía a verlo alguna vez: «Controla tus impulsos, controla tu vida». No lo había hecho, y ahora el Contable la controlaba a ella. Las imágenes fugaces de Holli colgada de un gancho en aquel almacén le inundaban la mente y no conseguía ahuyentarlas cerrando los ojos. Entonces había logrado escapar, pero no iba a ser así esa vez. Acabaría como Holli, Laurie Hernández y todas las demás. Un grito pugnaba por salir de su garganta, buscando una vía de escape.

«Tranquilízate —se dijo—. No eres la misma Zoë que entonces. Dos veces ha intentado matarte, y las dos veces ha fallado. Eres una superviviente. Sobrevivirás también esta vez.»

El grito se desvaneció en el aire, pero no así el miedo. No había nada seguro. Todavía le quedaba mucho trecho para alcanzar la seguridad. Sí, el Contable había fracasado en sus intentos anteriores, pero aquel podía ser el definitivo. Si quería sobrevivir, tenía que mantener la cabeza fría. Si lograba mantenerse fuerte, si no perdía la determinación y creía en sí misma, lo conseguiría. Pero si perdía alguna de esas bazas, lo más probable era que acabara muerta.

Su respiración era agitada e irregular, pero con un poco de esfuerzo, estaba volviendo a la normalidad. Fue tomando profundas y largas bocanadas de aire y, con cada inhalación, el oxígeno llegaba a su cerebro. Eso la ayudaría a agudizar el ingenio y a estar más ágil mentalmente.

Una vez que se sintió más calmada, se dijo: «Ha llegado la hora de saber cuál es tu situación».

Fue haciendo movimientos circulares con la cabeza hasta despojarse de la manta.

Había dos cosas distintas con respecto a la última vez: se encontraba en la parte de atrás de un vehículo en marcha en lugar de en un cobertizo, y en esa ocasión no estaba drogada. El cloroformo la había tumbado, pero no la había dejado fuera de combate. Aún pensaba con claridad. Aún tenía posibilidades.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Minutos? ¿Horas? Estiró el cuerpo todo lo posible para asomarse a la ventanilla. Los cristales eran tintados, pero resultaba evidente que aún era de noche.

«No podemos haber ido muy lejos», pensó, esperanzada.

Oyó un gruñido y un pit bull asomó la cabeza por el asiento trasero. Retrocedió asustada al ver al perro.

—No pada nada, Brando —dijo el Contable con voz tranquilizadora—. Eh, ¿estás despierta ahí detrás?

Zoë sintió el impulso de no contestar con la esperanza de conservar algún tipo de ventaja, pero no

vio ninguna.

—Sí.

—Muy bien. Brando no te hará daño si te portas bien.

El perro la miró con una sonrisa inquietante.

«¿Le ha dicho eso alguien al perro?»

—Todavía tenemos mucho camino por delante, así que intenta ponerte cómoda.

«¿Que me ponga cómoda?», pensó Zoë. La había secuestrado para matarla y hablaba como si aquello fuera una excursión al campo. Tal vez él lo viera así, como si lo que hacía no tuviese nada de malo. ¿Cómo se afrontaba esa clase de locura?

El perro desapareció de su vista.

Zoë no pensaba quedarse de brazos cruzados y disfrutar del trayecto. Necesitaba aprovechar el tiempo para planear su huida. Necesitaba información.

—¿Está bien el doctor Jarocki, Brad?

Lo llamó por su nombre, pensando que eso crearía algún vínculo entre ellos.

—No me llames así. Ese no es mi nombre.

—¿Prefieres que te llame Contable?

El hombre lanzó un resoplido desdeñoso.

—Ese apodo ridículo se lo inventaron los periodistas. Menuda panda de idiotas... Yo no me escondo detrás de ninguna estúpida identidad. Soy quien soy y nada más.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Me dices tu nombre?

—Marshall Beck. Pero basta de cháchara, por favor.

—Necesito saberlo: ¿está bien, Marshall?

—¿El doctor Jarocki?

—El hombre que me protegía. Dijiste que no le harías daño.

—¿Él? Sí, está bien.

Zoë esperaba que estuviese diciéndole la verdad. No tendría forma de saberlo.

Como si le hubiese leído el pensamiento, añadió:

—Te dije que no le haría daño y no se lo hice. Soy un hombre de palabra.

«El asesino honorable —pensó ella—. Qué patético.»

—No hago daño a las buenas personas.

El comentario la dejó perpleja. «Así que ¿solo hace daño a las malas personas?» ¿Quería decir con eso que Holli y ella eran malas personas? ¿Cómo lo había decidido? Aquello confirmaba la hipótesis de Greening de que el Contable actuaba en función de un retorcido código moral, castigando a todos aquellos que no siguiesen sus particulares normas. Tal vez podría utilizar eso contra él de algún modo o para ganar algo de tiempo.

—¿Significa eso que no crees que yo sea buena persona?

—Zoë, no es un asunto abierto a discusión.

—Vas a matarme y ni siquiera sé por qué.

—Eso me decepciona. Creí que habías cambiado. He visto cómo vives ahora y cómo has entregado tu vida a cambio de la de tu amigo. Parecía prometedor, pero si no sabes por qué estás aquí, entonces tal vez no hayas cambiado después de todo —dijo con lo que parecía verdadera tristeza—. Y ahora, cállate por favor.

Sí, mejor guardar silencio. Necesitaba tiempo para idear una estrategia de ataque y defensa.

Esperaba que Beck estuviese diciéndole la verdad respecto a Jarocki. Si no estaba muerto, significaba que podía dar la voz de alarma. Él sería el frágil hilo que la conectaría con el departamento de policía de San Francisco. Pondrían en marcha una operación de búsqueda, lo que al menos era un comienzo. Necesitaba acumular más elementos a su favor.

No sabía adónde la llevaba ni si faltaba mucho todavía, pero tenía que lograr que siguiera conduciendo. Dondequiera que estuviese su cámara de torturas, seguro que era algún lugar aislado y recóndito. Una vez que llegasen allí, no habría ninguna esperanza para ella, pero si conseguía que siguiesen viajando más tiempo de lo que él pretendía, aumentarían sus posibilidades de ser interceptados por algún coche patrulla o un control de carretera. Solo había una manera de conseguirlo.

—Marshall...

—He dicho silencio.

—Ya lo sé, pero quiero hacer un trato contigo —repuso.

—Eso ya lo hemos hecho. No he matado a tu amigo el doctor.

—Lo sé, pero quiero hacer otro trato. Recuerda que matar al doctor Jarocki habría ido en contra de tu código ético. Te he ahorrado ese error. Eso tiene que valer algo.

—No tienes nada que ofrecerme, Zoë.

—Entonces llámalo petición. Solo escúchame. Es importante.

Beck permaneció en silencio durante largo rato.

—¿Qué es?

—¿Holli está muerta?

Esa vez el silencio fue aún más largo.

—Sí.

La confirmación le causó un profundo dolor. La hirió por dentro. Su amiga estaba muerta de verdad. Cerró los ojos y sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Me gustaría que me llevaras al lugar donde la enterraste.

—¿Qué te hace pensar que la enterré?

—No sé qué hiciste con ella. No me importa qué hiciste con ella. Solo necesito ir al lugar donde descansan sus restos.

—Ten cuidado con ese tono, Zoë.

—Lo siento. Es que es importante.

El ruido del motor se hizo más débil y Zoë notó que el todoterreno reducía la velocidad. El hombre abandonó la carretera y paró el vehículo. Zoë no sabía si aquello era buena señal o no.

Sin el ruido del asfalto bajo el vehículo, la envolvió un silencio inquietante. Aguzó el oído para captar el sonido de algún otro coche, pero solo percibió el ronroneo grave del motor al ralentí. La carretera que habían tomado iba a ser su tumba.

Lo oyó moverse en su asiento.

—¿Por qué es tan importante?

—Le fallé a mi amiga cuando escapé y me fallé a mí misma por no intentar salvarla. Eso me ha estado reconcomiendo por dentro desde entonces. Me ha envenenado y me ha destrozado la vida. No consigo disfrutar de nada. No recuerdo la última vez que fui feliz. Vas a acabar lo que empezaste y eso está bien. No estoy segura de que llegue a aceptar lo que hice, pero necesito visitar la tumba de mi amiga para poder pedirle perdón. Tengo que expiar mis pecados.

No lo decía solo para ganar tiempo con Beck: sentía de corazón cada una de aquellas palabras. Sí esperaba poder retrasar sus planes el tiempo suficiente para que la rescatara la policía, pero solo había dos finales posibles para todo aquello. O la mataba Beck o la policía lo mataba a él. Pasase lo que pasase, ella nunca tendría la oportunidad de pedirle perdón a Holli... y eso no podía aceptarlo.

—Aplaudo tu actitud, Zoë. Mis sentimientos hacia ti están en conflicto. Tus palabras te honran, pero eso no te salvará del castigo. Lo que hacen es conseguirte un favor: sí, tu amiga está enterrada, y sí, puedo llevarte hasta allí.

—Gracias —contestó ella.

—Pero el trayecto será mucho más largo.

A ella no le importaba.



Las luces del centro comercial estaban apagadas. Greening detuvo el coche junto a la acera, enfrente de la entrada norte. Había un vigilante de seguridad esperándolo.

—¿Inspector Greening? —dijo el hombre.

—Sí.

—Soy Jared Mills. Su colega me dijo que vendría.

Ogawa había hecho su trabajo. Era capaz de derribar muchas puertas. Independientemente del caso —un asunto burocrático, un testigo obstinado u otro cuerpo de seguridad—, su actitud beligerante obligaba a todos a someterse a su voluntad. Antes de que Greening llegase al puente Carquinez, Ogawa lo había llamado para decirle que encontraría a alguien esperándolo.

Entró y Jared cerró la puerta a su espalda.

—Por aquí. Ya se lo he preparado todo —aseguró Jared y condujo a Greening por el recinto—. Es por Zoë, ¿verdad? Es amiga mía. ¿Está bien?

—Se trata del ladrón del teléfono de hace una semana o así. ¿Sabe algo de eso?

—Lo sé todo. Ese malnacido me hizo un corte. —Se tocó el pecho—. Hasta que me cure del todo me toca hacer el turno de noche.

—Entonces, ¿sabes quién es ese hombre?

—Sí, desde luego. Tenemos su nombre y su dirección. Le he dado los datos a su compañero. También le he preparado la cinta de las cámaras de seguridad.

Jared llevó a Greening a una cabina de seguridad en la planta superior. Una docena de pantallas exhibían distintas imágenes del centro en tiempo real. Con el lugar cerrado y sin movimiento en los pasillos, las imágenes parecían congeladas. Greening se sentó junto a Jared, quien le dio un informe de arresto. La mirada del policía fue directa al recuadro en el que aparecía el nombre del autor del delito, Leroy Porter. El Contable por fin tenía nombre.

Jared señaló una pantalla que había delante.

—Esta es Zoë abatiendo a ese tipo.

Jared le dio al *play*. El ángulo de la cámara no era óptimo. Enfocaba la imagen lo bastante cerca para captar la acción pero demasiado lejos para ver las caras con claridad. Las maniobras de Zoë eran rápidas, eficaces y temerarias.

—Joder... —exclamó Greening.

Jared se echó a reír.

—Sí, lo sé. Esas historias de defensa personal que practica funcionan, ¿verdad?

Greening examinó el informe y luego la figura que aparecía en la pantalla. Puede que no pudiese ver la cara de Porter, pero sí calcular su volumen y estatura. Estaba muy flaco y no era mucho más alto que Zoë. No encajaba con la descripción que había dado Jarocki, de un hombre robusto de más de metro ochenta y cinco.

—¿Cómo de alto era ese tipo?

—No muy alto. Un metro setenta como mucho.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—No es nuestro hombre. Es demasiado bajo. ¡Mierda!

Greening arrojó el informe encima de la mesa.

—¿Qué está pasando?

—El Contable ha secuestrado a Zoë.

—Oh, Dios santo... —exclamó Jared—. No me lo puedo creer.

—Tenemos un testigo. Ha dicho que el Contable es un hombre fuerte y grandullón, de más de metro ochenta y cinco. También ha dicho que las últimas palabras de Zoë antes de que se la llevara fueron: «Tú. Centro comercial. Ladrón».

Jared recogió el informe. Lo examinó y luego dio unos golpes con el dedo en uno de los recuadros.

—Este tipo, la víctima, medía más de metro ochenta.

Greening volvió a inspeccionar el informe. Decía que la víctima se llamaba Brad Ellis y vivía en una dirección de Walnut Creek.

Jared accionó el avance rápido de las imágenes y se detuvo en el momento posterior a la refriega, señalando a alguien con el dedo.

—Es ese tipo. Ese es Brad Ellis.

—¿Podría mejorar la imagen o tiene alguna otra de él? ¿Un primer plano o algo así?

—No puedo hacer gran cosa con estas imágenes, pero lo tengo grabado por otra cámara. También podría hablar con las cadenas de noticias locales. Estuvieron aquí. La ABC, creo. Emitieron una pieza sobre el incidente.

Greening sacó el teléfono y llamó a Ogawa.

—Olvídate de Porter. No es nuestro hombre. El que nos interesa no es el ladrón del teléfono, sino la víctima. Se llama Brad Ellis y tengo su dirección.



Zoë había conseguido lo que quería: un aplazamiento de su orden de ejecución. Calculó que debían de llevar un par de horas en la carretera. Cada minuto adicional que pasaban en ella era un minuto a su favor. Era una buena noticia, pero Zoë dependía única y exclusivamente de la suerte. La suerte de que alguna patrulla de policía pasara por allí. La suerte de que pincharan y alguien la viera mientras él colocaba la rueda de recambio. La suerte no estaba resultando ser una gran aliada.

Había aguzado el oído por si pasaba algún coche o camión y había detectado muy pocos. Al fin y al cabo, era de madrugada, lo cual demostraba una vez más que no se podía confiar en la suerte. Se había planteado gritar cuando oyó que pasaba otro vehículo, pero al final decidió no hacerlo. Las posibilidades de que el conductor la oyera eran prácticamente nulas, teniendo en cuenta el ruido del motor, dos pares de ventanillas y la velocidad a la que se cruzarían. Gritar era una carta que solo podría jugar una vez. Solo podía utilizarla cuando supiese con toda certeza que le iba a resultar de ayuda. Si desperdiciaba esa oportunidad, Beck volvería a anestésicarla con el cloroformo o incumpliría su promesa de llevarla a la tumba de Holli. Ninguna de las dos posibilidades era aceptable.

Le habría encantado que la suerte tuviese algún papel en su rescate, pero sabía que, en el fondo, dependía única y exclusivamente de ella misma para salvarse. La suerte entraría en juego solo cuando ella hiciese algo para atraerla.

Beck redujo la velocidad del todoterreno y una descarga de adrenalina recorrió el cuerpo de Zoë. Aquella era la oportunidad que había estado esperando o bien habían llegado a su destino final y había perdido esa oportunidad.

—¿Hemos llegado?

—No.

Beck detuvo el todoterreno, se dirigió a la parte de atrás y abrió la puerta.

La súbita ráfaga de aire la llenó de renovado vigor. Miró por detrás de él y vio el mundo que se extendía a su espalda. Estaban en un núcleo urbano. La luz de las farolas iluminaba las aceras y los escaparates. Buscó gente con la mirada y no vio a nadie.

—Necesito repostar gasolina, y que no hagas ningún ruido.

Sujetaba el trapo con el cloroformo en una mano. Zoë pataleó y forcejeó. Brando se puso a gruñir y a ladrar.

«Sí, ladra, hijo de puta —pensó—. Despierta a los vecinos.»

Beck la retuvo en su sitio presionándole el pecho con una mano. Ella abrió la boca para gritar y él se la tapó con el trapo. Zoë lo inhaló en un acto reflejo y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, el todoterreno volvía a circular por la carretera. Dio una patada de frustración por haber perdido la oportunidad.

—Zoë, no seas estúpida, no ahora que hemos llegado a un acuerdo.

«Vete a la mierda», pensó. Odiaba el hecho de que Beck tuviera cubiertas todas las posibilidades. Aunque lo cierto era que tal vez no las tuviese todas cubiertas. Por fin, la suerte había hecho acto de presencia: el borde de la manta con la que la había cubierto se había quedado atrapado en el cierre de la puerta trasera, impidiendo que se cerrara del todo. Daba una sacudida con cada bache de la carretera.

Con sumo cuidado, Zoë se acercó rodando a la puerta trasera. ¿Sería capaz de abrirla? Sí. Haciendo un poco de contorsionismo, podía abrirla de golpe y caer rodando a la carretera. Seguramente le costaría un par de huesos rotos y varias contusiones como mínimo, pero habría valido la pena si conseguía parar el tráfico.

Sin embargo, ¿funcionaría? Circulaban por una vía rápida, a juzgar por la velocidad y la ausencia de semáforos, pero no era una autopista, porque entonces habría oído más ruido del tráfico. Si se paraba a pensarlo, en realidad, no había oído ningún otro vehículo desde que había recobrado el conocimiento. Si saltaba del coche en marcha, Beck simplemente pararía a recogerla y volvería a meterla allí dentro.

Hizo todo lo posible por impedir que la desesperación se apoderara de ella. Aguardaría el momento oportuno y esperaría a oír más tráfico. Pasó veinte minutos tomando posiciones sin alertar a Beck ni a su perro. Cuando se presentara la ocasión, estaría lista.

Seguían recorriendo kilómetros. Beck no redujo la velocidad ni se detuvo en ningún momento. Zoë tenía la pavorosa sensación de que no iba a aminorar nunca. Su destino era seguir encerrada en la parte de atrás de aquel maldito coche hasta el fin de los tiempos.

Entonces su cuerpo salió propulsado hacia delante con el frenazo del todoterreno. Era su oportunidad. Fue acercándose poco a poco a la puerta trasera. Sujetó la manta con las manos atadas y tiró de ella. Notó cómo se deslizaba a través de la cerradura, lo que significaba que no estaba bien cerrada. En el momento en que percibió que el todoterreno empezaba a girar, tiró otra vez de la manta y golpeó la puerta con la espalda, forzándola a abrirse.

«Por favor, por favor, que la caída no sea muy brusca», rezó, cerrando los ojos, y se arrojó a la carretera. El golpe contra el asfalto fue duro, y cayó sobre el hombro. El impulso la hizo salir rodando más rápido de lo que esperaba. Levantó los brazos como pudo para protegerse la cabeza, pero se golpeó cada centímetro del cuerpo.

Aturdida, se quedó despatarrada en la calzada, con las manos y los pies atados aún. Esperaba que con la caída se rompieran las bridas, pero una vez más, la suerte no estaba de su parte. Por si necesitaba más pruebas de ello, en lugar de encontrar a montones de conductores que acabasen de presenciar su caída desde un vehículo en movimiento, estaba sola en una autovía de dos carriles flanqueada por árboles. Sola, salvo por el Contable.

Beck paró el todoterreno en plena curva, salió de un salto y caminó con paso firme hacia ella. Zoë ni siquiera se molestó en salir corriendo. No había escapatoria posible mientras siguiese atada. Se resignó a que volviera a capturarla y lo esperó, contemplando el cielo despejado y absorbiendo el fresco aire nocturno. Seguramente era el último cielo nocturno que iba a ver en su vida.

—Eso ha sido una inmensa estupidez, Zoë. —La tomó en brazos y la trasladó de vuelta al todoterreno—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando este numerito? Justo cuando creía que podía confiar en ti, me demuestras lo contrario.

La dejó en la parte de atrás del todoterreno, en medio de los ladridos ensordecedores de Brando.

—Es la última vez que me insultas.

En lo único en que Zoë podía pensar era en cómo acababa de fastidiarlo todo.

—Lo siento, lo siento, lo siento... Todavía me vas a llevar a ver a Holli, ¿verdad? Por favor...

—Sí, claro. No me lo perdería por nada del mundo.

Beck sacó una aguja hipodérmica y se la clavó en el hombro. El efecto fue inmediato. Zoë intentó mirarlo, pero todo se volvió borroso a su alrededor.

—Hora de dormir, Zoë.

CAPÍTULO 26

Greening estaba delante de la casa de Walnut Creek, mientras los hombres del equipo de fuerzas especiales del SWAT y de la policía local se movían por todas partes. Había sido un fracaso espectacular. Habían despertado a todo el vecindario para nada.

Ogawa salió de la casa con el capitán de los SWAT, lo dejó atrás y cruzó el césped en dirección a Greening.

—Aquí no hay nada. La casa lleva meses desocupada —dijo Ogawa.

Greening sacudió la cabeza. Debería habérselo imaginado en cuanto descubrieron que el teléfono era de prepago y no iba asociado a ningún propietario. Incluso el nombre del tipo, Brad Ellis, era falso. No existía nadie llamado así en toda la zona de San Francisco, al menos que encajase con su descripción.

Ogawa le enseñó un par de cartas.

—Las hemos encontrado dentro.

Greening examinó las cartas. Ambas eran del departamento de policía de Richmond. Eran informes de seguimiento del caso del robo del teléfono del Contable en el centro comercial. La guinda del pastel.

—Montó toda esa farsa para acercarse a Zoë —concluyó Greening.

—Y está pagando el precio. Hasta ahora, no sabíamos prácticamente nada de él porque actuaba sin dejar ninguna pista, pero al ir tras Zoë se ha expuesto. Ahora tenemos una descripción y un alias. Nos llevarán a algún sitio. Vamos a atrapar a ese tipo.

Como discurso para levantar la moral, no estaba mal. Ogawa tenía razón. Después de semanas avanzando a tientas en la oscuridad, por fin sabían a quién perseguían. En circunstancias normales, Greening habría estado entusiasmado, pero no en esa ocasión.

—Pero ¿lo atraparemos antes de que mate a Zoë? —dijo.

Ogawa no tenía respuesta.

Sonó el teléfono de Greening. Era el canal ABC7.

—Inspector Greening, soy Thom Futrell. Hemos hablado antes. Hemos revisado las imágenes y tenemos un plano de la persona a la que robaron el teléfono. No teníamos mucho sobre él porque no quería que lo entrevistaran, pero lo captamos con la cámara. Se lo envió ahora mismo.

Greening necesitaba una esperanza, y aquello se la daba. Su teléfono sonó de nuevo al cabo de unos segundos y abrió la captura de pantalla adjunta. No era la foto perfecta. El hombre le daba la espalda a la cámara, pero aún se veía un plano de tres cuartos de su cara. Si alguien lo conocía, lo reconocería en aquella foto. Parecía rondar los treinta y muchos, y tenía una buena mata de pelo rubio. Tenía la cara cuadrada y la barbilla fina. Así que aquel era el rostro del Contable...

—¿Con quién tengo que hablar para que emitan esta imagen todas las televisiones? —preguntó.



Una brusca sacudida despertó a Zoë. El todoterreno iba dando rebotes sobre una superficie irregular. Se forzó a sí misma a incorporarse. Vio la autopista principal por la ventanilla de atrás. Delante, había una pista de tierra sin asfaltar.

—Te has despertado en el momento oportuno —dijo Marshall Beck—. Hemos llegado.

No mentía. Habían llegado. Avanzaron por la pista de tierra unos minutos lentamente. Por la velocidad, Zoë calculó que habían recorrido casi medio kilómetro de pista cuando se detuvo el vehículo. Se grabó aquella distancia en el cerebro. Si conseguía escapar de nuevo, no estaba tan lejos del mundo real.

Beck abrió la puerta trasera y cargó con ella en el hombro. Empezaba a amanecer y el cielo se teñía de azul. Aquello significaba que habían conducido durante horas. Tenían que estar fuera de la zona de la Bahía. ¿Hasta dónde habría podido llegar en una noche: Oregón, Nevada, el sur de California? Oteó el horizonte con la esperanza de ver algún accidente geográfico, alguna colina o montaña que reconociese. Todo le resultaba completamente desconocido.

Le había pedido que la llevara, pero aquel sitio no era como imaginaba. La luz del alba iluminaba una especie de establo. También había dos cercados y una casa. Era evidente que el lugar estaba deshabitado. No es que se hallase en ruinas, ni mucho menos, pero sí muy dejado. La hierba de los cercados estaba muy crecida, y el establo, vacío. Seguramente había sido bonito en otros tiempos, y podía volver a serlo, con un poco de trabajo. Era un entorno idílico y parecía a millones de kilómetros del mundo real. Su pensamiento se volvió amargo. Holli estaba enterrada allí.

Brando salió del todoterreno y echó a correr en círculos, entusiasmado.

—¿Dónde estamos?

—Aquí es donde crecí y donde aprendí a distinguir la diferencia entre el bien y el mal. Donde aprendí lo que era el respeto.

Beck la llevó hacia el establo. A Zoë se le aceleró el corazón. Ya sabía cómo acababa aquella historia; llevaba unos números grabados en la cadera que lo demostraban. Trató de resistirse.

—Ya basta, Zoë —le ordenó Beck con un gruñido antes de seguir andando—. Ya sabías que iba a pasar. Tú misma cerraste el trato.

—Sí, y tienes que cumplir tu parte.

Beck se paró y la dejó en el suelo. Le sacaba más de una cabeza. Brando correteaba alrededor de los dos.

—Y la he cumplido. Estamos aquí.

—Dijiste que me llevarías al lugar donde enterraste a Holli.

—Está enterrada aquí.

—¿Dónde?

Señaló con el brazo en dirección al mayor de los dos cercados, pero Zoë no iba a conformarse con vaguedades.

—Tengo que ver dónde.

Beck le dirigió una mirada penetrante. Ella esperaba que entendiese por qué era importante.

—Por favor.

El hombre negó con la cabeza.

—Si se trata de alguna táctica dilatoria, no va a cambiar nada.

—No es eso.

—Espera aquí.

Beck volvió corriendo al todoterreno mientras Brando la vigilaba. Zoë observó al perro. No era una mascota cualquiera; era un asesino. Tenía el hocico lleno de cicatrices, que también le cubrían el resto del cuerpo. La mirada glacial que le dedicó indicaba que se abalanzaría sobre ella a la menor señal de provocación. Beck regresó con un manojo de bridas y con su cuchillo.

Zoë no conseguía apartar la vista del cuchillo. Era viejo, pero estaba en perfecto estado tras años de afilado manual. Era el cuchillo. El cuchillo con el que marcaba a todas sus víctimas.

—Confío en ti, así que, por favor, no abuses de mi confianza —dijo—. Y ahora, siéntate.

Beck se agachó con ella. El perro se sentó, demasiado cerca de Zoë para su gusto. Beck separó medio docena de bridas y formó una cadena con ellas. Zoë no sabía lo que se proponía hasta que le pasó los dos bucles externos por los tobillos y los ciñó con fuerza. Había improvisado unos grilletes.

Cortó la brida con la que le había atado los tobillos antes y la ayudó a levantarse.

—Ahora podrás caminar un poco.

Efectivamente, podía caminar... pero no mucho. Le había ajustado las bridas para que pudiera dar la mitad de un paso normal. No tenía posibilidad de correr, solo de caerse.

—Vamos, por aquí.

La condujo a una parte del cercado donde no había valla. A Zoë le costaba caminar por la hierba crecida. Avanzaba despacio y con dificultad. Le llegaba hasta la cintura y los grilletes se enredaban con cada tallo de hierba. Incluso al perro le costaba avanzar, obligado a saltar por encima de ella en lugar de correr a campo traviesa. Aun sin los grilletes, le habría resultado difícil. Las rodillas y la espalda se habían llevado la peor parte del impacto cuando se había tirado del todoterreno, y protestaban con cada paso que daba. Se preguntó si Beck le estaba haciendo aquello a propósito. Tal vez creía que la larga caminata por la hierba la dejaría agotada y la haría más manejable.

—¿Es Holli la única que está enterrada aquí?

—No.

—Entonces, ¿todas tus víctimas están aquí?

—No todas. Laurie Hernández no está aquí. Y tú tampoco.

Zoë tragó saliva.

—Pero no son víctimas —añadió—. La víctima es la sociedad. Ellas son las responsables.

Zoë había tocado una fibra sensible, dejando al descubierto su visión retorcida del mundo.

—¿Las responsables de qué?

—Del mal comportamiento. ¿Crees que está bien abusar, pasar por encima de las personas, armar un alboroto y esperar que otros vayan detrás de ti a solucionar los problemas que has causado?

¿Era eso? ¿El crimen del que Holli, Laurie Hernández y las demás eran culpables? ¿La mala conducta? ¿Tenía idea de lo disparatado que sonaba eso?

—¿Mal comportamiento? Todavía no sé qué te hizo Holli. Ni siquiera te conozco.

—Ese es precisamente el problema. La gente como tú nunca sabe lo que ha hecho mal, pero yo te enseñaré. Sabrás lo que has hecho y el precio que hay que pagar.

La amenaza velada la hizo estremecerse y perdió el equilibrio. Zoë tropezó y cayó al suelo. Él la ayudó a levantarse y esperó a que volviera a echar a andar. Ella se quedó donde estaba.

—¿Por qué traerlas aquí?

—Porque... —empezó, luego se calló, dejando la respuesta inconclusa.

«Otra fibra sensible —pensó Zoë—. Este lugar significa algo para él. ¿Pensará en él como en un lugar sagrado?»

Beck la agarró por la nuca y la empujó.

—Sigue andando. Casi hemos llegado.

Cuando alcanzaron el otro lado del prado, la levantó para pasar por encima de la valla y luego señaló a una pequeña arboleda.

—Es allí.

Se detuvieron en un punto bajo los árboles. La hierba allí era más corta, solo les llegaba al tobillo, y estaba atrofiada por la sombra, que la privaba de la luz suficiente para crecer. Nada parecía indicar que hubiese una tumba. No había rastro de tierra removida previamente. Aquello podía ser cualquier cosa.

Zoë caminó tambaleante por el lugar, con cuidado de no pisar directamente, por si de verdad se trataba de la tumba de su amiga.

—¿Dónde?

Entonces vio la lápida. Era una mínima expresión, pero congruente con la mentalidad de un asesino. El Contable no podía construir monumentos a lo que hacía o llamaría demasiado la atención. La piedra era grande y suave, una roca de río pulida por años y años de corrientes de agua en rápido movimiento. Los números romanos III pintados en su superficie la identificaban como la tumba de Holli.

A Zoë se le partió el corazón al verla. Hasta este momento, había albergado una microscópica esperanza de que Holli aún siguiese viva, escondida en algún lugar bajo un nombre falso para protegerse de aquel psicópata. No necesitaba más pruebas. Holli estaba muerta.

El descubrimiento destrozó a Zoë. Durante más de un año, había vivido sabiendo que había abandonado a su amiga. Peor aún, creía que había dejado a Holli morir en aquel cobertizo, pero la ambigüedad de no saber a ciencia cierta si Holli estaba viva o muerta había alimentado sus esperanzas. Siempre había una posibilidad, por mínima que fuese, de que Holli hubiese escapado, igual que ella. Era un pensamiento engañoso, un bálsamo para mantener el dolor a raya, una artimaña para evitar tener que enfrentarse a aquel momento: la confirmación y la culpa que esta llevaba consigo. Era verdad: Holli estaba muerta y era culpa suya. No pudo mantenerse de pie por más tiempo y se desplomó sobre la tumba de Holli.

—Lo siento muchísimo, Holli. Nunca debí haberte dejado. Debería haberme esforzado más para salvarte. Te fallé en el momento en que más me necesitabas.

Presionó la mejilla contra el suelo, sintiendo la humedad de la tierra, empapada de rocío, en la cara. Estuvo llorando durante largo rato, sintiendo como si el pecho fuera a estallarle con cada sollozo jadeante.

El Contable se situó detrás de ella y la incorporó de rodillas.

—Es suficiente. Ya tienes lo que querías.

Zoë tuvo una repentina revelación. Si la lápida de Holli estaba allí, las otras también debían de estar cerca. Como si acabara de retirarse un velo, vio todas las piedras que había a su alrededor. Piedras de río similares que formaban una curva en torno al árbol a su derecha y a su izquierda. Había cinco. Cada una aparecía marcada con sus respectivos números. Su mirada se detuvo en el número IV: su lápida.

—Oh, Dios... —murmuró.

—Lleva mucho tiempo esperándote —dijo el Contable. Se acercó a ella por detrás y le oprimió la boca con el trapo con cloroformo—. He cumplido mi parte del trato. Ahora te toca a ti cumplir la tuya.

CAPÍTULO 27

Eran las seis de la mañana y el despacho de la brigada de Investigación estaba tranquilo. Solo Greening y Ogawa estaban sentados a sus mesas. Ninguno de los dos había salido desde que regresaron tras el dispositivo de Walnut Creek. Todos los demás agentes que habían trabajado esa noche se habían ido a casa para ducharse y cambiarse de ropa. El equipo había investigado todas las pistas, pero era difícil seguir un hilo concreto con tan poca información. No tenían ninguna huella ni identificación para poder ir en una dirección concreta. Todo se reducía a una captura de pantalla de un hombre que se hacía llamar Brad Ellis.

Los dos se concentraron en la foto del Contable. Habían conseguido que la publicasen todos los medios de comunicación, junto con una foto de Zoë. Todos los departamentos de policía de California, Oregón y Nevada habían salido en su busca, y agentes de más de una docena de ciudades de la zona de la Bahía peinaban cada edificio vacío como posible guarida del Contable. Todos estaban al acecho, pero nadie sabía dónde buscar. Greening recordó el comentario de Ogawa sobre los casos que estaban condenados al fracaso. Aquella investigación no podía parecer más condenada al fracaso. Nunca se había sentido tan impotente como policía.

Aunque habían hecho todo lo posible para hacer pública la cara del Contable, lo avanzado de la hora jugaba en su contra. Cuando los comunicados de prensa habían llegado a los medios de comunicación, ya eran las tres de la mañana, momento en el que el índice de audiencia estaba en su punto más bajo, reducido a los trabajadores de los turnos de noche y a los camioneros. No tenían más remedio que esperar a que la costa oeste se despertara y escuchara o viera las noticias de la mañana durante el desayuno o de camino al trabajo.

—La hemos perdido —reconoció Greening—. Ese malnacido por fin ha conseguido ajustar cuentas con su víctima número cuatro.

—Oye, no lo sabes —replicó Ogawa.

—No, pero las probabilidades son muy altas. A ese hijo de puta le gusta matar cerca de casa. Lo hizo con Laurie Hernández aquí, lo hizo con Holli en Bishop y probablemente lo hizo dondequiera que acabara con las víctimas uno, dos y cinco.

—No estará muerta hasta que la encontremos.

—¿Qué mierda de argumento es ese? ¿El del gato de Schrödinger?

—No —contestó Ogawa—. Se llama ser profesional. Esa mujer está ahí fuera pasándolo muy mal, temiendo por su vida, y la trataremos como si estuviera viva hasta que se demuestre lo contrario. Y ahora madura y actúa como un policía.

Intercambiaron una mirada hostil, pero Greening no pudo seguir enfadado. Ogawa tenía razón. Zoë le necesitaba en plena forma, aunque no podía hacer caso omiso de aquella mezcla de impotencia y desesperanza. El Contable les sacaba una ventaja de seis horas. Podía estar a cientos de kilómetros de distancia y en plena acción, arrebatándole la vida a Zoë a fuerza de latigazos. Resultaba difícil ser

optimista cuando pensaba en las posibilidades de encontrarla con vida.

—Ya te advertí de que, si se trataba de un asesino en serie, las cosas se pondrían muy feas —añadió Ogawa sin asomo de rencor.

—Lo sé, pero he metido la pata hasta el fondo. No hice lo suficiente. Sabíamos que ese tipo iba por ella, ¿y qué hicimos? Dejarla en manos de su psicoanalista para que la protegiera. Debería haber estado ahí o haber montado un dispositivo de vigilancia las veinticuatro horas.

—Y si ese psicoanalista estuviera ahora aquí, se te echaría encima.

—¿Qué?

—Escúchate a ti mismo. «No hice lo suficiente.» «Debería haber estado ahí.» Son afirmaciones muy solemnes y empiezan todas en primera persona. No trabajas para una organización del yo. Trabajas en un cuerpo colectivo. «Nosotros» hicimos lo que pudimos dentro de los límites del papel que teníamos asignado. «Nosotros», como cuerpo de policía, hacemos todo lo posible para encontrar a Zoë. «Nosotros» cargaremos con la culpa si esto no acaba bien. ¿Entendido?

Era fácil expresarlo en esos términos si al final localizaban a Zoë con vida, pero no estaba seguro de cómo se sostendría si no lo hacían. No podía llevar la muerte de la chica sobre su conciencia. Por primera vez, entendía realmente cómo se sentía Zoë por haber dejado morir a su amiga. Las últimas horas lo estaban matando. No podía imaginar soportar ese sufrimiento durante quince meses.

—Lo tendré en cuenta. Voy a meter la cabeza debajo del grifo y a cambiarme de camisa. A esta le van a salir patas en cualquier momento.

—Ya le han salido. Hace rato que apestas.

Greening sonrió y agarró una camisa de repuesto que guardaba en un cajón para situaciones como aquella. Fue al baño, se quitó la ropa sucia y la corbata, y las arrojó a la encimera que había junto al lavamanos. Como no había tapones, bloqueó un sumidero con toallas de papel, llenó el lavabo de agua fría y sumergió el rostro. Dejó que el agua le refrescara la piel y que la sensación le recorriera todo el cuerpo. Sintió que le bajaba la temperatura corporal y recobraba la serenidad y el equilibrio. Estaba bajo mínimos, tanto física como emocionalmente. El agua fresca le ayudó a recuperarse. Volvía a ser un policía y, como tal, podría ayudar a Zoë. Levantó la cabeza y se la secó con un puñado de toallas de papel.

Dejó que el agua se fuera por el sumidero y volvió a llenar el lavabo con agua caliente. Empleó el jabón del dispensador para lavarse la cara, el pecho y las axilas. Se sintió un ser humano de nuevo. Le asombró que el simple acto de asearse pudiese hacer tanto por su bienestar. Se secó, se puso la camisa limpia y volvió a anudarse la corbata. Se miró en el espejo. Sí, era un poli de nuevo, un poli cansado, pero un poli al fin y al cabo.

—Aguanta, Zoë. Ya llegamos.

Cuando entraba en la oficina de la brigada con la camisa sucia en la mano, Ogawa le arrojó su chaqueta.

—Tenemos una identificación positiva. Alguien acaba de llamar por teléfono. El sospechoso se llama Marshall Beck.

Al cabo de unos minutos, Greening iba fuertemente agarrado al asidero de la puerta mientras Ogawa zigzagueaba entre el tráfico, con las luces encendidas y las sirenas a todo volumen. Ogawa se saltó un semáforo y detuvo el Crown Vic enfrente del centro de rescate de animales Garras Urbanas, en un vado donde decía «PROHIBIDO APARCAR». Una mujer delgada de mediana edad que esperaba de pie en la entrada del centro corrió hacia ellos.

—¿Kristi Thomas? —preguntó Ogawa.

—Sí. Soy Kristi.

—Soy el inspector Ogawa y este es el inspector Greening. Bien, ¿está segura de que la persona a la que estamos buscando es su empleado?

—Sí, se lo enseñaré.

Kristi abrió la puerta. Greening y Ogawa la siguieron. Se detuvo en el vestíbulo y señaló una pared donde aparecían casi dos docenas de fotos individuales enmarcadas.

—Esta es nuestra plantilla, y ese de ahí es Marshall.

Señaló una foto en la segunda fila.

Greening no tuvo que comparar la foto con la que llevaba en el teléfono; tenía la imagen del Contable grabada en la memoria, y Marshall Beck era el hombre al que buscaban.

—¿De qué trabaja? —preguntó Greening.

—Es nuestro responsable financiero. Se encarga de llevar las cuentas y de rellenar las solicitudes para las subvenciones. Pero, oigan, no entiendo nada. Marshall es un buen tipo; un poco envarado y retraído, pero es un buen hombre. ¿De verdad ha secuestrado a esa mujer?

—¿Tiene los datos de contacto de Marshall: dirección, números de teléfono, cosas así? —preguntó Ogawa.

—Sí, por supuesto. En mi despacho.

—¿Cuál es el despacho de Beck? —preguntó Ogawa.

—Está enfrente del mío.

—¿Tengo su permiso para registrarlo y echar un vistazo a sus cosas y su equipo informático?

—Sí. Les doy mi permiso.

—Gracias —respondió Ogawa—. Voy a llamar a la central. Greening, tú ve con Kristi.

Kristi lo acompañó a su oficina. Se dirigió a su ordenador y extrajo los datos personales de Beck. Greening anotó la dirección de San Francisco.

—Edward, tengo su dirección.

Ogawa llegó corriendo con el teléfono pegado a la oreja. Le arrebató el papel con los datos de Beck en él y salió de la oficina, solicitando un equipo del SWAT.

Una expresión de estupor se apoderó del rostro de Kristi. Se volvió hacia Greening.

—¿El SWAT es realmente necesario?

—Cree que conoce al señor Beck, pero solo ha visto una parte de él. Nosotros conocemos la otra. ¿Le ha llamado? Si le ha advertido por teléfono, necesito saberlo.

Kristi frunció el entrecejo.

—Lo he llamado, pero no para avisarlo sobre esto. Ayer pasó algo aquí.

—¿Qué?

—Hace unas semanas, la policía de Fremont desarticuló una banda dedicada a la organización de peleas de perros. Acogimos a aquellos perros para llevar a cabo su evaluación. Marshall le tomó cariño a uno de ellos. Quería adoptarlo, pero no pasó la prueba, por lo que recibimos la orden del tribunal de sacrificarlo. Marshall no se tomó muy bien la noticia, y creo que se llevó al perro. Lo llamé e incluso fui a su casa, pero no estaba allí. No sé dónde está.

«Adora a los perros, pero odia a la gente», pensó Greening. Había gente muy rara en el mundo.

Echó un vistazo a la dirección que aparecía en la pantalla de Kristi. Era una zona residencial en Noe Valley, no la clase de lugar en el que se podía torturar a alguien sin que nadie oyera nada.

—Aparte de esta dirección, ¿hay algún sitio donde pase el tiempo? Estamos buscando un lugar tranquilo o más apartado.

—Creo que posee alguna otra propiedad, una granja o algo así. Lo ha mencionado de pasada alguna vez. Está después de Redding, creo. Aunque no sé dónde exactamente.

«En el registro público lo sabrán», pensó Greening. Tenía que buscar en las bases de datos. Beck no estaría en su casa, y a esas alturas ya debía de saber que la policía de San Francisco y casi cualquier otro cuerpo policial iban tras él. Si lo que quería era desaparecer, iría más lejos.

—Gracias por su ayuda. Me gustaría hablar con el personal sobre el señor Beck. ¿A qué hora

entran a trabajar?

—Algunos, en la próxima media hora.

—Le agradezco su cooperación. Una vez más, por favor, no se ponga en contacto con el señor Beck.

Kristi se sumió en un silencio inquietante.

—¿Hay algo más?

—Laurie Hernández. En las noticias han hablado de una posible conexión.

—Sí. ¿La conoce?

—Solía venir por aquí. Tuvimos que echarla un par de veces porque era cruel con los animales.

Estuvo aquí el día antes de que muriera. Marshall la acompañó a la puerta para que se fuera. No es posible que la matara él, ¿verdad?

—¡Edward! —llamó Greening—. Tenemos un posible móvil para el asesinato de Laurie Hernández.

Una hora más tarde, la policía de San Francisco había ocupado el centro de rescate de animales. Greening y un puñado de agentes entrevistaban al personal. Ogawa se encargaba de supervisar a los técnicos de Homicidios, que estaban registrando el despacho de Marshall y su equipo informático. Con un nombre, un número de la seguridad social y una cuenta bancaria donde le ingresaban el salario, la brigada tenía un rastro de papel que poder seguir. Quién era Marshall Beck y quién había sido alguna vez estaban a unas pocas bases de datos de distancia. Gracias al departamento de Tráfico, emitieron una orden de búsqueda para localizar su Honda Pilot. Capturarían a Beck, solo era cuestión de tiempo. Y ese era justo el problema para Greening. La investigación avanzaba rápidamente, pero no lo bastante para Zoë.

Greening revisó sus notas y dio las gracias a una de las especialistas en animales del centro por su tiempo. Estaba llevando a cabo las entrevistas en la oficina de adopciones. La mujer le había contado lo mismo que el resto de los compañeros de trabajo de Beck: era un tipo callado, poco sociable y reservado.

Cuando la mujer salió del despacho, Greening vio entrar a Ogawa.

—El SWAT acaba de entrar en su casa. Allí no hay nadie.

Greening ya lo había imaginado.

—La están registrando. Parece limpia. No hay nada que lo relacione con Zoë o Laurie Hernández.

Greening odiaba a Marshall Beck. Aquel maldito hijo de puta era temerario, pero a la vez se desenvolvía con mucho cuidado. Además, sabía cómo esconderse.

—¿Y ahora qué?

—El enfoque apisonadora. Registraremos cada centímetro cuadrado de esta ciudad hasta que lo encontremos. Eso es lo que hay que hacer.

El problema era que ese proceso era lento.

Sonó el teléfono de Greening. Era Rogerson, de la brigada de Investigación, así que activó el altavoz.

—Consulta tu correo electrónico. Acabo de enviarte los antecedentes policiales de Marshall Beck.

Greening abrió el portátil. Había hecho que se lo llevaran después de que Ogawa y él ocuparan el centro de rescate.

—¿Habéis encontrado la ubicación de una segunda propiedad?

—Sí, creo que la tenemos. Está cerca de Burnt Ranch. Es un rancho o un establo o algo así, pero antiguamente era una casa de acogida. Compró el lugar en una subasta hace cinco años, básicamente cubrió los impuestos atrasados. Lo puso a nombre de una fundación, por eso al principio no lo encontrábamos.

Después de que Rogerson les diera la dirección de la propiedad, Greening colgó y abrió el correo

electrónico. Ogawa rodeó el escritorio para mirar por encima del hombro de Greening. Los archivos adjuntos eran interesantes. Beck nunca había sido detenido. De hecho, no tenía ni una multa por exceso de velocidad. Las direcciones de su historial en la jefatura de Tráfico lo situaban en Bishop, Stockton, Redding y Sacramento.

—Cuando esto termine, nos conviene comprobar si hay denuncias de mujeres desaparecidas en esas zonas que coincidan con el perfil de Beck —dijo Ogawa.

«Sí, pero eso puede esperar», pensó Greening.

Hizo clic en un enlace que incluía la frase: «Te interesa ver esto». El enlace era de un artículo de *Los Angeles Times* de finales de los ochenta. En él se hablaba del Palomino Ranch, una casa de acogida en el condado de Trinity. Habían retirado a más de una docena de niños de la custodia de Jessica Wagner, quien había sido detenida por abuso a menores y maltrato infantil. Wagner había instaurado una política de castigos corporales a los niños, azotándolos con un látigo hasta hacerlos sangrar. Había llevado a cabo esa práctica durante más de una década antes de que intervinieran las autoridades. Cuarenta y siete niños de un total aproximado de ochenta se habían prestado a testificar. La única razón por la que se había descubierto aquel horror era que uno de los niños había escapado después de una brutal paliza.

—¿Qué posibilidades hay de que Beck fuera uno de esos chicos? —dijo Greening.

Ogawa negó con la cabeza.

—Dios, no me extraña que esté tan jodido.

«Así es como se crean los monstruos», pensó Greening.

Otro enlace lo llevó a un artículo posterior según el cual Jessica Wagner se había suicidado después de ser puesta en libertad bajo fianza.

—Esa hija de puta se libró fácilmente —soltó Ogawa.

Greening no dejaba de darle vueltas a una pregunta: ¿se habría llevado Beck a Zoë allí? Cabía la posibilidad. Había terminado en San Francisco. Tenía dos opciones: matar rápidamente a Zoë y huir o llevarla a algún lugar donde pudiese esconderse y tomarse su tiempo con ella. Greening esperaba que fuera la última opción. El condado de Trinity estaba a seis horas en coche de Napa. Teniendo en cuenta la distancia, era más que probable que Zoë estuviese viva.

—¿Crees que la ha llevado allí?

—Es una posibilidad muy remota. Es un largo trayecto si estás huyendo. Apuesto a que la retiene en algún sitio cercano, pero llamaré al sheriff de Trinity y les pediré que se acerquen a echar un vistazo.

CAPÍTULO 28

Zoë se despertó suspendida por las muñecas, desnuda. El cloroformo la había dejado un poco mareada, pero el efecto se iba desvaneciendo rápidamente. Poco a poco fue asimilando lo que la rodeaba. Estaba en el establo, colgada de un gancho clavado en una columna de madera. Se hallaba a más de medio metro del suelo, pero tenía los pies apoyados en un taburete. Beck le había atado las muñecas con unas esposas de estilo *bondage* con forro de piel de oveja. Eso sugería que tenía la intención de dejarla ahí colgando durante mucho tiempo.

Su ropa estaba desperdigada por el suelo de tierra, hecha jirones. La imagen de Beck arrancándole la ropa le hizo sentir un escalofrío. Dudaba que aquello tuviese algún carácter sexual; nunca le había dado la sensación de que nada de aquello estuviese relacionado con el sexo. Aun así, el hecho de que la viera desnuda era otro tipo de violación.

Beck apareció ante ella, lo que la hizo estremecerse. Llevaba una de las cosas que Zoë más temía, ese maldito cuchillo de caza enfundado en la cadera. Con ambas manos, sostenía el látigo, enrollado. A Zoë se le aceleró el corazón. El látigo significaba que se acercaba el final. Ella nunca había llegado a ese punto. La había secuestrado y desnudado antes, pero nunca había llegado tan lejos como para azotarla. Holli, Laurie Hernández y las otras mujeres sí habían sufrido los latigazos, pero ella había logrado escapar a ese destino, hasta entonces.

Beck vio que miraba el látigo. Lo levantó y lo examinó.

—Lo fabriqué yo mismo. Tardé más de un año en terminarlo. Seguí las técnicas que empleaban los antiguos marineros para mantener a raya a sus tripulaciones. Es una herramienta muy eficaz en las manos adecuadas... En las mías.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella.

—Esa no es la pregunta correcta. Deberías preguntar: ¿qué he hecho yo para merecer esto?

«Nada», pensó Zoë y dejó escapar un sollozo. Se odió por ello. Al entregarse a él, se había prometido a sí misma que no mostraría ninguna señal de debilidad, no le daría esa satisfacción. En ese momento, humillada y aterrorizada, sintió que su determinación se desmoronaba.

—La razón de que estés aquí es tu incapacidad para reconocer tus errores.

—¿Mis errores? —exclamó, furiosa—. ¿De qué soy culpable exactamente, de armar jaleo en un restaurante? ¿Cuáles fueron los errores de las demás mujeres? ¿Hacer ruido en la biblioteca? ¿Cruzar la calle sin mirar? Joder, ¿cómo puedes ser tan increíblemente ruin?

Esperaba oír alguna una diatriba en respuesta. En cambio, su desprecio no hizo la menor mella en él.

Beck lanzó un suspiro.

—Creía que tú, a diferencia de todas las demás, habrías cambiado. Has gozado de la ventaja del tiempo, algo de lo que se vieron privadas tu amiga y el resto. Tuvieron que descubrirlo mientras recibían su castigo. Tú has tenido la oportunidad de reflexionar sobre la situación. Creía que lo entenderías.

Entenderlo, no. Cambiar, sí. Su vida había cambiado radicalmente después de que escapara de él. Jarocki había pasado un año tratando de comprender esa vida y por qué la llevaba. Lo único que sabía era que el Contable la había cambiado para siempre, estaba destrozada.

—Durante estas últimas semanas —continuó hablando—, he estado observándote. No eres la mujer a la que me encontré la primera vez. Has madurado y sabes cuál es tu lugar en el mundo. La forma en que antepusiste la recuperación de mi teléfono a tu propia seguridad personal me dejó asombrado. Estuve a punto de absolverte de tus pecados pasados y de darte tu libertad al instante.

Pronunciar la palabra «libertad» delante de ella en ese momento era cruel. La idea de que podría haberse liberado de él era peor que saber que había estado siguiéndola.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Vi que, en el fondo, no habías cambiado. Hablé con Rick Sobona. ¿Te acuerdas de él? Casi le rompes la nariz después de coquetear con él y provocarlo. A pesar de lo que te pasó y de la oportunidad que se te brindó, decidiste comportarte como una fulana. Ahora ya lo entiendes.

No lo entendía ni lo entendería jamás. Su manifiesto tenía sentido para él y solo para él. Zoë negó con la cabeza.

—Tú y todas las demás sois culpables de lo mismo, la falta de respeto por vuestros conciudadanos.

—¿Eso es todo? ¿Mi crimen es la falta de respeto? ¿De verdad merezco morir por ser una maleducada?

—Sí.

Su respuesta fue tan fría que Zoë se quedó perpleja.

—¿Por qué no persigues a asesinos, violadores y narcotraficantes? Esas personas hacen verdadero daño a la sociedad.

—Porque ya existen leyes para ellos —respondió—. Por desgracia, la mala educación no es un delito, y la falta de respeto no recibe ningún castigo. La gente lo hace sin consecuencias, mientras que el resto de nosotros tenemos que aceptarlo con resignación.

Zoë sacudió la cabeza de nuevo. Era tan pueril... Su lógica resultaba incomprensible. Secuestraba a mujeres, las marcaba con un número y luego las azotaba como una especie de castigo por su mal comportamiento. ¿Cómo podía haber manera de justificar su solución?

—¿Sabes en qué consiste la tortura de la gota china? No se trata de ahogar a alguien. Es una sola gota de agua que le cae encima a una persona, entre los ojos, una y otra vez, hasta que la vuelve loca. Eso es lo que sois tú y las demás: sois como gotas de agua que caen una y otra vez en la frente de la sociedad. Por separado, sois insignificantes, vuestro efecto es mínimo, pero combinadas y repetidas mil veces al día, sois nocivas para la sociedad. Molestáis a la gente y luego os portáis mal con los demás, propagando el ciclo de la falta de respeto. ¿Ahora lo ves? ¿Lo entiendes?

Sí, lo entendía. Comprendía que estaba loco y que no tenía sentido razonar con él.

—¿Quién te hizo esto a ti?

—Nadie me ha hecho nada. Una buena mujer me enseñó la diferencia entre el bien y el mal, una buena mujer que pagó el precio por sus creencias. Se acabó la charla.

Beck apartó el taburete en el que Zoë apoyaba los pies. Solo descendió unos pocos centímetros, pero el efecto fue inmediato. De repente, sintió todo el peso de su cuerpo en las muñecas y los hombros. Puede que las esposas estuviesen forradas, pero no podían aliviar la intensa presión en las muñecas, que le quemaban. Las articulaciones de los hombros también cargaban con todo el peso. Era como si la gravedad se hubiese apoderado de sus piernas y tirase de ellas. Sintió como si le estuvieran separando los brazos de las articulaciones. No hacía falta que la azotara, aquello era sufrimiento suficiente. ¿Cómo lo habían soportado Holli y las demás durante más de un segundo?

—Ha llegado la hora de tu castigo, Zoë.

«No», pensó ella. No quería morir. No quería pasar por lo mismo que Holli. Había visto el rostro de su amiga en ese almacén. Era el rostro de un muerto viviente. Ella no quería morir así. Forcejeó y corcoveó tratando de girar en los grilletes. La anilla de acero que unía las esposas atravesaba el gancho.

—No, por favor... No tienes que hacer esto. No tienes que matarme, he aprendido la lección.

Intentó golpearle con las piernas. Beck soltó el látigo y le abrazó las piernas con fuerza hasta que dejó de balancearse.

—Zoë, te estás rebajando. Es la hora de sufrir las consecuencias de tus actos.

—No quiero morir.

Nunca en su vida había hablado con tanta sinceridad.

Beck la miró.

—Puede que no mueras, pero tienes que recibir tu castigo.

La respuesta de Beck sonó igual de sincera. Zoë no sabía si mentía para darle falsas esperanzas. Quería creer que había una salida, pero ¿a quién pretendía engañar? Si dejaba que continuara, sería el último día de su vida.

Beck le soltó las piernas y se arrodilló para recoger el látigo. Tenía la cabeza a escasa distancia. Zoë arremetió con fuerza contra ella con el pie. No le alcanzó la cabeza, pero le dio de lleno en el hombro, y sintió un dolor inhumano en los dedos de los pies a causa del impacto. Suspendida en el aire, le costó imprimir fuerza a la patada, pero lo sorprendió, de manera que el golpe bastó para hacerlo caer al suelo.

La miró disgustado y sacudió la cabeza.

—No tienes remedio, ¿verdad?

Zoë había tenido una oportunidad y la había desperdiciado. No se molestó en suplicar. Ya no tenía sentido.

Beck se levantó con el látigo en la mano. El suelo de tierra estaba húmedo, y se había empapado la camisa. Se examinó la prenda sucia y cruzó el establo en dirección a una bolsa de lona colgada de un gancho, entre dos compartimentos del establo. Sacó un polo limpio.

«El aseo y la virtud van de la mano», pensó Zoë.

Beck le dio la espalda y se quitó la camisa. Su espalda era toda músculo y estaba recubierta de cicatrices zigzagueantes. Le había dicho que una mujer le había enseñado a distinguir el bien y el mal, y había pagado el precio. Al ver su piel desnuda, todas sus preguntas hallaron respuesta. La respuesta a quién era y en quién se había convertido estaba grabada en aquella carne lacerada. Beck se puso el polo.

Devolvió la bolsa a su sitio y sacó algo pequeño. Se acercó a ella y se lo tendió para que lo viese.

—Vas a necesitar esto.

Era un trozo de goma. Las marcas de los dientes de sus anteriores usuarias llenaban la superficie.

Las lágrimas le resbalaron por el rostro mientras se lo colocaba en la boca.

Beck se puso detrás de ella. Zoë oyó el ruido del látigo al desplegarse y golpear el suelo de tierra, antes de que Beck lo sacudiera dos veces. El restallido del látigo en el aire la hizo estremecerse.

No verlo era mucho peor que verlo. No saber lo que estaba haciendo añadía un factor de miedo. Zoë no distinguía si obtenía placer con lo que estaba haciendo. No sabría cuándo estaba a punto de golpearla. ¿Sabía él que así era mucho peor? Zoë no lo creía. No era un sádico, simplemente estaba demasiado ensimismado, demasiado absorto en sus propios planes para tener en cuenta a cualquier otra persona.

—Voy a empezar, Zoë. Es mejor que te prepares física y mentalmente para el dolor.

Aquello iba a ocurrir de verdad. No había escapatoria. Trató de mentalizarse para lo que estaba a punto de suceder, pero no pudo. Su mente no conseguía asimilar la idea. Respiraba agitadamente y con dificultad, y empezó a sudar de forma profusa.

—No lo olvides, tú te lo has buscado.

Zoë mordió el trozo de goma, cerró los puños con fuerza y entrelazó las piernas a la altura de los tobillos.

Más allá de los latidos de su corazón desbocado, solo oía el chasquido del látigo al cortar el aire.

—Uno.

Un chasquido, un restallido y luego el dolor. Ocurrió tan rápido que no estaba preparada, y tardó un instante eterno y turbio en asimilar que la había azotado. El impacto fue brutal. ¿Cómo podía algo tan inherentemente flexible como un látigo tener el poder de una barra de acero? La agonía era abrasadora e insoportable. Al principio solo sintió un leve escozor, pero se avivó rápidamente y el fuego se le extendió por toda la espalda y hacia el centro del cuerpo.

Tensó todos los músculos para hacer frente a la sobrecarga sensorial que estaba experimentando. Su cuerpo se convirtió en una roca.

—Dos.

Chasquido, restallido, fuego.

Su cerebro se vio inundado por el fragor del dolor. Le resultaba ensordecedor. Si gritó, no oyó sus propios gritos.

—Tres.

Fue como si aquel latigazo se hubiese cruzado con el anterior. Al cabo de un segundo, ya no estaba tan segura. Las terminaciones nerviosas de la espalda podían ser engañosas. Todas ardían a la vez.

—Cuatro.

Chasquido, restallido, fuego.

Su cuerpo se balanceaba adelante y atrás. La suave brisa no lograba refrescarla, solo realzaba la temperatura de su piel. El sudor brotaba de cada poro, se derramaba sobre sus heridas e incrementaba un poco más aquel dolor atroz.

—Cinco.

Algo lento y espeso le resbalaba por la espalda. Una nueva oleada de pánico la sacó del aturdimiento. «¿Estoy sangrando?», gritó su cerebro. No sabía si era real o una ilusión.

Alguien gritaba su nombre a lo lejos. Abrió los ojos. El Contable estaba delante de ella. Levantó la mano para quitarle el trozo de goma de la boca y volvió a colocarle el taburete bajo los pies. Zoë se apoyó desfallecida en él.

—Eso es solo el comienzo —dijo—. Todavía tenemos un largo camino por delante. Quiero que asimiles lo que acaba de ocurrir antes de continuar.

Zoë recordó la imagen de Holli colgando en el almacén. Tenía el cuerpo inerte, empapado en sudor, suciedad y sangre. Su aspecto era tan terrible que creyó que estaba muerta. ¿Cuántos latigazos había recibido su amiga antes de que Zoë se asomara a las ventanas llenas de mugre? Que la cifra hubiese sido baja era casi tan aterrador como si hubiese sido alta. Un número pequeño significaba que el poder del látigo era devastador. Un número más alto significaba que aún tenía mucho tormento que soportar.

—¿Te arrepientes, Zoë?

—Sí. —Tuvo que reunir todas sus fuerzas para pronunciar la palabra.

—¿De veras? Tus errores han causado dolor y frustración a otras personas. ¿Entiendes eso?

«¿A qué personas? —quiso preguntarle—. ¿A quiénes exactamente he hecho daño?» Pero no merecía la pena formular esas preguntas. No había respuestas. No había posibilidad de enmienda. A él todo eso le daba lo mismo. Aquello era toda una declaración de principios para él, y nada de lo que Zoë hiciese iba a hacerle cambiar de opinión.

Beck se subió al taburete con una botella de agua. Destapó la botella y se la acercó a la boca. Zoë bebió con avidez, tragando agua y derramándola a partes iguales, pero no importaba, porque el agua apagaba el fuego en su interior, embotaba el dolor y amortiguaba el ruido blanco de su cerebro.

—Lo siento —dijo.

Beck sonrió con expresión comprensiva.

—Eso está bien. Continuemos.

Volvió a ponerle la goma en la boca y le retiró de nuevo el taburete de los pies.

Zoë cerró los ojos con resignación y luego los abrió de golpe. Acababa de oír el sonido de un vehículo derrapando fuera.

CAPÍTULO 29

—¡Departamento del sheriff del condado de Trinity! —gritó el agente—. ¿Hay alguien ahí?

«Mierda», pensó Marshall Beck. Zoë profirió un grito, pero con la goma en la boca, se vio reducido a un gruñido. Beck se volvió y le dio un puñetazo en el estómago. El grito enmudeció en su garganta mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Tienes que estar callada, Zoë. No puedo permitir que lo estropees.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —llamó el agente, y a continuación, hizo sonar el claxon de su vehículo.

Beck se bajó del taburete de un salto, recuperó el trapo con cloroformo y le echó un chorro antes de subirse otra vez al taburete.

—Lamento la interrupción, pero no tardaré.

Zoë chilló de nuevo a través del pedazo de goma, pero él sofocó el sonido con el trapo. Comprobó que el cloroformo surtía efecto y el cuerpo de Zoë se entregaba al abandono.

Beck se bajó del taburete y tiró el trapo al banco.

—Sí, estoy aquí.

Tenía que tener cuidado con aquel policía. La confrontación no era la respuesta. No tenía nada en contra de aquel agente; el hombre solo estaba haciendo su trabajo. Pero lo que era aún más importante, sus superiores sabrían que estaba allí, aunque la gran pregunta era por qué. Aquel lugar estaba fuera de todos los radares, por lo que nadie debería tener ninguna razón para ir allí a menos que lo considerasen sospechoso... y eso sí que sería problemático. Se hizo con el cuchillo de caza y se lo metió en la cintura de los pantalones, a la espalda.

—Ya voy —dijo.

Salió del establo acompañado de Brando. De pie junto al coche patrulla, había un agente de amplias espaldas y unos cuarenta años que miraba hacia la casa. Interpretó el hecho de que hubiese acudido solo como una buena señal. Aquello era un simple tanteo del terreno. Si hubiera ido realmente en serio, tendría a todo un equipo de los SWAT allí.

—Hola —lo saludó Beck afablemente—. ¿Puedo ayudarle en algo?

El agente se volvió. Se llevó la mano a la cadera derecha y desenfundó su pistola.

Beck supo al instante que su escondite secreto ya no era un secreto. No tenía por qué significar el final, sino que tendría que empezar de nuevo. Podía desaparecer fácilmente y resurgir con una identidad diferente. En el fondo sabía que llegaría el día. Solo tenía que deshacerse de aquel poli.

Se quedó quieto y levantó las manos.

—Tranquilo, tranquilo. Vaya, ¿me puede decir qué ocurre?

—No se mueva de donde está.

—Me está apuntando con un arma. No me estoy moviendo. Solo dígame cuál es el problema.

—¿Es usted el dueño de la propiedad?

—Sí.

—¿Se llama Marshall Beck?

—Sí.

—¿Está solo? —preguntó el agente.

La voz del policía adquirió un tono distinto, pero Beck no detectó miedo. El hombre era un profesional sometido a una situación de mucha presión.

—Sí, solo estamos el perro y yo. Estoy haciendo unas reformas en el establo.

—Señor, voy a tener que detenerlo.

—¿Detenerme? ¿Por qué?

—Está relacionado con un asunto del departamento de policía de San Francisco.

—¿Qué asunto?

—Tendrá que preguntárselo a ellos. Yo solo tengo que detenerlo. Ahora quiero que se tumbe boca abajo en el suelo con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza.

Pese a la gravedad de la situación, Beck no estaba preocupado. Aquel policía no sabía con quién estaba tratando. Podía disuadirlo.

—Vamos, es absurdo. No tiene por qué hacer esto. Si quiere que le acompañe, le acompañaré, pero no hay necesidad de ponerse tan dramáticos.

—Señor, necesito que siga el procedimiento.

El agente hizo amago de encender la radio que llevaba prendida del hombro. Beck no podía permitir que desbaratase sus planes poniéndose en contacto con su departamento y dejando que asaltasen el lugar. Antes tenía que terminar lo que había empezado. Tenía que terminar con Zoë. Dio un paso hacia el agente.

El policía apartó la mano de la radio.

—No se mueva de donde está, señor.

—Está bien, está bien. Lo entiendo —contestó Beck y se detuvo.

Tal vez él sí lo había entendido, pero Brando no. El perro siguió acercándose al policía.

—Señor, necesito que detenga a su perro.

—Pensaba que quería que me tumbara en el suelo. No puedo hacer las dos cosas.

—Señor, por favor.

Beck percibió el leve temblor en la voz del agente. No hizo nada por detener a Brando y dejó que el perro continuase avanzando hacia el policía.

—No pasa nada. Es usted un desconocido para él, lo único que quiere es olisquearlo. Esto puede ser mucho más sencillo. Deje que se le acerque y le olisquee, y luego se quedará mucho más tranquilo.

El agente blandió el arma y apuntó con ella a Brando. A Beck lo alivió que apartara la pistola de él, pero no a expensas de Brando.

—Haga que el perro se quede quieto. No me obligue a dispararle.

Beck contuvo su repentino acceso de rabia.

—No hay necesidad de hacer eso.

—Entonces, consiga que el perro se pare, señor.

Brando había cubierto la mitad de los cuarenta metros que lo separaban del agente.

Beck extendió las manos.

—Su correa está ahí, en el coche, así que tengo que ir a buscarla. —Dio un paso de tanteo, aproximándose al agente—. ¿Le parece bien que me acerque hasta ahí?

El agente volvió a apuntar a Beck con el arma.

—No se mueva.

Beck hizo lo que le decía. Observó al agente sopesar sus opciones. No tenía ninguna. Eran dos contra uno. No había ninguna solución a su favor.

—Yo sacaré la correa del coche y se la lanzaré. Solo tiene que decirme dónde está.

—En el asiento de atrás o en el del pasajero. Debería verla desde fuera. Las puertas están abiertas.

—No se mueva.

Beck alzó las manos de nuevo como confirmación.

El agente se acercó al Honda de Beck, alternando la mirada entre Brando y el dueño de este. Brando estaba ya a menos de diez metros del coche patrulla.

—Dígale al perro que deje de moverse.

—Brando, detente.

Brando hizo caso omiso de Beck, tal como este esperaba.

—Ya se lo he dicho, siente curiosidad.

El agente tenía que apartar la vista de ellos para buscar la correa. En el instante en que volvía la cabeza para abrir la puerta, el perro echó a correr hacia él.

Beck sonrió. Brando era un verdadero amigo. El mejor que había conocido.

El animal se movió con rapidez y sigilo. El agente tenía la cabeza dentro del todoterreno y no advirtió que el perro se acercaba a él hasta que se le vino encima. Apenas tuvo un segundo antes de que Brando lo estrellara contra el lateral del vehículo. El agente se hizo un ovillo bajo los cuarenta kilos de peso del animal. Gritó cuando el perro le mordió el brazo con que sostenía la pistola.

Beck interpretó el grito como su señal para intervenir y corrió hacia el agente, desplomado en el suelo. Brando lo tenía inmovilizado contra el costado del todoterreno. El perro siguió mordiendo el brazo del agente, empujándolo hacia delante y empotrándolo contra el vehículo. El agente golpeaba a Brando una y otra vez con el brazo que tenía libre, pero era inútil. Intentó darle una patada, pero también fue inútil. Estaba luchando contra un animal que solo sabía hacer una cosa: matar.

Brando cambió de táctica y tiró del policía, alejándolo a rastras del vehículo para sacarlo al espacio abierto. También lo arrastraba lejos de su arma. El agente se abalanzó sobre la pistola, tirada en el suelo, pero quedaba fuera de su alcance. Había perdido aquella batalla.

Entonces se llevó la mano al cinturón y sacó la pistola táser. La presionó contra el cuello de Brando y apretó el gatillo. El perro retrocedió ante la descarga eléctrica con un alarido, mezcla de confusión y dolor. Se detuvo, mirando detenidamente al agente. Fue todo lo que necesitó el policía.

Beck vio lo que iba a suceder antes incluso de que ocurriera.

—¡No! —gritó.

El agente rodó por el suelo hacia su arma. La asió, apuntó a Brando y disparó dos veces en el torso del pit bull. Los dos disparos dejaron al perro inmóvil en el sitio.

Con el alivio del ver morir al perro, el cuerpo del agente se quedó sin fuerzas y este se tendió de espaldas, tratando de recuperar el aliento.

Corriendo aún, Beck se sacó el cuchillo de la cintura.

—Cabrón...

El policía reaccionó incorporándose de repente con el arma en la mano, pero Beck se le echó encima y le quitó la pistola de un puntapié antes de abalanzarse sobre él. El agente le gritó algo que no entendió. Lo único que oía era el fragor de la sangre en sus oídos, impulsada por la rabia y el odio. Hundió el cuchillo en el estómago del policía, donde el chaleco antibalas no lo protegía, y tiró hacia arriba tratando de alcanzar los órganos vitales.

El agente chilló de dolor. El estupor le oscureció el rostro, luego se lo paralizó. Su cuerpo se tensó formando un arco. Beck aumentó la presión sobre el cuchillo, retorciéndolo y hundiéndolo más adentro, ensañándose y haciendo que el dolor lo consumiera un poco más.

—No deberías haber disparado a mi perro —dijo, y luego sacó el cuchillo.

La sangre manaba de la espeluznante herida, pero el agente no hizo nada para contenerla, y tampoco Beck.

Se puso de pie y corrió junto a Brando. El perro estaba inmóvil. Se dejó caer de rodillas y acercó el oído al pecho del pit bull. No percibió su pulso.

Se echó a llorar, con sollozos incontrolables que le estremecían todo el cuerpo. No recordaba la última vez que había llorado por alguien, ni siquiera por sí mismo en sus momentos más bajos.

Quería seguir abrazado a su amigo más tiempo, pero recordó sus prioridades. No tenía mucho tiempo para terminar el asunto que tenía pendiente. Cuando aquel policía no contestase las llamadas de la central, enviarían refuerzos. Calculaba que disponía de una hora antes de que llegaran. El condado de Trinity era grande, y el cuerpo de policía reducido. Tenía tiempo.

—Lo siento, Brando. Te merecías algo mejor.

Se puso de pie, miró al perro, muerto pero no olvidado, y luego al agente. No estaba consciente, pero respiraba con gran dificultad. Lo rodeaba un charco de sangre, cada vez más extenso. No habría forma de salvarlo. Era cuestión de tiempo.

Solo le quedaba una cosa por hacer antes de poder marcharse. Se dirigió de nuevo al establo. Lo que había pasado allí no era culpa de Zoë, pero aun así, tendría que pagar por ello.

Cuando llegó al establo, Zoë había desaparecido.

CAPÍTULO 30

Los disparos habían sacado a Zoë del sopor causado por el cloroformo. Aquel sonido era una buena señal. Beck no llevaba pistola. Tenía que ser la policía.

«Estoy a salvo», pensó, pero los gritos que siguieron hicieron que cambiara de opinión de inmediato. Aunque no podía ver a nadie fuera del establo, sabía, sin más, que era el policía quien había gritado.

Casi había perdido la esperanza, pero la llegada de aquel policía lo cambiaba todo. En la comisaría tenían que saber que el agente estaba allí y, cuando no tuviesen noticias tuyas, enviarían a otra patrulla. ¿Cuánto tiempo debía esperar para que ocurriera? ¿Veinte minutos? ¿Una hora? No merecía la pena especular al respecto. Tenía que concentrarse en ir un paso por delante de Beck, y él le había brindado la oportunidad.

Había cometido un descuido con la llegada del policía: había dejado el taburete delante de ella. No lo tenía justo debajo, pero sí al alcance. Con los brazos y los hombros rabiando de dolor, estiró la pierna, introdujo el dedo gordo del pie por debajo del asiento y tiró hacia atrás. Debía tener cuidado. El suelo de tierra era blando e irregular. Si se volcaba el taburete, no tendría ninguna posibilidad. Sería el fin. Desplazó el taburete hacia ella y las patas se clavaron en la tierra blanda, por lo que se tambaleó hacia un lado. Zoë se quedó inmóvil, manteniéndolo en posición vertical con el otro pie.

—Por favor, no te caigas... —murmuró.

El taburete le hizo caso y permaneció en vertical hasta que lo tuvo debajo. Era una victoria pírrica: si bien podía apoyar las plantas de los pies, el taburete no tenía altura suficiente para ayudarla a pasar las esposas por la parte superior del gancho. Zoë se puso de puntillas y aún le faltaban dos dedos para llegar a lo alto.

«Solo me falta un pequeño salto para la libertad», se dijo.

Saltó con todas sus fuerzas, balanceando los brazos destrozados hacia delante, y se liberó del gancho. Aterrizó en el suelo con torpeza y cayó de bruces contra el suelo con un ruido sordo.

El flujo repentino de sangre de nuevo en sus brazos fue vivificante y terrible a la vez, una sensación mucho más intensa que la de aterrizar en el suelo. Quiso saborear el momento, pero no había tiempo que perder. Con las manos atadas aún, se puso de pie y se lanzó a todo correr a la puerta del establo.

Se asomó al exterior. Había oído disparos, por lo que esperaba ver a Beck muerto, pero no aquello. El policía yacía de espaldas, rodeado de sangre por todas partes, y no se movía, mientras que Beck estaba encima de su maldito perro, llorando desconsoladamente. Su rescate se había ido al traste. Todo dependía de ella.

Beck había metido la pata al matar a un policía. Cabía la posibilidad de que aquel error acabase de salvarle la vida a Zoë. Habían enviado al policía allí por alguna razón. Al no tener noticias tuyas, enviarían refuerzos. Con un poco de suerte, no tardarían en llegar. Zoë solo tenía que mantenerse lejos de

las garras de Beck hasta entonces.

No iba a ser fácil. Estaba desnuda, sola y desarmada, pero tenía algo a su favor: la esperanza. Los refuerzos tenían que estar a media hora de distancia como máximo. Podía sobrevivir ese tiempo.

—Vamos, tú puedes —murmuró—. No morirás hoy.

Echó un vistazo al camino de tierra que la conduciría a la libertad. Una carrera en línea recta era la respuesta más simple, pero nunca lo lograría. La respuesta no era escapar, sino esconderse hasta que llegara la policía. Si algo tenía de sobra aquel lugar eran posibles escondites.

Beck se puso de pie, secándose las lágrimas del rostro. Zoë tenía que actuar de inmediato o su ventana de oportunidad se cerraría en cualquier momento. Se apartó de la puerta, atravesó el establo y salió por la puerta de atrás. Los tallos altos de hierba lo cubrían todo salvo un sendero para caballos que conducía a la arboleda del lado opuesto de la finca. Si seguía el sendero, él la vería, pero podría ocultarse en la hierba.

Se dirigió a la izquierda, hacia el cercado por el que Beck la había guiado antes. Corrió con las manos esposadas contra el pecho. La ayudaba a mantener el equilibrio y protegía su cuerpo desnudo de los tallos secos y afilados de hierba.

—¡Zoë!

Oyó el grito de Beck desde el interior del establo.

Dejó de correr y se puso de rodillas, ocultándose entre la espesura de la hierba. Echó una ojeada al establo. Beck había salido con el cuchillo.

—No creas que vas a volver a escapar, Zoë. —Hizo una pausa, como esperando una respuesta.

El sudor le resbalaba por la espalda y se le metía en las heridas abiertas. Esbozó una mueca de dolor, pero contuvo un gemido.

Beck oteó el horizonte, buscándola. La respiración de Zoë era rápida y entrecortada, pero permaneció todo lo quieta que pudo. La hierba era su mejor amiga y su peor enemiga. Cualquier movimiento la delataría.

La mirada de Beck pasó de largo sobre su posición y continuó desplazándose. No tenía ni idea de dónde estaba. Eso era bueno. Lo único que debía hacer Zoë era seguir yendo un paso por delante de él hasta que llegase la caballería.

Beck regresó al interior del establo. En cuanto desapareció, Zoë salió corriendo de nuevo, agachada por debajo del nivel de la hierba, para no ser vista. Avanzó en zigzag para ocultar su paso, pero siempre poniendo más y más distancia entre ella y el establo.

—¡Eh, Zoë! —gritó él.

Una vez más, se hincó de rodillas en el suelo y se quedó inmóvil. Beck volvió a salir del establo, esa vez con algo en la mano. Se dirigió de nuevo hacia el policía muerto.

—¿Sabes cómo encontrar una aguja en un pajar?

Lo extravagante de la pregunta la confundió.

—¿No? Bueno, pues te lo voy a decir. Le pegas fuego a la paja.

Una punzada de miedo le atenazó el estómago. Iba a prender fuego a la hierba para obligarla a salir. Se fijó en lo que llevaba en la mano. Era un bidón de gasolina con una manguera. Beck se detuvo junto al coche patrulla. Pensaba vaciar el depósito de combustible con un sifón.

No necesitaría mucha gasolina para provocar un incendio. Una vez que prendiese, la vegetación reseca se encargaría del resto. Zoë necesitaba un nuevo escondite. La casa parecía su mejor opción. Estaba más cerca que Beck. Tal vez incluso tendría las cosas que necesitaba —teléfono, ropa, agua— y era un refugio. Al menos podría atrincherarse y confiar en la resistencia de la casa a corto plazo ante un incendio. Las soluciones a corto plazo eran su prioridad. Solo tenía que sobrevivir lo suficiente para que llegara la policía.

Miró a Beck. Estaba metiendo el tubo en el depósito de gasolina, no miraba hacia ella. Zoë echó a

correr, directa hacia la casa.

La hierba se acababa justo antes del edificio, de modo que, cuando llegó al borde del campo, se lanzó en plancha. Echó un vistazo al lugar. Lo último que necesitaba era que fuera alguna clase de trampa. Parecía exactamente lo que era: una casa abandonada. No sabía si había algo malo en ella hasta que entrara.

Se incorporó y miró hacia Beck. Aún seguía ocupado sacando la gasolina del depósito del coche patrulla. De nuevo agachada, Zoë corrió hacia el edificio y siguió hasta que llegó al porche trasero. Se puso en cuclillas y apoyó los hombros contra la pared.

Ya era hora de quitarse las esposas. Si Beck hubiese empleado las bridas que había utilizado antes, habría necesitado un cuchillo para cortarlas, pero había usado unas esposas de cuero, unidas con una anilla de acero. Una correa con una hebilla ceñía las ataduras. Fue desplazando la tira de la hebilla con los dientes y luego la mordió con fuerza, tirando para aflojar la lengüeta. Con la mano recién liberada, se desabrochó la otra.

Se puso en pie y se masajeó con suavidad las muñecas magulladas antes de dirigirse a la puerta trasera. Tiró de la manija. Estaba cerrada. No le costaría romper uno de los cristales de la puerta, pero necesitaba algo para amortiguar el ruido. Encontró un saco viejo y lo acercó al cristal. En las clases de defensa le habían enseñado que el codo era la estructura ósea más fuerte del cuerpo, por lo que lo puso a prueba. Lo dirigió hacia el centro de la hoja de cristal. El impacto le dio un latigazo de fuego que le recorrió el brazo hasta llegar a los dedos, pero la maniobra surtió efecto. El cristal se rompió en tres pedazos, que cayeron dentro de la casa. Zoë agarró el pomo y entró.

La cocina olía a rancio, a espacio cerrado. Debía de hacer años, si no décadas, desde la última vez que alguien había aireado aquel lugar. Una gruesa capa de polvo cubría todas las superficies. Sus pies eran los primeros en mucho tiempo en alterar la desolación de aquel sitio. Puede que el establo fuese especial para Beck, pero la casa no lo era.

Se encaminó a la sala de estar. Estaba amueblada, pero la madera podrida delataba años y años de abandono. Levantó el auricular de un teléfono de disco giratorio y no le sorprendió no oír ningún tono de marcado.

—No te preocupes, la policía está a punto de llegar —se dijo.

Si habían dejado aquel lugar intacto, tenía que haber ropa. Atravesó la cocina y se dirigió hacia los dormitorios. Abrió la primera puerta a la izquierda y se quedó sin aliento.

A diferencia de la cocina y la sala de estar, aquella habitación estaba absolutamente vacía, sin muebles, enseres ni nada. Ni siquiera tenía moqueta o suelo de madera, apenas unos toscos tablones. Zoë no vio más que dos cosas: pintadas en las paredes y algo que solo podía describirse como un cepo.

El cepo era muy rudimentario y, obviamente, de fabricación casera. Tenía forma de T, con tiras en los extremos de la viga transversal para las manos y una pieza para apoyar la barbilla, donde se unían el travesaño y el poste. No estaba muy lejos del suelo, lo que significaba que la persona tenía que arrodillarse cuando estaba sujeta con él. Luego se dio cuenta, horrorizada, de que no era solo que estuviese cerca del suelo: era de tamaño infantil. La sola imagen le provocó náuseas y, junto con el aire empalagoso y rancio de la casa, sintió ganas de vomitar.

Si pensaba que era allí donde Beck había ejercido su oficio, las pintadas de las paredes la sacaron de su error. En letras grandes y torpes, alguien había escrito: «Aquí es donde los niños impertinentes aprenden respeto». Lo habían pintado de cualquier manera, casi como quien plasma su firma en el brazo escayolado de alguien. También había decenas de nombres escritos en las paredes. El nombre de Beck estaba entre ellos. Al lado de cada nombre, había otro detalle. Si Zoë no hubiese sido marcada, podría haber pensado que aquellos símbolos eran un galimatías sin sentido, pero sabía cuál era su significado. Eran números romanos. Todos los niños los tenían. Junto al nombre de Marshall Beck aparecía el número XX.

No se trataba de su número según el orden de castigo. Zoë vio que los números se habían pintado y repintado muchas veces. Beck no era el niño número XX, sino que lo habían castigado allí veinte veces.

En aquella sala, un monstruo había engendrado a otro monstruo. En aquella sala había sido concebido el Contable.

—¡Zoë! —gritó Beck de nuevo, con la voz amortiguada por la distancia y el cristal—. Es hora de arder en llamas...

CAPÍTULO 31

Marshall Beck acercó el encendedor a la gasolina, que prendió de inmediato. Una llama naranja cruzó el suelo y la hierba. La vegetación, seca como una yesca, empezó a arder rápidamente. Las briznas se marchitaban y se volvía negras en cuestión de segundos. A medida que ardía cada una, prendían las que estaban a su alrededor. El fuego avanzaba a una velocidad satisfactoria para Beck.

Sabía que estaba cometiendo una imprudencia. Que debería haber echado a correr en lugar de provocar incendios, pero había invertido demasiado en Zoë para rendirse entonces. No podía permitir que volviera a huir sin recibir su merecido castigo. Le había llegado la hora, ese día, aunque él acabara perdiéndolo todo.

Beck dejó regueros de gasolina cada diez metros, más o menos, a ambos lados del camino de tierra. Se acercó a cada uno y los prendió para crear una avenida de fuego.

—No podrás esconderte de esto, Zoë —murmuró.

Una vez que el fuego cobró fuerza, tiró el bidón, con el resto de la gasolina dentro, en el cercado. Cuando las llamas llegaran hasta allí, serviría de reactivo adicional para impedir que se extinguieran.

El fuego avanzaba con rapidez y llegó a ambos cercados al cabo de unos minutos. El calor que irradiaban los campos lo obligó a permanecer en el centro de la carretera.

Beck no tenía miedo del infierno. La hierba no era buen combustible para un fuego continuo. Solo se producirían daños superficiales y se extinguiría por sí solo rápidamente. Sin embargo, la destrucción no era lo más importante de aquel ejercicio. El fuego debía durar lo suficiente para hacer salir a Zoë, que había sido lo bastante inteligente para esconderse entre la hierba. Podría haberse pasado todo el día buscándola en vano. Las llamas iban a acelerar el reencuentro. Solo esperaba que no la rodearan y acabaran con ella, no era eso lo que quería. Debía morir tal y como él deseaba, después de haber expiado sus pecados.

Se dedicó a correr de un lado a otro del camino, desde el establo hasta su Honda. Estaba atento a cualquier movimiento, a cualquier grito, pero le costaba atisbar algo entre las llamas y el humo. Sin querer, le había proporcionado un escondite.

Entonces cayó en la cuenta de un error aún mayor. No había hecho bien los cálculos. En lugar de empujar a Zoë hacia él, iba a alejarla de allí. Y lo que era peor aún, le permitiría refugiarse al amparo de los árboles. Debería haber iniciado el fuego en la periferia para obligarla a dirigirse al centro. Se consoló con el hecho de que, si quería llegar a la civilización, iba a tener que regresar al camino de tierra. De modo que, mientras permaneciera ahí, Zoë no podía huir. Si quería salir, tendría que enfrentarse a él.



Beck desapareció tras una pared de humo y refulgentes llamaradas. Zoë se puso muy nerviosa. Prefería verlo con claridad, pero se consoló con el hecho de que si ella no podía verlo, Beck tampoco podía verla a ella. Lo que significaba que podía moverse con la misma libertad que él.

Las llamas avanzaban por el cercado en dirección a ella. Calculó que dispondría de unos veinte minutos antes de que los campos de alrededor se vieran engullidos por las llamas.

«Venga, policía. Estáis tardando demasiado.»

Podía esperar allí fuera. La casa estaba bastante lejos del fuego principal y era una construcción sólida, por lo que a buen seguro estaría a salvo de las llamas durante un rato, pero no creía que Beck tuviera tanta paciencia.

No podía esperar a la policía, que podía estar a la vuelta de la esquina o a ochenta kilómetros. Tenía que llegar al vehículo de Beck y huir. Pero el Contable no era tonto. Seguro que esperaba una maniobra de ese tipo, por lo que iba a tener que distraerlo. Tenía que haber algo en la casa que pudiera usar.

La casa era enorme, tenía seis dormitorios y varios baños. Fue de habitación en habitación buscando algo, cualquier cosa que pudiera servirle para desviar la atención de Beck. Después de pasar por la sala de castigo, tenía miedo de lo que pudiese encontrar en los dormitorios. No la habría sorprendido hallar el cadáver momificado de Norman Bate en una mecedora y, de haber sido así, se lo habría llevado. Habría sido un doble de cuerpo perfecto. Sin embargo, solo encontró un triste dormitorio tras otro. En cada uno había dos o tres colchones, todos sin somier. La recibían unas paredes desnudas que deberían haber estado cubiertas con pósteres de ídolos adolescentes para darles algo de vida y personalidad. No había ni rastro de ropa u objetos personales. Resultaba imposible decir si se lo habían llevado todo o, simplemente, nunca había habido nada de eso allí. Solo uno de los dormitorios era distinto: el principal. Era un dormitorio de verdad, preparado para acoger a una persona: con una cama doble con sábanas, mesita de noche, cómodas, fotografías, cuadros y cortinas. Solo una cosa lo afeaba todo: una serie de manchas de color óxido que cubrían una pared y el techo. Zoë no tuvo que romperse mucho la cabeza para deducir que alguien había recibido un disparo con una escopeta en algún momento del pasado. ¿Qué demonios había sucedido en ese lugar?

Aferrándose a la esperanza de que la escopeta siguiera allí, no hizo caso de la carnicería y se acercó al armario. En el interior encontró ropa de mujer, pero ningún arma, lo que le confirmó el presentimiento de que era la casa de una mujer. A pesar de la escasez de objetos, el lugar tenía cierto aire femenino. No detectó influencia masculina de ningún tipo. Descolgó un vestido de una percha y se lo puso. Tenía motivos florales y le quedaba tres tallas demasiado grande, pero estaba dispuesta a ponerse lo que fuera con tal de cubrir su desnudez.

Encontrar el vestido había sido una buena recompensa, pero todavía no había hallado nada con lo que causar una distracción. No había nada. Aquel lugar era un santuario. Todo lo que veía era inútil. No, eso no era cierto. Los engranajes de su cerebro se pusieron en marcha. Sí, aquel lugar era un santuario; no sabía por qué, y solo Dios sabía el daño que le había hecho a Beck, pero por algún motivo, este lo había dejado para la posteridad. Destruir su santuario lo obligaría a acudir corriendo.

Zoë regresó a una de las habitaciones y miró por la ventana. Había un depósito de propano justo fuera. Lo había visto en cuanto llegó a la casa. Solo esperaba que quedara algo de gas dentro. No necesitaba mucho, lo suficiente para encender un fuego.

Volvió a la cocina y abrió uno de los quemadores. Salía gas.

—Gracias a Dios —dijo, y lo cerró.

Asió una silla de madera y la golpeó contra el suelo. Cedió un poco, pero no se rompió. La golpeó de nuevo con fuerza y esa vez se hizo pedazos. Arrancó una de las patas. En la sala de estar

encontró un paño y envolvió la pata con él. Ya tenía la antorcha. Solo necesitaba una llama.

Salió de la casa con la antorcha y atravesó la hierba corriendo en dirección a las llamas. El calor era intenso. Notó que se le evaporaba hasta la última gota de humedad de la cara y que se le reseca la piel a medida que se aproximaba al fuego. Acercó la antorcha a las llamas. El paño se tiñó de negro pero no prendió. El calor le abrasaba las manos, aun así no se echó atrás. La necesidad de que el plan saliera bien se impuso al dolor que tenía que soportar.

—Arde, por Dios.

Y su petición se vio recompensada. La antorcha prendió.

Regresó corriendo a la casa, protegiendo la llama con la mano. La antorcha improvisada ardía, pero la llama era débil.

Llegó a la casa cuando la antorcha empezaba a apagarse. Se dirigió a la sala de estar y la acercó al sofá. La tela sintética y barata prendió enseguida, y empezó a arder. Tiró la antorcha sobre un sillón y se fue a la cocina, donde abrió todos los quemadores. Cuando salía de la casa, cerró la puerta y dejó que el propano y las llamas sellaran su unión.

Zoë se escondió entre la vegetación. Corrió en paralelo al fuego, que avanzaba hacia ella, pero alejándose de la casa y del camino de vuelta a la carretera de tierra, vital para su huida. No podía hacer otra cosa. No quería estar cerca cuando estallara la casa. Ignoraba la magnitud que podía alcanzar una explosión de propano, por lo que decidió que, cuanto más lejos estuviera, mejor. Solo esperaba que la detonación fuera lo bastante fuerte para atraer de inmediato a la policía.

Vio que la mejor opción para regresar a la carretera era desandar sus pasos desde el establo. Aunque la ruta exacta que había seguido estaba en llamas, a pesar de la voracidad del fuego, no había asolado todos los caminos. El prado de detrás estaba casi intacto. Había una pequeña parte que daba a un sendero para caballos que la llevaría de vuelta al establo, siempre y cuando se diera prisa. El camino más corto hacia la libertad era una línea recta, pero la acercaría al fuego. No importaba. No podía importar. Debía irse de inmediato.

Se movió con rapidez, corriendo agachada y a cuatro patas. La técnica era lo de menos. Lo fundamental era la velocidad. Permaneció cerca de la línea de fuego. Solo la intensidad del calor y el humo le impedían avanzar más rápido.

Justo cuando se aproximaba al sendero de caballos, una explosión atronadora la arrojó al suelo. A pesar de que se encontraba a más de cien metros de distancia, la sacudida fue estremecedora. Tuvo la sensación de que el estallido se había producido junto a su cabeza. Se incorporó y siguió avanzando más rápido. Solo tenía una oportunidad para distraer al Contable y era aquella.



Marshall Beck se encontraba de espaldas a la casa cuando se produjo la detonación. No le quitaba el ojo de encima al cercado sur, en busca de Zoë. Se dio la vuelta y vio la lluvia de cristales y astillas de madera. Sabía que existía el riesgo de que el fuego acabara con la casa, pero ni siquiera la había alcanzado aún.

—Zoë —murmuró. Aquello era obra suya—. Chica lista, pero no tanto.

La explosión de la casa le indicó dónde encontrarla exactamente.

Regresó al coche, encendió el motor y salió disparado por el camino que conducía a la casa. Los vanos de las ventanas, arrancadas de cuajo, escupían llamaradas hacia el suelo. La brisa hacía ondear las cortinas, cuyos jirones en llamas revoloteaban en todas las direcciones. No podía creer que Zoë hubiera

tenido el descaro de volar la casa de Jessica.

¿Había visto las habitaciones? Eso esperaba, porque en tal caso por fin habría entendido qué estaba haciendo y por qué era tan importante para él. Beck se dio cuenta de que debería haberla llevado a la casa de Jessica en lugar de al establo. Así podrían haber evitado ese desastre.

Paró el motor, bajó del vehículo, echó a correr hacia la puerta y se detuvo frente a ella al ver que el calor hacía saltar la pintura. Una mezcla de emociones lo atenazó y le impidió moverse. La casa no era tan especial para él. A fin de cuentas, no era más que un montón de madera. No debería haber significado nada para él, pero su destrucción le afectó. Con las enseñanzas y los castigos de Jessica, ese lugar lo había convertido en el hombre que era. Era un símbolo de aquello en lo que se había convertido.

—Adiós —dijo a la casa.

Tras presentarle sus respetos, rodeó el edificio en busca de Zoë. Esperaba encontrarla inconsciente en el suelo a causa de la explosión, pero no fue así. Echó un vistazo a los árboles y el prado, pero fue en vano.

—¿Dónde estás? —le preguntó a la Zoë ausente.

No la veía por ningún lado. Zoë le había tendido una trampa, lo había alejado de la carretera de la entrada. Había mejorado bastante desde su primer encuentro. Ya no era una zorra borracha. Era inteligente y astuta, una superviviente nata. Y debía estarle agradecida, si tenía el valor de reconocerlo.

Escrutó la pista de tierra y al fin atisbó a su presa. Estaba arrodillada junto al ayudante del sheriff.

—No puede ayudarte, Zoë. Nadie puede —dijo y regresó corriendo al coche.



Cuando Zoë llegaba al sendero de los caballos, oyó que arrancaba el motor de un coche. Era el de Beck. Los neumáticos derraparon en la tierra antes de que el vehículo tomara el camino de la casa a toda velocidad.

La distracción había funcionado, pero no a la perfección. Aunque su intención era apropiarse del Honda, iba a tener que conformarse con el coche patrulla y rezó para que le quedara gasolina en el depósito. Echó a correr por el camino y atravesó el corredor de llamas. No se inmutó con ninguna de las piedras que golpeaban sus pies desnudos. En una ocasión llegó a caerse, pero se puso en pie tambaleándose. Inhaló el aire quemado e impregnado de humo y tosió con fuerza. Pese a que le dolía todo, se dijo a sí misma que era temporal. De un modo u otro, todo acabaría pronto.

Mientras corría hacia el policía tendido en el suelo, volvió la vista hacia la casa. Beck estaba en el coche y no le quitaba ojo.

—Quédate ahí, cabrón —murmuró.

Se detuvo junto al policía. No necesitó comprobar si estaba vivo o muerto. Tenía la mirada perdida, fija en el cielo.

—Lo siento —dijo Zoë.

De pronto sonó la radio que el policía llevaba al hombro. Una voz de mujer pedía la última información sobre su situación.

Zoë la agarró y pulsó el botón del micrófono.

—Hola, hola. Estoy en un lugar que tiene un establo. No sé dónde. Un hombre llamado Marshall Beck me ha secuestrado y ha matado al agente que han enviado aquí. ¿Hola?

—¿Ha dicho que el agente ha muerto?

—Sí, estoy viendo su cadáver.

—¿Cómo se llama?

—Zoë Sutton. Pero eso no importa. Está quemando el lugar. Va a matarme.

—Señora, necesito que se calme.

—A la mierda la calma. ¿Sabe dónde estoy? ¿Van a venir?

—Sí, conocemos su posición. Voy a enviar varias unidades inmediatamente. Busque un lugar seguro.

«¿Hay algún lugar seguro?», pensó Zoë.

El rugido de un motor le hizo apartar la mirada de la radio. La maniobra de distracción había llegado a su fin. Beck volvía a la carga.

—Envíen a alguien ya. Viene por mí.

Dejó la radio y tomó la pistola que se le había caído al agente. Miró el arma. Era una automática. No tenía ni idea de cómo funcionaba. Las clases de autodefensa no habían ido más allá del combate cuerpo a cuerpo. Nunca se había tomado la molestia de aprender a manejar armas. Esperaba que bastara con apuntar y disparar.

Levantó la vista. Beck no se estaba tomando la molestia de seguir el camino. Iba directo hacia ella, atravesando el cercado, directo hacia el fuego. El vehículo avanzaba a trompicones por la superficie irregular. Las llamas lo embestían, pero no parecían hacer mella en él.

Zoë se sentó al volante del coche patrulla. La llave estaba en el contacto. La giró y el motor rugió, pero no se encendió. El indicador de gasolina señalaba que el depósito estaba vacío.

—Arranca, maldita sea.

Merecía que algo saliera como necesitaba, y por fin sucedió cuando se encendió el motor.

Se puso el cinturón y accionó la marcha atrás. Echó una ojeada a la carretera de tierra que tenía que llevarla a la libertad. ¿Era libertad? En el pasado había huido y había sido en vano. Si escapaba, Beck volvería a darle caza. Zoë se había convertido en su obsesión. Huir no sería más que un aplazamiento de su ejecución. Aunque la policía lo metiera en la cárcel, siempre existía la posibilidad de que acabara saliendo. No podía permitirlo. Había llegado el momento de poner fin a aquello de un modo u otro. Puso la marcha y pisó el acelerador a fondo.

El coche se precipitó hacia las llamas. Atravesó la valla, devorada por el incendio, y se dirigió hacia Beck. Una lluvia de fuego y brasas empezó a caer sobre el capó y el parabrisas a medida que ganaba velocidad. La aguja del indicador de velocidad sobrepasó los sesenta kilómetros por hora. Tuvo que esforzarse para que el coche no desviara el rumbo. En los baches chocaba contra el suelo, y en las subidas la parte trasera volaba por los aires.

Beck lograba controlar mejor su vehículo, a pesar de las irregularidades del terreno. Iba directo hacia ella. Zoë quería chocar de frente, pero le costaba mucho mantener el rumbo, y la distancia entre ambos era cada vez más corta. Estaban tan cerca que podía verlo a través de las llamas. Su expresión era simple: concentración absoluta. No había dejado que las emociones se apoderaran de él. Tenía que hacer un trabajo e iba a cumplir su cometido. Su determinación al volante la aterraba. ¿Cómo iba a competir contra él?

Zoë topó con un bache y perdió el control del vehículo, que viró a la derecha y la dejó a merced de Beck. El todoterreno impactó contra la puerta del copiloto del vehículo de Zoë y lo desplazó. El coche patrulla levantó una cortina de tierra y atravesó la vegetación en llamas. El mundo se había convertido en una explosión de sonido e imágenes borrosas de tierra y fuego. El coche patrulla se detuvo con brusquedad, en perpendicular al vehículo de Beck.

El todoterreno había quedado destrozado, con el morro deformado a causa del impacto. No iba a ir a ninguna parte. ¿Y ella? El motor del coche patrulla se había apagado. Zoë lo puso en punto muerto y trató de arrancar, pero nada. Lo intentó una y otra vez. El motor hacía ruido, pero no se encendía. Podían

haber sucedido tantas cosas... que el calor hubiera evaporado la gasolina, que el humo hubiera obstruido la toma de aire o, simplemente, que a Zoë se le hubiera acabado la suerte.

Entonces se produjo un movimiento que le llamó la atención. Beck abrió la puerta del vehículo. Zoë soltó un grito entrecortado cuando vio que el tipo salía, armado con el cuchillo, sin miedo a las llamas. Solo le llegaban a la altura de las rodillas, pero el calor tenía que ser intenso. Zoë no pudo evitar maravillarse ante aquel enconado empeño.

—Zoë, no puedes huir de tu castigo —dijo Beck, mientras avanzaba hacia ella tambaleándose.

Ella no podía creer lo que veía, era una locura. Pero pronto iba a llegar a su fin. Las sirenas llenaban el aire. La policía estaba en camino. Sin embargo, no podía dejar que pusieran fin a aquello a su manera, que siempre dejaba espacio para el error. Tenía que acabar entonces, entre víctima y agresor. El motor se encendió al tercer intento. El sonido que emitió era áspero, pero funcionaba. Era el sonido más dulce del mundo. Puso la marcha y oyó un horrible estruendo en la parte trasera del coche cuando arrancó. Se había roto algo, pero no bastó para frenarle los pies.

Apuntó hacia Beck y arremetió contra él. La fuerza empujó al Contable contra el capó del coche patrulla. Zoë no frenó. Embistió el todoterreno de su torturador, quien quedó atrapado entre ambos vehículos. Se puso a gritar de dolor e intentó clavar el cuchillo en la carrocería, como si el hecho de apuñalar el coche fuera a servirle de algo. Era una reacción que recordaba a la rabieta de un niño enfadado con el mundo porque no hacía lo que él quería. Era un espectáculo triste y penoso. Como él.

Zoë se deleitó en su dolor. Era lo que se merecía. A pesar del sufrimiento, se trataba de una venganza justa por lo que había hecho, aunque no bastaba. Todavía no.

Empuñó la pistola del policía muerto y apuntó por el parabrisas. Beck no paraba de agitarse por culpa del dolor, ajeno a ella. Aquello no bastaba. Zoë quería que fuera consciente de lo que iba a sucederle.

—¡Contable! —le gritó.

Beck dejó de moverse y la miró, luego contempló la pistola.

Bien. Zoë quería ver miedo y terror en sus ojos, el mismo miedo y terror que ella y las demás víctimas habían sufrido en sus manos. Quería que sintiera en carne propia todo el sufrimiento al que las había sometido.

—¿Qué se siente? ¿Estás asustado? Espero que te duela tanto como a nosotras.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? Tenía razón. Te he cambiado. Te he convertido en alguien mejor. Admítelo.

Nada le haría más ilusión a Beck que creer eso. Pero a Zoë le asqueaba que pudiera pensarlo.

—Yo me he cambiado a mí misma.

Beck esbozó una sonrisa.

—Zoë Sutton, eres mi mayor logro.

Zoë se dio cuenta de que era una causa perdida. Nunca la entendería.

—No has logrado nada. Ha llegado el momento de que recibas tu castigo. Esto es por todas las mujeres a las que has hecho daño.

Entonces abrió fuego. Los estallidos dentro del coche fueron ensordecedores. El parabrisas desvió ligeramente las dos primeras balas, pero el orificio que dejaron estas en el cristal dejó vía libre a las demás. Zoë dejó de disparar cuando el cuerpo de Beck cayó sobre el capó.

En ese momento, se sintió perdida. Su vida había estado en suspenso durante mucho tiempo, atenazada por la presencia invisible de ese monstruo, que yacía muerto ante ella. Se había acabado. Era libre. La asombraba que la solución hubiera sido de una ejecución tan sencilla. Había bastado con unos cuantos disparos para poner fin al Contable. Para Zoë, él siempre había sido algo más que un hombre, más grande y poderoso, pero las balas le habían demostrado que, a fin de cuentas, era humano. Le parecía imposible que se hubiera acabado. Lo único que podía hacer era mirar fijamente el cuerpo sin vida de

Marshall Beck, que se había llevado consigo todo su desprecio y odio.

El motor del coche se estremeció antes de pararse bruscamente. Zoë no pensaba morir entre las llamas. Puso marcha atrás y el vehículo cobró vida. Marshall Beck, el Contable, cayó del capó y fue engullido por las llamas. Zoë dio media vuelta con el coche patrulla y huyó del fuego.

CAPÍTULO 32

El padre de Zoë apareció en la puerta de la habitación acompañado de su hermano pequeño.

—¿Y ahora? —preguntó.

Zoë acabó de escribir «dormitorio» en tres cajas de cartón.

—Estas cajas de aquí, el colchón y el somier.

Empezaron con el somier. Zoë se escurrió entre ellos para ayudar a su madre a envolver la vajilla en la cocina. A pesar de las pocas posesiones que tenía, estaban tardando una eternidad.

—Me alegro muchísimo de que vengas a casa —dijo su madre con una sonrisa.

—Solo hasta que me recupere.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, cariño.

Habían sido tres semanas muy largas desde su enfrentamiento con Marshall Beck en Burnt Ranch. Acompañada de Greening y Ogawa, había pasado dos días con el departamento del sheriff de Trinity, prestando declaración y ayudando a localizar las tumbas de las víctimas del Contable. Las desenterraron y las pruebas de ADN confirmaron que la tumba que Marshall Beck había identificado como la de Holli era la correcta. Greening y Ogawa la acompañaron hasta San Francisco después de que la oficina del fiscal de distrito del condado de Trinity confirmara que no iban a presentar cargos contra ella por matar a Marshall Beck.

Si en algún momento había creído que iba a regresar a una vida tranquila, se equivocaba de pleno. Los medios de comunicación lo hicieron imposible. Jarocki la acogió en su casa de Napa hasta que aquel interés empezó a menguar, pero incluso entonces le resultó imposible regresar a su casa o a su trabajo. Había demasiada gente que quería hablar con la única superviviente del Contable. Dejó el trabajo en el centro comercial y también su apartamento. Jarocki le ofreció su casa para que se quedase todo el tiempo que necesitara, pero también le dejó entrever que tal vez había llegado el momento de que regresara con su familia. No fue una decisión fácil, sobre todo teniendo en cuenta el modo en que los había rechazado, pero la recibieron con los brazos abiertos, lo que hizo que el sentimiento de culpa por haberlos apartado de su vida le escociera aún más. Pero estaban ahí, ayudándola con la mudanza. No sabía cómo iba a ser su vida en casa de sus padres, pero tampoco sabía qué iba a depararle la vida a partir de ese momento. No había nada escrito. «Todo es posible», tal y como había dicho Jarocki. El fantasma del Contable ya no la asediaba. Pero esa libertad la asustaba.

—¿Hola? —dijo Greening desde el umbral de la puerta—. ¿Puedo entrar?

—Sí, por supuesto. Pasa.

Entró en la cocina.

Zoë lo miró. Llevaba vaqueros y camiseta.

—¿Has venido a echarnos una mano?

Greening sonrió.

—No, mis obligaciones como funcionario del Estado tienen un límite.

—Me lo imaginaba. Esta es mi madre, por cierto. —Le presentó a su madre, y luego a su padre y a su hermano cuando sacaban el somier por la puerta.

—Sé que estás ocupada con el traslado, pero ¿podría hablar un momento contigo? —le preguntó.

Zoë se volvió hacia su madre.

—Yo me encargo —le dijo ella—, vosotros charlad.

Zoë salió a las escaleras para que tuvieran algo de intimidad. Greening y ella vieron a su hermano y su padre, que bajaban el somier para cargarlo en el camión de mudanzas.

—¿Cómo te encuentras?

Habían sido unas semanas de sentimientos encontrados. Sus emociones, con tantos altibajos, parecían una montaña rusa. Los altos correspondían a la aceptación de su familia y al hecho de haberse librado del Contable. Los bajos estaban relacionados con la aceptación de la muerte de Holli. Matar a Marshall Beck no debería haberle provocado ningún sentimiento de culpa, pero el hecho de acabar con una vida, por muy justificada que hubiera estado esa decisión, era difícil de asimilar.

—Bien. El doctor Jarocki me está ayudando mucho con las secuelas de lo sucedido.

—Genial —contestó Greening—. ¿Te alegras de irte?

—Me alegro de alejarme del ruido.

Greening asintió.

—Lo entiendo. ¿Adónde vas?

—A casa, con mis padres. A San José.

—¿Has ido al entierro de Holli?

Zoë asintió. Los padres de Holli la habían invitado.

—Fue el martes, en Sacramento, donde nació.

—Debió de ser duro.

Lo había sido, sobre todo cuando la madre de Holli la había abrazado después de la ceremonia y le había susurrado: «Gracias por devolvernos a nuestra hija».

—Me acompañaron mis padres. Me facilitó un poco las cosas.

—Me alegro de que te hayas reconciliado con ellos.

A pesar de lo mucho que le había costado, ella también se alegraba. Los había echado de menos.

—¿Hay noticias de las demás víctimas?

Greening negó con la cabeza.

Holli era la única víctima del Contable que la policía había podido identificar. Las identidades de las víctimas I, II y V seguían siendo un misterio. Beck no había llevado ningún tipo de registro, por lo que sus identidades murieron con él. Aunque sabía que muchos policías se alegraban de que hubiera acabado con el Contable, algunos habrían preferido detenerlo para averiguar a quién más había enterrado en el Palomino Ranch.

—¿Qué va a pasar ahora?

—De momento, los restos se conservarán como pruebas. Sabemos dónde vivió y trabajó Beck los últimos años, por lo que cruzaremos la información de personas desaparecidas en esos lugares con su tipo de víctima preferida y seguiremos investigando a partir de ahí.

—No suena prometedor.

—Tienes razón.

—¿Y si no tenéis éxito?

—Enterrarán los cuerpos.

—¿Sin identificar?

—Sí, sin identificar.

Era el peor de los finales. Beck no solo les había robado la vida a esas chicas, sino también su identidad, y había condenado a sus familias a un purgatorio eterno. Tal vez había cometido un error al

matarlo. Había sido una victoria para él.

—Si acaba siendo así, ¿me avisarás? Debería haber alguien que llorara la muerte de esas mujeres.

—Por supuesto.

La madre de Zoë salió del apartamento con una caja en la que se leía «Cocina». Los miró y sonrió.

—Debería volver. Queremos salir a mediodía.

—Claro, pero solo una cosa más. ¿Qué le depara el futuro a Zoë Sutton? ¿Vas a volver a la universidad? ¿Seguirás trabajando como guardia de seguridad de centro comercial?

Zoë sonrió.

—No creo que vuelva a estudiar. No me atrae. Y lo de seguir trabajando como vigilante de seguridad está descartado.

—Entonces, ¿no tienes planes?

—Ahora mismo no, pero algo saldrá.

—Seguro que sí. —Sacó un sobre apaisado que llevaba en el bolsillo trasero y se lo entregó—. Tal vez ya haya salido.

—¿Qué es esto? —preguntó Zoë, y echó un vistazo en el interior.

—Una solicitud para ingresar en el departamento de policía de San Francisco.

Zoë lo miró, sorprendida.

—Me dijiste que no eras como los demás y que querías proteger a la gente de otro Contable. Aquí tienes la oportunidad de hacerlo. Zoë, puedes ser lo que quieras y, si esto es lo que deseas, ha llegado la oportunidad que esperabas.

Su convencimiento y su fe la dejaron asombrada. Se valoraba tan poco a sí misma que le costaba mucho aceptar los elogios de los demás.

—¿No crees que mis antecedentes por delitos menores podrían ser un impedimento?

—No. No, teniendo en cuenta que serás la única candidata que pueda decir que acabó con el Contable.

Zoë sonrió, pero negó con la cabeza.

Greening no sonrió.

—Si estás dispuesta a seguir adelante, hay mucha gente que te apoya.

—¿Gente como tú?

—Yo soy uno, el agente Martínez es otro, así como los mandamases del departamento de policía. Pero olvídate de mí y de los demás. —Dio un golpecito al sobre que contenía la solicitud—. Responde a esta sencilla pregunta: ¿quieres hacerlo?

La respuesta también era sencilla: sí.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias al doctor Jerry Boriskin, de la Asociación de Veteranos, por todo el tiempo y ayuda que me ha ofrecido en los temas relacionados con el trastorno de estrés postraumático. Como siempre, gracias al agente especial (retirado) George Fong, del FBI, por toda la ayuda relacionada con temas policiales. Y gracias especialmente a Thom Futrell por todas las clases de lucha. Zoë no habría podido ganar sin ti. Estoy eternamente agradecido a Joel Arnold, Bonnie Moebeck, Kristi Thomas, Jeff Hall, Mick Tolley, Brad Ellis, Laurie Hernandez, Rick Sobona, Gregory Solis, Karen Haldane, Judy King, Tom Fisher, Seán Dwyer, Dinah Ortiz, Michaela Shannon-Sank y Craig Cook, que me han permitido usar sus nombres en el libro. Finalmente, gracias a mi mujer, Julie, a Jenna y «Las Chicas», y a Anh Schlupe por su ojo crítico, su apoyo y paciencia en todo el proceso.

«Escribe como un ángel oscuro desquiciado.»

— Ken Bruen, autor de *Priest*

«Simon Wood escribe libros llenos de suspense, sorpresas y un dominio magistral de la técnica narrativa.»

— Ed Gorman, autor de *Sleeping Dogs*

«Simon Wood embarca al lector en una vertiginosa montaña rusa, un viaje cada vez más estremecedor y aterrador conforme avanzan las páginas.»

— Sean Chercover, autor de *Trigger City*

ACCIDENTS WAITING TO HAPPEN

«Uno de los primeros capítulos más emocionantes que he leído en mucho tiempo. El ritmo es espectacular y se hace progresivamente más rápido a medida que el lector se acerca al final. Una recomendación absoluta.»

— *Deadly Pleasures Mystery Magazine*

«Un debut impresionante.»

— *Mystery Scene Magazine*

«Simon Wood (...) nos ofrece una historia llena de suspense y emoción en su debut.»

— *South Florida Sun Sentinel*

PAYING THE PIPER

«Wood consigue que las páginas vuelen, a medida que la trama se hace cada vez más y más compleja, acelerando con elegancia hasta alcanzar un exquisito punto culminante.»

— *Publishers Weekly*

«La venganza es el motor del trepidante thriller de Wood, y los buenos nos brindan un final apoteósico.»
— *Oakland Tribune*

«Un thriller lleno de acción cuyo ritmo no decae en ningún momento.»
— *Midwest Book Review*

DID NOT FINISH

«Wood arranca esta nueva serie con una narrativa dinámica, una trama romántica verosímil y añadiendo hábilmente algunas pinceladas sobre los circuitos de carreras británicos. Recuerda a los primeros thrillers de Dick Francis, en especial a *Nerve*, pero con mucho más poder de aceleración.»
— *Kirkus*

«Un impactante final que permanecerá en la memoria del lector durante mucho, mucho tiempo.»
— *Library Journal*

«Wood relata de forma muy solvente los torpes primeros pasos de Aidy como detective, así como en su relación romántica con la prometida de la víctima, ofreciendo de forma amena información sobre los peligros y las emociones del mundo de la competición monoplace en la Fórmula Ford. Este libro hará las delicias de los fans de Dick Francis.»
— *Publishers Weekly*

NO SHOW

«Ambición, venganza, envidia entre compañeros y periodistas enamorados son los ingredientes de la trama de esta apasionante y oscura novela de suspense oscura.»
— *Publishers Weekly*

«Un thriller lleno de suspense...»
— *Spinetigler Magazine*

WE ALL FALL DOWN

«Con abundantes dosis de acción e inteligencia, *We All Fall Down* es el mejor libro de Simon Wood. Así es exactamente como debe ser un thriller.»

— *Crimespree Magazine*

«Simon Wood posee talento a raudales, y con *We All Fall Down* ha conseguido una novela apasionante y llena de suspense que una vez empezada, es imposible soltar: te mantiene en vilo hasta la mismísima última página. Una premisa magnífica ejecutada a la perfección por un escritor de un talento extraordinario.»

— Jason Pinter, autor de *Matar a Henry Parker*